

A D R I A N A H A R T W I G

EL NOMBRE
DEL CANALLA

VESTALES

D.J.57

El nombre del canalla

Adriana Hartwing

Índice

[EL NOMBRE DEL CANALLA](#)

[Siinopsis](#)

[Preliminar](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

En medio de los susurros de un pasado que, como un fantasma, se niega a morir del todo, se esconde un nombre. Otro, canalla, que invoca a un alguien aborrecido, lo reemplaza. ¿Quién es el hombre que se esconde detrás de ese otro sin escrúpulos, vacío de sentimiento, que se hace llamar Dante Rivera?

A principios del siglo xx un proyecto faraónico comenzó a construirse a la vera del río Paraná cerca de la capital correntina. La Ciudad de Invierno, como se llamaba al complejo turístico que se levantó, contó con el aval de prominentes figuras de todo el país. Ahora, abandonado, luego de que la empresa fracasó, quedan las historias de los que murieron entre sus muros, aquellos que susurran, que gritan, que no olvidan: los que no quieren ser olvidados.

La tenacidad de una mujer sin prejuicios, capaz de saberse libre en un mundo que busca encerrarla –en el yugo paterno primero; en el del marido, después– hace que no le importe lo que se dice de Dante Rivera: que es un canalla, que es un déspota, que es un usurero, que no tiene piedad con sus enemigos, que es el mismo diablo. La tenacidad y la falta de prejuicios de Virginia hacen que recurra a Dante y que, también, casi sin saberlo, lo ayude a devolverle el pasado que le robaron, el nombre que le pertenecía, el deseo de estar con una mujer, de quererla y ser querido.

La historia de secretos y traiciones confluye en la Ciudad de Invierno, en el baile inaugural, en el que una sociedad muestra sus galas, pero también las máscaras bajo las que se esconden. Máscaras que, por la tenacidad, la falta de prejuicios y un vínculo entre dos personas desclasadas, van caer de golpe.

Hartwig, Adriana
El nombre del canalla. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4454-00-3

1. Novelas. 2. Novelas Históricas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2018.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-00-3

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2018

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

* * *

El cielo es azul, de un resplandeciente azul celeste sin nubes, límpido y perfecto. Ese intenso color, sin embargo, se agrieta en las cercanías del horizonte. Un tenebroso entretejido de trazos color púrpura y rojo se extiende a través del firmamento desde el oeste, poco a poco, cada vez más rápido al morir la tarde y, bajo su sombra, se cobijan, olvidados, los viejos muros de un palacio.

Los antiguos senderos de piedra que llevaban a sus puertas han desaparecido. La Mansión de Invierno dormita, destruida y relegada al olvido, entre el silencio y la penumbra de los árboles. Los restos de los muros alfombran la playa hasta la orilla del Paraná.

Añeja, aislada, desconocida. La mansión duerme el sueño de los muertos.

El oleaje del Paraná se ha adueñado del muelle, lo ha hecho suyo, lo ha devastado con los años, día a día, desde 1913. Con cada embestida de sus aguas ha difuminado la encantadora arquitectura de una antigua ilusión.

Mis pasos se pierden en la espesura, susurran al aplastar las hojas muertas, se detienen, dudan, mientras me pregunto si debo o no adentrarme en un mundo de negruras y secretos que el tiempo olvidó. El bosque roza el río, danza silente, dibuja sombras en el suelo con sus oscuras aristas de espinas. Con los años, la vegetación ha reclamado lo que una vez fue suyo. El viento murmura entre las ventanas que dan al río, acaricia con dedos gélidos lo que queda de las estatuas de mármol de Carrara, vestigios de lo que fue una época, una vida, el último eslabón con un pasado oligárquico de elegancia y riqueza.

Veo residuos del sol agonizante entre el techo abovedado verde y gris que cubre parte de las ruinas. Haces de luz se mueven, se reflejan en los arcaicos escalones de piedra. La humedad y el moho han hecho mella en los antiguos arabescos.

Me duele la soledad de Ciudad de Invierno.

Entre los muros derruidos, escucho voces. Ellos están allí, los recuerdos de quienes bailaron a la luz de la luna, que rieron, que gozaron de sus jardines, de sus parques, de un vals inmortal en los majestuosos salones de la mansión... Y también están ellos, los otros, los que murieron entre sus muros, aquellos que susurran, que gritan, que no olvidan: los que no quieren ser olvidados.

PRÓLOGO

La luna se deslizó a través de una oscura telaraña de nubes, y la luz argéntea osciló entre las añejas ramas de los árboles. Arabescos de plata se dibujaron sobre la hierba mientras los arbustos se mecían con el viento. El frío raspó con sus dedos escarchados los hierbajos que crecían junto al antiguo sendero de tierra que conducía al cementerio. El aire olía a tierra mojada, a lluvia y a jazmín.

Solo había una farola encendida en las inmediaciones, a unos metros del viejo camino al camposanto. Ella no se descubrió el rostro hasta que se alejó de esa débil luminosidad. Cerró los dedos contra las manijas del bolso de viaje y apresuró el paso. El abrigo provisto de capuchón le ocultó los rasgos hasta que se internó entre los árboles y acudió al encuentro de su amante.

El caballero la aguardaba a un lado del sendero, junto a un caballo. Él era solo una silueta en la noche. Su atuendo lo hacía casi invisible en la creciente oscuridad: de negro, botas y guantes oscuros y un abrigo del mismo color, no era más que una sombra entre las sombras.

Ella se precipitó a sus brazos. Respiraba con dificultad a causa del peso del bolso de viaje. Estaba cansada, nerviosa y asustada. El silencio se quebró cuando comenzó a llorar. Él la estrechó contra su cuerpo. Hundió la boca entre los pliegues de esa capucha.

—Está bien —dijo. La voz solo fue un susurro—. Lo has hecho muy bien.

Ella alzó sus ojos hacia él, anhelante.

—Finalmente estaremos juntos, mi amor —dijo—. Ya nadie podrá separarnos.

Él le tomó los dedos helados entre sus manos. Ella había olvidado llevar guantes consigo. Él le presionó las pequeñas manos y luego la soltó. La aferró de un codo y la condujo hacia el caballo.

—¿Has logrado traer todo? —preguntó. Observó las intermediaciones mientras la conducía hacia la montura. Curvó las comisuras de sus labios. No conseguirían detenerlos. Solo la oscuridad y el silencio serían testigos de la huida. Lo había planeado bien: nadie se aventuraría a pasear por las cercanías del cementerio en la Noche de Todos los Santos, y mucho menos a tan altas horas de la noche.

Ella intentó correr a su lado.

—Solo una muda de ropa —dijo, avergonzada. Su aliento se dibujó en el aire—. Lo siento. No pude traer conmigo todo lo acordado.

Eso lo detuvo. El abrigo se le arremolinó junto a los tobillos cuando se volvió hacia la joven y crispó los dedos contra sus hombros.

—¿Qué sucedió con el dinero? —preguntó.

—No conseguí abrir la caja fuerte de mi padre. —Ella se estremeció de frío, e intentó abrazarlo, pero él la mantuvo a distancia, con las manos fuertes hundidas en los pequeños hombros de la muchacha. Algo en su mirada la obligó a disculparse una vez más.— Lo lamento, de verdad que sí. Lo intenté, pero la llave se rompió. Además escuché a mi padre entrar en la casa. Tuve que huir antes de que reparara en mí.

—No debía estar allí.

—Creo que regresó por sus guantes. No lo sé. Ya no importa. Estoy aquí. Él no pudo detenerme. Debe creerme dormida en mi alcoba.

El caballero inclinó la cabeza.

—¿Dónde están tus joyas? —exigió saber. El frío de la noche se había trasladado a su tono. La expresión se le había endurecido. No restaba en él resabio alguno de la ternura que había mostrado hacia ella en todo momento, desde que fueran presentados.

—En mi alcoba.

—¿Qué dices...?

—¡Pesaban demasiado! Tuve que dejarlas. Hace frío. Pensé que lo mejor sería traer ropa de abrigo y en mi bolso no cabía nada más.

—Mientes.

—¿Qué? No. ¿Cómo podría mentir en un momento como este?

—Debiste haberlas traído. Ese era el trato. El dinero de tu padre, todos sus ahorros, y tus joyas. Los diamantes, el oro, las esmeraldas...

—¡Pesaban mucho! —Ella hizo un mohín—. Además, cuando supe que mi padre estaba en casa me apresuré a recoger mi bolso y salir por la puerta del servicio. Pudo haberme detenido, ¿comprendes?

—Eso significa que no tenemos nada.

—Solo nuestro amor, y con eso basta.

—¡Imbécil! —Él le propinó una bofetada, y ella cayó al suelo a causa de la fuerza del golpe—. ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

Ella lo miró, aterrada. La luna se ocultó y todo rastro de luz desapareció. Sus ojos grandes y hermosos buscaron los suyos, suplicantes.

—Perdóname —dijo—. Conseguiré dinero. Regresaré a casa. Buscaré algo, cualquier cosa...

Él la observó con frialdad. Se inclinó, la aferró por un brazo y la puso de pie. La joven dilató los ojos, asustada.

—Es tarde —dijo él—. Ya es muy tarde.

CAPÍTULO 1

Ciudad de Corrientes, 1913.

El caballero hundió los dedos en su pelo rubio ceniza, ya canoso, y lo peinó hacia atrás, en un intento por controlar los nervios. Parecía estar acercándose a los sesenta años. Era un hombre alto, de complexión robusta, facciones agradables y ojos verdes. Cuadró los hombros y se dirigió hacia su anfitrión, quien lo esperaba al final del salón, junto a los ciclópeos ventanales que daban a los impresionantes jardines de El Paraíso.

Gerardo Bloise tenía un enorme prestigio entre los buenos vecinos de la ciudad, pero su lamentable afinidad al juego y a la bebida, además de sus desastrosas circunstancias económicas, lo estaban acercando a la ruina social y monetaria, y su anfitrión lo sabía.

Todavía dubitativo, Gerardo se internó en la penumbra y avanzó entre las mesas de juego. Aparentaba una seguridad que no sentía.

—Buenas noches, señor Bloise —saludó Dante Rivera en tono agradable, pero no había en sus ojos rastro alguno de simpatía.

—Buenas noches, señor.

—Lo estaba esperando —dijo.

El caballero ensayó una sonrisa casi jovial y observó al señor Rivera con algo parecido a la esperanza en los ojos. Trató de no mirar fijo la dentada cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara.

—Lamento haberme retrasado, pero no pude evitarlo. Mis disculpas.

—No se preocupe por eso. Siéntese.

—Gracias. Me alegro de que haya recibido mi nota —dijo Gerardo, y su sonrisa flaqueó cuando notó la falta de expresividad en el rostro del señor Rivera—. Aunque temía importunarlo, no tuve más opción que comunicarme con usted, espero que comprenda.

—Comprendo, sí.

Gerardo se removió incómodo en la silla. Se sentía perturbado frente a su anfitrión. Nunca había conocido a nadie cuyo aspecto fuera más elegante, pero, a la vez, más peligroso. El señor Rivera lo miraba fijo, casi como si estuviera juzgándolo, y eso le desagradaba.

Dante le dio una pitada a su cigarro.

—No tengo mucho tiempo, señor Bloise —dijo—. Le agradecería que fuéramos al grano. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me gustaría pedirle un favor.

—¿Dinero?

—Sí, este, yo... Estoy tan avergonzado.

—No tiene razones para sentirse así. Somos amigos, ¿recuerda?

—Sí, sí. Usted ha sido más que generoso conmigo, y yo no he hecho más que abusar de esa generosidad en los últimos dos años.

—No se juzgue con tanta dureza, señor Bloise. Todos tenemos problemas y necesitamos de una mano amiga para ayudar a resolverlos. Sabe que estoy a su disposición.

—Es usted muy amable. Desde que coincidimos en casa del gobernador, el doctor Juan Ramón Vidal, no ha hecho más que ayudarme.

Dante curvó las comisuras de sus labios.

—¿Qué quiere, señor Bloise? Sea directo. Gerardo desvió la mirada.

—Necesito una fuerte suma de dinero, como usted ya debe de haber adivinado —dijo—. No se imagina cuánto siento pedirle esto, pero perdí una cantidad bastante considerable ayer por la noche y necesito un préstamo para recuperarme.

Dante le dirigió una mirada fría y calculadora. Hizo un gesto con la mano.

—¿Desea un poco de whisky?

Gerardo se excusó y una vez más intentó acomodarse sobre la silla todo su peso.

—Le prometí a Cordelia, mi hija, que lo dejaría —dijo, con sus ojos fijos en la bebida. Sonrió, condescendiente—. Esa niña se ha aliado con el señor Zanini en mi contra. Creen que me hará daño.

—¿Zanini?

—Mi médico.

—Entiendo. —Dante esbozó una sonrisa y sirvió una medida de whisky en un vaso, y se lo pasó—. Sin embargo, no se negará a acompañarme, señor Bloise. No sería amable de su parte.

Gerardo miró el líquido ambarino con ansias y, después de un momento, asintió. Sus dedos temblaron cuando se llevó el whisky a los labios.

—Se lo agradezco mucho —dijo. Vaciló, pero finalmente bebió.

—Es evidente que ha pasado mucho tiempo desde su último trago —comentó Dante, de buen humor.

—Sí, señor. —Gerardo bebió con fruición. El whisky estaba comenzando a animarlo, a relajar sus temores. Se sirvió otra medida, distraído—. No puede usted imaginar cuánto necesitaba esto.

—Lo imagino, sí.

Gerardo sonrió. De pronto, los ojos de ese hombre ya no le parecían tan duros.

—Usted me parece familiar —dijo.

—No me diga.

—Sí, aunque no logro ubicarlo en otra parte. —Hizo una pausa. Se mostró confundido—. ¿Lo he visto antes de serme presentado en casa del gobernador...?

—Es posible.

—Creo que tendrá que perdonarme, porque no lo recuerdo.

—No me sorprende.

—¿Disculpe?

Dante plegó los labios en algo que debería ser considerada una sonrisa casi agradable.

—Muy pocas veces me dejo ver por mis clientes —dijo—. Podrían asustarse, usted entiende.

Los ojos de Gerardo volaron de inmediato hacia la desagradable cicatriz que desfiguraba el rostro de su anfitrión.

—Comprendo —carraspeó.

—Imagino que sí —dijo Dante de buen humor, pero no había nada parecido en sus ojos aviesos—. Estoy seguro de que me ha visto aquí, en El Paraíso.

—¿Ah, sí? Sí, por supuesto.

—Entiendo que es un asiduo cliente, desde hace ¿cuánto?: ¿tres?, ¿cuatro años, tal vez?

—Tres años —balbuceó el anciano. El whisky temblaba entre sus dedos largos y pálidos.

—Sí, señor Bloise. —Dante le dirigió una mirada calculadora—. Creo que ha frecuentado la casa con asiduidad.

—Sí, señor.

—De hecho, como usted lo mencionó hace un momento, me debe usted una fuerte suma de dinero. Tengo varios pagarés impagos en mi poder.

De pronto, el terror aplastó la diversión en los ojos del señor Bloise.

—¡No pude conseguir todo el dinero que le debo, señor Rivera! —exclamó y lo miró, amilanado—. Creí poder pedir un préstamo, pero ningún banco quiso ayudarme.

—Qué lástima.

—Sí, y ahora, como sabe, estoy al borde de la ruina. Mi familia no lo sabe todavía, pero mi situación es desesperada.

—¿Su familia no lo sabe? Qué desagradable situación.

—Imagínese. —Gerardo crispó las manos contra las piernas. Su nerviosismo resultó evidente en el temblor de sus dedos—. Solo malvendiendo mis bienes podría cubrir la suma que le debo, y no puedo hacerle eso a mi esposa y a mi hija.

—Por supuesto que no. Es comprensible.

—¿Dónde viviríamos? Jacinta ama nuestra casa de la calle San Juan, y mi niña... ¡Dios mío, mi niña perdería toda oportunidad de hacer un buen matrimonio!

Dante se inclinó hacia adelante. Sus ojos eran duros y fríos.

—¿Cree que eso me importa? —preguntó en voz baja. Gerardo sonrió, creyendo ser objeto de una broma de muy dudoso gusto, pero de una broma al fin.

—Debería importarle, señor —dijo.

—¿Por qué?

—¿Cómo dice?

—¿Por qué debería importarme su desesperada situación financiera o cómo eso habrá de perjudicar a su familia?

Gerardo lo miró, confundido.

—A un caballero le importaría —arguyó.

—Yo no soy un caballero.

Bloise lo miró, alhelado, sin saber qué decir al respecto.

—Mi niña es muy joven —continuó de pronto. Pensó que hacer mención de su hermosa hija ablandaría el corazón del señor Rivera. Le enseñó las palmas de la mano en un antiguo gesto de indefensión—. ¿Cómo voy a explicarle esto...?

—Qué considerado de su parte pensar en su familia ahora, después de haberse dejado su fortuna en mis mesas de juego —comentó Dante—. Sin embargo no está aquí por eso, ¿no es así?

—No, señor, pero esperaba que usted pudiera comprender...

—Y comprendo, señor Bloise. —Dante lo miró a los ojos—. Sabe que lo considero un amigo. Esperaré por usted, aunque no para siempre, usted comprenderá.

—Sí, sí, por supuesto. Comprendo.

—Muy bien. Ocupémonos del presente. ¿Cuánto dinero necesita? Dígamelo con total confianza. Somos amigos, después de todo.

Bloise sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de la chaqueta y se secó el sudor de la frente.

—Si me da un préstamo y me concede usted un poco más de tiempo para devolverle lo pactado, quizás mis finanzas mejoren...

—Lo dudo.

—¿Cómo dice?

—Si tuviera usted una moneda a su nombre en este momento la dejaría en la raja de una de mis putas. Pero puede usted creer lo contrario, si le place.

Gerardo apretó los dientes, pero no hizo comentarios. Era una sencilla verdad, la gélida exposición de un hecho que no podía negar, y eso lo avergonzaba.

Dante lo observó, pensativo. No había en su mirada más emoción que cierto desprecio por los hombres que solo apelaban al amor por su familia cuando sentían que, quizá con eso, podrían conseguir misericordia, lástima o ambas cosas a la vez.

Hacía varios meses que había observado el creciente desespero de Gerardo Bloise por recuperar la fortuna que había apostado en los naipes, una fortuna que ahora le pertenecía a él. Luego los pagarés a nombre de Bloise habían aumentado en número a medida que perdía toda esperanza de pagar en metálico las deudas y, aunque debía saber que ya no tenía qué apostar, no se había detenido. El caballero, al parecer, ignoraba el principio fundamental sobre el cual giraba la diversión que aseguraba El Paraíso: la casa nunca pierde. Por supuesto, Dante no había hecho nada por detener su caída. No sería él el que velara por la seguridad de una familia que, de encontrarlo en la calle, le negaría el saludo. Menos aun cuando lo que deseaba obtener solo podría conseguirlo mediante la ruina de un hombre que además de su lamentable debilidad por el juego, la bebida y las putas, no tenía otros vicios y se lo conocía por su honestidad y fidelidad a la palabra empeñada.

Poco a poco el señor Bloise había terminado donde lo quería: en sus manos.

Dante dio otra pitada al cigarro.

—Hábleme de su familia —dijo.

Bloise se mostró confundido frente a esa repentina solicitud, pero, porque creía, quizá, que así suscitaría en él cierta misericordia, Gerardo asintió, esperanzado.

—Cordelia es una joven maravillosa. Muy especial. Como la madre. Jamás he podido ser muy duro con ella. Es muy dulce y cariñosa.

—Un dechado de virtudes, por lo que he podido escuchar.

—Sí, así es. Jacinta dice que la he malcriado y, a veces, estoy de acuerdo con ella, pero es una niña gentil y encantadora.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós, señor.

Dante lo miró en silencio. Toda expresión de su rostro había desaparecido.

—¿Su hija vive con usted? —preguntó, aunque no parecía haber verdadero interés en él sobre el asunto.

—Sí, por supuesto. Debería usted conocerla... —dijo Gerardo por costumbre y se interrumpió de inmediato. Jamás permitiría que su niña siquiera rozara con su falda a un hombre que vivía del juego y de las putas—. Quiero decir...

—Sé lo que quiere decir. A veces somos víctimas de nuestra educación, eso es todo —dijo Dante, tajante. Hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto—. ¿Las dos?

—¿Perdón?

—¿Sus dos hijas viven con usted, en su casa? Gerardo pestañeó, confundido.

—¿Cómo dice...?

Dante lo miró a los ojos.

—Hábleme de la señorita Virginia —dijo. Gerardo frunció el ceño.

—No veo por qué debería hacerlo —farfulló.

—Usted quiere en préstamo una fuerte suma de dinero. A mí me gusta conocer a mis clientes. Si he de dejar en sus manos más de mi dinero, me gustaría estar seguro de que puedo confiar en usted. Después de todo, de usted solo he obtenido pagarés y la promesa de pagarlos. Todavía no ha cancelado ni una sola de sus deudas.

Gerardo se mostró avergonzado.

—Virginia es mi hija mayor —dijo a desgano—. Pero ya es una mujer adulta.

—¿Por qué no vive con usted?

—Es... es complicado. —El anciano parecía azorado. Era evidente que Virginia Bloise no era un tema que tratara con asiduidad.

—¿Por qué es complicado?

—Cuando mi primera esposa murió, yo no estaba en posición de cuidar de una niña pequeña, ¿comprende?

—Sí.

—Su tía, Agustina Acuña, la hermana mayor de mi difunta esposa, decidió quedarse con ella. Con el tiempo volví a casarme y, bueno, llegué a la conclusión de que sería muy injusto de mi parte separar a la niña de la tía cuando Virginia parecía tan encariñada con ella.

—Comprendo.

Gerardo tiró de su corbata, incómodo.

—Luego nació Cordelia, y mi segunda esposa, Jacinta, estaba ya tan ocupada con la bebé, que no habría sido justo que le endilgara también a mi hija mayor.

Dante enarcó una ceja.

—Entonces dejó que su cuñada criara a su hija mayor — dijo, suave—. Porque no habría sido justo para su nueva esposa cuidar de una niña que no era suya, cuando ya tenía la responsabilidad de velar por la seguridad de su nuevo retoño.

—Dicho así no suena muy bien. Creo que usted no entiende la situación...

—Le aseguro que sí. Gerardo apretó los labios.

—Agustina hizo un buen trabajo con la niña. No pude haberla dejado en mejores manos, aunque es un poco alocada,

¿sabe usted? Mi hija, no mi cuñada —aclaró Gerardo. Miró a su anfitrión a los ojos en busca de curiosidad y solo encontró escarcha en su mirada inexpresiva. Se aclaró la garganta.— No me malinterprete: Virginia es una dama. Su reputación está sin mácula y ha sido educada en la fe católica, pero es tan obstinada...

—¿Por qué lo dice?

—A su edad ya debería estar casada y con un par de niños colgados de su falda, pero Virginia insiste en permanecer soltera, ¿puede creerlo? Y la tía la apoya, aunque eso no debería sorprenderme.

—¿No?

—No. Agostina es una solterona avinagrada que no tiene en buena estima a los hombres.

—Me pregunto por qué.

—No lo sé —dijo Gerardo, pensativo, y no percibió la gélida diversión agazapada en los ojos de su anfitrión. Se animó—. Pero ahora Virginia está siendo cortejada por un caballero muy amable, de buena familia, el señor Benicio Andrada; ¿lo conoce?

—Lo conozco, sí.

—Es una excelente oportunidad para Virginia. Creo que Agostina lo aprecia. Quizá se casen. Eso sería lo mejor, en realidad. Virginia necesita un marido y creo que el señor Andrada sabrá tratarla bien.

—Con toda seguridad. Gerardo sonrió.

—Hace unos meses, cuando fui a visitar a Virginia, le advertí, como es mi deber como padre, que si no encontraba a alguien con quien desposarse en un plazo de seis meses, yo me encargaría de elegirle un marido. ¿Sabe qué me contestó?

—No puedo imaginarlo.

—Que, antes de casarse con alguien a quien no quiere, prefería vivir en las calles.

Dante sonrió, pero, una vez más, detrás de aquella sonrisa que invitaba a las confidencias, no había más que un abismo de oscuridad.

—¿Sería capaz? —quiso saber.

—¿Perdón?

—Su hija, ¿sería capaz de cumplir con la amenaza?

—¿De vivir en las calles? Por supuesto. —Gerardo parecía muy disgustado. Su expresión se apaciguó cuando encontró los ojos de Rivera fijos en él—. Tiene la determinación para hacerlo. Sin embargo,

no tendrá que pasar por ese trance. No la obligaría a casarse con nadie que ella no quisiera. No podría, de todos modos. Ya es una mujer adulta e independiente, y poco caso me hace.

—Siempre hay una forma de obligar a alguien a hacer lo que uno quiere.

—¿Sí...?

—Sí.

—Bueno, supongo que sí, si uno tiene los medios, claro.

—Gerardo bebió otro trago de whisky—. Pero dudo de poder obligar a Virginia a hacer algo en particular si no quiere hacerlo. La tía la consintió en demasía, y ahora es una mujer terca.

—No me diga.

—Me preocupa que se quede sola, ¿sabe usted? Agostina está envejeciendo, y su salud nunca ha sido muy buena. Virginia no tiene un ápice de sentido común, a mi parecer. Si se quedara sola no sé lo que sería de ella.

—Creo que en un futuro cercano no tendrá que preocuparse de eso.

—¿No? Ah, sí, claro. Se refiere usted al señor Andrada, por supuesto.

—Por supuesto.

—En fin, si fuera como Cordelia y se interesara por bailes, trapos y flirteos no me preocuparía tanto, pero le gusta leer, ¿me entiende?

Dante alzó una ceja.

—Qué desafortunada afición —dijo, serio.

—Por supuesto que sí —le confió Gerardo, apesadumbrado—. Tiene un montón de ideas raras en la cabeza. Ha escrito artículos sobre los derechos de las mujeres, y eso incluye el acceso a la universidad sin necesidad del permiso paterno, entre otras cosas. Imagínese. Culpo de eso a todos los libros que lee, y a la tía, por supuesto.

—Por supuesto.

—Pero si solo fuera eso se habría casado hace mucho tiempo ya — continuó Gerardo, creyéndose entre amigos—. Después de todo, un marido puede controlar qué lee y qué no su esposa, y por cierto, le prohibiría seguir escribiendo para el periódico. Pero eso no es todo.

—¿Hay más? —Dante fumó despacio.

—Ni se imagina usted cuánto más —dijo Gerardo con un suspiro—. Si Virginia llenara la casa de la tía solo de libros, aunque fueran inapropiados, yo podría ser más tolerante con ella, pero cada vez que cruzo el umbral, temo encontrarme con un problema.

—¿A qué se refiere?

—Imagine mi sorpresa cuando una tarde, al visitarla, me encontré con varias mujeres en su sala, todas discutiendo a voces la mejor manera de llegar a las urnas.

Dante enarcó una ceja. Por primera vez en la noche, algo de interés había encendido el verde pálido de sus ojos de hielo.

—¿Las urnas...? —repitió, incrédulo. Gerardo asintió, ceñudo.

—Sí. Virginia estaba decidida a dirigir a las mujeres hacia los comicios e intentar votar a la fuerza. Pero sé que esa idea no fue suya, sino de esa mujer, Enriqueta Machado, una libertaria realmente insufrible. —De pronto, calló—. Perdónenme, debo estar aburriéndolo.

—En absoluto. —Dante clavó sus ojos en él, con una leve sonrisa en las comisuras de los labios—. Continúe. ¿Qué sucedió con ese plan?

—Yo no estoy seguro de que sea apropiado hablarle de esto...

—Le aseguro que comprendo sus sentimientos respecto a las ideas de su hija —dijo Dante con calma—. Eugenia, la menor de mis hermanas, tiene ideas similares.

—No sabía que tenía usted familia. Quiero decir, claro que la tiene, es que... no importa —dijo Gerardo, vacilante, todavía intranquilo—. Sí, bueno, digamos que tuve que ocuparme de pararle los pies a Virginia antes de que las autoridades se enteraran del asunto y le echaran la zarpa encima. Le dije a mi hija que, si seguía por ese camino, me encargaría de enviar a su tía a un asilo, en cuanto notara

en ella algún rastro de enfermedad. Gracias a Dios me creyó y, desde entonces, se ha limitado a transmitir sus ideas por la prensa escrita, sin planear más tonterías.

—¿Y puede usted hacerlo?

—¿Enviar a Agustina a un asilo? Podría hacerlo, como único hombre de la familia, pero inmiscuirme en la vida de mi hija mayor solo me traería problemas. Era solo una amenaza vacía. No conoce usted a esa niña, convertiría mi existencia en un infierno si osara hacerle algo a su tía.

Dante esbozó una sonrisa.

—Su hija parece estar dispuesta a hacer cualquier cosa por proteger a la señorita Acuña —dijo.

—Lo está, créame. —Gerardo miró el whisky, ensimismado—. La quiere mucho.

Dante miró el reloj y luego hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—No quisiera interrumpir sus confidencias, señor Bloise, pero me temo que hay otros clientes esperando hablar conmigo —dijo.

Gerardo se ruborizó.

—Sí, bueno... Sabrá usted que estuve jugando esta noche, antes de acudir a usted, y que no me fue muy bien.

—Lo sé. —Dante asintió. Había visto al señor Bloise perder una fuerte cantidad de dinero en las últimas dos horas. Primero al tejo, luego al lanzamiento de dados, después a la treinta y una, rojo o negro y finalmente al póker; un juego propio de las clases bajas. Sin embargo, resultaba evidente que el señor Bloise estaba acostumbrado a jugarlo, a pesar de ser un caballero—. Tengo entendido que ha estado apostando fuerte, pese a sus dificultades económicas.

—Sí, señor Rivera, pero estoy seguro de que si regreso al juego podré recuperar lo que perdí esta noche.

Dante sirvió más whisky en el vaso de Bloise. El líquido ambarino reflejó el delicado fulgor de las luces en la penumbra azul.

—Dígame cuánto necesita —dijo. Gerardo vaciló.

Dante sonrió al ver al señor Bloise restregar su mano derecha primero en el chaleco y luego en la chaqueta; un gesto que había aprendido a reconocer en él como una señal de interés, de emoción, de debilidad. Entonces lo escuchó murmurar primero una cifra pequeña, casi con timidez, para luego mencionar una más grande, mucho más grande, y la satisfacción se agazapó en las profundidades de sus ojos escarchados.

Gerardo no se atrevió a mirarlo.

—Quizá sea demasiado... —comenzó, titubeante.

—No se preocupe por eso. Tendrá su dinero, señor Bloise.

—Señor, no sé cómo darle las gracias por su amabilidad.

—No tiene que hacerlo —dijo. Dante sacó de una de sus gavetas varios documentos y un fajo de billetes—. Ahora, firme aquí, por favor.

* * *

Una empleada empujó los postigos de los amplios ventanales del salón comedor. La luz del sol entró a raudales al recinto cuando Cordelia Bloise se sentó a la mesa. Los haces cayeron oblicuos sobre la alfombra, de modo que resaltaron sus arabescos rojos y azules. La mujer corrió los cortinones color esmeralda y el denso perfume de la tierra mojada flotó hasta el interior de la casa.

Después de la pequeña tormenta que se había desatado en la madrugada, el jardín parecía haber renacido con todos los matices del otoño bajo los ardientes colores de la mañana. El aroma de las flores se había intensificado, impregnaba el salón con su dulzura.

Cordelia se observó los dedos. Temblaban. Cerró las manos. Las abrió. Una y otra vez. Después de un momento logró controlar los nervios. Desplegó una servilleta sobre la falda y esbozó una sonrisa, aunque no deseaba sonreír.

—¿Podrías acercarme una taza de chocolate, Pabla? —
dijo con la acostumbrada amabilidad.

La empleada se apresuró a obedecer. Intercambió una mirada con Manuela que hizo un breve gesto de incertidumbre al dejar junto a la jarra de leche una fuente con panecillos de maíz, los favoritos de la señora de la casa.

—¿Desea algo más, señorita? —preguntó Pabla, preocupada.

—No, gracias.

—¿Está segura? Puedo prepararle unos pastelitos de batata, si lo desea.

—No, ahora no. Con esto bastará —dijo Cordelia y bebió un sorbo del chocolate.

Pabla asintió y dispuso apresuradamente sobre la mesa los encurtidos a los que el señor Bloise se había aficionado en uno de sus viajes al extranjero, mientras Manuela terminaba de ubicar la vajilla.

Alguien tocó a la puerta de entrada. Pabla se secó las manos en el delantal y desapareció en el pasillo. Se escuchó entonces un intercambio de palabras en el pórtico, a solo unos metros del comedor. Poco después Pabla regresó presurosa al salón y entregó a la señorita Cordelia una carta dirigida a ella.

—La trajo un muchacho, señorita —dijo la empleada—. Tenía órdenes de entregarla en sus manos, pero le dije que podía confiar en mí.

—Gracias, Pabla. —Cordelia esbozó otra de sus pálidas sonrisas.

Mientras la empleada regresaba a las labores, la joven rompió el sello con dedos temblorosos. Observó la dura caligrafía que se torcía hacia la izquierda. El corazón empezó a latirle más rápido. Por un momento creyó que el personal de servicio por completo podía escuchar los retumbos en su pecho. Comenzaba a leer las primeras líneas cuando escuchó un repiqueteo de pasos en el pasillo, cerca del umbral. Bajo la ansiosa mirada de Pabla, Cordelia ocultó la carta en uno de los bolsillos del vestido mañanero, antes de que su madre pudiera reparar en ella.

—Buenos días, Cordelia.

—Buenos días, madre. —La joven saludó a la señora Bloise con un beso y tomó otro sorbo de su chocolate.

Jacinta Manfredini de Bloise se sentó frente a su hija, ataviada, como siempre, con uno de sus discretos trajes de paseo. El gris le sentaba muy bien. Realzaba el color de sus ojos y el rubio desvaído de su pelo.

Jacinta bebió un poco de leche.

— ¿Tienes planes para la mañana, hija? —preguntó con una leve sonrisa.

— ¿Por qué?

— Me gustaría que vinieras conmigo a la iglesia.

— Mamá, ahora no.

— Te hará muy bien pasar un par de horas en compañía de Dios. Estás tan alejada de Él...

Cordelia observó a su madre por encima del borde de la taza, ya acostumbrada a las habituales quejas de la señora Bloise respecto a su falta de interés en la religión. Jacinta, por el contrario, era muy devota. Todas las mañanas, después del desayuno, salía de la casa para ir a la iglesia y no regresaba hasta muy entrada la mañana.

Cordelia sabía que su madre había deseado tomar los hábitos siendo todavía muy joven, pero, cuando juntó el valor para plantearles su decisión a sus padres, el bisabuelo Manfredini decidió intervenir antes de que su hijo y su nuera consideraran la decisión de la joven. Sin mayores alharacas le ordenó a su nieta que dejara de pensar en tonterías y que preparara un ajuar, porque muy pronto se casaría con el hombre que había elegido para ella. Como vaticinó el anciano, Jacinta se casó con el señor Bloise seis meses después, incapaz de oponerse a los designios del patriarca de la familia.

Cordelia presionó con suavidad una servilleta sobre los labios. Si bien su madre no había podido servir a Dios como le hubiera gustado, después de casarse Jacinta empezó a ir a la iglesia con mayor frecuencia, ya lejos del yugo familiar, con la intención de ayudar a todo aquel que la necesitara.

Con el auxilio de su confesor encontró paz en las labores caritativas y comprendió que podía servir a Dios cada día de su vida, tratando de ser una buena madre y mejor esposa para su marido.

Al señor Bloise le habría gustado que su mujer pasara más tiempo en la casa que en la iglesia. Cuando nació Cordelia, creyó que Jacinta olvidaría los deberes religiosos para quedarse con la niña, pero se equivocó. Jacinta, de hecho, decidió asistir a la iglesia con mayor asiduidad, todos los días, tres horas por la mañana y dos por la tarde, siempre que su marido no se opusiera. De ordinario, él no tenía razones para oponerse. Mientras la casa estuviera limpia y ordenada, los empleados cumplieran con las labores y Jacinta respetara las obligaciones conyugales, poco le importaba al señor Bloise qué hacía su esposa con el resto de su tiempo.

—Podríamos ir al Asilo de Huérfanos después de la misa

—continuó la señora Bloise—. Estoy segura de que los niños se alegrarán de vernos.

—No puedo. —Cordelia pensó en la carta que ocultaba y en las posibles instrucciones que esta contendría.

—¿Por qué no?

—Le prometí a una amiga ir con ella a la modista —mintió.

—Pero hija...

—Es un compromiso. No puedo retractarme ahora.

—Cordelia, estás descuidando tus deberes religiosos.

—Mamá...

—Has sido muy bendecida, hija. Tienes todo cuanto deseas. Deberías ser más agradecida. ¿No podrías compartir un poco de tu tiempo con el Señor...?

—Sí, mamá, pero no hoy. Iré mañana contigo. Lo prometo.

—Espero cumplas esa promesa. Además, hace mucho tiempo que no te confiesas. Me gustaría que lo hicieras.

—No tengo nada para confesar.

—No seas ridícula, querida. Todos pecamos.

—Mamá, por favor.

—Aunque a tu padre no le importe el destino de tu alma inmortal, a mí sí —dijo Jacinta, disgustada—. El señor Bloise, lamentablemente, ha descuidado tu educación en la fe. Hablé con él al respecto ayer en la noche, pero no quiso escucharme.

—Ya conoces a papá. Jacinta ahuecó los labios.

—Lo conozco, sí, y por eso me preocupa. Hablaré con mi confesor. Quizás él pueda convencer al señor Bloise de la importancia de que una joven dama como tú no pierda la oportunidad de estar al servicio del Señor, al menos una hora al día.

Cordelia apretó la cuchara entre sus dedos, contrariada, pero no hizo comentarios al respecto. En otro momento quizás habría expresado una opinión sobre el confesor de su madre, el padre Jeremías, y esa irritante capacidad para meterse en asuntos que no le concernían, pero esa mañana en particular debía ocuparse de otra cosa: la carta y su contenido.

—Además, debemos agradecer por todo lo que tenemos

—continuó Jacinta, ajena a los pensamientos de su hija—. Sería agradable compartir un poco de nuestra fortuna con los desposeídos. Tendré que convencer a tu padre que me deje más dinero para la caridad.

Cordelia asintió con un fingido interés en el tema. A decir verdad, su padre y ella a veces no congeniaban en muchas cosas, pero concordaban plenamente en algo: ninguno de los dos deseaba involucrarse con la iglesia y el padre Jeremías más de lo estrictamente necesario.

Asistir a misa todos los días y ayudar a los desposeídos eran actividades que tanto ella como su padre consideraban molestas e incluso innecesarias. Ir a misa era una pérdida de tiempo; por otro lado, de los pobres y sus infinitas y variadas necesidades podían encargarse personas que nada más importante tuvieran por hacer.

El señor Bloise debía ocuparse de dirigir el aserradero y, si no encontraba tiempo para descansar, menos lo encontraría para asistir a las homilías del padre Jeremías. En cuanto a Cordelia, prefería pasar sus horas de ocio de compras y sus domingos en la cama, en vez de orando por personas que no conocía y mucho menos le importaban.

Jacinta tomó un panecillo de maíz y le dio un pequeño mordisco. Observó a su hija, pensativa. A sus veintidós años ya era una mujer. Muy pronto el señor Bloise comenzaría a trazar planes sobre su

futuro. Cordelia era muy bonita, pero esa mañana en particular, al recogerse el pelo en un pesado rodete sobre la nuca y dejar el óvalo perfecto de su rostro al descubierto, había acentuado su hermosura. Rubia, de ojos verdes y piel de porcelana, todos en el vecindario estaban convencidos de que podría conseguir un matrimonio muy ventajoso para ella y su familia.

De hecho, el señor Bloise le había comentado la noche anterior que uno de sus conocidos, el señor Lautaro Ponce, parecía tener un interés muy especial por Cordelia, y había insinuado que un matrimonio entre su hija y el señor Ponce sería muy beneficioso para la fortuna familiar.

Jacinta apretó los labios con suavidad. Ella había tratado de retrasar ese momento durante años, a la espera de que su hija se enamorara de un hombre amable y cabal, libremente, sin imposiciones, pero eso no había sucedido. Sería el señor Bloise quien eligiera un marido para Cordelia en cuanto lo creyera conveniente, y Jacinta tenía la certeza de que ese momento había llegado.

Si su esposo decidía que su hija debía casarse con el señor Ponce o con cualquier otro, Cordelia tendría que postrarse ante el altar junto al hombre que su padre hubiera elegido para ella, le gustara o no. No deseaba ese futuro para su pequeña, pero no sabía cómo podría evitarlo.

De pronto, la puerta de calle se abrió bruscamente y golpeó contra la pared con un estampido.

—¿Dónde está esa puta...? —vociferó el señor Bloise desde el umbral del vestíbulo, asustando a todo el servicio.

Jacinta dejó caer al suelo el panecillo con un respingo; Cordelia clavó la vista en el pasillo, blanca como la cera.

Gerardo se presentó en el comedor a grandes pasos, despeinado y con el rostro enrojecido a causa de la cólera. Clavó los ojos primero en su esposa y luego en su hija.

—¡Zorra estúpida! —gritó. Hizo un gesto a el personal de servicio para que abandonara el recinto y, cuando huyeron hacia la precaria seguridad de la cocina, Gerardo dio una zancada hacia la mesa y

aferró a Cordelia del brazo, obligándola a ponerse de pie—. ¿Cuándo pensabas hablarme de tu pequeña aventura...?

—Papá, por favor, me haces daño...

—¿Gerardo...? —Jacinta lo miraba, horrorizada—. ¿Qué significa esto...?

El señor Bloise ignoró a su esposa. No apartó los ojos de Cordelia mientras la joven intentaba liberarse de esos dedos de hierro.

—Ese miserable, Rodrigo Fonseca, se ha atrevido a presentarse en mi oficina hace una hora —soltó, furioso. Corpulento, de brazos fuertes y manos grandes, no parecía importarle que estaba lastimando a su hija, mucho más pequeña, frágil y delgada que él—. Lo recibí preguntándome qué podría pretender de mí a tan tempranas horas de la mañana. ¿Y sabes qué me dijo...? ¡Que le habías prometido tu mano, por lo que deseaba poner fecha para la boda!

Cordelia lo miró a los ojos, asustada.

—¿Qué le dijiste...? —preguntó.

—¡Entonces es cierto! —Gerardo la soltó con un empujón, como si le asqueara tocarla—. ¿Qué has estado haciendo a mis espaldas, puta desvergonzada?

—Dios mío —musitó Jacinta Bloise, dilatando los ojos. Tenía las manos unidas contra su pecho, como si se dispusiera a orar. Giró sus ojos desorbitados hacia la joven—. ¿Cordelia?

La muchacha la miró, aterrorizada, incapaz de decir nada.

—Rodrigo Fonseca no es más que un miserable caza fortunas, un petimetre sin un centavo a su nombre, y aun así se atrevió a poner sus ojos en mi hija —dijo Gerardo, escupiendo las palabras. Se peinó el pelo hacia atrás con los dedos, presa de una creciente agitación—. Te advertí que te mantuvieras apartada de ese hombre. ¡Y no solo no lo hiciste, sino que además lo animaste a creer que deseabas casarte con él!

La joven crispó las manos contra los pliegues de su falda.

—Lo amo, papá —susurró.

—¿Qué dijiste...?

—Dios mío, hija —jadeó Jacinta, incrédula.

—¡Estoy enamorada del señor Fonseca! —gritó Cordelia, y retrocedió un paso, por temor a la reacción de su padre—.

¡Lo amo y quiero casarme con él!

—Putade mierda...

—Rodrigo es un buen hombre, papá. Sé que no tiene una fortuna a su nombre ni un apellido de alcurnia, pero me prometió que buscaría la manera de darme todo cuanto merecía...

—No puedo creer esto.

—Tiene amigos que podrían ayudarlo. Papá, si lo trataras, sabrías que es un auténtico caballero, y que me ama tanto como yo a él.

—¿Amor? —Gerardo comenzó a reír, cínico y mordaz—. Te diré algo, señorita: Rodrigo Fonseca es un miserable. Hijo de un segundón, ¿qué tiene, además de un rostro atractivo y veinte hectáreas de tierra improductiva? Nada. Pero es ambicioso e inteligente. No tardó en descubrir que, haciéndole la corte a la hija de un hombre acaudalado como yo, podría tener al alcance de la mano una fortuna.

—Él no es así, papá. Si quisieras escucharme...

—Te has dejado embaucar por un inútil, pero no permitiré que esto llegué más lejos. No saldrás de esta casa si no es mi compañía. No recibirás a nadie a solas.

—Papá, por favor, tienes que comprender...

—Tu madre estará al pendiente de ti. Y, por supuesto, te prohíbo que vuelvas a ver a ese hombre o a comunicarte con

él de cualquier manera, ¿me escuchaste? No te casarás con él, Cordelia. Espero que de eso no te quepa ninguna duda.

Ella apretó los labios.

—Tú no lo conoces —dijo—. Él no es como crees.

—Hija, no discutas con tu padre —intervino Jacinta al borde de las lágrimas.

Gerardo dio un paso hacia Cordelia y se detuvo bruscamente cuando esta se encogió.

—No te engañes —dijo. Pensó que debía controlarse, pero la ira y la vergüenza todavía lo carcomían—. Ese hombre no te ama.

Había hablado a favor de Rodrigo Fonseca con Lautaro Ponce, cuando Ponce le había consultado respecto a alguien que pudiera ocuparse de la administración de sus negocios en la ciudad, y Gerardo no había dudado en mencionar el nombre del joven. Él mismo lo había tomado bajo su tutela, poco después de que muriera su padre, Torcuato Fonseca, un viejo amigo y vecino de Empedrado.

Aunque no tenía fortuna, Torcuato había demostrado ser un buen amigo durante años, e incluso trabajó para él en el aserradero, cuando en su mesa ya no había comida. Muerto el padre, Gerardo había decidido pagar los estudios del hijo, cuando nadie más habría dado un centavo por alguien como él, un joven sin más valor que la ropa que llevaba encima, e incluso le había encontrado un empleo bajo las órdenes del señor Ponce, y así correspondía a su caridad: embaucando a su hija, convenciéndola de que la amaba, arrastrándola a un matrimonio que, con toda seguridad, la humillaría y la haría desgraciada.

Cordelia sintió el escozor de las lágrimas en sus ojos.

—Estás equivocado —dijo, y un sollozo le ahogó las palabras.

—Quiere tu dinero. Mi dinero. Y no lo tendrá, ¿comprendes?

—¡Él me ama! ¡Quiere casarse conmigo!

—Veo que ese hombre te ha envuelto totalmente en sus mentiras.

—Papá...

—¿Qué? ¿Crees que te dejaré hacer tu voluntad cuando sé lo que pretende? Ya intentó algo como esto una vez. ¿Te dijo que probó seducir a la hija de Emiliano Ortiz, cuando todavía era una escolar? Si esa niña no hubiera muerto a causa de una neumonía, habría sido mancillada por ese miserable.

—Eso no es verdad. Son chismes infundados. Rodrigo jamás había pretendido la mano de nadie más antes de conocerme.

—¿Eso te dijo? Qué crédula eres. Ese hombre no es el caballero que crees. Una vez te tenga en sus manos exigirá dinero.

—¡No, no lo hará!

—Dirá que no puede mantenerte con los lujos a los que estás acostumbrada, y comenzará a desangrarme sabiéndote su rehén. Pero estamos a tiempo de evitar esto.

—Gerardo, cálmate. —Jacinta lo miró, atemorizada. Nunca antes había visto a su esposo tan furioso.

Él hizo un gesto con la mano: le ordenaba callar.

—Por lo pronto, Rodrigo ya no trabaja para el señor Ponce. No volverás a verlo. Jacinta te acompañará a visitar a tu abuela a Asunción unos meses, quizás un año. Es lo mejor para ti. Para cuando regreses, Rodrigo Fonseca ya habrá encontrado a otra presa a quien esquilmar.

Cordelia adelantó la barbilla, rebelde.

—No me iré a casa de la abuela —dijo. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. No puedes obligarme.

—¡Sí que puedo, soy tu padre!

—Yo... Yo no puedo renunciar a él. —Cordelia crispó las manos a los lados de su cuerpo. El dolor en el rostro había desaparecido y en su reemplazo solo había desesperación—. Yo tengo que casarme con Rodrigo.

—¿Tienes que casarte? ¿Tienes...? —Jacinta estaba espantada. Se santiguó, incapaz de hacer algo más—. Hija, ¿qué has hecho?

Gerardo clavó en Cordelia sus ojos gélidos.

—¿Estás intacta? —preguntó entre dientes. Cordelia enrojeció de vergüenza.

—Él prometió que se casaría conmigo, papá.

—¿Eres virgen?

—Yo ya soy su mujer.

—¡Putas desgraciadas! —Gerardo descargó la palma de su mano sobre la mejilla de su hija, y Cordelia cayó al suelo con un grito—. ¿Es que no tienes vergüenza?

Asustada, miró a su padre con los ojos muy abiertos. Gerardo jamás la había golpeado con anterioridad, ni siquiera cuando lo merecía a causa de sus travesuras infantiles. Volvió sus ojos llorosos hacia su madre.

—Mamá, ayúdame —suplicó.

Jacinta se limitó a observarla, incapaz de moverse.

—Hija, ¿cómo pudiste...? —musitó—. Ahora tendremos que esperar y ver si estás... si esperas... Cordelia, ¿estás encinta?

—No lo sé, mamá.

Gerardo no había considerado la posibilidad de que Cordelia estuviera embarazada. Frunció el ceño y clavó los ojos en el vientre de su hija.

—No me avergonzarás pariendo a un bastardo —dijo fríamente—. Antes prefiero verte muerta.

Cordelia crispó los dientes. Se puso de pie lentamente, sin apartar los ojos de su padre.

—¡Soy una mujer libre, puedo decidir con quién casarme y con quién no!

—Niña estúpida.

—¡Tengo derecho a decidir cómo y con quién he de vivir mi vida! —gritó Cordelia. Nunca antes se había atrevido a rechistar las órdenes paternas. Hacerlo le parecía casi irreal, como si todo fuera solo parte de una horrible pesadilla—. No puedes obligarme a hacer nada que no quiera.

Gerardo frunció el ceño.

—Veo que has estado leyendo los artículos de esa zorra, Enriqueta Machado, cuando te ordené que no lo hicieras —dijo con desprecio—. Todas esas tonterías sobre la mujer y sus derechos solo pueden traer estas consecuencias: vergüenza, libertinaje, bastardos.

—No hables así.

—Esa mujer es una vieja enclenque y amargada que no ha podido cazar a un marido, y no podría hacerlo ni aunque se paseara desnuda por las calles.

—¡Papá!

—Su eterno estado de soltería le ha dañado la cabeza. ¡Si tuviera un hombre entre las piernas, no andaría llenando la cabeza de nuestras jóvenes niñas con su mierda!

—¡Señor! —exclamó Jacinta, horrorizada.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a decir que estamos en presencia de una inocente? —Gerardo golpeó el puño contra la mesa—. Te eduqué para que fueras una dama, una niña de buena familia, Cordelia, ¿cómo pudiste hacernos esto?

La joven intercambió una mirada con su madre. Jacinta le suplicaba en silencio que bajara la cabeza, que aceptara el regaño de su padre y esperara a que tuviera compasión de ella, pero la joven elevó el mentón con arrogancia, incapaz de callar.

—Cuestionas a la señorita Machado, y probablemente te burlas de ella con tus amigos, pero no te he oído criticar a tu hija Virginia por escribir artículos similares, papá —dijo.

Se hizo un breve silencio en la sala. Fue perceptible entonces el ruido de los cascos de un caballo al golpear los adoquines de la calle, los gritos de un vendedor ambulante, el lejano chirrido de una verja al abrirse, incluso el ligero piar de los gorriones en el jardín.

Jacinta tenía sus ojos fijos en su hija, incrédula. Cordelia jamás había nombrado a su media hermana dentro de la casa, ni parecía importarle recordar siquiera su existencia. Gerardo a veces mencionaba el nombre de la hija que había tenido con su difunta primera esposa en un comentario ocasional, de ordinario para criticarle la soltería, la forma de vestir y las amistades, incluso que quisiera seguir una carreta universitaria, que trabajara o que tratara con tanta familiaridad a los empleados, pero jamás había intentado acercarse a las hermanas, y Jacinta nunca había visto la necesidad de insistir en ello.

Virginia era para Cordelia una desconocida. Sabía que era la hija del primer matrimonio de su padre, que tenía varios años más que ella, diez en realidad, y que a veces resultaba ser la comidilla de la ciudad a causa de sus aciertos y desaciertos, de ordinario, como consecuencia de las actividades que desempeñaba como vocera de las sabelotodo en su lucha por la reclamación de los derechos femeninos, pero no mucho más que eso.

Gerardo apretó los dientes.

—He hablado con su tía sobre la crianza que le ha dado a mi hija, e incluso he conversado con Virginia sobre su comportamiento, pero eso no te incumbe —dijo—. Respecto a ella, sé a qué atenerme, pero tú, por el contrario, siempre has sido dócil y obediente. No hay punto de comparación. Estamos hablando de ti, no de ella.

Cordelia enterró los dedos en su falda.

—Me casaré con Rodrigo —declaró.

Gerardo curvó los labios en una sonrisa desagradable.

—Veo que estás desesperada por tener un marido, y si ese miserable de Rodrigo Fonseca te ha hecho un hijo, no dudes de que te arrastraré hasta el altar. Pero yo elegiré quién será tu esposo.

—¡No lo aceptaré!

—Lo harás, señorita. No creo que tengas otra opción después de hoy. —Gerardo hizo un gesto de hastío—. Pensaba ofrecerle tu mano a Lautaro, pero así no te querrá. Él tiene su orgullo. Tendrá que ser un hombre con un apellido de alcurnia, por supuesto, pero a quien no le importe tener en su cama a mercancía dañada. Gracias a Dios eres hermosa. Alguien habrá que quiera cargar contigo y con tu bastardo, si has quedado encinta.

Jacinta miró suplicante a su marido.

—Gerardo, no digas más. Mírala. Estoy segura de que está arrepentida. Ahora es incapaz de entrar en razón, pero hará lo que tú ordenes. Siempre lo ha hecho.

—Te irás a Asunción mañana por la mañana —decretó Gerardo—. Buscaré a un esposo adecuado. Cuando lo encuentre, iré por ti para llevarte directo a la iglesia. ¿Está claro?

—No me hagas esto, papá...

—Está decidido —dijo Gerardo; después de echar una dura mirada sobre su esposa, giró sobre sus talones y se marchó de la casa con un portazo.

Cordelia quiso seguir a su padre, suplicarle que la escuchara, que creyera en los sentimientos de Rodrigo hacia ella, convencerlo de que era a ella a quien quería, no a su dinero, pero no lo hizo. Sabía que sería inútil.

Jacinta finalmente recuperó el uso de las piernas. Se volvió, rodeó la mesa y fue hasta su hija, preocupada.

—Querida, ¿qué has hecho? —preguntó. Tomó la cara de Cordelia entre las manos y le buscó la mirada—. Debías esperar a estar casada para entregarte a un hombre, hija...

—Ay, mamá, por favor...

—Deja de llorar. Quiero que te calmes. Estás muy nerviosa. Eso podría afectar a tu niño, si ya has concebido.

—Tú me crees, ¿verdad? Rodrigo me ama. Tienes que ayudarme. Si hablas con papá, quizás puedas convencerlo de que me permita casarme con el hombre que quiero. —Dirigió los ojos acuosos hacia la mujer mayor, rogándole en silencio que la comprendiera—. Rodrigo prometió que se casaría conmigo. Por eso yo lo hice, me entregué a él por amor...

—Hija...

—Él cumplió su palabra. Fue a pedir el consentimiento de mi padre. Ahora debe de estar desesperado. Dios mío, tengo que hablar con él.

—No lo harás. No debes volver a ver a ese hombre. Gerardo puede tener muchos defectos, pero sabe calibrar a las personas. Si dice que el señor Fonseca no es un buen hombre, no lo es. Te mantendrás alejada de él y harás lo que tu padre diga.

—Pero, mamá, él querrá casarme con uno de sus amigos.

—Y será lo mejor que pueda pasarte —dijo Jacinta, cortante—. Siendo amigo de tu padre te tratará bien, aprenderá a quererte con los años, y tú a él. Tu hijo, si ya viene uno en camino, lo llamará padre y evitarás que tú y tu niño sean señalados en la calle.

—No quiero esto.

—Tu padre tiene dinero, pero no tanto, Cordelia. Sé de sus dificultades económicas, aunque él no ha hablado conmigo al respecto. Sabes lo que piensa, que las cuestiones de dinero no son

asunto de mujeres. Pero sé lo que sucede en esta casa. Tiene deudas. Pidió un préstamo a un indeseable. Debe mucho dinero. No está en condiciones de afrontar esto también.

—No entiendo.

—Cordelia. —Jacinta tomó el rostro de su hija entre sus manos—. Si te casas con el señor Fonseca, él esperará recibir tu dinero, pero no habrá tanto como imagina.

—Rodrigo no me quiere por mi dinero. Soy yo. Está enamorado de mí.

—Eso crees tú. Ese hombre, al ver que no ha conseguido de ti todo lo que deseaba, te despreciará y comenzará a maltratarte. No quiero eso para ti.

—Rodrigo jamás haría algo así. Jacinta le acarició la mejilla, apenada.

—Eres tan joven... Habría querido protegerte de esto, pero ahora no puedo hacer nada más por ti que apoyar a tu padre y ayudarlo a encontrar a alguien que pueda llegar a amarte —dijo en voz baja. Suspiró—. Te quedarás en tu habitación y no saldrás de allí hasta que el señor Bloise haya solucionado esto. No te molestes en escribir a ese hombre, Cordelia. Si viene a preguntar por ti, yo lo recibiré en tu nombre y le diré que ya no puede verte, que estás comprometida con otro caballero.

—¡No puedes hacerme esto!

—Es por tu bien. —Jacinta intentó tomar las manos de su hija entre las propias, pero la muchacha se apartó, furiosa. Pero más que furiosa, sabía que Cordelia se sentía dolida, traicionada—. Lo hago por ti. Ahora trataremos de resolver el problema en que te has metido. Quédate en tu habitación y evita enfrentar a tu padre. ¿Está claro?

Cordelia deseaba protestar, rebelarse, demostrarle a su madre que no estaba dispuesta a renunciar al hombre que amaba, pero calló.

—Sí, madre. Muy claro —dijo en voz muy baja—. ¿Puedo retirarme ahora?

—Sí, por supuesto. —Jacinta vaciló—. Lo siento mucho, querida.

Cordelia asintió, se volvió y abandonó el salón comedor con pasos ligeros. Resistió el impulso de llorar hasta que estuvo en su alcoba, y allí, sola en su cama, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Buscó en el bolsillo con dedos ansiosos y desplegó la carta que Rodrigo le había enviado, ahora lo sabía, poco después de ser humillado por Gerardo que le negó su mano. Leyó las breves líneas escritas por su amado con lágrimas en los ojos.

Mi amada Cordelia:

Ignoraba hasta hoy que el señor Bloise, hombre que siempre consideré un caballero amable y por demás razonable, adoleciera de una arrogancia inconcebible, siendo capaz de despreciar mis sentimientos hacia ti solo a causa de mi triste situación económica.

No quisiera apenarte con los detalles de mi entrevista con él, pero dijo que, si me atrevía a pretenderte, antes que verte casada conmigo, prefería desconocerte como hija, y que no debía esperar ninguna ayuda de su parte si conseguía, mediante artimañas, unir mi vida a la tuya.

Querida mía, tu padre prefiere dar crédito a los chismes que me tildan de cazafortunas. Estoy seguro de que te hablará de ellos y procurará que desconfíes de mis sentimientos e intenciones. No lo permitas. Confía en mí. Te amo. Siempre te amaré. En este momento, no tengo medios para ofrecerte todo cuanto mereces, mi vida, y dudo de que alguna vez los tenga. Te libero de tu promesa, mi amor. Despidámonos así. Es lo mejor.

Siempre tuyo, Rodrigo Fonseca.

Cordelia secó sus lágrimas. Por supuesto, tendría que huir con Rodrigo. Él no se lo había pedido, era un caballero, no se atrevería a hacerlo, pero Cordelia sabía que era la única forma de estar juntos. Guardó la querida carta en su bolsillo y se puso de pie, sin saber qué hacer exactamente, ahora que había tomado una decisión.

No podía quedarse allí y someterse a los designios paternos como siempre había hecho. Jamás podría casarse con un hombre elegido por el señor Bloise, probablemente un anciano como él, y esperar a la noche de bodas para soportar esas caricias, sus besos, la intimidad que solo había conocido con el hombre que amaba.

Él se lo había advertido. Rodrigo le había asegurado que el señor Bloise no permitiría un matrimonio entre ellos, pero Cordelia, tontamente, había confiado en el buen corazón de su padre y le había asegurado a Rodrigo que él comprendería la profundidad de los sentimientos que los unían, que la amaba y que querría que fuera feliz, y que los ayudaría económicamente hasta que el señor Fonseca pudiera ofrecerle por sí mismo los lujos a los que estaba acostumbrada.

Qué estúpida había sido. Por supuesto que su padre no los apoyaría. Siempre había considerado más importante el dinero y la posición social que los sentimientos.

Escaparía de la casa e iría al encuentro del señor Fonseca. Lo sorprendería con su determinación. Cuando estuviera ya casada, con su niño en brazos, quizás podría regresar para pedir el perdón de sus padres. Tenía que demostrarles que estaban equivocados.

Sus sueños de vestir de blanco y casarse frente al altar en la Catedral de Nuestra Señora del Rosario, con su madre a su lado y su padre entregándola a Rodrigo orgulloso, feliz por ella, se habían esfumado.

No habría una recepción con sus amigos y vecinos, tampoco una despedida de sus padres, prometiendo visitarlos con regularidad.

Todas sus ilusiones habían sido pisoteadas por el señor

Bloise y ese tonto orgullo.

Cordelia sabía que debía marcharse de inmediato, antes de que su padre regresara a casa o que su madre decidiera encerrarla bajo llave, al desconfiar de tanta docilidad.

Con un bolso de viaje bastaría. ¿Qué llevaría? Un retrato familiar, por supuesto, un vestido sencillo, un abrigo, los pendientes de oro y un cepillo para el pelo. Si necesitaba algo más estaba segura que la señora Romilda, la madre de Rodrigo, la ayudaría. Siempre se había mostrado atenta y cariñosa con ella.

Cordelia se inclinó y comenzó a buscar en su baúl aquello que consideraba indispensable para la huida, dispuesta a comenzar una nueva vida junto al hombre que amaba, antes de que alguien pudiera impedirselo.

CAPÍTULO 2

Salvador ayudó a la señorita Virginia Bloise a sentarse en la carreta y esperó a que la mujer acomodara la falda en el pescante. Recién entonces tiró de las riendas y chasqueó la lengua.

Ruperto avanzó al trote corto a través de la multitud que atestaba el puerto, rumiando entre dientes su hastío. El viejo jamelgo de la señorita Agustina detestaba el gentío. Prefería con mucho dedicar gran parte de su tiempo a pacer en el pesebre y no a trabajar para ganarse el sustento, de ahí el mal humor. Salvador murmuró unas palabras en guaraní con la intención de animar al caballo a continuar el lento andar; el animal movió las orejas, atento a los halagos.

Sin soltar ni el bolso de viaje, la sombrerera, la sombrilla o el manguito de lana, Virginia se volvió y observó el interior de la carreta con interés. El vehículo estaba atestado: un par de balas de alfalfa, tres bultos repletos de papas y varios costales de frutas y diversas verduras ocupaban casi todo el espacio disponible.

—Son las compras de la semana, señorita —dijo Salvador que le dirigió una breve mirada.

—¿Alimentaremos a un batallón, acaso?

Los labios de Salvador se extendieron en una sonrisa sardónica mientras conducía a *Ruperto* hacia la casa.

—Cuando Mamá Gigi supo que venía por usted, me encargó que pasara por el mercado primero —explicó—. Dijo que usted tendría hambre y que, acostumbrada como está a comer como un caballo, tenía que traerme todo lo que podía cargar.

Virginia sonrió bajo el influjo de su buen carácter.

—Eso es insultante —dijo.

—¿Está usted hambrienta, sí o no?

—Sí, pero eso es irrelevante. Mamá Gigi no debería compararme con un caballo.

Salvador le dirigió una mirada de curiosidad.

—Dice usted que está hambrienta —dijo—. ¿No le daban de comer en casa de la señora Bloise?

—No mucho. Mi abuela insiste en que una dama debe comer como un pajarito. Se dedicó a darme alpiste las últimas dos semanas, imagínate.

Salvador la miró atónito.

—¡Señorita...! —exclamó horrorizado, y poco faltó para que el indio detuviera la carreta en medio de la calle a causa de la sorpresa. Entonces notó la picardía en la mirada de la mujer y meneó la cabeza, riendo entre dientes—. Le estaba usted haciendo una broma a su Salvador, ¿verdad que sí?

—Sí, perdona. No pude contenerme.

—Su abuela no es tan mala.

—No, no lo es. —Virginia ahuecó los labios—. Agregó un poco de pan y leche a mi alpiste cuando comencé a llorar de hambre.

—¡Qué cosas dice usted!

Virginia se removió en el asiento en un vano intento de encontrar una posición más cómoda entre los bártulos. Fue entonces cuando el dobladillo de la falda se le enganchó en un clavo. Ella suspiró, irritada. Acomodó el bolso sobre sus rodillas, dejó el manguito y la sombrilla en el suelo, junto a los botines, y tiró con fuerza de la tela para liberarla.

—No creo que eso funcione... —comenzó Salvador, dubitativo.

El dobladillo cedió y la tela se rasgó con un desagradable siseo.

—¡No, no, no! —Virginia intentó unir los bordes irregulares de la rotura—. No es tan malo, ¿verdad? Puede arreglarse.

—Habrá que preguntarle a Mamá Gigi.

—Me regañará por esto.

—Bueno, sí. Usted no tiene tantos vestidos como para andar rompiendo este, el único bonito que le sirve.

—Mamá Gigi lo coserá y quedará como nuevo.

—Debería aprender usted a coser —dijo Salvador—. Ya lo dijo Mamá Gigi. Si no aprende usted pronto, tendrá que ir por la calle en retazos, porque ella ya no tiene vista para estas cosas. Dice que enhebrar la aguja es cada vez más difícil a su edad.

Ella hizo un mohín.

—Aprenderé a coser, lo prometo —dijo.

—Eso siempre dice usted.

Virginia sonrió. Salvador volvió la atención hacia la creciente multitud que caminaba por las calles aledañas al puerto.

El bullicio era ensordecedor. Docenas de hombres se dirigían hacia el muelle con carretas repletas de cereales, listos para pasar la carga a la cubierta del *Clarisa*. Elegantes carruajes cargados de baúles y equipaje seguían a los jóvenes estibadores, llevaban a quienes, con seguridad, subirían a bordo del *Victoria* como pasajeros de primera clase. Pronto zarparían ambas embarcaciones hacia el norte, y tanto la carga como los pasajeros debían estar a bordo para entonces.

Salvador dio un respingo, maldijo entre dientes y tiró de las riendas bruscamente cuando alguien se interpuso en su camino. *Ruperto* corcoveó y se removió inquieto bajo el arnés, cuando el caballero al que casi había atropellado levantó el bastón hacia él, con la clara intención de lastimar al jameigo.

—¡No se atreva a golpearlo! —gritó Virginia.

El caballero entornó los ojos.

—¿Cómo dice? —vociferó también.

Ella lo amenazó con la sombrilla.

—¡Si lo golpea, usted recibirá otro tanto de mi parte! —advirtió.

El caballero iba a responder algo y, a juzgar por su expresión, algo realmente insultante, cuando reparó en la expresión de Salvador. Cerró la boca bruscamente. Giró sobre los talones y desapareció en la multitud sin decir una palabra más.

—Dios mío. —Virginia dilató los ojos, confundida—. ¿Qué le pasó...?

—Lo usual, señorita —dijo Salvador—. Se asustó de mí.

—Qué tontería.

—Ninguna tontería. Ya me ve usted.

—¿Qué tengo que ver en ti?

—No se haga la zonza conmigo. Mamá Gigi dice que asustaría a cualquiera que no me conociera.

Virginia lo miró intentando verlo del modo en que lo haría un desconocido.

El indio no era un hombre peligroso, pero lo parecía. De hombros anchos y complexión robusta, difícilmente podría pasar desapercibido en una aglomeración. A sus treinta y cinco años tenía poco más de metro setenta, brazos fuertes, músculos definidos y piernas gruesas. Se veía como un púgil, olía a caballos y a cuero engrasado y muy pocas veces sonreía cuando se encontraba entre extraños. Las personas que desconocían su carácter afable y caritativo no dudaban en evitarlo y hacer un rodeo antes que cruzarse en su camino; aunque eso le disgustaba, Salvador no dudaba en admitir que aquella actitud le era muy útil cuando tenía que atravesar las atestadas calles de Corrientes y abrir paso para las mujeres de la casa en un momento de apuro.

De pómulos anchos, nariz gruesa y labios prominentes, no podría jamás tener pretensiones de belleza, decía Mamá Gigi cada vez que se detenía a observarlo, pero hasta ella debía admitir que, con todo, Salvador tenía un rostro atractivo. Allí donde fuere recibía las atenciones de jóvenes ansiosas por llamar su atención, aunque él no parecía particularmente interesado en ninguna de ellas.

La señorita Agostina lo había encontrado mendigando en las cercanías del puerto, poco después de que Virginia cumpliera diez años. Por entonces, Salvador era un muchacho hosco y callado, acostumbrado a desconfiar de los blancos.

Aunque Agostina no necesitaba más personas en la casa que Mamá Gigi y una joven empleada llamada Josefa, y tampoco sabía cómo lidiar con un muchacho huraño y taciturno como lo era Salvador en aquel entonces, decidió ofrecerle un empleo. Nunca supo explicar por qué. En cuanto Salvador se presentó en su puerta, tres

días después de que ella le hubiera ofrecido techo y comida a cambio de trabajo, hambriento y con varios golpes en su cara, Agustina lo destinó al cuidado del jardín.

Poco a poco Salvador relegó al olvido los gritos, los azotes, los insultos y al desprecio que había soportado en las calles, hasta que comenzó a confiar y a sentirse a gusto junto a la señorita Agustina y su familia.

Mamá Gigi era quien llevaba la casa y quien, de ordinario, tomaba decisiones respecto a quién haría qué dentro de sus dominios. En cuanto vio a Salvador, decidió que además de trabajar en el jardín, podría ocuparse también de la seguridad de la señorita Virginia. Era, a ojos vistas, un muchacho fuerte y robusto, que, al crecer, vaticinó, lo sería mucho más. Él bastaría para mantener a la niña, y luego a la mujer, lejos de los problemas, le aseguró a la señorita Agustina.

Salvador aprendió a leer y a escribir, al igual que Josefa y la misma Mamá Gigi, bajo la atenta supervisión de un maestro de aspecto enclenque y esmirriado, pero muy paciente, vecino de la señorita Acuña. Agustina había decidido impartir clases particulares a Virginia, después de que las monjitas del Colegio San José le hicieran saber que la niña se distraía con facilidad y que estaba comenzando a retrasarse en sus estudios.

Poco tiempo después, Salvador comenzó a ayudar a la señorita Agustina a llevar las cuentas de la casa, mientras Josefa y Mamá Gigi se ocupaban a su vez de la tienda de vituallas que la familia regenteaba.

Al hacerse mayor, Salvador pudo haberse marchado a buscar un futuro mejor, pero no lo hizo. Cuando Mamá Gigi le preguntó por qué no tomaba sus bártulos y se marchaba al norte, donde se decía que había buenos empleos para hombres fuertes como él, Salvador se limitó a decir: “porque mi familia está aquí”. Nunca más volvió a mencionarse la posibilidad de que se marchara, ni siquiera para obtener un empleo más redituable.

—Espero que haya tenido un buen viaje, señorita —dijo Salvador. Los gritos en castellano y guaraní, las carcajadas y la acostumbrada cacofonía que caracterizaban las calles aledañas al puerto de ordinario disuadían toda posibilidad de conversación, pero eso no lo detuvo—. Su tía se preocupó mucho cuando usted le escribió diciéndole que regresaba a casa sola, sin la compañía de Josefa.

—¿Qué podía hacer? Mi abuela la necesitaba, y yo no pensaba quedarme un día más en Asunción.

—¿Por qué no?

—Habría terminado asesinando a mi abuela.

—¡Señorita!

—Salvador, no lo decía en serio. —Virginia sonrió cuando le vio la expresión horrorizada—. De verdad que no. Lo prometo.

—Con el temperamento que Dios le dio a usted, no me sorprendería que lo intentara, qué le puedo decir.

—Bueno, te aseguro que a veces me es muy difícil contenerme.

—¿Qué le hizo su abuela ahora?

—La abuela Clementina está acostumbrada a decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer y a veces lo hace de manera hiriente y descortés.

—¿Le dijo otra vez que debía casarse antes de envejecer y morir seca como una ciruela pasa?

—Entre otras cosas, sí.

—¿Le habló de cómo cazar a un hombre?

—Sí.

—¿La atosigó diciéndole que debería ser más amable con los caballeros?

—Sí. —Virginia apretó los labios en una fina línea de disgusto—. Incluso obligó a la tía Ernestina a presentarme a todos los hombres del vecindario.

—Imagínese. ¿Alguien interesante?

—Te aseguro que ninguno de ellos tenía dos dedos de frente.

—No me diga.

—A la abuela Bloise no le gusto —aseguró Virginia—. De hecho, creo que no tiene ninguna simpatía por nadie en su familia.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Sus quejas constantes sobre mi carácter desagradable y la simpleza de toda su descendencia, por supuesto. Durante mi estadía acabó con la paciencia de la tía Ernestina. Incluso ella, que de ordinario es tan amable y dulce, se hartó y regresó a su casa, jurando no regresar jamás junto a su madre.

—Eso sí que es difícil de creer. Su tía Ernestina es una santa.

—Te aseguro, Salvador, que si decidiera asesinar a mi abuela, la tía Ernestina me ayudaría a ocultar el cadáver.

El indio intentó no sonreír.

—Si la oyera su tía Agostina se disgustaría mucho con usted —dijo.

—Solo por principios.

—¿Le parece?

—Bueno, nunca congenió con mi abuela. —Virginia intentó quitar las pelotitas de lana que se habían formado sobre el manguito. Hizo un gesto, restándole importancia al tema.— En fin, decidí regresar a casa en cuanto mi abuela me dijo que me presentaría a un viudo que necesitaba una madre para sus cinco hijos. Que a mi edad solo inspiraría lástima en un caballero y que debería sentirme halagada si el viudo de marras mostraba algún interés en mi persona.

—Qué mujer tan desagradable.

—¿Verdad que sí? Criticó mi ropa, mi peinado, mis zapatos. Terminó diciendo que la avergonzaban mis ideas libertarias y que esperaba renunciara a ellas por el bien de la familia.

—Imagino que eso fue demasiado para usted —comentó Salvador. Él siempre había sentido un gran rechazo hacia la señora Bloise—. Su abuela es todo un caso.

En su opinión, la abuela paterna de la señorita Virginia no era una buena persona. Detestaba a la señorita Agostina y apenas toleraba a la misma Virginia, la mayor de sus nietas, pero, siempre que necesitaba dinero, escribía exigiendo una visita.

Salvador suponía que su avinagrada actitud frente a la vida se debía a que el señor Bloise había huido del país para morir en el extranjero, después de haber dilapidado gran parte de la fortuna familiar, dejándola en manos de sus parientes, sola y con dos hijos pequeños para criar: una niña, la señorita Ernestina; y un niño, el señor Gerardo, padre de Virginia.

Una situación como aquella bien podía acabar con lo poco de bueno que pudiera tener una persona, pensó Salvador.

—Sí, lo es —continuó Virginia—. De todas maneras no podía dejarla sola, después de que la tía Ernestina hiciera mutis por el foro. Deje a Josefa con ella para que le hiciera compañía unos días, en tanto Ernestina se calma. Ya sabes que el enojo no le dura mucho. Regresará con la abuela en cuanto le pase la rabia.

—Entiendo. —Salvador esbozó una sonrisa—. ¿No le dijo a su abuela que, Dios mediante, no llegará usted soltera a la tumba?

—¿Qué quieres decir?

—Debió haberle hablado usted del señor Benicio Andrada.

—Oh, él.

—Sí, señorita, él. ¿No le gusta a usted?

—Sabes que no.

—Entonces debió ser más clara con ese hombre. En su ausencia, el señor Benicio habló con su padre, el señor Gerardo, y luego con su tía, y pidió permiso para cortejarla a usted, ¿sabe?

Virginia lo miró, incrédula.

—Estás de broma —balbuceó.

—No, señorita. Su tía ya le ha insinuado a usted en varias ocasiones lo feliz que la haría que se casara usted con ese hombre; en cuanto a su señor padre, entiendo que nada lo haría más feliz que verla a usted casada y criando niños.

—Dios mío.

—Debió contarle a su abuela que tiene usted un pretendiente.

—El señor Benicio no me interesa, Salvador. Jamás congeniaríamos. Mi abuela no tiene por qué saber de su existencia.

—En el mercado se rumorea que usted está prometida a él.

—Tonterías. Considero al señor Benicio un buen amigo y siento un enorme cariño por su hermana, pero jamás me uniría a él en matrimonio. Somos muy diferentes —dijo Virginia, decidida, y luego hizo un gesto con la mano—. Y ya puedes comenzar a repetir eso en el mercado.

—Como usted diga.

—Me disgusta muchísimo que la gente esté tan al pendiente de mis asuntos. Como si no tuvieran vida propia de la cual ocuparse.

—La suya será más interesante, imagino.

—Supongo que sí.

—Me alegro de que haya regresado usted, señorita —dijo Salvador con una sonrisa—. Su tía la necesita aquí, con ella, ¿sabe?

Virginia desvió la mirada.

—¿Ha vuelto a jugar? —preguntó en voz baja, preocupada.

—Mamá Gigi la tiene bien vigilada y yo no le saco el ojo de encima, pero...

—¿Pero? Dios mío, Salvador, si tengo que seguir desembolsando lo poco que tenemos en metálico para recuperar los pagarés que firma mi tía, no sé cómo vamos a sobrevivir.

—No estoy seguro de qué está haciendo con el dinero la señorita Agustina, pero verá usted, las ventas en la tienda aumentaron esta semana, y Mamá Gigi y yo pensamos en utilizar ese dinero para arreglar las gradas. Sin embargo, cuando se lo pedimos a la señorita Agustina, ella dijo que no tenía nada para darnos, que las gradas tendrían que esperar.

—Entonces está jugando otra vez.

—Bueno, para serle sincero: sí, creo que sí.

—Ay, Salvador...

—No se lamente, señorita. Lo hecho, hecho está. Ahora que usted ha regresado, la señorita Agustina se comportará. Sabe que la quiere mucho y que jamás se atrevería a decepcionarla.

—Lo sé, Salvador.

—Todos la extrañamos mucho —dijo de pronto, más animado, quizás con la intención de distraerla—. Incluso *Bruno*, el malvado. Se ha pasado las tres últimas semanas durmiendo sobre uno de sus viejos vestidos, imagínese.

—Salvador, ¿le diste su ración de caricias diarias?

—Sí, señorita, lo intenté, pero ese ganso es malo como el diablo. No quiere a nadie más que a usted. Mire cómo me ha dejado el brazo a fuerza de picotazos —dijo y le enseñó una serie de marcas rojas y púrpuras en forma de media luna que se extendían desde el dorso de su mano hasta el codo—. Mamá Gigi ha jurado convertirlo en caldo si no aprende a convivir con nosotros en paz.

Virginia asintió.

—Hay que darle tiempo. El señor Navarrete lo molía a golpes cada vez que lo encontraba fuera de su corral. Es natural que no confíe en las personas.

—Me alegro que lo haya rescatado de la vida que tenía junto a su vecino, señorita, pero *Bruno* se lleva mal con todos en casa. *Pedro* no puede ni acercarse al patio cuando el ganso ese está fuera de su estanque. Se ha dedicado a aterrorizar al perro de la familia desde que llegó.

—*Bruno* aprenderá a comportarse. Solo necesita un poco de tiempo y amor.

—Dudo de que ese animal del demonio cambie su actitud en un futuro cercano, señorita, pero, ahora que usted ha regresado, ya no es mi problema.

—No te preocupes por él. ¡Dios mío, detente, Salvador!

Él tiró de las riendas. *Ruperto* bufó, malhumorado. Se detuvo bajo la sombra de los árboles, a la vera de la calle.

—¿Señorita?

—Quédate aquí.

—¿Qué hace...?

Virginia se apeó de un salto, arrojó el bolso y el manguito sobre el pescante y crispó los dedos contra la sombrilla.

—Regreso enseguida —dijo.

—Pero, señorita...

Ella recogió parte de la falda con los dedos y echó a correr hacia el final de la calle, dejándolo solo.

Salvador se tragó un impropio cuando la vio eludir las ruedas de un carruaje y perderse entre la multitud, decidida a que nadie la distrajera de su objetivo, cualquiera fuera ese. Pensó en ir tras la señorita, pero, si lo hacía, era muy probable que a su regreso ya no encontrara la carreta y mucho menos las pertenencias; por otro lado, si no lo hacía, ella podría meterse en problemas.

Salvador murmuró una maldición y azuzó al caballo con la intención de seguirla, pero el jamelgo clavó las patas en el suelo y se negó a continuar.

—*Ruperto*, mueve el culo —gruñó Salvador. El animal se limitó a volverse y enseñar los dientes en una beatífica sonrisa.

Salvador maldijo entre dientes. Oró porque la señorita Virginia no se metiera en problemas.

Era condenadamente buena en eso.

* * *

Virginia atravesó el gentío y llegó jadeante al final de la calle. Soltó el vestido y se apoyó un momento en la verja de una casa, a la espera de recuperar el aliento. Con la carrera, el cabello se le había escapado de las horquillas que hasta entonces lo habían mantenido confinado en un pesado rodete: ahora vibrantes tirabuzones color caoba le enmarcaban el rostro, bajo las alas de su anticuado sombrero de plumas.

Cuando se consideró capaz de hablar sin resollar, divisó a su objetivo entre la muchedumbre y fue hasta él con la determinación de un general.

—¡Señor! —gritó—. ¡Deténgase ahora mismo!

Varios transeúntes se volvieron y la observaron con curiosidad. Virginia cruzó la calle a zancadas. Ella se detuvo frente a un conocido truhán de la región, con las mejillas arreboladas, el pelo desordenado

y un retazo de su ruedo arrastrándose por el barro.

Justiniano Escalante se volvió y miró a la mujer, ceñudo.

—¿Usted, otra vez...?

—Veo que me recuerda, señor Escalante. Me siento halagada.

—¿Es que no tiene nada más que hacer, además de molestarme con sus tonterías?

—No, para su desgracia —dijo ella y antes de que él pudiera adivinar sus intenciones, Virginia le arrebató de las manos el látigo que había estado esgrimiendo contra su caballo—. ¡Y ya deje eso!

—¿Qué cree que está haciendo...?

—Evitar que siga torturando a un animal indefenso, señor.

—¿Cómo dice?

—Aléjese de este jamelgo y déjelo en paz.

Justiniano la miró y apretó los dientes, de pronto furioso. Ya se había enfrentado a esa mujer en dos ocasiones: la primera cuando lo había sorprendido golpeando a un perro vagabundo que se había atrevido a gruñirle mientras realizaba las compras a pocos pasos del mercado, y la segunda al descubrir que uno de los potrillos que pensaba carnear para agasajo de sus invitados había huido.

Estaba seguro de que la señorita Bloise había ordenado a ese indio que la seguía a todas partes hacerse con el animal antes de que él lo matara, pero sin pruebas nada podía hacer.

Cuando la acusó de quedarse con un animal de su propiedad, esa zorra solterona se limitó a reírse de él y a retarlo a que probara el crimen. Y ahora, pensó rabioso, se atrevía a desafiarlo en público por un miserable jaco que apenas podía tenerse en pie.

—Es mi caballo y haré con él lo que quiera —dijo entre dientes.

—No lo creo, señor.

—Si no quiere recibir unos buenos azotes usted también, señorita Bloise, será mejor que se aleje de mí y regrese por donde vino.

—¿Me está amenazando?

—No me presione.

El gentío que se había reunido alrededor comenzó a dispersarse poco a poco. Quizá, si la razón del conflicto fuera dinero o un amorío mal avenido, habrían encontrado algo de interés en el asunto, pero presenciar una discusión por el bienestar de un animal, y además uno viejo y enfermo como aquel, carecía de todo interés para la mayoría de los transeúntes.

Virginia apretó los labios.

— ¿Cree que le tengo miedo? — preguntó envarada.

— Siempre pensé que su padre había sido muy indulgente con usted. Debió tumbarla sobre las rodillas y darle una buena tunda la primera vez que se atrevió a enfrentársele.

— Como eso no sucedió, no sé por qué deberíamos discutir al respecto. — Ella arrojó el látigo del señor Escalante al suelo y con un puntapié lo mandó debajo de la carreta, lejos de su alcance—. Debería avergonzarse. Una buena persona jamás lastimaría a un animal indefenso.

— ¡Es mío!

Virginia lo ignoró y se acercó al caballo con lentitud. No quería asustarlo. Extendió las manos y le acarició el morro. Dibujó los huesos del animal con los dedos mientras él mantenía los enormes y tristes ojos castaños fijos en el suelo. La sangre le rezumaba de las heridas. Tenía el pelo sucio y apelmazado, varios cortes en la grupa y una horrible y maloliente lesión en el cuello. Debía estar cansado y adolorido; aun así, todavía intentaba tirar de la carreta que se había quedado atascada en el barro. Estaba a punto de desplomarse y lo único que parecía impedirselo era el miedo a recibir más latigazos.

— Tranquilo — susurró. Ella comenzó a tirar de su arnés, decidida—. Nadie volverá a lastimarte.

— ¿Qué hace...?

— Liberarlo de su crueldad, por supuesto.

— Zorra estúpida. — Justiniano cerró los dedos contra el corpiño de su vestido y la apartó del animal con un empujón—. Aléjese de mi caballo. ¿Acaso está loca...?

— Este animal está exhausto.

—¿Y eso a usted qué le importa?

—Me importa. No puede lastimarlo así. Déjemelo.

—¿Cómo dice?

—Entréguemelo. Lo llevaré conmigo a casa y cuidaré de él. A usted no parece importarle y conmigo tendrá una buena vida.

Justiniano estaba atónito.

—¿Se está burlando de mí? —preguntó, incrédulo.

—En absoluto. Démelo y me iré. Morirá si no recibe los cuidados necesarios, ¿no lo ve?

Justiniano dirigió los pequeños ojos oscuros hacia las pocas personas que todavía permanecían en las inmediaciones e hizo un gesto de inquietud. Se tironeó de la corbata e intentó controlar el mal genio. Nunca le había gustado llamar la atención sobre su persona, y esa maldita mujer con sus gritos lo había convertido en el centro de la atención de los transeúntes.

—Señorita Bloise, váyase y déjeme en paz —dijo con más calma.

Ella lo ignoró.

—Usted es un hombre malvado y egoísta.

—¿Ahora me insulta...?

Virginia bajó la voz hasta convertir las palabras en susurros destinados solo a los oídos del señor Escalante.

—Además de maltratar a animales indefensos como este, sé que se dedica usted a considerar a las personas como mercancía y no duda en abusar de ellas si le place —dijo—. Sé de las jóvenes muchachas que mantiene usted encerradas en su casa de la calle Irigoyen para el disfrute de sus amigos.

—Esas mujeres son putas. ¿Qué pueden importarle a usted?

—Le advierto, señor Escalante, que haré todo lo que esté en mis manos por defenderlas también a ellas de usted. He oído rumores. Usted las golpea y abusa de ellas.

—No me diga. ¿Y usted piensa detenerme?

—Sí —replicó ella—. Comenzaré por escribir un artículo sobre la forma en que maltrata usted a esas pobres mujeres que tiene bajo su yugo. La sociedad entera lo conocerá como el monstruo que es.

Justiniano crispó los puños a los lados del cuerpo.

—Por Dios, usted no está bien de la cabeza. No son más que putas a mi servicio, y están allí por propia voluntad. Administro un burdel, señorita Bloise, no una subasta de blancas.

—Es un miserable. Jamás podría respetar a un hombre como usted.

—La perspectiva no me dejará dormir esta noche, se lo aseguro.

Virginia dio un paso hacia él y se detuvo.

—Debería avergonzarse —dijo—. ¿Cómo puede mirar a su familia sabiendo que tiene la sangre de inocentes en las manos?

El señor Escalante enrojeció de furia.

—¡Son putas, mierda! —gritó—. ¿Acaso ve a alguien más quejándose del trato que les doy a mis mujeres? Los clientes sobran, señorita Bloise, y le aseguro que muchos de ellos trabajan para el gobierno. Usted no arruinará mi negocio con sus tonterías.

—Eso está por verse.

—Si no se marcha ahora mismo...

—¿Qué hará...? ¿Golpearme a mí también? —lo desafió Virginia con expresión beligerante. Crispó los dedos contra la sombrilla, lista para defenderse—. Adelante, atrévase.

Justiniano apretó los dientes.

—Zorra...

—¡Monstruo desalmado!

Él estiró la mano y enterró los dedos en el brazo de la muchacha.

—Si fuera usted un hombre, ¿sabe lo que le haría...? —siseó, rabioso. La zarandó, incapaz de contenerse. La sombrilla de la joven cayó al suelo con un chasquido y el sombrero se deslizó hacia un lado—. ¡Me encantaría retorcerle el pescuezo, zorra entrometida!

Virginia forcejeó con él.

—Suélteme, se lo advierto. Me está lastimando.

—¿Cree que eso me importa...?

Virginia decidió que era el momento de darle un buen golpe en las espinillas y se preparó para propinarle un puntapié, cuando de pronto el señor Escalante fue apartado de ella bruscamente.

Virginia se tambaleó. Desconcertada, se apresuró a devolver el sombrero a su lugar. Pestañeó, confundida, cuando vio al señor Escalante gimoteando junto al carro, con una mano sobre la nariz. Había sangre entre sus dedos. Todavía incapaz de imaginar qué había sucedido con él, dirigió los ojos hacia el caballero que se encontraba de pie a su lado, el que se limpiaba los nudillos con un pañuelo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él con suavidad: la voz tenía la oscura sedosidad del terciopelo.

Los ojos verdes, gélidos y despiadados, parecían astillas de hielo. La estaba evaluando con tanta atención como lo haría un depredador con su presa. Virginia lo miró con ansiedad. Fijó los ojos en la cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara.

Él enarcó una ceja y ella se avergonzó de su conducta. Ese pobre hombre pudo haber sido víctima de un horrible accidente en el pasado, y ella se había quedado mirándolo fijo como una impertinente. Mamá Gigi la habría reprendido duramente si hubiese sido testigo de esa falta de modales.

—¿Señorita?

—Perdone, ¿decía usted...? —balbuceó. Pese a lo nerviosa que la ponía esa brutal atención, Virginia se reconoció fascinada con el cruel atractivo del extraño.

Pensó con melancolía en su bolso de viaje. Allí estaban sus carboncillos. Si hubiese podido habría ido por ellos y se habría avergonzado a sí misma pidiendo el permiso de aquel caballero para plasmarlo en papel.

La amargura y la crueldad habían esculpido ese rostro con severidad y, aun así, conservaba cierto atractivo, pensó. Los pómulos anchos, la nariz recta, el dibujo perfecto de la boca, incluso la dura aspereza de la mandíbula realzaban el tosco encanto de su semblante. De hombros anchos y músculos definidos, tenía un aspecto más que intimidante: peligroso. Vestía como un caballero, y sin duda alguna sus modales eran los propios, pero esa gélida expresión solo podría serle atribuida a un bandido.

Fascinante.

—¿Se siente bien? —preguntó él—. ¿Está herida?

Virginia se ruborizó.

—Oh, no, en absoluto. Estoy muy bien. Gracias por preguntar.

Una dama apoyó la mano con suavidad sobre el brazo del caballero y después de mirarlo a los ojos un instante, le sonrió a Virginia con dulzura.

—¿Está segura, señorita...? —preguntó.

—Eh, sí, estoy segura. —Ella la miró, sorprendida. Había estado tan subyugada por la poderosa presencia de aquel hombre, que no había notado a la dama que lo acompañaba. De rasgos exóticos, su espléndida hermosura había dejado atónitos a más de la mitad de los hombres que hasta entonces habían presenciado indiferentes la escena. La elegante palidez de esa piel de magnolia, la nacarada suavidad de esos ojos jade y la rubia cabellera solo acentuaban el encanto que su voz y sus maneras transmitían con cada uno de sus gestos.

—Quizás deberíamos acompañarla a ver un médico —insistió la dama.

Virginia sonrió y agitó la mano en el aire, despreocupada.

—No será necesario, pero gracias de todas maneras.

—Este hombre intentó lastimarla. Tal vez debería esperar por la policía.

—Oh, eso sería un inconveniente para mí. —Virginia era plenamente consciente de que aquel frío depredador que había acudido en su rescate la estaba mirando. El rubor comenzó a teñir sus mejillas de un rojo furioso—. Tengo otras cosas que hacer, y eso solo retrasaría mis labores.

El caballero que había acudido en su ayuda se inclinó, recogió su sombrilla y se la ofreció.

—Creo que esto es suyo.

—Sí, gracias. —Virginia la tomó y, en un vano intento de disimular su nerviosismo, se ocupó de alisar una arruga invisible en la falda.

El señor Escalante finalmente espabiló. Se presionó un sucio pañuelo de lino contra la nariz.

—¡Esta mujer me atacó primero! —declaró, masticando las palabras entre los dientes. Arrojó un escupitajo de sangre a sus pies—. ¿Qué otra cosa podía hacer yo, además de defenderme?

El caballero lo miró a los ojos, inexpresivo. No había rastro alguno de humanidad en su mirada; por el contrario, se percibía en él una completa ausencia de emociones.

—Discúlpese con la dama —exigió.

—¿Una dama?, ¿esta furcia? Señor, usted no la conoce. Esta mujer es un peligro. Es...

—Discúlpese con ella —dijo, suave—. Ahora.

—¿Qué mierda...?

—Soy Giuliana Ferrini —se presentó la mujer en tanto, como si un altercado como aquel fuera cosa de todos los días—. ¿Usted es...?

—Virginia Bloise. —La joven se mostró sorprendida cuando el caballero fijó en ella su mirada de hielo—. Me habría gustado conocerla en otras circunstancias...

—Tonterías. Esta es de lo más interesante.

—Eh, su marido... Creo que debería detenerlo.

Giuliana alzó una de sus perfectas cejas y observó a su acompañante un instante, de pronto sonriente.

—Este señor no es mi marido.

—Ah. —Virginia se ruborizó al llegar a la conclusión de que la señorita Ferrini y su acompañante eran amantes, y desvió la mirada, avergonzada. No era difícil llegar a esa conclusión, cuando ambos parecían tan íntimos, y la señorita Ferrini tendía a colgarse de él con la naturalidad de la costumbre.

—Lo lamento mucho, señorita Bloise —masculló el señor Escalante de pronto, después de que el caballero le dijera algo en voz muy baja, algo que Virginia no pudo escuchar—. No quise lastimarla.

Virginia asintió y elevó el mentón.

—Comprendo, y no se preocupe. Ambos fuimos víctimas de los nervios —dijo, educada—. Ahora, ¿podría ser tan amable de dármele? Usted no lo quiere y sabe que estará mejor conmigo.

Giuliana clavó en ella los ojos, sorprendida, y el caballero a su lado se limitó a observarla en silencio, sin revelar de ninguna manera el cariz de sus pensamientos.

Justiniano abrió la boca, seguramente para escupir una retahíla de palabrotas, pero la cerró de inmediato cuando notó la mirada del señor Rivera sobre él.

—Muy bien —gruñó de mala gana. Él no había vivido veinte años haciendo negocios con bandidos y asesinos en el puerto de la ciudad para no reconocerse en peligro cuando lo estaba, y tampoco estaba dispuesto a seguir discutiendo con Virginia Bloise por un jamelgo inútil frente a Dante Rivera—. Se lo venderé, ya que tanto lo quiere.

—¿Cuánto?

Justiniano mencionó una cifra, y Virginia se mordió el labio inferior. No tenía más que unos pocos centavos en sus bolsillos, y la suma mencionada por aquel comerciante de marras era exorbitante.

—¿Qué sucede aquí? —Giuliana miraba a uno y a otro, confundida—. No comprendo.

—Este caballo está sufriendo. —Virginia abrazó el cuello del animal, sin preocuparse por la sangre que rezumaba de sus heridas—. Este hombre lo estaba azotando y lo habría matado a golpes si yo no hubiera intervenido.

—Qué crueldad.

—Le pedí que me lo dejara y ahora quiere vendérmelo.

—Ese animal es mío —la interrumpió el señor Escalante. Tragó saliva, furioso—. O paga lo que estoy dispuesto a pedir por él o se va de aquí con las manos vacías.

Virginia palideció. Ahora tendría que admitir que no tenía ese dinero, y ese pobre animal terminaría muerto bajo los maltratos de su dueño.

El señor Rivera le buscó la mirada. Sus ojos eran verdes, casi traslucidos, despiadados; los de ella, plomizos, del color del cielo en una tarde de tormenta, muy tristes.

Él le tomó la mano y, mientras ella lo miraba sorprendida, le depositó en la palma el dinero que necesitaba.

—Es suyo —dijo, parco.

Virginia lo miró, boquiabierta. Todavía sentía en la piel el calor de esos dedos. El rubor se le acentuó en las mejillas.

—No podría aceptarlo... —musitó.

—Acéptelo. —Él la miró fijo—. Lo necesita.

Giuliana sonrió.

—Ahí tiene, señorita Bloise. Ahora, ¿qué hará con ese pobre animal?

—Lo llevaré a mi casa —balbuceó, todavía con el dinero en la palma de su mano—. Yo no sé cómo agradecerle...

Él inclinó la cabeza con gélida cortesía.

—Es un placer ayudarla, señorita Bloise —dijo.

—Quiero mi dinero —dijo el comerciante, escupiendo ira. Arrojó el pañuelo ensangrentado al suelo y lo aplastó con el taco de la bota. Ese maldito hijo de puta le había roto la nariz. Fijó los ojos en Virginia. Y todo por una furcia metomentodo—. Terminemos con esto de una vez.

—Sí, por supuesto. —Virginia le entregó el dinero y el hombre empezó a liberar al animal de sus arneses, murmurando entre dientes una retahíla de insultos. Después de un momento, ató una soga alrededor del cuello del caballo y se lo entregó a la mujer, furibundo.

—Aquí está. Ahora hágase cargo de él —dijo. Después de dirigir una última mirada de odio hacia esa sabelotodo libertaria a la que había aprendido a detestar, se perdió entre la multitud en busca de dos de sus hombres: tenía que sacar esa carreta de la calle y encontrar a otro animal que tirara de ella.

Virginia se volvió hacia la señorita Ferrini y su acompañante. Su sonrisa se había ensanchado hasta ser deslumbrante. Era dulce y sincera, desprovista de toda falsedad.

—Muchas gracias —dijo con calidez—. No sé qué más decir para agradecerles...

—Solo sea buena con él —dijo Giuliana con dulzura, rozando el morro del animal con los dedos enguantados—. Lo merece.

Virginia volvió los ojos hacia el caballero que la había librado de una buena golpiza y él le devolvió la mirada con calculada frialdad.

—Usted ha sido muy amable conmigo —dijo mirándolo a los ojos con desenvoltura—. Jamás lo olvidaré.

Él torció los labios a un lado.

—Espero que no —dijo en voz baja.

—Sé que la mayoría de las personas no da la importancia que merece a gestos como los suyos, pero le aseguro que yo sí.

—Lo tendré en cuenta.

—Si alguna vez puedo ayudarlo en algo, búsqieme —dijo con desfachatez—. Le prometo que haré todo lo posible por devolverle el favor.

Él curvó las comisuras de los labios.

—Es usted una mujer excepcional —dijo pensativo.

Virginia se ruborizó.

—Gracias, señor.

—¿Señorita? —Salvador se detuvo a unos metros de distancia, inquieto. Echó una rápida mirada hacia el señor Rivera y luego fijó sus ojos oscuros en Virginia—. Debemos irnos, señorita. Su tía se preocupará si no regresamos pronto.

—Discúlpeme, pero debo irme. —Ella le sonrió a Giuliana y luego volvió los luminosos ojos hacia él una vez más—. Muchas gracias.

Giuliana asintió, y el señor Rivera hizo un gesto de despedida. Virginia se volvió y fue al encuentro de Salvador, sintiendo sobre sí la atenta mirada de quien consideraba un auténtico caballero.

Lamentó otra vez no tener sus carboncillos a mano. Ese hombre era el perfecto modelo para un detallado boceto en claroscuro.

* * *

Giuliana hundió las uñas en el brazo del señor Rivera cuando él tiró de ella hacia la calle, lo que le provocó un brevísimo tropiezo.

—¿Debo recordarte tus modales? —preguntó en voz baja.

Él tiró de la mano y avanzó entre el gentío con ella a la zaga, ignorándola. Giuliana intentó seguirlo: suponía que debía ser paciente con él en vistas de que no estaba acostumbrado a pasear del brazo de una dama, pero, después de un momento, le dio un golpecito con su abanico.

—Detente. Esto es vergonzoso.

—¿Qué cosa?

—Esto. Llevar a una dama al trote no es propio de un caballero —dijo—. Estamos de paseo, por lo tanto, debes acompañar mis pasos con calma, no llevarme a la carrera entre el gentío, como si estuvieras ansioso por devolverme a mi casa.

Él le dirigió una mirada torva.

—Camina —ordenó.

—¿Qué pasa contigo?

—¿Es que no puedes caminar?

—Llevo tacones, ¿ves? —dijo ella, y echó una mirada hacia el suelo adoquinado, preocupada. Sus zapatos provistos de tacones no estaban hechos para caminar por una calle semejante. Era probable que terminara de bruces en el piso si no medía sus pasos—. Si no quieres que me tuerza un tobillo tendrás que caminar, no correr. A menos que desees cargar conmigo hasta tu casa. Eso sí que daría de qué hablar a tus vecinos.

Él finalmente adaptó las largas zancadas a los pequeños pasos de ella sin hacer comentarios. Giuliana se le colgó del brazo y por centésima vez consideró la posibilidad de acusarlo de ser un bellaco insufrible y no un caballero.

Oh, por supuesto, el señor Rivera vestía como uno, hablaba y se comportaba como tal, pero había en él algo brutal y salvaje, algo de lo que ciertamente carecería un auténtico caballero.

Giuliana suspiró. Nadie cometería el error de confundir a ese hombre con un caballero, a sabiendas de que ocultaba una navaja en una de las botas y un facón cruzado sobre los riñones bajo la chaqueta.

El dinero había barnizado sus maneras toscas y salvajes, afilado las rudas aristas de su arrogancia y acentuado la natural elegancia de sus movimientos, brindándole la apariencia de un hombre cuyo linaje tenía siglos de privilegios.

No muchos de los clientes de El Paraíso lo conocían personalmente, pero, cuando emergía de sus oscuros dominios para echar un vistazo a los luminosos salones de la alta sociedad, no era difícil adivinar en la siniestra expresión de sus ojos a un canalla, incluso al mismísimo diablo, como creían los más supersticiosos.

Giuliana lo miró un instante y luego curvó los labios en una sonrisa deslumbrante, en beneficio de todos los hombres con quienes se cruzaba en el camino. Se sabía hermosa y le gustaba ser admirada.

— Es ella, ¿verdad? — dijo en voz baja —. Es la prometida del joven señor Andrada.

— Sí.

— Escuché rumores sobre ella.

— ¿Sí?

— Sí. Todos muy desagradables, por cierto; sin embargo, es bonita.

Él se limitó a ignorarla, pero Giuliana no se dejó amedrentar por esa expresión. Lo conocía demasiado bien como para temerle.

— Cree que somos amantes — comentó.

Dante le dirigió una mirada dura e imperturbable.

— Eso es imposible — musitó.

— Lo cree, confía en mí. Pensó que eras mi marido y, cuando le dije que no, pero no expliqué la relación que nos unía, apostaría un mes de salario a que me creyó tu amante. Debí aclarar esto.

— Debiste hacerlo, sí.

Giuliana hizo un mohín.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien, qué?

— ¿No vas a decírmelo?

— Giuliana...

— ¿Te sorprendió encontrarte con la prometida del señor Benicio de esta manera?

Él le dirigió una mirada glacial.

—Eso no te importa —dijo y la voz insinuó una amenaza—. Concéntrate en tus propios asuntos.

Ella esbozó una sonrisa. Acostumbrado a tratar con ladrones y prostitutas, incluso con asesinos, él había adquirido con los años cierta dureza en sus maneras, una seca frialdad que muchos confundían con soberbia. Tenía una actitud a veces rayana en una álgida indiferencia hacia el bienestar de cualquiera que no estuviera directamente relacionado con él o con sus intereses, y en ese momento parecía ser lo que todos creían: un hombre cruel y desalmado, pero ella sabía que no lo era, no realmente.

—Sí, claro, como si fuera a obedecerte. —Ella hizo una pausa y luego dijo, seria—: Creí que matarías a ese hombre. Le rompiste la nariz.

—Sobrevivirá.

Ella le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Qué piensas de ella?

—¿De quién?

Giuliana le tiró del brazo, exasperada.

—Mi vida, no puedes salvar a una dama en apuros y luego negarte a responder preguntas.

—Sí, puedo.

—No conmigo a tu lado.

Él le dirigió una mirada de advertencia; ella soltó un suspiro. Cuando él se encontraba de aquel talante era imposible hacerlo entrar en razón.

—Por cierto, la muchacha no parece ser una sabelotodo intolerable, como dicen los rumores —continuó con bríos—. Por el contrario, me resultó bastante simpática, incluso tierna.

—No me digas.

—Sí. Una inocente, de hecho. ¿Qué piensas de eso? Destruir la vida de una inocente, ¿no te molesta, aunque sea solo un poco?

Él entrecerró los ojos.

—Es suficiente —advirtió.

—Oh, está bien. —Ella sonrió cuando él la miró con desusada frialdad. Sabía cuándo debía dejar un tema en bien de la paz—. ¿Qué te parece si compramos algo para hacer la cena antes de ir a esa horrible casa que tienes? Creo que no encontraremos nada más que cucarachas en la despensa...

Giuliana empezó un discurso sobre verse obligada a vivir en un lugar que consideraba desagradable, y él dejó de escucharla.

Admitió para sí que conocer a la señorita Virginia Bloise había sido una experiencia de lo más interesante. Ahora comprendía por qué Benicio Andrada parecía tan decidido a convertir en su esposa a esa mujer, pese a la apurada situación económica de la dama.

Vestía con sencillez, casi de manera anticuada, de acuerdo a su edad, supuso, pero había en ella una elegancia natural que convertía cada atuendo en distinguido. Los ojos grises, el rostro ovalado, la boca, y la pequeña nariz respingona, en conjunto, hacían de su rostro algo encantador.

Virginia Bloise era bonita, sí, pero su principal atractivo no estaba en su aspecto, sino en la cálida expresión de esos ojos, en la gentileza de la sonrisa, en su alma.

Había mujeres mucho más bonitas en la ciudad, incluso hermosas, y pudiendo elegir a cualquiera de ellas, Benicio había decidido quedarse con ella.

Dante curvó las comisuras de sus labios. Nada como la inocencia y el encanto de la ternura para atraer la atención de un depredador, pensó.

* * *

Salvador tomó a la señorita Virginia por el codo y la ayudó a subir a la carreta, echando rápidas y nerviosas miradas a su alrededor. Los transeúntes habían desaparecido de las inmediaciones, poco después de que el señor Rivera y su dama rescataran a la señorita Bloise. Las pocas personas que aún permanecían en las cercanías del vehículo

eran jóvenes estibadores ansiosos de ganarse unas monedas a cambio de ayudar al señor Escalante a sacar su carro de la trampa de lodo en la que había caído.

—No debió acercarse a ese hombre —dijo Salvador en voz muy baja. Parecía asustado. Acomodó el corpachón sobre el pescante y agitó las riendas. *Ruperto* emprendió de nuevo el camino a casa, mirando de reojo a su nuevo acompañante, un caballo que bien podría caer desplomado en cualquier momento—. Es el mismísimo diablo, señorita, aunque usted no crea en esas cosas.

Virginia hizo un gesto con la mano, descartando así su preocupación.

—No le tengo miedo al señor Escalante, y lo sabes —dijo, de buen humor. Se arrebujo en el abrigo cuando una ráfaga de viento frío le azotó la cara—. Ese hombre es solo un cobarde. Si no hubieran acudido en mi rescate la señorita Ferrini y su acompañante, le habría dado un buen golpe. Azotar así a un pobre animal indefenso...

—No me refería a don Justiniano, señorita.

—¿A quién entonces?

—¿No lo reconoció? Por supuesto que no. Usted nunca lo ha tratado en persona.

—Salvador, por Dios, ¿de qué estás hablando?

—De ese hombre, señorita, de Dante Rivera. Es él el que la rescató. Y esa mujer debe de ser una de sus put... eh, una de sus amantes.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Cómo dices...?

—El hombre que la rescató a usted no es otro que ese bandido, ese canalla al que todos llaman diablo —puntualizó el indio, todavía inquieto—. El Paraíso le pertenece. Es a él a quien usted le hace llegar todo ese dinero que su tía debe, quien le devuelve los pagarés firmados por la señorita Agustina, ¿ahora comprende?

—Dios mío —murmuró Virginia, atónita.

Dante Rivera era un malhechor, un truhán de los barrios bajos, un bandido que había crecido entre prostitutas y ladrones, sin más dios que el dinero. Todos lo sabían. Los rumores aseguraban que conocía

muy bien a todos sus clientes, desde el gobernador al arriero más miserable, y que todos le debían algo.

Se decía que tenía bajo su férula a una horda de ladrones, incluso a varios asesinos fieles a él, e incluso que controlaba a la mayor parte de la policía mediante sobornos y favores. Nadie estaba a salvo de él. Sin importar la cuantía de su fortuna o la importancia de su apellido, cada habitante de la ciudad de Corrientes estaba envuelto en sus redes.

Virginia enterró los dedos entre los pliegues de la sombrilla. Todos los meses, desde que su tía había comenzado a apostar más de lo que podía permitirse, le enviaba un sobre con dinero al señor Rivera, con la cuota mensual acordada para saldar los pagarés que su tía le había firmado. Nunca antes lo había visto en persona y, por cierto, jamás se habría atrevido a hablar con él, de haber sido otras las circunstancias de su primer encuentro.

Ahora, reconoció para sí, después de haber tratado con él, le sería imposible seguir imaginándolo como el canalla que se decía que era, cuando se había mostrado tan amable con ella.

Salvador le dirigió una breve mirada, tenso.

—Perdóneme usted.

—¿Por qué?

—No quería asustarla. Estoy seguro de que los rumores respecto a ese hombre exageran. Nadie en este mundo puede tener tan negro el corazón.

Ella asintió, distraída.

Salvador guardó silencio unos minutos, la dejó sumida en sus pensamientos. Cuando cruzaron el arroyo Arazaty, y ya se encontraban a media calle de la casa que los había visto crecer, el indio carraspeó, incómodo.

—¿Y qué quiere que haga con este caballo, señorita? —preguntó para distraerla.

—Ponerlo en un lugar cálido y cómodo, por supuesto. El establo estará bien por ahora.

Salvador se rascó la oreja, pensativo.

—No tenemos un establo en buenas condiciones, ¿recuerda? El pobre *Ruperto* debe dormir en el secadero. Mamá Gigi ya nos advirtió que lo sacáramos de ahí antes de que comenzara la temporada de preparar los ungüentos. ¿Dónde dormirá entonces este jamelgo?

Virginia intentó recuperar el buen ánimo exhibiendo una sonrisa. Si ese hombre, el señor Rivera, había intercedido por ella para salvar al jaco, decidió, con toda seguridad, no podría ser el hombre cruel y desalmado que había imaginado durante meses, desde que había descubierto el vicio de su tía por el juego y se había visto obligada a juntar peso a peso para saldar sus deudas.

—Haremos un lugar para él en el cobertizo —dijo. Descendió de la carreta sin esperar la ayuda de Salvador, y se dirigió a la casa, resuelta. Empujó la pesada verja de hierro forjado con ambas manos hasta que se abrió con un espeluznante chirrido. Virginia examinó su hogar con algo muy parecido a la melancolía mientras Salvador hacía entrar la carreta.

El abuelo Acuña, con un indiscutible sentido de la elegancia, había ordenado construir la casa con galería a la calle, de argamasa y piedras de la zona, al estilo colonial. La construcción se alzaba orgullosa en el centro de una retahíla de helechos, parterres y arbustos que se extendían a lo largo de media cuadra, alrededor de los angostos paseos de lajas que serpenteaban a través del jardín. Una escalera de cuatro escalones conducía al pórtico donde un par de sobrias columnatas custodiaban la entrada. En tiempos del abuelo Acuña, había sido considerada una casa hermosa, pero, ahora, desvencijada, con la pintura desconchada y los postigos de las ventanas rotos, se veía vieja y abandonada.

Salvador condujo al caballo hacia un cobertizo que se encontraba detrás de la casa, fuera de la vista de los ocasionales transeúntes mientras Virginia se aseguraba de cerrar el enrejado antes de que las gallinas encontraran la manera de salir a la calle.

—¿Cómo está, Salvador? —preguntó ella e hizo un gesto hacia el caballo—. No lo veo caminar con seguridad.

—Está mal herrado, señorita, y nadie se preocupó por ayudarlo.

—Qué crueldad.

—No se inquiete —dijo el indio dolido. Siempre le disgustaban los maltratos que los blancos prodigaban a sus animales—. Me ocuparé de él enseguida.

—Muy bien. —Virginia rozó el lomo del animal con ternura—. Acomódalo en el cobertizo hasta que le encontremos un lugar mejor.

—Mamá Gigi se molestará mucho con nosotros. Allí tiene sus trastos viejos, los baúles de la señora Ana Clara, y las brujerías.

—No son brujerías.

—Le aseguro que sí.

—Tonterías —dijo Virginia, decidida—. Y no te preocupes por Mamá Gigi. Yo hablaré con ella.

El indio asintió y desapareció detrás de la casa.

Virginia se volvió y sonrió al ver a *Bruno* nadar en el estanque artificial que su tía había ordenado construir para él a un lado de la casa. El ganso estiró el cuello al escuchar la voz de Virginia y echó la cabeza primero a un lado y luego al otro. De pronto echó a correr hacia ella, agitando sus alas. Virginia se arrodilló para recibirlo en los brazos y le acarició la cabeza, enternecida. El ganso soltó un graznido y después de dejarse mimar unos minutos más, regresó al estanque. Virginia se incorporó y saludó a *Pedro*, que corrió a recibirla en cuanto Mamá Gigi abrió la puerta de entrada y franqueó el umbral.

—¡Mi niña! —exclamó la mujer y Virginia creyó que tropezaría en los escalones en el apuro por llegar a ella—. Pensé que llegaría usted más temprano. Tengo en el fogón café y sus tortitas de almendras favoritas. Esta vez no me dejará nada en el plato, no señor... ¡Deje eso, dímelo a mí! ¡Que me lo dé, caramba! ¡Cómo va a cargar usted con esos bártulos? —dijo, y logró apoderarse del bolso de viaje y de la sombrerera antes de que Virginia consiguiera alejarlos de ella—. ¿Dónde está Salvador? Debería ayudarla con todo esto. ¿Qué ha hecho con él?

—¿Con Salvador? Eh...

Mamá Gigi agitó la mano en el aire.

—Bah, ya lo encontraré yo. ¿Tiene hambre, mi niña?

—Sí, Mamá Gigi...

—Comerá todo lo que le ponga en el plato, ¿entiende? No dejará ni una migaja. Tiene que alimentarse bien, mire lo flaca que está. ¿Qué está usted haciendo...? No me abrace. Suélteme. ¿Qué dirán los vecinos? Abrazar así a una vieja india como yo... Debería tener más cuidado. Ya sabe usted cómo es la señora Ruiz, siempre fisgando desde su ventana. Quién sabe qué podría inventar sobre usted.

—Ay, Mamá Gigi. —Virginia la soltó, siempre sonriente, y comenzó a subir las escaleras—. Qué cosas dices.

—La verdad, nada más y nada menos. Los vecinos son un incordio. Están pendientes de todo lo que sucede en esta casa. Y sujétese esa falda o pisará el dobladillo y terminará en el suelo. ¿Qué le estaba diciendo...? Ah, sí, será que la vida de su tía es más interesante que la propia, porque los vecinos no paran de chismorrear sobre lo que hace o deja de hacer, y ahora que usted ha regresado, no se imagina lo bien que la pasarán. Usted siempre da que hablar.

—Eso no es verdad.

—¿Miento, acaso? —Mamá Gigi meneó la cabeza—. Bah, no ponga esa cara y dígame una cosa: ¿por qué adelantó el regreso? Me extraña que haya usted decidido volver tan pronto cuando nos dijo que se quedaría con su abuela dos semanas más. ¿Acaso sucedió algo que debería saber?

—La abuela Clementina quiere que me case con un hombre de fortuna y tenga hijos para complacerlo. No importa que no me guste o que sea viejo y desagradable. Basta con que tenga la cartera bien provista. —Hizo un mohín—. Se molestó mucho conmigo cuando le aseguré que solo me casaría enamorada y que, si lo estaba, poco me importaría si mi marido fuera pobre, viviera en una choza y se dedicara a comer lagartijas.

—Ya quisiera verla a usted comiendo lagartijas, con lo tiquismiquis que es usted con la comida...

—Mamá Gigi, no me digas eso. Sabes que siempre dejó el plato limpio.

La mujer sonrió.

—Su abuela se propuso atosigarla, ¿eh? —continuó—. Segurito que sigue igual de regañona. Pero es su carácter, si lo sabré yo. A mi señorita Ana Clara la tenía loca. Todos los días la fastidiaba con sus tonterías, cuando todavía vivía con el señor Gerardo. Como suegra, su abuela era todo un caso. A la cuñada de su mamá, a la señorita Ernestina, no había día que no le dijera que debía encontrar un marido antes de ser demasiado vieja para funcionar como buen sebo.

—¿Y lo decía así, con esas palabras...?

—Las mismas. Y le decía lo mismo a su tía Agustina, y a toda mujer que pasara los veinte y no estuviera casada y con un par de niños colgados de las tetas. —La mujer dejó las pertenencias de Virginia junto a la puerta y sonrió. Los ojos oscuros se le perdieron un instante en los recuerdos—. Su abuela no es mala, pero tiene esas ideas.

Nacida y criada en las afueras de Santa Ana, Gigi vivió los primeros veinte años trabajando en una plantación de arroz, bajo la atenta mirada del amo Uribe, un hombre cruel y desalmado, que no dudaba en descargar la fusta sobre la espalda de un indio si consideraba que no trabajaba lo suficiente o no había cumplido sus órdenes con rapidez.

Cuando el señor Uribe murió a causa de una neumonía y su esposa decidió vender la plantación y regresar a la ciudad con sus padres, se deshizo de todos los indios que habían trabajado para su marido como empleados, pero conservó a Gigi con ella. Se había encariñado con la joven y, aunque deseaba quedársela, no podía permitírselo, ya que sus padres eran incapaces de alimentar una boca más por mucho tiempo. Quiso el destino que a finales del mismo año conociera a la señora Acuña, quien, después de asegurarse de que era una buena persona, le ofreció los servicios de Gigi como niñera de sus hijas.

La señora Ignacia Gallino de Acuña era, por entonces, una joven madre de dos niñas y necesitaba a alguien que la ayudara a controlar a Agustina, de diez años, y a calmar los llores de Ana Clara, de solo dos meses de vida. El señor Acuña había muerto de una apoplejía y

había dejado a su esposa y a sus hijas prácticamente en la calle, dependiendo de la caridad de sus parientes. La cordura de la señora estaba comenzando a flaquear cuando Gigi aterrizó en su puerta. Al verla, Ignacia pensó que Gigi era una india arisca, mandona y porfiada, y que sería difícil de manejar, pero también estaba convencida de que con esa complexión robusta, la voz gruesa y el regazo mullido y fuerte sería una excelente niñera para sus hijas.

Gigi enseguida se hizo cargo de la casa y se ocupó no solo de las niñas, sino también de la señora Acuña, quien no tardó en depositar en ella toda la confianza y las responsabilidades del hogar. Las niñas comenzaron a llamarla Mamá Gigi y la india se mostró muy satisfecha con el nuevo nombre.

Cuando la señorita Ana Clara, con diecisiete años, se casó con el señor Gerardo Bloise, Mamá Gigi lamentó tener que separarse de su chiquitina consentida, pero no tuvo que hacerlo. La señora Ignacia sabía que su hija más joven necesitaría de mucha ayuda para llevar una casa, ahora que era una mujer casada. Ordenó entonces a Mamá Gigi que preparara los bártulos y se fuera a vivir con la señorita Ana Clara, ya por entonces señora de Bloise.

Ana Clara murió de fiebres poco después de que su hija cumpliera seis años.

Con el tiempo el señor Bloise volvió a casarse y dejó a la señorita Virginia, por entonces de diez años, al cuidado de la señorita Agustina.

Mamá Gigi decidió hacer los bártulos e irse con la señorita Agustina y la señorita Virginia a vivir a la vieja casona de, ya para el verano de 1891, la difunta señora Acuña, y desde entonces había tomado el control de la casa y de la vida de todos los que moraban en ella.

Mamá Gigi soltó un suspiro, empujó la puerta e hizo un gesto a Virginia para que la precediera.

—¿Y su tía?, ¿la trató bien? —preguntó en tanto metía las pertenencias de la niña en el interior de la casa—. Sé que la señorita Ernestina no es mala, pero a veces tiene unos arranques de mal genio.

¿Fue buena con usted?

—Sí. Fue muy amable conmigo. Siempre lo es.

—Debió haberla alimentado mejor. Mírese, está usted en los huesos. Sus pollos tienen más carne que usted.

—Mamá Gigi, por Dios. Tuve que agrandar las costuras para caber en este vestido. Estoy engordando.

—Todavía no, pero ya me encargaré yo de eso —dijo la india y la miró de arriba abajo con cariño. De pronto, la anciana notó el barro que salpicaba los bajos del vestido de viaje de la joven, así como el ruedo descosido. Frunció el ceño—. ¿Y, eso?

—No es nada, Mamá Gigi.

—¿Cómo nada...? —Puso las manos en sus anchas caderas—. Ahora mismo me dice usted qué le paso. ¿Acaso se cayó?

—No, Mamá Gigi, verás...

Entonces se escuchó un relincho y la india arrugó la nariz.

—¿Eso fue acá? El viejo *Ruperto* no relincha así —dijo, ceñuda, y fijó los ojos negros en Virginia—. Ese no es *Ruperto*, ¿verdad? ¿Qué ha hecho, señorita? —preguntó, por lo que Virginia se creyó en problemas. Siempre que Mamá Gigi la llamaba “señorita” con ese tono, sabía que le esperaba un buen rapapolvo—. ¿Ha traído a casa a otro animal? Eso ha hecho, ¿verdad que sí? ¿Qué cree usted, que acá sobra espacio y comida? Si no cabe un pájaro más.

—Ay, Mamá Gigi, es solo un caballo. Creo que lo llamaré *Midas*.

—¿Solo un caballo? ¿Solo un caballo, dice usted? ¿Sabe usted cuánto cuesta alimentar a un caballo?

Unos pasos resonaron dentro de la sala de lectura; un momento después, Agostina franqueó el umbral, con expresión confundida. De rostro en forma de corazón, ojos hermosos y sin más arrugas que unas muy pequeñas a los lados de la boca y de los ojos, a sus sesenta años seguía conservando en los rasgos pequeños resabios de la belleza que la había caracterizado en la juventud.

—Mamá Gigi, ¿qué son esos gritos? —De pronto, sonrió, feliz—. ¡Virginia, niña! Me pareció escuchar tu voz, pero te esperaba cerca del mediodía, no tan temprano.

—¡Tía! —Virginia corrió a su encuentro y la abrazó, cariñosa—. No imaginas cuánto te extrañé.

—Mi chiquita.—Agostina la apartó y le tomó las manos entre las suyas. La miró con ternura—. Te ves muy hermosa. Vamos, quiero que me cuentes todo lo que has hecho en estas tres últimas semanas...

—Dígale que le cuente por qué tenemos otro caballo en el patio —intervino Mamá Gigi al tiempo que cerraba la puerta—. Como si no tuviéramos suficientes animales ya. Espere a que la señora Ruiz se entere y ya vendrá a quejarse conmigo otra vez.

—¿Un caballo? —Agostina frunció el ceño—. Virginia, ya tenemos a *Ruperto*.

—Pero este necesitaba ayuda... —comenzó Virginia y se dedicó a contarle a su tía los pormenores de su aventura, mientras Mamá Gigi hacía girar los ojos y la seguía al interior de la sala de lectura, atenta a cuanto decía la joven.

—El señor Escalante no es un caballero. Pudo haberte hecho daño —dijo Agostina, preocupada, cuando su sobrina concluyó la explicación. Ocupó su lugar frente a la chimenea e invitó a Virginia a sentarse junto a ella—. Deberías tener más cuidado con él. Sabes que te tiene encono desde que lo descubriste golpeando a *Pedro*. Además, está lo de *Sam*. Él sospecha de ti, Virginia.

—*Sam* está a salvo, y es todo lo que importa —dijo la joven con una sonrisa. El potrillo, ahora de dos años de edad, vivía en una granja en las afueras de la ciudad, consentido por su dueña, una niña de nueve años.

Agostina estiró las manos hacia el fuego. Las llamas chisporroteaban entre los leños, iluminando el pequeño recinto con un fulgor cálido y amarillento.

—Es un hombre muy desagradable —continuó—. No me gusta.

—Cuando me enfrenté a él, creí que me golpearía, de hecho, sé que estaba deseando hacerlo, pero antes de que pudiera hacerme daño, un caballero intervino y me rescató. Golpeó al señor Escalante —dijo Virginia mientras se preguntaba si debía o no revelar el nombre de ese eventual salvador a su tía. Sabía que Agostina le tenía mucho miedo al

señor Rivera, y cada vez que pronunciaba ese nombre acostumbraba a santiguarse como si estuviera nombrando al diablo—. Creo que le rompió la nariz, y me alegro mucho por eso.

—Virginia, eres una dama. No deberías meterte en estos embrollos.

Ella sonrió. Comenzó a quitarse el abrigo con lentitud, como si no estuviera prestando atención a la tarea.

—El caballero que me rescató me obsequió el dinero con el que pagué el rescate de *Midas*. Fue así que pude traerme al caballo a casa.

—Debió traerse al caballero —arguyó Mamá Gigi, de pie junto a la chimenea. Tomó el abrigo de Virginia entre los brazos y la miró, ceñuda. Era evidente que no pensaba moverse de allí hasta saber todo lo que había ocurrido desde que la muchacha había regresado a la ciudad—. ¿Quién es ese hombre, por cierto? ¿Lo conocemos? Porque debe conocerla si le dio plata como si tal cosa. Habrá que devolvérsela, por supuesto. No está bien aceptar dinero de un hombre; mucho menos de un desconocido en la calle. No señor.

Agostina sonrió con indulgencia.

—Mamá Gigi tiene razón, Virginia —dijo—. Dime su nombre y hablaré con él. Le agradeceré las atenciones y le devolveré el dinero, por supuesto.

Virginia esbozó una sonrisa y rehuyó los ojos de la niñera. Mamá Gigi era una experta en detectar mentiras cuando decidía decir una.

—No lo creerás, tía, pero olvidé preguntarle el nombre —dijo—. Estaba tan preocupada por el caballo...

—Qué lástima —comentó Agostina—. Parece ser un hombre muy bondadoso. Debiste preguntarle cómo se llamaba, querida. Eso no se hace.

—Sí, tía, es una pena.

Mamá Gigi la miró, hosca, pero no hizo comentarios.

Virginia observó un instante las llamas que bailoteaban en la chimenea. Bondadoso no era precisamente un adjetivo que ella utilizaría para caracterizar al señor Rivera. Fascinante, tal vez; peligroso, con certeza; pero ¿bondadoso? Casi sonrió. Quizá lo fuera

y, por cierto, había sido muy amable con ella al defenderla y al poner en sus manos el dinero suficiente para salvar a *Midas* de los maltratos del señor Escalante, pero Virginia no pudo evitar recordar la severa expresión de ese rostro, la dureza de esos ojos y la cicatriz que le cruzaba la cara: se estremeció.

—Tengo que decirte algo, querida. —La preocupación y la vergüenza en la voz de su tía apartaron a Virginia de sus pensamientos.

La joven la miró, en un intento por ocultar la alarma que la invadió.

—¿De qué se trata, tía?

Agostina le clavó los ojos en las manos.

—Yo... Pedí prestado un poco de dinero y no sé si podré pagarlo.

Virginia intercambió una mirada con Mamá Gigi.

—¿A quién se lo pediste...? —preguntó.

—Al señor Andrada.

—¡Tía! ¿Cómo pudiste?

—Como te tiene tanto afecto, pensé que no le importaría facilitarme una pequeña suma...

—Dios mío.

—Perdóname, querida.

Virginia la miró un momento en silencio.

—¿Para qué utilizaste el dinero del señor Andrada? —quiso saber.

—Ya está apostando otra vez, ¿cierto? —Mamá Gigi arrugó los gruesos labios en una mueca de desagrado—. Eso es muy malo. ¿Cuánto perdió?

La señorita Agostina tuvo la decencia de ruborizarse hasta el cuello.

—Mamá Gigi, no me regañes —balbuceó avergonzada.

—¿Cuánto, tía? —insistió Virginia.

Agostina se mostró desalentada.

—Trescientos pesos —confesó en voz baja.

—Vaya, por Dios —gimió Mamá Gigi—. Con eso alimentaríamos a ese caballo y a toda una tropilla.

—Tía, eso es mucho dinero.

—Lo sé, cariño. Estoy muy apenada.

Mamá Gigi alisó una arruga en el abrigo de Virginia y luego lo dejó sobre el respaldo de una silla, preocupada.

—¿De dónde sacará el dinero para devolverle lo suyo a ese hombre, señorita Agostina? Usted no está nadando en la abundancia, ¿sabe? Ese hombre es un caballero, pero a mí nunca me cayó en gracia. Por otro lado, acá todas sabemos que está interesado en la señorita Virginia. No me sorprendería que utilizara esa deuda que ahora usted tiene con él para acercarse a mi niña y tomarse libertades.

—Eso no sucederá —dijo Agostina tensa—. Benicio es un joven educado, un caballero. Sabrá esperarme. La deuda es mía, no de mi sobrina.

—¿En qué estaba usted pensando, señorita?

—Ay, Mamá Gigi, no lo sé. Yo solo quería divertirme, jugar un par de manos. No pensé que perdería.

Virginia observó la expresión de su tía y soltó un suspiro. Esbozó una sonrisa cansina.

—Está bien, Mamá Gigi —dijo.

—Pero, señorita...

—El señor Andrada tendrá su dinero —continuó Virginia; aparentaba una calma que no sentía—. Estoy segura de que es un hombre comprensivo y sabrá esperar hasta que reunamos esa cantidad.

—Usted es una inocente —dijo Mamá Gigi enojada—. Ese hombre querrá su dinero. Cuando se trata de la cartera, nadie es tan comprensivo, créame.

Agostina cruzó una mirada con Mamá Gigi y luego meneó la cabeza, desanimada.

—Dios mío, Virginia, ¿qué hice?

—Estaremos bien, tía. —La joven no se permitió perder la sonrisa e hizo un gesto con la mano—. Salvador me comentó que la tienda nos está dando buenos dividendos. Tendremos ese dinero en muy poco tiempo, estoy segura.

Mamá Gigi ahuecó los labios.

—Bueno, espero que el señor Benicio sea digno de confianza —dijo—. Los amigos de su familia, el señor Quintana, el señor Varela y el señor Trujillo no son de fiar, siempre lo he dicho. Y, cuando uno tiene esa clase de amigos, bueno, las mañas se pegan, ¿cierto?

Agostina meneó la cabeza.

—El señor Andrada es un buen hombre —dijo tajante.

—A mí no me gusta nada, ni pizca, no señor, ya lo he dicho —continuó Mamá Gigi con bríos—. Pero, bueno, así estamos.

Virginia intentó sonreír, pese a lo asustada que estaba. Compartía los temores de la niñera, pero no estaba segura de querer demostrárselo a su tía. Además, sabía que Agostina detestaba discutir asuntos de dinero. Lo consideraba vulgar e impropio de una dama.

—Todo estará bien —dijo Agostina con más confianza de la que sentía—. Solo mencioné este asunto para que luego no estén husmeando entre mis libros de cuentas.

—Está bien, tía.

La mujer apretó los labios, ofuscada, cuando Mamá Gigi le dirigió una de esas miradas de reprobación.

—Deberían tenerme más confianza —dijo—. Sé cuidar de mi familia. ¿No lo he hecho bien hasta ahora, acaso? En la mesa hay comida y nadie anda descalzo por la calle. Tienen ropa que vestir; lo que se necesita se compra. Sé lo que hago. Todo resultará bien, ya lo verán.

—Por supuesto que sí, tía. —Virginia dirigió una mirada significativa hacia Mamá Gigi; la niñera cerró la boca—. Confiamos en ti. Nunca nos ha faltado nada y todo debemos agradecértelo a ti, ¿verdad que sí, Mamá Gigi?

—Verdad.

—No te enfades con nosotras. —Virginia le acarició los dedos con ternura—. Si sucede algo desagradable, encontraremos la manera de resolverlo.

—No pasará nada malo —insistió Agostina cortante.

—Bueno, entonces no hay nada más que decir al respecto — murmuró Mamá Gigi, que se dirigió hacia la puerta—. Iré por el café y las tortitas antes de que se enfríen. Mientras, cuénteles a su tía el altercado que tuvo con su abuela.

—¿Altercado? —Agostina cerró los ojos un momento—. ¿Discutiste con Clementina? ¿Otra vez? Ahora me escribirá para quejarse de tu conducta, y tendré que disculparme en tu nombre.

—Ella me provocó.

—Tu abuela es una anciana, Virginia. Merece tu respeto y comprensión.

—Sí, pero no imaginas lo que me propuso...

—Un momento. —Mamá Gigi se detuvo en el umbral y frunció el ceño—. ¿Dónde puso usted al nuevo caballo?

—¿A *Midas*?

—¿Acaso trajo más de uno...?

Virginia se ruborizó.

—En el cobertizo — musitó.

—¡El cobertizo! —Mamá Gigi murmuró algo entre dientes y desapareció en el pasillo llamando a voces a Salvador—. ¡Dios nos ampare, esta niña me matará de un disgusto!

Agostina suspiró y atrajo a Virginia hacia ella.

—¿Qué haré contigo? —dijo con suavidad. Parecía inquieta por algo, aunque era evidente que no estaba dispuesta a compartir las preocupaciones con ella—. Habrá que encontrar a un hombre muy amable para ti, que te cuide, que se preocupe por mantenerte lejos de los problemas. Que te trate bien, a ti y a Mamá Gigi, a Josefa, a Salvador y a todos tus animales...

—Tía, qué cosas dices...

Agostina la miró, de pronto esperanzada.

—¿Estás segura de que no quieres casarte con Benicio? —preguntó—. Ese caballero parece tenerte en mucha estima.

—Estoy muy segura.

—Si yo faltara, ¿quién se ocuparía de mantenerte a salvo? ¿Qué sería de todos en esta casa?

Virginia intentó sonreír.

—¿Qué dices, tía? Tú no irás a ningún lado —dijo—. Deja de decir tonterías.

Agostina asintió y, luego, por impulso, besó a su sobrina en la frente.

—Te quiero, Virginia —musitó—. Nunca lo olvides.

—Ay, tía, ¿qué sucede contigo?

La mujer le palmeó la mano, cariñosa.

—Estoy vieja. Eso es todo —dijo, y una sonrisa ocultó la preocupación en su mirada—. Ahora cuéntame qué pasó con tu abuela. ¿Insistió en conseguirte un marido otra vez?

CAPÍTULO 3

Empedrado, Provincia de Corrientes.

La luna escapó de su encierro entre los negros nubarrones que cubrían el cielo y, por un instante, su luz iluminó el viejo tejado de la finca. De la antigua casa solariega ya no quedaban más que tres habitaciones. El resto se había convertido con los años en un montón de escombros donde los yuyos y los arbustos crecían a placer. Las pocas ventanas que quedaban estaban tapiadas, pero, a través de los viejos maderos, podían verse trozos de los antiguos cortinones de encaje y terciopelo que décadas atrás habían engalanado la sala de recibo. La pintura desconchabada, las fisuras en las paredes y los arbustos que pendían del tejado revelaban el abandono, al igual que el sendero de lajas rotas que conducía hasta la puerta principal, la chimenea derruida y el antiguo aljibe cubierto de hojarasca.

Las nubes se deslizaron hacia el oeste. La platinada luminosidad de la luna desapareció y la creciente oscuridad de la noche extendió las garras hacia la vieja casona abandonada.

Una pequeña llama chispeó un instante antes de encender la mecha de la vela. Entre los maderos que tapiaban las ventanas, la débil luminosidad resultaba apenas visible. Era tan leve el resplandor que la oscuridad no desapareció, solo se escurrió hacia las esquinas de la estancia, revelando un mobiliario pobre y desvencijado. Un par de sillas, una mesa, un baúl y unos pocos utensilios de cocina era todo lo que quedaba de lo que alguna vez había sido parte del ajuar de una novia.

Romilda se secó las manos en el delantal y luego llevó la vela junto a la ventana. Observó entre los tablones las profundas negruras que se extendían desde el bosque hasta la ribera del río. El viento ululaba

entre los árboles. Las ramas se agitaban con violencia unas contra otras. Hacía frío. Llovería, quizás hacia el amanecer.

Algo crujió en el pórtico.

La mujer se apartó de la ventana y retrocedió. La falda arrastró el polvo que cubría los antiguos ladrillos del piso.

— ¿Hay alguien ahí? — preguntó en voz baja.

La llama titiló. Los tablones de la puerta chirriaron. Romilda cubrió la vela con una mano, intranquila.

— ¿Quién es? — insistió.

El picaporte se movió. La mujer retrocedió otro paso. Su corazón comenzó a golpear con fuerza en el pecho. El miedo le heló la sangre, le congeló los pasos.

— ¿Quién es? — gritó esa vez. Estrujó la vela entre sus dedos.

El picaporte tembló una última vez y luego se aquietó. Romilda dio un paso y se detuvo, vacilante. Tendió la mano hacia el picaporte, pero, de pronto, fuertes golpes hicieron temblar los tablones de la puerta. Romilda dio un respingo y murmuró entre dientes el nombre de Dios. La vela temblaba en su mano.

— ¿Quién está ahí? — gritó—. ¿Qué quiere?

Los golpes cesaron. En el inquietante silencio de la noche se escuchó el susurro de unos pasos junto a la puerta, luego solo el viento.

Romilda se volvió y encendió otra vela y otra más, muchas más, como lo había hecho todas las noches desde que había regresado a su hogar. Pronto había velas por doquier: sobre la mesa y en el piso, en las sillas, incluso sobre al baúl donde guardaba sus escasas pertenencias. Finalmente consiguió que la oscuridad desapareciera.

Romilda crispó las manos contra la falda y fue hasta la ventana con pasos pequeños, titubeantes. Tenía los dedos ateridos cuando apartó la sucia cortina y observó el exterior a través de una rendija. Afuera la oscuridad era absoluta.

La luna había desaparecido detrás de los nubarrones. El viento aullaba entre los árboles. El frío se había intensificado. Romilda escudriñó las sombras que se movían entre los arbustos. Fuera quien

fuese que había intentado aterrorizarla ya se había marchado. Niños, pensó. Había niños en las cercanías. Quizá dos o tres de ellos habían imaginado que sería divertido asustar a una anciana solitaria. Malditos mocosos.

En la mañana hablaría con los vecinos. Les advertiría que mantuvieran a sus críos lejos de ella o haría que los desahuciaran. Después de todo, no eran más que arrendatarios, sucios campesinos todos ellos.

La mujer dejó caer la cortina. Nunca debí regresar, pensó; no lo habría hecho si las circunstancias no la hubieran obligado a ello.

Ella no estaría allí si Cordelia Bloise no hubiera arruinado sus planes. Observó la puerta una vez más y luego soltó un suspiro. El miedo remitió.

Romilda se volvió hacia el fogón y vertió un poco de caldo en un plato. Una cucaracha flotó en la sopa cuando removió el potingue con la cuchara. Tomó una bandeja, puso el plato y la cuchara en ella y, después de un momento de duda, añadió un vaso de agua.

—Ya está la comida —anunció alegremente.

Alguien comenzó a llorar en la oscuridad.

La mujer sonrió mientras se alejaba de la luz para adentrarse entre las sombras del pasillo.

CAPÍTULO 4

Ciudad de Corrientes.

— **L**a señorita Bloise es una mujer excepcional.

Dante Rivera curvó los labios a un lado.

— Me sorprendes — dijo —. De ordinario, las mujeres de su clase no son dignas de tu consideración.

— Esta sí. Ahora entiendo por qué el señor Andrada está decidido a convertirla en su esposa — dijo Eduardo Vallejos y se sirvió dos dedos de coñac. Se sentó junto a los ventanales que daban al jardín. El rostro no reveló más que una leve expresión de disgusto cuando fijó los ojos en su amigo —. Esa dama no ha hecho nada más cuestionable en toda su vida que levantar la voz en público en defensa de los derechos de las mujeres y de un puñado de animales maltratados.

Dante lo miró a través del humo del cigarro. Los ojos verdes, sin sombras de castaño, duros y fríos, no reflejaron la ligera sonrisa que tiró de sus labios a un lado.

— ¿Ya se le ha probado algún milagro a esa santa? — preguntó.

Eduardo lo ignoró.

— Como, al parecer, estás resuelto a llevar a cabo tus planes, creí que estarías interesado en saber que, si tienes éxito, destruirás la vida de una inocente.

— Qué considerado de tu parte preocuparte por el futuro de una mujer que, de encontrarte en la calle, volvería los ojos hacia otro lado y apartaría su falda para no ensuciarse con tu roce.

— Ella no es así.

— ¿Estás seguro? — preguntó mordaz.

— Muy seguro. Su tía, Agostina Acuña, la mujer que la crio, le ha inculcado una educación un tanto liberal, eso nadie lo puede negar. A título personal, dudo mucho de que la señorita Bloise considere a sus

semejantes según la cuantía de su fortuna o la altura de su posición social. De hecho, sus intereses distan mucho de ser los habituales en una dama de su clase.

—He oído algo al respecto.

—¿Sí? Entonces no te sorprenderá saber que se ocupa de los libros de cuentas de la pequeña tienda de vituallas que regentea su tía y que, en su tiempo libre, da clases de dibujo en el asilo de huérfanos dos veces a la semana.

—Los sábados por la tarde se reúne con un grupo de sabelotodo en una confitería para comentar la importancia de lograr la igualdad entre hombres y mujeres en todos los ámbitos; además, asiste a misa casi todos los domingos —concluyó Dante, inexpresivo—. A su muerte deberían canonizarla, insisto.

Eduardo bebió un trago de coñac.

—¿Crees que podrías dejar a esa mujer fuera de todo esto? —preguntó en voz baja.

—No.

Bajo la tenue luz del salón, los rasgos de Dante adquirieron cierta dureza, incluso crueldad, cuando fijó los ojos en los pagarés que tenía apilados sobre el escritorio. Su rostro, cortante e implacable parecía incluso aterrador cuando arrojó unos naipes sobre la mesa.

—La señorita Bloise parece ser una mujer admirable, no lo dudo —dijo. La voz de barítono resultó casi hipnótica—. Si yo fuera un caballero, quizá consideraría la posibilidad de excluirla de mis planes, pero, como no lo soy, no dejaré escapar la oportunidad de estocar al admirable señor Andrada donde más le duele: en el orgullo.

—¿Por qué crees que está interesado en ella? La señorita Bloise no tiene dinero.

—Pero tiene una casa en la ciudad, cuyo valor se incrementará con los años, y un solar que bien podría venderse por tres veces lo que hoy vale.

—Por supuesto, la tienda. Es una posibilidad.

—Por más encantadora que te parezca nuestra querida señorita Bloise, lo único que tiene a su favor, además de una excelente educación, es la pequeña fortuna en tierras que le heredará su tía, en caso de fallecer. Esto, con toda seguridad, ya lo sabe el señor Andrada.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Tengo mis contactos.

Eduardo alzó una ceja.

—¿No crees que podría haber cierto afecto entre ellos?

—En absoluto. —Dante le dio una pitada su cigarro—. El afecto entre un hombre y una mujer en la etapa del compromiso es solo un nombre bonito para la calentura. Si tuviera que definir el interés del señor Andrada en la señorita Bloise, me limitaría a señalar que la dama en cuestión es muy bonita, por lo que un hombre de sangre caliente solo podría pensar en una sola cosa al estar junto a ella: cogerla y llenarla con sus semillas.

—Qué cínico eres.

—Yo lo llamaría experiencia.

—Pese a tu opinión al respecto, no encuentro otra explicación para el interés de Benicio Andrada en la señorita Bloise que no sea el amor.

Dante no respondió. Fijó la mirada en la copa de coñac, pensativo. Desde que Benicio Andrada había regresado a Corrientes después de haber estado una temporada en Buenos Aires y de haberse convertido en accionista de la sociedad anónima Ciudad de Invierno, había ordenado a sus hombres que lo vigilaran. Era evidente que lo había retenido lejos de sus afectos tanto tiempo: los infructuosos intentos de salvar los últimos vestigios de la fortuna familiar de las incapaces manos de su padre.

Desde que había fijado residencia en las cercanías de Junín y Pago Largo, Benicio nunca había demostrado una particular predilección por ninguna mujer, pero, por alguna razón, a principios de año, había puesto sus ojos en la señorita Virginia Bloise.

Antes de haberle sido presentada la dama en una de las *soirées* de la familia Meabe, Benicio era un miserable hijo de puta, un libertino disoluto y poco confiable, un hombre que no se detendría ante nada ni

nadie por conseguir lo que deseaba, pero, luego de tratar con la señorita Bloise, había cambiado de proceder: ya no era un habitual en las mesas de juego, las borracheras en brazos de las putas de El Paraíso habían disminuido considerablemente y las reyertas callejeras eran ahora casi inexistentes.

Desde que esa mujer había entrado en su vida, el señor Andrada había adoptado una conducta irreprochable. Dante estaba convencido de que la razón era de lo más prosaica: había descubierto que su bienestar económico pendía de un hilo, que la inversión en Ciudad de Invierno podría no tener los beneficios que esperaba y que, quizá, la única posibilidad que tenía para mantener el estilo de vida que le agradaba era casándose con una mujer de fortuna. Sin embargo, había elegido a una dama que solo tendría dinero en caso de que muriera su tía, e incluso así, solo si decidía vender la casa y la tienda que regenteaba.

Le gustaba creer que la razón del interés de Benicio en Virginia Bloise era la posibilidad de echarle la zarpa encima a los bienes de la muchacha, aunque fueran pocos y no muy redituables. Para corretear detrás de la señorita Bloise, Benicio debía tener otra razón, una más poderosa; sin embargo, se negaba a creer que el afecto tuviera alguna relación con el asunto.

—Él no la ama —dijo en voz baja—. ¿Cómo podría?

—Quizá representa un desafío para él.

—¿Te parece?

—Los rumores afirman que ella lo ha rechazado en varias oportunidades. Lo cierto es que la señorita Bloise, a juzgar por su conducta, no parece muy interesada en emparentarse con los Andrada.

—Sin embargo, lo trata y le permite que la visite.

—Es posible que, en cuanto consiga un “sí” por parte de la dama, pierda todo interés en ella. Las posibles ganancias que podría tener en un futuro a través de un matrimonio con ella son ínfimas.

—Se ha tomado muchas molestias para impresionarla. —Dante detestaba no tener todas las piezas del rompecabezas—. Al conocerlo, cualquiera diría que es un auténtico caballero, cuando ambos sabemos que no lo es.

—Quiere a esa mujer en su vida, y está haciendo un gran esfuerzo por atraerla a su redil. —Eduardo bebió un trago—. Si no es porque está enamorado de ella, ¿por qué será?

—Tiene que haber otra razón.

—Y supongo que considerar la posibilidad de que la ame es pecar de ingenuo, ¿verdad?

Dante esbozó una sonrisa. La cicatriz que le desfiguraba la gélida apostura se deformó en un rictus ladino.

—¿Qué más sabes de ella? —preguntó, suave.

—No mucho. Es una mujer bastante reservada.

—¿La has visto ya?

—En un par de ocasiones, mientras hacía mis averiguaciones.

—Te agrada —dijo, y no era una pregunta.

—No quisiera que perjudicaras a una inocente, eso es todo.

Dante observó su reflejo en la copa de coñac. Sus ojos verdes destacaban sobre la sombría tonalidad de su piel, del color del bronce bruñido.

—¿Qué sabes de la mujer que la crio? —preguntó.

—¿De la tía? Es una dama muy interesante. La señorita Agustina Acuña solo estuvo comprometida una vez, en su juventud, pero el novio encontró un prospecto mejor unos pocos días antes de la boda y huyó; de modo que dejó a la señorita Acuña con la responsabilidad de explicar lo sucedido a amigos y familiares.

—Una situación muy desagradable, imagino.

—Por cierto. Después de afrontar la vergüenza de haber sido abandonada prácticamente en el altar, desapareció de los salones a los que acostumbraba visitar y nunca volvió a ser relacionada con un hombre.

—El rompimiento del compromiso debió de afectarla mucho.

—Muchísimo, a juzgar por los rumores. En esas circunstancias su madre decidió apartarla de las murmuraciones y la acompañó a un viaje por el Paraguay. Casi un año después del escandaloso final del compromiso, regresó a Corrientes y se alejó de la vida pública.

—¿No tuvo más pretendientes?

—Ninguno que consiguiera obtener de ella más que un vago interés —dijo Eduardo, pensativo—. Disgustó a su madre al abrir una tienda de vituallas y no dio más pie a habladurías hasta que su hermana menor, Ana Clara, murió. Entonces decidió ocuparse de la niña huérfana.

Dante contempló su coñac.

—Sigue investigándola. Quiero saber todo sobre ella —dijo. Hizo una pausa—. ¿El padre no quiso o no pudo ocuparse de Virginia?

—Creo que ambas cosas —dijo Eduardo en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—Gerardo Bloise, según dicen los rumores, quedó devastado por la muerte de la esposa. La amaba. Creo que nadie en esta ciudad sería capaz de dudar de eso. Cuando murió su mujer, él pareció querer seguirla a la tumba. Despidió a los empleados y dejó de recibir visitas. La pequeña quedó a la buena de Dios.

Dante entrecerró los ojos.

—¿No se ocupó de su hija?

—En absoluto —dijo Eduardo con desagrado—. La niña se hacía sus propias comidas y realizaba los quehaceres domésticos, dentro de sus posibilidades. Las pocas personas que frecuentaron la casa después de la muerte de Ana Clara afirman que la pequeña se ocupaba incluso de entrar a su padre cuando este llegaba borracho tarde en la noche.

Dante hizo girar la copa de coñac entre los dedos largos y elegantes.

—¿Cuántos años tenía ella? —preguntó.

—Nueve, poco más, quizás diez cuando los problemas financieros del señor Bloise comenzaron a profundizarse.

—¿Qué hizo la tía?

—Cuando supo cómo estaban las cosas en casa del cuñado, se presentó en la puerta y exigió la custodia de la pequeña. Bloise no opuso ninguna objeción y Virginia se fue con su tía. Al parecer, se esperaba que la señorita Bloise regresara al hogar paterno en cuanto su padre encaminara su vida, pero eso nunca sucedió.

—¿Es posible que las segundas nupcias de Bloise fueran una causa del permanente destierro de la hija?

—Es posible —admitió Eduardo—. Naturalmente, el caballero volvió a casarse con una dama de buena familia. Eligió a una mujer bastante más joven que él, pero respetable. La señora Jacinta Bloise, antes Manfredini, no da pie a habladurías. Es el epítome de la moral y las buenas costumbres.

—La flamante madrastra no quiso hacerse cargo de la niña, supongo.

—Quizá pidió por la pequeña, consciente como es de sus deberes, pero es evidente que o no insistió mucho en el asunto o Bloise no estaba interesado en llevar de nuevo a la casa a la hija mayor, porque Virginia creció junto a su tía, lejos del hogar paterno.

Dante asintió. Las pestañas le velaron la expresión de los ojos.

—¿Qué averiguaste sobre la elegante señora Bloise? —preguntó.

—Nada interesante. Es una madre cariñosa y una esposa atenta. Tiene una vida bastante corriente, sin escándalos, excesos ni oscuros secretos. —Eduardo sonrió—. Su hija, Cordelia, es muy parecida a ella.

—Tengo entendido que la joven señorita Bloise no tiene una relación muy cercana con Virginia.

—Se podría decir que no. No se tratan. Fuera de unos pocos acontecimientos familiares en la infancia, nunca se las ha visto juntas. Virginia no acostumbra frecuentar los mismos círculos que su hermana y, por lo tanto, es casi una desconocida para ella.

—Pese a su buen nombre, tengo entendido que Virginia es una sabelotodo que a veces escandaliza a la sociedad con sus ideas —dijo Dante, pensativo—. Apostaría una buena parte de mi dinero a que no

recibe muchas invitaciones para participar de las tertulias de la *high class*.

—Así es. La joven Cordelia, por el contrario, es la niña mimada de esta temporada.

—Entiendo. —Dante esbozó una sonrisa. Había en sus ojos cierta expresión especulativa—. ¿Crees que a la señorita Virginia le agradaría contarme entre sus amigos?

Eduardo curvó las comisuras de sus labios.

—Creo que no tiene muchas alternativas —dijo seco—. No cuando el diablo ha decidido hacer una buena presa de ella.

* * *

Dante apoyó una mano sobre la baranda y, desde el descansillo de las escaleras que conducían a su oficina en El Paraíso, observó a Ovidio Andrada con interés.

El caballero se encontraba sentado a una de sus mesas de juego, muy elegante en su traje de noche, silente e inexpresivo, tal y como era su costumbre. Tenía los ojos fijos en las cartas. Había apostado una fuerte suma de dinero a una mano que, con toda seguridad, no ganaría.

Con Eduardo Vallejos a su lado, que le disputaba una pequeña fortuna en metálico, era muy poco probable que el viejo Andrada abandonara El Paraíso con algo más que unas pocas monedas tintineándole en el bolsillo.

Eduardo era un estafador, un truhán de muchas y variadas habilidades, y una de ellas era, precisamente, jugar con cartas marcadas.

Dante se había asegurado de que Ovidio siempre terminara la noche jugando contra él. Eduardo sabía que debía desplumarlo en cada ocasión, pero que debía dejarlo creer en dos o tres oportunidades que tenía alguna posibilidad de salir victorioso. Nada como eso para

mantener a un hombre como el honorable señor Ovidio Andrada aferrado a unos naipes especialmente preparados para labrarle la ruina.

—Así que aquí estabas —dijo Joaquín Rivera a su espalda. Avanzó hasta él y se detuvo a su lado. Apoyó parte del peso en el bastón y siguió la mirada del otro—. Debí suponer que estarías vigilando a ese viejo zorro.

—Deberías estar descansando —dijo Dante en voz baja—. Fue un largo viaje desde Buenos Aires.

El anciano lo ignoró. Apretó los labios en un breve gesto de disgusto.

—Es una lástima que estés tan seguro de que los hijos deban pagar los pecados del padre —dijo.

—Una triste desgracia, sin duda.

Joaquín crispó las manos contra la empuñadura del bastón y observó la oscura expresión del hombre a quien le había dado su apellido veintisiete años atrás. Otrora era un niño introvertido pero amable; ahora se había convertido en un monstruo sediento de sangre al que le hubiera gustado saber cómo aplacar y detener.

—Destruirás la vida de un hombre y de una jovencita, ambos inocentes, en nombre de la venganza —continuó imperturbable—. ¿No te parece una injusticia?

—No.

Dante observó a Ovidio, a quien la sociedad reconocía como un hombre de intachable reputación y rectitud, y curvó las comisuras de los labios en una media sonrisa sardónica.

Hacía veintisiete años había tenido la desgracia de conocerlo. Lo había visto solo una media docena de veces hasta que, en el invierno de 1886, ese hombre, al que el padre de Dante admiraba y respetaba, había ordenado que lo mataran junto a su esposa.

La desaparición de Franco Andrada, a quien todos ahora conocían como Dante Rivera, el único hijo y heredero de Humberto y Rosalie Andrada, era el último paso en el plan de Ovidio para ser él quien se convirtiera en el beneficiario de la inmensa fortuna familiar.

—Ese hombre me arrebató a mi familia, mi herencia, mis tierras, incluso mi vida y mi nombre —dijo él en voz muy baja—. Mató a mis padres. Ordenó mi asesinato. Hoy sus hijos disfrutan de todo lo que debió ser mío: el apellido, los privilegios, el honor. ¿Crees que tendré piedad con cualquiera de ellos?

—Deberías tenerla, al menos con la niña. Sofía Andrada es una inocente en todo esto. Por Dios, solo tiene dieciocho años.

—Yo tenía muchos menos cuando su padre decidió destruir mi vida.

—Comprendo lo que sientes, pero...

—No puedes comprenderme —dijo Franco con suavidad—. Nadie puede.

Joaquín inclinó la cabeza.

—Está bien. Tienes razón. No puedo siquiera imaginar el horror que has vivido, pero no puedes culpar de nada a esa jovencita. Es solo una chiquilla.

Franco bebió un trago del whisky que tenía en la mano, todavía con los ojos fijos en el hombre que había terminado con la vida de sus padres tantos años atrás.

La endeble luminosidad que irradiaban las lámparas, estratégicamente ubicadas sobre las mesas de juego, ahuyentaba las sombras hacia las esquinas y mantenía el lugar dentro de una acogedora, pero poca confiable penumbra azulada.

Pese al humo de los cigarros que parecía envolver el recinto en una opresiva bruma grisácea, el bullicio, las ensordecedoras carcajadas de las putas y el ligero tufillo a sudor que emanaba de los oscuros ropajes de los caballeros, El Paraíso poseía la sombría elegancia de un club de caballeros.

El salón principal tenía, en su estilo arquitectónico, la gélida distinción a la que estaba acostumbrada la *high class* correntina, lo que se evidenciaba en el costoso mobiliario de origen inglés, en los pesados cortinones color beige, a juego con las alfombras Aubusson, y en los ricos gobelinos que adornaban las paredes, todos de una elegancia impecable.

A un pasillo de distancia, un pequeño recinto menos animado y más sobrio en la ornamentación, funcionaba como salón para señoras; un lugar reservado solo para las damas, donde estas se sentían libres de jugar y apostar, tejiendo en tanto rumores a diestra y siniestra, lejos de la reprobadora mirada de los hombres de la familia.

Allí no había putas ni caballeros que las importunaran. Solo tenían la compañía de una empleada provista de cofia y delantal, con acceso a un gran número y variedad de bebidas y delicados bocadillos.

Por lo demás, El Paraíso era un tugurio de la más baja estofa: las prostitutas deambulaban entre los clientes masculinos, exhibiendo sus cuerpos en ajustados y perfumados vestidos de seda, en busca de algún hombre a quien pudieran llevar a una de las habitaciones del piso alto, y esquilmar a placer.

Ladrones, asesinos y truhanes se disputaban un lugar en las mesas, en tanto los más importantes caballeros de la sociedad correntina, viejos libidinosos la mayoría de ellos, se jugaban fortunas en una mano de póker, bajo las caricias de una puta y la álgida mirada de quien todos conocían como “el diablo”.

Franco advirtió que su tío no había cambiado nada desde la última vez que lo había visto en El Paraíso, seis meses atrás, poco antes de que decidiera viajar al exterior en compañía de su esposa. Se decía por entonces que su señora, Juana Hardoy de Andrada, tenía neumonía y necesitaba reponerse en un clima apacible y templado. Cuando Ovidio regresó a la ciudad, a mediados de abril, su señora había recuperado un poco de su otrora vitalidad, pero pronto recayó y, a los pocos días, falleció.

Su tío se convirtió entonces en un viudo de cincuenta y seis años, y sus hijos, Benicio y Sofía, en los jóvenes mimados de la sociedad a causa de tan triste pérdida.

Era evidente que la defunción de su esposa había afectado al viejo Andrada, o, pensó Franco con cinismo, lo que realmente lo había afectado era el haber descubierto, por la misma fecha, que sus arcas habían disminuido drásticamente y que era muy poco probable que

algún banco aceptara concederle un préstamo, cuando era obvio que el dinero en sus manos se escurría con tanta facilidad como el agua en un sumidero.

Las arrugas en el rostro se le habían profundizado hasta el punto de avejentarle la fisonomía unos veinte años como poco. El pelo se le había encanecido por completo y había comenzado a ralearse sobre las sienes. El rictus amargo de la boca se le había acentuado, al igual que la fría expresión en el rostro; detalles todos que, en conjunto, no le disminuían el porte atractivo, pero sí acentuaban la frugal severidad de sus rasgos. Con todo, seguía siendo un hombre de aspecto agradable. Parco en palabras y gestos, su amistad era el bien máspreciado para los miembros más importantes de la *high class*, y una alianza con su familia una bendición.

Su hijo mayor, Benicio, estaba de pie detrás del padre, atento a cada moneda que Ovidio dejaba caer en el centro de la mesa. La despreocupación del viejo Andrada por la cada vez menor cuantía de su fortuna debía ser causa de desesperación para su heredero. Caracterizado por una distinción en el vestir y un hablar pausado, casi como si sopesara cada palabra que saldría de sus labios, Benicio era una versión más joven de su padre, aunque menos impresionante en su aspecto.

De Ovidio había heredado los labios gruesos y la nariz pronunciada, casi aguileña. Se parecía más a su difunta madre, de quien había adquirido el pelo castaño, los pómulos altos y cierta debilidad en la barbilla.

Allí, rodeados por otros hombres de rancio apellido e ilustres antepasados, parecían el epítome de la moralidad y las buenas costumbres. Eran caballeros de gran fortuna y holgada vida que no habían conocido más que privilegios desde la cuna y cuyo intachable honor convertía a su apellido en el nombre de Dios en boca de los menos afortunados.

Sin duda alguna, las apariencias engañan.

Joaquín estudió con suma atención el rostro de su hijo adoptivo y se mostró ansioso. Reconoció la odiosa arrogancia del linaje Andrada en esos rasgos desprovistos de toda emoción, la gélida determinación de llevar adelante sus planes, sin que importara si habría de crear ríos de sangre a sus pies. También en la boca de Dante estaba la sombra de aquella sonrisa que tan bien conocía. Una sonrisa que no contenía más que cinismo y acritud, una fina línea rayana en la crueldad.

A Franco Andrada él había rebautizado con el nombre de Dante Rivera. Lo había encontrado una noche agonizando a orillas del río, cuando se dirigía a representar una obra en las afueras de la ciudad de Corrientes.

Recordó las heridas, el dolor del pequeño, las noches de desvelo a su lado mientras se le soldaban los huesos y desaparecían las marcas de la feroz golpiza que le habían propinado con la intención de matarlo. Rememoró las pesadillas del niño, la profunda desconfianza que había mostrado hacia él y hacia todos los miembros de la compañía, el mutismo, la hurañía y la hosquedad con que se vinculaba con el mundo.

Cuánto había deseado que Franco se quedara en Buenos Aires, junto a él, con Eduardo, Giuliana, Eugenia y el resto de la compañía; que formara parte de la familia de El Elíseo para siempre, aunque todos no fueran más que un hato de putas, mendigos y ladrones, pero él había decidido seguir otro camino; uno que lo llevara a la concreción de una venganza largo tiempo esperada.

El hombre al que todos conocían como Dante Rivera, cuando su nombre era otro, debió crecer para convertirse en un caballero, con la mejor educación que el dinero pudiera pagar, pero la vida lo había convertido en un canalla, en un golfo de los barrios bajos de Buenos Aires, primero; y luego en Corrientes, su tierra natal.

Dueño de El Paraíso, allí, donde más a gusto se sentía, su nombre era el nombre del diablo en los labios de sus deudores. Franco se había convertido en un hombre temible. Conocía los secretos más oscuros de todos los que consideraba importantes en la ciudad de Corrientes. Sabía cómo obtener lo que deseaba y había aprendido a

doblegar la voluntad de quienes lo rodeaban, sin importar la cuantía de su fortuna. Había creado una red de información a través de los bajos fondos. No había un alma que no le temiera o le debiera dinero. Ahora, finalmente, tenía la oportunidad de vengarse y no se detendría ante nada ni nadie para conseguirlo.

—Esto no me gusta —musitó el anciano—. Solo traerás desgracias a tu puerta si sigues por este camino.

Franco alzó una ceja.

—¿Debo entender que no cumplirás tu palabra? —preguntó suave.

—Dije que te ayudaría en esto, y lo haré.

—Bien. Eso es todo lo que quiero de ti.

—Ah, pero no esperes que vea derrumbarse las ilusiones de una jovencita inocente sin rechistar.

—Esa niña me importa una mierda.

—Nunca pensé que fueras un hombre desalmado. Duro y frío, sí, pero ¿cruel? Me decepcionas, muchacho —dijo el viejo más que molesto, defraudado—. Al destruir a su padre y a su hermano, Sofía Andrada quedará en la calle. Las amigas le negarán el saludo. Las invitaciones a fiestas y tertulias dejarán de llegar. Nadie la recibirá. Las puertas de la *high class* estarán cerradas para ella. No podrá hacer un buen matrimonio. Y después de que te apoderes de su casa y del resto de la fortuna paterna, tendrá suerte si no debe vivir en las calles mendigando por un mendrugo de pan.

—Esa fortuna o lo que queda de ella, es mía. Siempre fue mía.

—Sí, pero esa muchacha no lo sabe.

—No te preocupes por ella —dijo Franco. La voz era seda sobre acero—. Si Sofía Andrada queda en la calle, bien podría ofrecerle un trabajo en El Paraíso. Estoy seguro de que mis clientes pagarían mucho por ella. Mucho más si es virgen.

Joaquín endureció el rostro.

—Hijo de puta.

—¿Y, eso? Nunca te importó nadie más que la familia, ¿y ahora te preocupan los vástagos de mi asesino?

—Estoy envejeciendo. Con los años aprendí a ver las cosas con mayor perspectiva. Creo en la justicia, pero no cuando recibe el nombre de venganza.

Franco torció los labios en una sonrisa burlona.

—Tú me enseñaste que la venganza, si es válida, es justicia —dijo con suavidad—. Es dar a cada quien lo que merece. Si hay inocentes en la refriega, no son más que daños colaterales.

—He dicho muchas cosas en mi vida y, entre ellas, esa tontería —admitió el viejo—. Cuando decidí apoyarte en esto no pensé que estuviera ayudando al diablo a destruir la vida de una niña que en nada se relacionan con las decisiones de Ovidio Andrada.

—Tiene una tía anciana en Goya —dijo Franco restándole importancia al asunto con un gesto—. Siempre puede recurrir a la caridad de la parienta si las cosas se ponen feas por aquí.

Joaquín lo miró, pensativo. Si Franco había tenido en cuenta el posible futuro de Sofía Andrada, pensó, una ínfima parte de su alma todavía debía de encontrarse a salvo de las negruras del odio y el rencor.

—Es una buena idea.

Dante lo miró de soslayo.

—Si no quieres formar parte de eso, eres libre de retirarte —dijo.

—Sabes que no lo haré. —Su expresión no se había suavizado, pero, al contemplar al hombre, ese que fue el niño que había salvado y criado como si fuera un hijo, Joaquín pensó que jamás podría cuestionarle las decisiones y abandonarlo, como tantos otros lo habían hecho. Carraspeó—. Si no te interesa el futuro de Benicio Andrada ni de su jovencísima hermana, ¿debo entender que tampoco te importa cuánto sufrirá la prometida del muchacho con todo esto?

—¿Te refieres a Virginia Bloise?

—¿A quién más? Ella será una víctima inocente de tus planes, al igual que Sofía.

Franco contempló el vaso de whisky.

—¿Por qué habría de importarme algo una desconocida? —Algo en su expresión había cambiado, algo que no tardó en desaparecer.

—Es una mujer honesta; a pesar de que no cuenta con una dote importante, logró atraer la atención de tu primo. Si destruyes a toda la familia Andrada, Benicio romperá el compromiso con ella. Jamás se casaría con la señorita Bloise si quedara en la ruina. Tendría que buscar a una rica heredera para ayudar a la familia.

—Muy loable de su parte. Siempre he admirado la devoción familiar de mi primo.

—La señorita Bloise...

—Sobrevivirá —dijo Franco con frialdad—. Esa mujer no es un pichón recién emplumado. Sé que sus posibilidades de hacer un buen matrimonio a su edad son muy escasas, pero, si quiere casarse, encontrará a alguien con quien hacerlo.

—Caramba, has pensado en todo —dijo Joaquín, sarcástico.

Franco le dirigió una mirada tensa.

—Siempre habrá un viudo bien dispuesto a ignorar la falta de inocencia o la excesiva edad de la novia, ansioso por tener a alguien que le caliente la cama y cuide de él y de los suyos —dijo—. No deberías preocuparte por la señorita Bloise, abuelo.

—Eres un cínico. —Joaquín gruñó algo más entre dientes—. Destruirás la vida de una mujer de buena familia, y no te importa.

—¿De buena familia? ¿Debo recordarte quién es su padre?

Joaquín apretó los dientes.

—No. Sé lo que hizo Gerardo Bloise, pero esa muchacha no tiene la culpa.

—No, no la tiene. —Franco hizo un gesto con la mano—. Su familia ha dado mucho de qué hablar a la ciudad. El abuelo paterno huyó y abandonó a su mujer en manos de sus acreedores. La tía es una cliente asidua a El Paraíso, al igual que su padre, y ha desarrollado, además, un respetable gusto por la bebida. Me debe una fuerte suma de dinero, deudas que la señorita Bloise ha estado saldando peso a peso. Virginia no pertenece a una buena familia. Tiene un apellido tan rancio como el de su prometido, pero eso es todo.

Joaquín masculló un impropio y lo miró dolido.

—¿En qué te has convertido, muchacho? —musitó.

Franco curvó las comisuras de los labios.

—En el diablo —dijo.

Joaquín meneó la cabeza, se volvió y se alejó a paso lento, incapaz de ocultar la decepción.

Cuando el anciano desapareció en la penumbra, Franco clavó los ojos en Ovidio Andrada.

Había llegado el momento de acallar las voces de sus muertos, castigando al asesino. Había intentado alejar los recuerdos de aquella noche durante años, de mantenerlos a distancia, temiendo volverse loco con ellos, pero jamás había conseguido librarse de esas cadenas.

Los recuerdos siempre estaban allí, lanzando afiladas garras sobre él, destrozándole el corazón.

* * *

Cuando escuchó una sonora carcajada en el salón de recibo, Rosalie se ocultó entre las sombras del pasillo y estrechó a su hijo contra el pecho. Él estaba enfermo, todavía convaleciente de una neumonía; apenas podía tenerse en pie. Lo arrulló en voz muy baja y retrocedió en silencio hasta la opresiva oscuridad de la biblioteca. Atenta a cualquier sonido que pudiera alertarla de la cercanía de los intrusos, la joven se deslizó con suavidad hacia las sombras.

Una voz quebró el silencio. Rosalie se detuvo, aterrada, atrapada en un pequeño rectángulo de luz que provenía de la ventana. El miedo se le escurrió sobre la piel y trepó hasta la garganta: amenazaba con ahogarla. La oscuridad parecía cernirse sobre ella, oscilante, silente, atemorizante.

Desde el centro de una rígida telaraña de nubes, la luna destilaba una argéntea luz sobre la vieja casona de piedra; iluminaba apenas parte de la galería exterior, la ventana de hojas dobles y el escaso mobiliario del pasillo. El viento susurraba secretos entre los arbustos, las hojas muertas crujían a su paso, gemían, se dejaban arrastrar hacia las negruras que bordeaban el jardín.

Rosalie recorrió la estancia con los ojos. Su mirada se detuvo un instante en la ventana.

—¿Podemos escapar por ahí? —preguntó el niño en voz baja.

—No, mi vida. Podrían escucharnos.

Ella hundió los labios en el pelo del pequeño. Lo acunó con suavidad.

El escritorio, las sillas, los libros, los mapas y hasta las pinturas que colgaban de las paredes no eran más que sombras en la oscuridad, mudos testigos de la desesperación.

Los hombres que se hallaban en el salón revisando los cajones del armario, hurgando entre sus pertenencias, ya debían de saber que su marido estaba ausente y que los empleados tenían la noche libre. Todos ellos habían ido al pueblo con la intención de unirse a la misa de los Santos Inocentes. Humberto no tardaría mucho en regresar, pero los empleados no volverían hasta bien entrada la mañana.

Rosalie cerró los ojos e intentó respirar. El aire se sentía frío en los labios, gélido en la garganta. Con dedos temblorosos rozó la pálida superficie de las paredes al abandonar aquel estrecho rectángulo de plata y confundirse con la penumbra azulada de la noche.

El niño se removi6 entre los brazos maternos, asustado. Lo había arrancado del sueño con el rostro contraído por el miedo y las manos heladas. Bajo el manto de la oscuridad más absoluta, le había pedido que no hiciera ruidos, que se aferrara a ella y confiara en que su madre lo mantendría lejos de los intrusos.

Rosalie bajó al niño y se arrodilló junto a él. Se inclinó, le rodeó la cara con las manos y le buscó la mirada.

Él intentó girar la cabeza hacia la puerta, hacia los gritos, las carcajadas, los insultos que provenían del salón, pero Rosalie lo obligó a mirarla a los ojos.

—Tienes que ser muy valiente —susurró—. Quiero que te quedes aquí. No puedes hacer ruido, ¿comprendes?

—Mamá. ¿Quiénes son...?

—Han entrado a la casa tres hombres malos. Debo ocuparme de ellos; ¿está bien? Necesito saber que estarás a salvo aquí.

Él buscó el refugio de sus brazos.

—Tengo miedo —musitó.

—Mamá no permitirá que te hagan daño. —Rosalie sonrió, y, aunque la sonrisa resultó tranquilizadora, en los ojos verdes maternos solo se reflejaron angustia e incertidumbre—. Te ocultarás allí, ¿ves?: dentro del armario de los mapas.

Algo se rompió en la sala. Franco dio un respingo. Rosalie se encontró con una mirada temerosa.

—Tienes que pensar en otra cosa, cariño —dijo.

Ella hizo un hueco en el interior del armario, entre los mapas y cartas geográficas que su esposo acostumbraba a guardar allí. El pequeño guardó silencio un momento, pero luego, en voz muy baja, preguntó:

—¿Tienes miedo...?

Rosalie curvó los labios con suavidad.

—Sí, cariño. Mucho —dijo y observó el perceptible temblor de sus dedos. Tomó a su hijo en brazos y lo ayudó a entrar al interior del armario.

—No quiero quedarme aquí —dijo él.

—Por favor, no me hagas esto...

—No. —Franco se aferró a su madre, pero Rosalie desprendió uno a uno esos dedos y lo obligó a ocultarse dentro del armario.

—Confía en mí. —Ella buscó su mirada—. Por favor.

En el silencio sepulcral que se había adueñado de la vieja casona, la angustia desesperada de su voz resultó tan evidente como el desusado temblor en los labios.

—No quiero dejarte.

—Regresaré por ti más tarde, cuando esos hombres malos se hayan ido de la casa.

Él clavó los ojos aterrados en ella. Sabía que estaba asustada y que estaba mintiendo. Lo podía ver en su mirada y en las lágrimas que intentaba ocultar. De pronto, el miedo se convirtió en una pesada bola de plomo dentro del estómago. Su madre nunca antes se había mostrado tan asustada.

—Quédate conmigo —dijo Franco y, por un instante, la boca se le convirtió en una fina línea de obstinación—. No quiero que te vayas.

—Tengo que hacerlo.

—No.

—Franco, cerrarás los ojos y te tapparás los oídos con las manos, ¿está bien? —Rosalie hundió los dedos en los brazos de su hijo y lo empujó dentro del armario—. Si lo haces, todo estará bien, mi vida.

—¡Mamá, no me dejes!—Él intentó sujetarla, pero ella se apartó antes de que él lograra asirla por los volantes de su blusa.

—Silencio. *Silence*. —le dijo Rosalie en francés. Se inclinó y lo miró a los ojos—. No puedes salir de aquí.

Él la miró desde el escondite, aterrorizado, pero asintió. Rosalie le secó las lágrimas con los pulgares.

—Confía en mí —repitió.

—Quiero ir contigo.

—No puedes. No quiero que te hagan daño. —Ella le besó las sienes con suavidad e intentó contener el llanto. Su *jeune fils* se veía tan asustado y vulnerable en la oscuridad de ese escondrijo, tan aterrado... Apretó los dientes y se obligó a apartar las manos de él—. *Je t'aime* —susurró y un sollozo escapó de sus labios fríos—. *Pardonne-moi*.

Él estiró la mano hacia ella con la intención de sujetarla una vez más, pero Rosalie cerró la puerta del armario con firmeza.

* * *

Franco apretó los labios. Recuperar todo lo que por derecho le pertenecía: su nombre, sus tierras, su hogar, su fortuna y sus privilegios ya no era suficiente para él. Deseaba la destrucción total de Oviedo Andrada y de toda su familia.

Quería que sintiera lo mismo que él sintió cuando se vio desposeído de todo cuanto amaba y le pertenecía.

Para los Andrada no había nada más importante que el dinero y los privilegios que traía consigo. Muy bien: él se encargaría de arrebatárselos todo cuanto consideraban importante. De que terminaran en la calle y desaparecieran sus prerrogativas era solo cuestión de tiempo.

Veintisiete años después de que se había jurado a sí mismo vengarse de Ovidio Andrada, finalmente tenía en sus redes a casi toda la sociedad correntina.

Los hombres más poderosos de la ciudad le debían favores, y era hora de que los cobrara todos.

CAPÍTULO 5

Apretujada entre dos viejas casonas de madera y en parte oculta detrás de las enredaderas que se desplegaban desde los balcones vecinos, la tienda de la señorita Acuña no era fácil de encontrar. Pero una vez hallada, ya fuera por el pequeño cartel que colgaba de las vigas del alero o por los costales de semillas que se amontonaban sobre la acera, no había nada en su fachada que llamara la atención o que invitara a la admiración, pero sí mucho que señalar: el tejado necesitaba algunas reparaciones, los escalones de madera que conducían a la puerta se veían muy deteriorados y gran parte de la fachada parecía a punto de venirse abajo, a pesar de haber resistido con honores a la última tormenta de verano.

El solar donde Agustina había decidido abrir su tienda de abarrotes y telas se encontraba a cuadra y media del Colegio Nacional General San Martín, sobre la calle Tucumán, a pocos pasos de las casonas pertenecientes a las familias más importantes de la ciudad; aun así jamás obtuvo las ganancias que se esperaban de tan buena ubicación.

Virginia se sujetó la falda y subió los únicos tres escalones de madera que llevaban al interior de la tienda, evitando los pequeños y crujientes agujeros que, sospechaba, terminarían algún día atrapando el pie de algún desprevenido. En cuanto cruzó el umbral, la cálida fragancia de las especias que estaban en exhibición a un lado del mostrador, cerca de la puerta, flotaron hasta ella subyugantes.

—Esto huele muy bien —dijo.

Mamá Gigi asintió mientras sacudía la escoba de un lado a otro, entre los enseres de cocina y los instrumentos de carpintería.

—Si esto se viera tan bien como huele, habría más clientes entrando por esa puerta —dijo la india, que observaba el confuso contraste entre rollos de tela, los costales de harina y los libros que se

apilaban sobre uno de los estantes—. ¿Por qué su tía no será más ordenada?

Virginia sonrió, porque sabía que Mamá Gigi no esperaba una respuesta de su parte, y dejó su bolsito a un lado, cerca de la estufa.

El tibio resplandor del mediodía entraba a raudales por las ventanas: iluminaba los elementos de costura, los frascos de especias y dulces, la losa y los espejos de mano que se lucían en el mostrador.

Mamá Gigi soltó un profundo suspiro.

—Ahora que está usted aquí, iré a limpiar atrás —dijo. Frunció los gruesos labios—. Si viera usted el tamaño de las telarañas del techo, cualquiera diría que esto no se ha limpiado en años, cuando todos los días le doy una buena friega a toda la tienda.

—Esta bien, Mamá Gigi. —Virginia se sentó en un taburete de patas altas detrás del mostrador y comenzó a examinar los libros de cuentas, distraída—. Tú ocúpate de eso mientras yo me fijo en esto.

—Salvador está afuera poniendo agua en el bebedero.

—Bueno.

—Si lo necesita, grite.

—No voy a gritar, Mamá Gigi. Eso sería impropio de una dama.

—Usted grita en casa.

—En privado una dama puede descansar de ser una dama —dijo Virginia con una sonrisa—. En público, no.

Mamá Gigi soltó un bufido.

—Si lo necesita, grite, ¿me escuchó? —preguntó.

—Sí.

—Desde atrás no podre auxiliarla si entra un indeseable a molestarla, así que hágalo.

—Mamá Gigi, por Dios, nunca me ha sucedido nada.

—Eso no significa que no pueda suceder —rezongó la mujer y, después de una última mirada de advertencia hacia la joven, desapareció en el cuarto de almacenaje.

Virginia se acomodó en el asiento y volvió las páginas del libro de cuentas una tras otra hasta que encontró aquello que estaba buscando.

Su tía había bajado el costo de los costales de semillas, principalmente las de cereales a un precio mucho menor, casi irrisorio. Una docena de rollos de paño se habían vendido por el quince por ciento del verdadero valor y varios costales de harina habían sido prácticamente regalados al señor Ernesto Quintana. Virginia frunció el ceño. Cinco personas habían comprado a crédito en los últimos quince días, entre ellas el señor Trujillo y el señor Varela, y ninguno de ellos había pagado ni un tercio de sus deudas anteriores.

Virginia notó que su tía había hecho un arabesco junto a los nombres de Ladislao Trujillo, Teodosio Varela y el señor Quintana. Apretó los dientes, disgustada. Sabía qué significaba aquello: su tía no les cobraría, y entre los dos sumaban más de quinientos pesos en deudas.

—Señorita.

Virginia dio un respingo y alzó la vista.

—Salvador, por Dios, me asustaste —protestó.

—No pensaba asustarla, pero la llamé dos veces y usted no respondió.

—Ah, perdona.

El muchacho avanzó hacia ella a grandes pasos. Tenía un martillo en la mano y varios clavos sobresalían de sus bolsillos. Al parecer había estado reparando algo, además de mantener lleno el bebedero. Hizo un gesto hacia el techo.

—Solo quería decirle que habría que arreglar el tejado antes de la próxima tormenta o podría venirse abajo.

—No exageres... Exageras, ¿verdad?

—No, señorita. Está muy dañado. —Salvador meneó la cabeza—. Por lo pronto le diré que, si llueve, lloverá más aquí adentro que allá afuera.

—Ay, Salvador, ¿con qué dinero lo arreglaremos...?

Él observó el suelo un momento y luego la miró, decidido.

—Quería decirle esto desde que llegó, pero estaba usted tan atareada que no quise molestarla. En fin, se lo diré ahora: me gustaría buscar un empleo, señorita.

—¿Cómo dices?

Él se mostró vacilante.

—Si trabajara en otra parte, podría ayudarla a usted con los gastos de la casa y la tienda —dijo.

Virginia lo miró, conmovida.

—Eres muy amable, Salvador, pero no será necesario —dijo.

—¿Cómo que no? Es obvio que el dinero falta.

—Ya encontraré la manera de solucionar nuestros problemas económicos.

—Pero, señorita...

—Estaría todo el tiempo preocupada por ti, ¿comprendes?

—¿Y por qué se preocuparía? Soy fuerte y estoy sano. Seguro que encuentro algo.

—¿Y si no te tratan bien?

—Eso no importa, señorita.

—Sí que importa. —Virginia frunció el ceño—. No permitiré que nadie te haga daño. Podrían hacerlo, Salvador, lo sabes.

—Yo no permitiré que mi familia pase privaciones —dijo Salvador con más dureza de la que deseaba—. Usted necesita ropa nueva y zapatos. Tiene que verse bien para encontrar un marido. *Bruno, Pedro, Ruperto*, sus pollos y ahora *Midas* tienen que comer y a veces temo que no haya suficiente para todos. Yo puedo ayudar, y lo haré, le guste a usted o no.

—Salvador...

—Hablé de esto con Mamá Gigi y dijo que está de acuerdo conmigo. Ella podría lavar ajeno y cocinar para otros, ¿sabe usted? Sus tartas son famosas por aquí. Tendría muy buenas ventas.

Virginia sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Ay, Salvador, ¿cómo puedes ser tan dulce?

—No llore, por Dios. —Él la miró horrorizado—. No quería entristecerla.

—No, si estoy feliz. —Virginia se secó los ojos con los dedos y, cuando el indio se acercó para pasarle con torpeza un pañuelo, ella saltó del taburete y se lanzó a sus brazos—. ¡Te quiero tanto!

Salvador se ruborizó y la apartó, aunque con suavidad.

—No, señorita, ¿qué hace...? Cualquiera podría entrar y vernos. ¿Qué pensará la gente?

—No me importa.

—Le importará cuando la señalen por la calle por sus arrebatos. Ahora regrese detrás de ese mostrador y siga con lo que estaba haciendo, que yo estaré ahí mismo, ¿ve? —dijo y señaló el final de la tienda, en la parte más oscura. Parecía incómodo y avergonzado—. Tengo que acomodar las sillas de montar y los arreos.

—Salvador...

—¿Sí, señorita?

Virginia sonrió.

—Quizás también yo debería encontrar un empleo. ¿Qué opinas?

—¿Haciendo qué? —intervino Mamá Gigi, detenida en el umbral, todavía con la escoba entre las manos. Era evidente que había estado escuchando toda la conversación detrás de la puerta. Una telaraña le colgaba del hombro izquierdo y había dos dedos de polvo en su mejilla izquierda—. No sabe coser, tejer ni hacer velas ni jabones, y mucho menos preparar tortitas de queso: eso es todo lo que se le permitiría hacer a una dama como usted.

—Si hubiera podido asistir a la universidad...

—La señorita Agostina se hubiera muerto del disgusto. Sabe usted que no está bien visto que una mujer vaya a donde no le corresponde estar.

—Mamá Gigi...

—Además, ya escuchó a su padre cuando usted le planteó el tema. El señor Gerardo dijo que usted, como mujer, necesitaba de su permiso para hacer una carrera en la universidad, y que él nunca se lo daría. Su lugar, dijo, está junto a su tía, hasta que encuentre un marido.

Virginia decidió ignorar esas palabras. Le traían demasiado malos recuerdos.

—Podría aprender a coser, tejer y a hacer velas y jabones —comentó—. E incluso tortitas de queso.

—Intenté enseñarle, y usted no aprendió nada. Nunca he visto a una blanca más inútil para las tareas domésticas que usted, y eso que su tía Ernestina es todo un caso.

—Podría ofrecerme como dama de compañía o niñera —dijo Virginia a la defensiva.

La india soltó una carcajada.

—¿Niñera? ¿Usted?

—Sí, ¿por qué no?

—Usted no ha cargado a un niño en su vida. Además, no tiene paciencia con ellos. ¿Recuerda al nieto de la señora Ruiz? Casi le dejo la oreja de colores a fuerza de tirársela.

—Estaba por matar a un pajarito.

—Ajá. También está el chico Aparicio y la pequeña niña de los Burgos. Los tiene usted tan asustados que tienen que dar un rodeo para llegar a su casa.

—Estaban maltratando a *Pedro* cuando todavía era un cachorro vagabundo. Le arrojaban piedras y se reían. ¿Qué otra cosa podía hacer yo más que regañarlos?

—Y en cuanto a eso de convertirse en dama de compañía, olvídelo —dijo Mamá Gigi, desechando el asunto con un enérgico movimiento de su mano—. Ninguna dama querrá contratarla a usted. Es demasiado bonita.

—No lo soy —dijo Virginia.

La anciana hizo un gesto con la mano; descartó así las palabras de la muchacha.

—Además ningún hombre querría a una sabelotodo libertaria como usted dirigiendo su casa —dijo—. Lo que tendría usted que hacer es buscarse a un hombre bueno que esté dispuesto a cargar con todos nosotros.

—¿No decías que ningún hombre querría a una sabelotodo libertaria como yo dirigiendo su casa?

—En este momento estamos hablando de un hombre enamorado, y cuando un caballero está enamorado realmente, es capaz de aceptar cualquier cosa de la mujer amada —replicó la india con bríos.

Virginia alzó las manos exasperada.

—No sé por qué discutimos al respecto —dijo—. No hay ningún caballero interesado en mí.

—¿Y el señor Andrada, qué? A mí no me agrada, pero puede que sea un buen hombre después de todo.

—No me gusta como marido. Prefiero quedarme soltera.

Mamá Gigi frunció los labios.

—Si no tiene usted otros pretendientes entre quienes elegir un marido es culpa suya: nunca tiene tiempo para acicalarse y tampoco parece importarle hacerlo —dijo—. Siempre le dije a usted que a un hombre debe metérsele por los ojos.

—Eso es una tontería.

—Ninguna tontería. —La india le señaló con un dedo—. Ahora entienda esto: usted seguirá como hasta ahora y dejará que Salvador y yo nos ocupemos de llenar la despensa.

—Pero...

—Está dicho —concluyó Mamá Gigi, tajante, y desapareció en el interior de la tienda una vez más, antes de que Virginia pudiera decir algo más.

—Está dicho —repitió Salvador desde el fondo de la tienda, y continuó con la difícil tarea de arreglar los arneses en venta con una sonrisa.

Virginia hizo un mohín y se preparó para exponer nuevos argumentos a favor de su decisión de buscar un empleo fuera de la tienda, cuando la campanilla de la puerta tintineó. Un caballero atravesó el umbral al tiempo que se quitaba el sombrero. Se trataba del señor Benicio Andrada. Ella contuvo un suspiro de hastío y esbozó una sonrisa amable.

—Buenas tardes, señor —saludó.

—Buenas tardes, señorita Bloise —dijo el caballero, que se acercó al mostrador. Buscó con los ojos a los de Virginia; tenía una sonrisa en los labios—. Qué hermosa se la ve hoy, si me permite el cumplido.

—Gracias, señor. —Virginia desvió la vista un instante hacia Salvador, e incluso a la distancia pudo ver que tenía el ceño fruncido. A él no le gustaba el señor Andrada, ni su padre, ni ninguna de los caballeros que se consideraban sus amigos. De ordinario se mantenía a prudente distancia de ellos.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, señor —dijo Virginia, que volvió a él la atención—. ¿Ha tenido la oportunidad de preguntarle a su hermana si estaría dispuesta a asistir a una comida en casa de la señorita Enriqueta Machado el sábado por la mañana?

—No, en realidad no.

—Qué lástima. ¿Lo ha olvidado usted?

—En absoluto. Sofía ha caído presa de un catarro y no le será posible salir de la casa en una semana como poco. Mi padre insiste en que debe mantenerse en su habitación y descansar.

—Entiendo. Dígale de mi parte que espero se recupere muy pronto.

—Lo haré.

Virginia le sonrió.

—Bueno, usted dirá: ¿en qué puedo ayudarlo?

—Sí, este... —Benicio vaciló—. Quería comentarle que leí su artículo sobre el poder que los hombres tienen sobre las mujeres: me pareció muy interesante.

—¿Verdad que sí?

—Por cierto, pero tengo algunas dudas sobre sus teorías.

Virginia lo miró, cautelosa.

—Pensé haber sido muy clara en mis palabras —dijo.

—En realidad, no. ¿Cuál era su intención al publicar ese artículo?

Ella frunció el ceño.

—Solo quise subrayar un hecho incuestionable, señor: los caballeros han intentado conservar a las mujeres en la ignorancia durante siglos para dominarlas con mayor facilidad, primero

negándoles una educación similar a la de los varones, y luego prohibiéndoles el acceso a las universidades. No pensé que fuera difícil de comprender.

—De comprender, no; de aceptar, sí.

—¿Disculpe? Mantener a las mujeres alejadas de las carreras universitarias es una manera más de prolongar su esclavitud. ¿Cómo podría una mujer convertirse en una persona independiente si no tiene estudios? El férreo control masculino sobre la mente femenina solo es posible bajo el yugo de la ignorancia.

—Sin duda alguna, he escuchado esas mismas palabras de boca de mi hermana.

Virginia intentó sonreír.

—Sofía es una buena amiga y una joven muy inteligente, señor Andrada —dijo.

—Llámeme Benicio, por favor. Somos amigos, ¿no es así?

Virginia asintió, aunque una vez más dirigió una rápida mirada hacia Salvador. El indio le hizo un gesto con la mano desde la penumbra para advertirle en silencio que tuviera cuidado con lo que decía frente a ese caballero. En su opinión, la familia Andrada no era de fiar, y eso incluía a la joven señorita Sofía.

Virginia vaciló.

—Bien, señor... Eh, hum, Benicio, como le decía, Enriqueta nos ha enseñado la triste verdad de nuestra sociedad: las mujeres siempre han sido relegadas a un segundo lugar tanto en la historia como en la familia, a pesar de que somos por naturaleza iguales en todo a los hombres —dijo—. Sus enseñanzas han hecho mella en mí y creo necesario elevar mi voz por todas las mujeres que jamás podrán hacerlo.

—Entiendo.

—Si es cierto que ha leído mi artículo, ¿podría usted decirme qué opina al respecto?

—¿Con sinceridad?

—Por supuesto.

Benicio apoyó un codo sobre el mostrador.

—Permítame. No entiendo bien a qué se refiere usted exactamente con que los hombres y mujeres somos iguales en todo.

Virginia lo miró a los ojos y sonrió, pese a que tenía la impresión de que ese hombre estaba burlándose de ella.

—Piense en el matrimonio. La mujer debería tener la oportunidad de decidir sobre con quién habrá de casarse y cuándo; decidir cuántos hijos desea tener. Sin embargo, en nuestra sociedad, debe someterse a la voluntad del padre primero, al aceptar un matrimonio por conveniencia, si es que se le impone uno, y luego a la del marido, siendo golpeada o amedrentada si se atreve a cuestionar las ordenes masculinas.

—Comprendo. Ahora bien, ¿cree usted que la mujer debería elegir libremente con quién casarse?

—Por supuesto.

—¿Y si elige hacerlo con alguien que no le conviene, un estafador, quizás, un canalla que solo la hará sufrir y no sabrá mantenerla con la comodidad que merece?

—He allí la importancia de la educación, señor.

—Benicio.

—Benicio. Una mujer educada, en primer lugar, sabría valerse por sí misma. No le sería imposible encontrar un empleo y convertirse en una persona independiente económicamente. Si tiene su propio dinero, estaría en libertad de elegir como su pareja a un arriero, si le placiera. En cuanto a la posibilidad de encontrarse con un estafador o un canalla, siempre existe, pero una mujer educada sabría comprender las auténticas intenciones de un hombre como ese con el simple trato, y evitaría su compañía, de ser posible.

—No estoy seguro de congeniar con sus conclusiones.

—Es una lástima.

—Bueno, sí. Conozco la existencia de jóvenes alocadas que creen poder hacer un buen matrimonio por sí mismas, y, si me permite decirlo, solo conseguirían labrarse la propia ruina.

Virginia intentó mantener la calma.

—¿Está usted de acuerdo entonces con que el padre sean quien elija a quien habrá de desposar a la hija? —preguntó.

—Un padre sabe calibrar mejor a las personas y actúa en consecuencia. Todos los hombres solo quieren un futuro acomodado para sus hijas, Virginia. No hay maldad e injusticia en ello. Solo el deseo de allanar el camino de una muchacha que todavía no ha aprendido a pensar por sí misma.

Ella lo miró, incómoda. No le había dado su permiso para llamarla por su nombre; que lo hiciera con esa desfachatez la disgustaba. Además, le desagradaba su mirada. La miraba como si se riera de ella, como si la despreciara.

—El hombre tiene mayor libertad en ese asunto. Ese es el tema de mi artículo —dijo ella suave—. Se espera que dé su opinión sobre la novia elegida para él, si llega el caso.

—¿Está segura?

—Por supuesto, estoy de acuerdo en aceptar que hay excepciones, pero no hay tales para una mujer. Una dama no tiene esa posibilidad, de ninguna manera. Debe aceptar la decisión paterna, y tolerar a un marido indeseado, en el mejor de los casos, cruel en el peor. El matrimonio pasa a ser un yugo que la mujer debe soportar hasta la muerte.

—¿Debo suponer que está usted en contra del matrimonio, Virginia?

—No, por cierto. Siempre que sea un matrimonio que la mujer desee y donde pueda desenvolverse a gusto, sin verse obligada a solicitar el permiso del marido hasta para salir de la casa.

—Creo que lo malentiende, señorita. Está usted atacando a mi género por una conducta que usted cree irracional cuando es en realidad producto de la violencia que nos toca vivir día a día, cada vez que un maleante le falta el respeto a una de nuestras mujeres. Le aseguro, Virginia, que el único interés que nos mueve es el de proteger a las mujeres que amamos. Si exigimos un determinado comportamiento de ellas, es para preservarlas de las atenciones de indeseables.

Virginia le enseñó los dientes en lo que esperaba fuera una sonrisa agradable.

—Estoy segura de que las mujeres podríamos defendernos solas de esos indeseables si se nos permitiera hacerlo —dijo.

—¿Sería capaz de empuñar un arma y disparar contra un hombre para defender su honor, entonces?

—Es posible.

Benicio soltó una carcajada.

—Qué cosas dice —dijo—. Es usted muy graciosa.

Virginia apretó los dientes. Sabía que estaba enardecándose con el tema y que debía detenerse, pero ese hombre tenía la virtud de enfadarla, aunque sus comentarios no fueran particularmente ofensivos.

Benicio se inclinó hacia ella. Virginia retrocedió un paso.

—No debería usted predisponer a la parte femenina de la sociedad en nuestra contra. Solo actuamos en bien del sexo débil —dijo el caballero que la miraba a los ojos—. Son los hombres de la familia los que tienen la obligación de defender el honor de las mujeres que tienen a cargo. Siempre se hará así.

—Ahí tiene —dijo Virginia exultante—. El honor es una creación del hombre para mantener a la mujer presa en su hogar.

—No me diga.

—Y lo sostengo. Si la mujer se atreve a desafiar los designios masculinos, es amenazada con el desprecio social, incluso el ostracismo. Es un grillete tan bueno que no puede vivir más que aterrorizada de vivir sin él. Con un hombre no sucede lo mismo.

—Fascinante discurso, Virginia. —Benicio parecía a punto de estallar en carcajadas—. ¿Piensa escribir otro artículo cuestionando la necesidad de defender el honor de una mujer?

—Es posible.

—¿Está en sus planes pregonar también la importancia de la libertad sexual femenina?

Virginia desvió la mirada. Si bien sus ideas eran consideradas libertarias, no llegaba a tanto. Estaba de acuerdo con proclamar las desventajas del matrimonio, la injusticia de no poder acceder libremente a una carrera universitaria, de tener que solicitar el permiso del hombre de la familia para todo, pero hablar de libertad sexual en todo el sentido del término la avergonzaba. Por supuesto, concordaba con las ideas anarquistas al respecto, pero no se sentía capaz de hablar de ello cuando ella misma no sería capaz de practicar esas ideas.

De hecho, de todas las mujeres que se reunían los sábados por la tarde para tratar esos temas en la casa de la señorita Machado, Enriqueta era la única que deseaba, además de otras reivindicaciones, lograr una mayor libertad sexual para la mujer, aunque Virginia no estaba segura de hasta dónde quería llegar Enriqueta con su discurso.

—Creo que me ha malentendido, señor —dijo ella seria—. Si bien conozco a mujeres que defenderían a destajo el derecho de una mujer a tener uno, dos o tres amantes, y criar ella sola, sin prejuicio alguno, a los hijos que pueda tener estando soltera, personalmente, dentro del tema, solo defiende el derecho de una mujer a alejarse de un hombre cuando el amor se ha terminado. De otra manera, sería prostituirse a cambio de techo, comida y un apellido.

—Comprendo. Está usted a favor del divorcio entonces.

—Sí —reconoció Virginia, que deseaba ya terminar con aquella conversación.

Si Benicio Andrada fuera un caballero atento a lo que ella decía y respetuoso de lo que ella pensaba, ella no dudaría en continuar aquella conversación con cortesía, pero tenía la impresión que sus palabras solo suscitaban en él diversión.

Benicio la miró en silencio un momento y luego le enseñó los dientes en una sonrisa beatífica.

—Virginia, aunque escucharla resulta ser de lo más interesante, lamento decirle que he llegado hasta aquí por otra cuestión —dijo para dejar de lado el tema de conversación anterior, como si poco y

nada le interesara continuar con él, como si solo la hubiera estado acicateando para entretenerse—. Una que, lamentablemente, la disgustará.

Ella asintió. Sabía cuál era esa cuestión.

—Lo escucho.

—Como supongo ya sabrá, su tía me ha pedido una fuerte suma de dinero prestada, y quisiera saber cuándo estaría usted en posición de devolverme ese dinero. Entiendo que es usted quien se hace cargo de las cuentas de la casa.

—Sí, así es.

—Estaba pensando en una posible solución a nuestro problema. Si usted aceptara cenar conmigo y...

Virginia sonrió al agitar la mano frente al rostro del caballero. Él calló, sorprendido.

—He estado revisando los libros de cuentas —dijo.

—Eso veo.

—Estoy segura de que le sorprenderá saber que debe usted a la tienda una suma incluso mayor de la que se le debe a usted. Déjeme ver. —Virginia hizo caso omiso del ceño del caballero y volvió rápidamente las páginas de uno de los libros mayores hasta encontrar el nombre del señor Andrada—. Aquí está usted.

—Señorita...

—Nos debe usted un total de trescientos cincuenta pesos —continuó ella con desfachatez, como si él no hubiera intentado interrumpirla—. Como usted tan amablemente ha prestado la suma de trescientos pesos a mi tía, puedo decirle que solo nos debe cincuenta de su deuda. Pero, como usted lo ha mencionado en varias oportunidades, somos amigos. ¿Qué le parece si, en nombre de esa amistad que nos une, olvidamos esos cincuenta pesos y quedamos a mano?

Benicio observó a Virginia en silencio un instante. Ella tuvo la impresión de que le habría gustado propinarle un buen puñetazo en la nariz, ya que había destruido los planes que tenía para con ella,

cualquiera fueran, pero como el caballero que era, se contuvo y se limitó a esbozar una sonrisa.

—Es una excelente idea, Virginia —dijo.

—Por cierto.

—Bien, ahora que hemos arreglado esa cuestión... Este, si me disculpa, debo encargarme de unos asuntos financieros. Le deseo tenga usted un muy buen día.

—Oh, ya lo tengo, señor Andrada, pero muchas gracias.

El caballero se encasquetó el sombrero y, después de un breve gesto de despedida, se encaminó hacia la puerta y desapareció en la calle.

Virginia soltó un suspiro de alivio. Un problema menos, pensó. El tema de la deuda de su tía con el señor Andrada estaba resuelto.

Salvador se acercó al mostrador con lentitud. En su rostro era evidente la preocupación.

—Eso que ha hecho ha estado muy mal, señorita —dijo en voz baja.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué hice...? —preguntó, sin entender.

—Humilló a ese hombre —aclaró Salvador—. Y usted pareció estar disfrutando del momento. Cosas como esa disgustan mucho a un caballero, tiene usted que saberlo. El señor Benicio no es de fiar, aunque ya se lo he dicho. Si se sintió insultado, algo hará para cobrarse.

—Tonterías. —Virginia lo miró realmente sorprendida—. No fue mi intención ofenderlo.

—Pero lo hizo usted. Se mostró más lista que él. El señor Andrada, obviamente, deseaba tenerla en un puño. Y usted acabó con sus planes de un plumazo. Debió ser más sutil o dejarme a mí ocuparme de él.

—Ay, por Dios. ¿Tú también?

—Yo también, ¿qué...?

Virginia soltó un suspiro.

—Jamás podré considerarme una mujer independiente si dejo que los hombres de mi familia se ocupen de solucionarlo todo por mí. De mi padre no tengo de qué preocuparme. Hace mucho tiempo que ya no forma parte de mi vida, pero tú...

—Escuche, señorita. Le guste o no, usted es una dama, y una dama no tiene por qué hacerlo todo sola. Habría sido mejor para usted que me dijera a mí qué hacer, que yo me ocupara del señor Benicio. A mí no me iba a invitar a cenar para resolver el asunto del préstamo.

—Salvador, si necesito de tu ayuda, te la pediré. Lo prometo —dijo Virginia terca—. Ahora deberías felicitarme. Saqué a la familia de un brete. Ya no le debemos nada al señor Andrada. Estamos en paz.

—Usted está en paz, ese hombre no. —Salvador se volvió hacia la puerta. La expresión se le había tornado cavilante—. Usted no le vio la cara al salir, yo sí. Estaba furioso.

Virginia guardó silencio un momento.

—Él dice amarme.

—Eso dice, sí, y hasta habló con su padre y su tía, pero... no es bueno con usted. Si la quisiera, comprendería sus ideas, por muy locas que fueran. Él no las comprende, señorita. Y a usted tampoco la entiende.

—Salvador...

—Habla con usted sobre la libertad sexual y tal... ¿le parece un tema apropiado para tratar con una dama? —preguntó desviando la mirada. Era obvio que se sentía avergonzado—. Le aseguro que no habla de eso con su hermana ni con las amigas de la señorita Andrada, mucho menos con las señoras a quienes saluda en la iglesia. Solo con usted.

—No comprendo.

—No la respeta, señorita. No la trata a usted como la dama que es. —Salvador apretó los dientes—. Además, le dijo a usted que la señorita Sofía está acatarrada, y yo sé que no. Hoy mismito la vi en la calle, de compras con su buena amiga, la señorita Cavia, y le aseguro a usted que no parecía enferma en absoluto. Para mí que ese hombre

usó a su hermana para acercarse a usted. Ahora que ya se considera “su amigo”, ya no la necesita, y la señorita Sofía no tiene razones para verla, mucho menos para hablarle.

Virginia frunció el ceño.

—Eso sería monstruoso —dijo.

Salvador asintió.

—La señorita Agustina no quiere escucharme, su papá tampoco, pero ese hombre solo quiere aprovecharse de usted.

—Salvador, no digas eso.

—El señor Andrada puede querer muchas cosas de usted, pero una de ellas no es su mano, eso creo —dijo Salvador cortante—. Usted es una mujer muy inteligente para algunas cosas, pero para otras tiene la cabeza muy, muy dura.

—¡Salvador!

—Usted no se cree bonita, pero lo es, y mucho. Nada más que tiene usted la mala suerte de atraer sobre sí la atención de indeseables como el señor Benicio. Usted es lista, y él lo sabe. Usted no se dejaría engañar fácilmente. Ese hombre quiere algo de usted, y decidió que hacerle creer a todos que la ama es la forma más rápida para obtener lo que desea.

—¿Y eso es...?

—Imagínese, caramba —gruñó Salvador, y después de dirigirle una última mirada de advertencia, regresó a sus labores dejándola muda de estupor.

CAPÍTULO 6

Giuliana examinó el último de los estantes que estaba ubicado en una de las paredes laterales de la cocina y frunció el ceño. Deslizó un dedo sobre la superficie de madera de palo de rosa y luego lo restregó contra su delantal, asqueada. *Fue un gesto que, obviamente, me encantó. Son de esas actitudes tuyas que me hacen olvidar nuestras diferencias en cuanto a casi todo.*

— Esto necesita una buena friega — dijo.

— ¿Te parece?

— ¿No es obvio? — dijo. En equilibrio sobre un banquito de madera se alzó de puntillas y observó las telarañas que colgaban desde el techo hasta los viejos enseres de cocina que se encontraban colgados de un centenar de ganchillos. Hizo un mohín y estiró la mano para alcanzar una antigua espumadera—. Habría preferido que Franco alquilara una casa para nosotros en el centro de la ciudad. Este lugar es repugnante. Huele mal.

— ¿Qué esperabas? Esta parte de la casa ha estado cerrada durante muchos años — dijo Eugenia desde una esquina. Se encontraba de rodillas junto a un antiguo fogón, al que le restregaba el interior con un estropajo—. Franco solo utiliza el ala este, y eso cuando no se queda en El Paraíso.

Giuliana la miró distraída. A sus diecinueve años, todos en El Elíseo consideraban a Eugenia como una mujer encantadora, desde ya que con buenos motivos. Tenía ojos castaños, grandes y afables, sombreados por largas pestañas oscuras, pelo negro y rizado y la grácil figura de una bailarina. Además de poseer la exquisita belleza que le otorgaba la dulzura en el trato, tenía un temperamento dócil y cariñoso, una eterna sonrisa que le curvaba las comisuras de los labios y una dulce expresión en el rostro en forma de corazón.

Sería más bonita si decidiera vestirse para gustar, pensó Giuliana, pero la sencillez en el vestir y en las maneras eran sus cualidades más entrañables.

—Debió pensar en nuestra comodidad —dijo Giuliana en voz alta. La espumadera se le escapó de los dedos, el banquillo crujió, y ella se tambaleó. Lanzó un grito y se aferró a la estantería, asustada.

De pronto, dos manos fuertes y grandes le rodearon la cintura con firmeza y la estabilizaron sobre el banquillo.

—Te tengo.

Giuliana bajó la vista y se encontró con Eduardo a su lado.

—Como siempre, a mi rescate —dijo ella y sonrió con picardía. Un par de hoyuelos aparecieron en sus mejillas—. No sé qué haría sin ti.

—Por suerte para ti jamás tendrás que averiguarlo.

—¿Es una promesa?

—Baja ya de ahí y deja de decir tonterías. Podrías caer y romperte la crisma.

—No exageres. —Giuliana empuñó un plumero y comenzó a sacudirlo con furiosa determinación sobre la estantería. Un par de arañas reptaron por la pared hasta un agujero en las vigas del techo y ella frunció la nariz—. Como mucho me habría dado un buen golpe y habría tenido que lucir un par de morados durante una semana.

Él la miró un instante en silencio y luego arrastró una silla hasta la mesa. Se sentó allí, junto a una pila de trastos de losa, todos ellos pertenecientes al mismo juego.

La observó pensativo. Giuliana había decidido renunciar a su habitual elegancia en el vestir y, en ese momento, lucía un sencillo vestido de percal, un delantal y una cofia. El polvo ya le había tizado parte del corpiño y de la falda, y una mancha de hollín le cruzaba la mejilla, justo debajo de los ojos. Eduardo sonrió. Giuliana se veía muy hermosa. Pensó en decírselo, pero luego lo reconsideró. Si lo hacía, ella flirtearía con él. Eduardo acabaría arrastrándola hasta la cama más cercana, y dudaba de que Joaquín se lo agradeciera cuando necesitaba toda la ayuda disponible para poner en condiciones esa parte de la casa.

Eugenia se pasó la mano por la frente, cansada, y dejó un rastro de hollín sobre su piel.

—Eduardo, no puedes quedarte allí sin hacer nada —dijo.

—¿No?

—No. Tienes que cooperar —dijo Eugenia, decidida. Le señaló la vajilla sobre la mesa con el estropajo—. ¿Podrías encargarte de eso, por favor? Si encuentras algo en buen estado ubícalo allá, sobre aquel estante. Ya está limpio.

Eduardo asintió y comenzó a realizar la tarea que le habían encomendado con la sencilla eficiencia que lo caracterizaba.

Eugenia pareció satisfecha y volvió los ojos hacia Giuliana.

—Cuéntamelo otra vez —dijo—. ¿Franco realmente se quedó prendado de ella?

—A mí me dio esa impresión, sí.

—¿Estás segura?

—Segura, lo que se dice segura, no, pero imagínate: intenté agujonearlo por si soltaba prenda, pero ya sabes como es. Enmudeció y no hubo manera de sonsacarle nada.

—Qué pena.

—Sí, bueno, de ordinario no es tan inaccesible, pero se superó a sí mismo. Sin embargo, lo conozco y estaría dispuesta a asegurar que quedó fascinado con la señorita Bloise, aunque no es el tipo de mujer con la que está acostumbrado a tratar. —Giuliana se volvió hacia Eduardo pensativa—. ¿Tú qué opinas?

Él torció los labios en una sonrisa.

—Es la prometida de Benicio Andrada —dijo—. Preferiría que no se acercara a ella. Solo la lastimará.

Eugenia suspiró. Hundió el estropajo en un recipiente repleto de agua. Lo estrujó un par de veces antes de volver a atacar al fogón con enérgicas restregadas, salpicándose agua sobre la falda y gran parte del piso.

Giuliana golpeó una araña con el plumero.

—Me gustaría pensar que Franco jamás cometería la injusticia de lastimar a esa mujer, pero no me sorprendería que lo hiciera —dijo.

—Está ese desafortunado asunto de que el señor Andrada la pretende.

—Me temo que sí, Eugenia.

—Sin mencionar el hecho que es hija de ese hombre, Gerardo Bloise —acotó Eduardo en voz baja.

Giuliana soltó un suspiro.

—Bueno, todo parece indicar que Franco se limitará a utilizarla para concretar sus planes.

Eugenia asintió.

—Esa mujer me da pena —dijo.

—Es una dama encantadora, y creo que él lo intuye —aseguró Giuliana. De pronto se mostró más animada—. Nunca lo vi comportarse así con nadie más. Si hubieras estado allí habrías visto lo mismo que yo. No podía dejar de mirarla. Y la manera en que cruzó la calle cuando vio a ese hombrecillo desagradable zarandearla... Creí que lo mataría.

Eduardo curvó los labios a un lado.

—Franco jamás permitiría que un hombre lastimara a una mujer —dijo.

—Bueno, sí —admitió Eugenia—. A su manera, es un caballero.

—Tuve que correr detrás de él y retenerlo cuando pensé que se lanzaría sobre ese imbécil —puntualizó Giuliana—. Se comportó como si fuera a su mujer a quien estuvieran atacando.

—No exageres.

—Te aseguró que habría hecho mucho más que plantarle el puño en la cara si yo no hubiera estado colgada de su brazo.

—¿No tienen nada más por hacer que chismorrear sobre los demás? —preguntó Joaquín desde el umbral. Tenía un hombro sobre la jamba de la puerta y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Desde tiempos inmemoriales las mujeres han chismorreado a gusto durante la limpieza —dijo Giuliana con una sonrisa—. No puedes quitarnos una costumbre tan antigua.

Joaquín se mostró inmune a tanto buen humor.

—Si ya han terminado aquí, señoras, pueden continuar con las habitaciones del fondo —dijo—. Hay mucho polvo para sacudir.

—¿No podríamos contratar gente para esto? —preguntó Giuliana y descendió del banquillo con más habilidad que elegancia—. Hacer la limpieza no es una de mis actividades favoritas, ¿sabes?

Eduardo sonrió, pero no hizo comentarios. Desechó un par de platos astillados.

—Joaquín, por favor —dijo Eugenia. Dejó caer el estropajo al suelo y se restregó las manos contra su delantal—. No podré seguir con esto más tiempo. Es imposible limpiar todo esto sin ayuda.

—Lo lograras, lo sé. Yo creo en ti. Y en Giuliana, por supuesto. Son mujeres. Nacieron para limpiar y fregar.

—¡Joaquín!

—Todavía no quiero traer a nadie ajeno a nosotros aquí. —El anciano se sentó en el banquillo que Giuliana había abandonado. La madera crujió bajo su peso. Observó la vajilla e hizo un gesto con la mano—. Hay más de todo eso en el trastero.

—No entiendo por qué hay que amoblar todo —dijo Eugenia al tiempo que se dejaba caer dramáticamente en una silla—. Solo ocuparemos tres de las seis habitaciones, y por muy poco tiempo.

—Quizás si habláramos con él al respecto... —insinuó Giuliana con un gesto hacia el pórtico, donde Franco estaba ocupándose de arreglar uno de los tablones del techo—. Podríamos conseguir que alquile algo para nosotros.

Joaquín se mesó la barbilla.

—Él lo ha decidido así —dijo tajante—. Tendrás que tolerarlo.

Giuliana hizo un gesto de hastío y agitó el plumero con auténtica determinación.

Joaquín la miró, pensativo. Giuliana Ferrini, la pequeña desarrapada que había encontrado tiritando de frío acurrucada en el banco de una plaza una mañana de invierno, se había convertido en una mujer cuya belleza convocaba a cientos de hombres ansiosos primero por verla sobre el escenario y luego por conocerla detrás de bambalinas.

Casar a Giuliana con un caballero de fortuna habría significado mucho para él: la posibilidad de asegurarse un futuro y de saber que alguien cuidaría de ella, en caso de que él faltara, pero la joven se había mostrado reacia a cualquier relación con los hombres que juraban amor frente a las puertas de un salón. Jamás se había permitido siquiera considerar la posibilidad de casarse con uno de ellos, aunque le ofreciera el mundo en una bandeja de oro.

Sin embargo, pensó Joaquín, había alguien que sí parecía importarle: Eduardo.

No le agradaba el hecho de que Giuliana compartiera la cama con él sin tener un anillo de pedida en el dedo, pero tampoco se sentía con la altura moral suficiente como para poner el grito en el cielo y exigir una propuesta formal de matrimonio.

Sabía que Eduardo estaba dispuesto a casarse con Giuliana e incluso había hablado con él sobre sus intenciones, pero ella se negaba siquiera a escucharlo mencionar un compromiso. Joaquín esperaba que Vallejos lograra hacerle cambiar de opinión. Sabía que estaba viejo; no esperaba vivir para siempre. Algún día moriría y, cuando lo hiciera, quería descansar con la seguridad de haber dejado a su Giuliana en buenas manos.

—Estaremos bien aquí —dijo—. Después de todo, solo ocuparemos esta ala por unas pocas semanas hasta que todo esté a punto para irnos a Empedrado. Hemos venido aquí por una razón, ¿recuerdas? Una vez que acabemos con nuestro trabajo, regresaremos a Buenos Aires.

—¿Sabes cuáles son sus planes exactamente? —preguntó Giuliana, curiosa—. Franco te habrá revelado algo, supongo.

—Nada en verdad.

—Eso no es posible.

—Ni siquiera me comentó que había conocido a la señorita Bloise —recalcó Joaquín y luego se mostró divertido—. ¿Cómo es? ¿Rubia y alta como la hermana?

—No. Por cierto, no es una belleza —dijo Giuliana mientras apreciaba los detalles florales de la vajilla francesa—. Es más bien baja, llenita, cabello castaño, ojos bonitos, grises, muy cálidos. No parece haber una pizca de artificio en ella. Como dije, no se parece a ninguna de las mujeres con las que Franco está acostumbrado a tratar. La hermana es más de su estilo, pero, por lo que vi, le gustó más esta.

—Y lo aplaudo —concordó Joaquín—. Nunca he admirado el gusto de mi muchacho en mujeres, de todas maneras. Las pocas que le conocí eran advenedizas, simplonas y falsas como una moneda de tres pesos.

—Nunca pude imaginar qué veía en esas mujeres —comentó Eugenia en voz baja.

—Sexo sin compromiso —acotó Eduardo en voz baja—. Ninguna de ellas le gustaba. Solo eran una distracción.

—No creo que Franco considere a la señorita Bloise una distracción, y tampoco lo creería capaz de aprovecharse de ella —arguyó Eugenia, reflexiva. Dirigió los ojos hacia el pórtico. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Quizás él está de tan mal humor porque descubrió finalmente que tiene una conciencia que le está reprochando sus planes.

Giuliana apoyó las manos sobre los hombros de Eduardo y, distraída, comenzó a masajearle con suavidad los músculos.

—Esa mujer es un encanto —dijo—, aunque Franco es muy serio, huraño diría yo, y su reputación en esta ciudad, como Dante Rivera, es terrible. Espero que la señorita Bloise no sea de las que se espantan fácilmente.

—Te cayó en gracia.

Giuliana sonrió.

—Sí. Por cierto, ella se convenció de que soy la amante de Franco —dijo de pronto.

Eduardo alzó una ceja.

—¿Y cómo pudo llegar a esa conclusión? —preguntó con voz demasiado suave.

Giuliana se sentó junto a él y comenzó a quitarse el delantal. Eugenia intercambió una mirada con Joaquín que se removió incómodo en el banquito.

—Fue un malentendido —dijo Giuliana restándole importancia al tema—. Como noté que había cierto interés por Franco en su mirada, me apresuré a asegurarle que no era mi marido, pero no pude decirle más, y juraría que malinterpretó nuestra relación. Es más, estoy segura de ello. Se puso roja como la grana, imagínense.

Eduardo frunció el ceño.

—¿Y eso te divierte? —preguntó.

—A mí me pareció gracioso.

—A mí no me lo parece.

—Eduardo, qué amargado eres.

Joaquín se puso de pie.

—Eugenia, ven conmigo —dijo—. Te mostrare cómo fregar el suelo del pasillo.

La joven se incorporó como impulsada por un resorte y recogió el estropajo.

—No tienen que irse... —comenzó Giuliana.

—Sí tenemos —dijo Eugenia.

—Hay mucho que limpiar —dijo Joaquín a su vez y, con la joven a la zaga, abandonó el recinto a grandes pasos.

Eduardo ni se inmutó.

—Giuliana —advirtió.

—¿Estás celoso de Franco?

—¿Eso importaría? —preguntó, arisco, y se puso de pie. La mortecina luz del atardecer le iluminó las guedejas del pelo cuando se acercó a la ventana.

—Eso sería una tontería —replicó Giuliana—. Te aseguro que no siento nada por él, además del afecto que debería tenerse a un amigo, a un hermano. Eduardo, por Dios, mírame. Nos criamos juntos. No puedes estar celoso de Franco.

Él la miró con los ojos violáceos que habían adquirido una desusada frialdad.

—¿Crees que puedo evitarlo? —preguntó en voz baja. El sol comenzaba a morir detrás de los árboles y en el cielo, hacia el este, una miríada de nubes oscuras se apresuraba a rasguñar el horizonte. Un pájaro soltó un agudo chillido y luego se zambulló entre los árboles. Eduardo crispó las manos—. Te amo. Lo sabes.

Giuliana desvió la mirada.

—¿Qué esperas de mí?

Él curvó los labios en una sonrisa cáustica.

—Lo quiero todo de ti —dijo—. Tu cuerpo, tu alma, tus sueños, tu corazón, tus pensamientos. ¿Te parece demasiado? Es lo que estoy dispuesto a darte si solo pudieras corresponderme.

—Yo te quiero.

—¿Eso es todo? —Él dio un paso hacia ella y se detuvo—. Sé que me quieres, que de otra manera jamás habrías aceptado compartir mi cama, pero también sé que me miras y me tienes miedo.

—No quiero hablar de eso.

—Es eso, ¿no? Te aterra la idea de que me comporte como todos los hombres que has conocido en tu vida, que tome tu amor y lo use para controlarte, para herirte y hacerte daño. Jamás podría lastimarte. Giuliana, ¿no lo entiendes?: moriría por ti.

Ella se hundió las uñas entre los pliegues del delantal.

—Lo siento —musitó.

Él la miró un momento en silencio.

—No tienes por qué sentirlo —dijo. Los ojos carecían de toda emoción al mirarla—. No es tu culpa que no puedas amarme.

—Eduardo...

Él hizo un gesto con la mano y se alejó de ella. Se detuvo un instante en el umbral. Contrajo los dedos contra la jamba de la puerta y luego desapareció entre las sombras del pasillo rumbo al pórtico.

Dos tramos de pasillo más atrás, Eugenia soltó un suspiro.

—Ella no ha podido decirle que lo ama —dijo en voz baja—. Esos dos están comenzando a enfadarme.

—A mí también. —Joaquín se dirigió hacia el fondo de la casa. Forcejeó contra dos de los maderos que tapiaban una ventana y, finalmente, luego de varios intentos infructuosos, logró que una rendija de luz entrara a lo que parecía ser la habitación de servicio—. Antes de morir me gustaría ver a Giuliana casada con Eduardo —dijo, y arrojó los maderos al suelo. Una legión de bichos corrió a refugiarse debajo de una raída alfombra—. Sé que él sabrá cuidar de ella, pero esa mujercita no coopera.

—¿Casada? Joaquín, ¿no te estás precipitando un poco? No sabemos cuáles son las intenciones de Eduardo.

—Yo sé cuáles son sus intenciones y tú también, caramba. Un hombre como Eduardo jamás se comportaría con una mujer como lo hace con Giuliana si no estuviera realmente enamorado. Además, habló conmigo poco después de acost..., eh, de pasar la noche con ella. Quiere convertirla en su esposa. Quiere cortejarla, convencerla de que su amor es sincero, de que no la engañará como lo han hecho otros hombres en el pasado.

—Entiendo —dijo Eugenia y observó distraída los muebles que hacía más de diez años habían sido amontonados en aquella habitación.

La mayoría de ellos estaban cubiertos, a salvo del polvo y del paso del tiempo, pero otros, los más antiguos, habían sido atacados por ratas y otras alimañas. Una docena de cuadros colgaban de las paredes, algunos en buen estado, otros totalmente destruidos. La humedad se había extendido desde el suelo hasta el techo y en su avance había destruido todo lo que se encontraba a su paso, libros amontonados en las estanterías, paños de lana, retratos familiares, antiguos cortinados de terciopelo e incluso un vetusto reloj de madera.

Joaquín contempló las enormes telarañas que cruzaban el techo de lado a lado.

—Giuliana no cree en el amor —dijo con suavidad—. En nombre del amor le han hecho mucho daño.

Ella lo miró.

—¿Cómo puede ser eso posible...?

—Nunca te hablé de su pasado, ¿verdad?

—No.

—Es muy duro. —Joaquín meneó la cabeza—. Cuando su madre encontró a un hombre que le ofrecía más de lo que tenía junto al marido, decidió dejarla. Como el amante no quería a una niña molestando a su alrededor, la madre la abandonó a su suerte. El padre, un borracho inculto y violento, también aseguraba amarla. La golpeaba durante horas porque la quería. Llegó a romperle un brazo y varias costillas antes de descubrir que su hija era una belleza y que podría ganar mucho dinero con ella.

—Joaquín, no. No me digas que...

—Sí. —El anciano crispó sus manos contra una mesa—. Por supuesto, él tenía que ser el primero. Violó a su propia hija varias veces antes de empezar a entregarla a sus amigos a cambio de dinero. Todos decían amarla. Prometían que serían buenos con ella, que la cuidarían, y lo único que hacían era servirse de ella, prostituirla, destrozarla.

Eugenia estaba horrorizada.

—Giuliana es tan alegre, tan desinhibida...

Él la miró con tristeza.

—Una máscara que ha aprendido a creer que es su rostro —dijo—. Lo cierto es que no confía en nadie.

—Pero ella te quiere y a Franco también.

Los ojos del anciano se deslizaron hacia las sombras que poblaban las esquinas del recinto.

—Me quiere, sí, pero todas las noches cierra su habitación con llave. Siempre lo ha hecho; a veces temo que siempre lo hará. Todavía no se siente a salvo. Soy un padre para ella, Franco un hermano y, aun así, cierra la puerta. Hay algo en ella que todavía espera que uno de nosotros irrumpa en su alcoba y le demuestre que tiene razón, que ningún hombre merece su confianza.

Eugenia buscó su mirada.

—¿Eduardo sabe todo esto?

—Lo sabe.

—¿Tú se lo contaste?

—No fue necesario. Giuliana lo hizo. —Joaquín apretó la boca—. Supongo que se lo contó con una sonrisa en los labios mientras se preparaba para salir al escenario. Como me lo contó a mí, fingiendo que no le importa, que es algo que sucedió hace mucho tiempo y que ya no le duele. Que solo es una historia más de lo que sucede entre la basura de Buenos Aires.

Eugenia no supo qué decir.

—Eduardo hará que confíe en él —dijo finalmente—. La ama y es muy paciente. La ayudará a superar sus miedos.

—¿Qué piensas de él?

—¿De Eduardo? —Eugenia reflexionó un momento—. Cuando lo conocí me dio miedo. Yo solo tenía diez años, y él parecía capaz de matar a un hombre a golpes si se le ocurría. Yo intentaba evitarlo, pero, a veces, me encontraba con él a solas entre bambalinas y en la casa. Siempre fue amable conmigo, pero distante. Empecé a confiar en él y a quererlo como a un hermano cuando enfermé de fiebres, ¿recuerdas? Me ayudó. Pasó tres noches enteras velándome y dándome la medicina. Entonces supe que no era una mala persona.

El anciano asintió.

—Él también ha tenido una vida dura —dijo—. Cuando lo conocí vivía de engaños y estafas. Nunca conoció a su padre; su madre había sido una prostituta que murió de tuberculosis cuando él cumplió cuatro años. Creció en las calles y aprendió a sobrevivir entre ladrones y truhanes. Era muy inteligente y muy hábil tanto con los naipes como con los puños, pero no sabía leer ni escribir, y creía que moriría así, en la calle, sin que a nadie le importara su suerte.

—¿Cómo lo convenciste de que trabajara para ti?

—Le propuse un trato. Si jugábamos al póker y él ganaba, además de las ganancias, se quedaría con mi reloj de oro. Si él perdía, trabajaría una semana conmigo en El Elíseo. Creyó que sería sencillo esquilmar a un anciano como yo, y aceptó. Lo cierto es que gané.

Eugenia entrecerró los ojos.

—Joaquín, tú no juegas muy bien al póker —dijo.

—Tuve suerte.

—Hiciste trampa, ¿verdad?

—Jamás lo admitiré. —Joaquín le guiñó un ojo—. Pensé que sería bueno añadir a nuestro espectáculo a un muchacho con su habilidad para mentir y engañar, y no estaba dispuesto a que se negara a trabajar para mí. Como sabrás, no me equivoqué.

—Por entonces se mostraba bastante arisco. ¿Cómo lo convenciste de que se quedara?

—No tuve que hacerlo. —Joaquín parecía muy satisfecho—. Solo se quedó.

Eugenia soltó un suspiro.

—Me preocupa que Giuliana deje ir a Eduardo —dijo—. Él la quiere tanto...

—Cierto, cierto.

—¿Qué podemos hacer, abuelo?

—Me temo que nada. Es algo que tienen que resolver solos. Eduardo hasta ahora se ha mostrado paciente con Giuliana, pero tiene sus límites. Él es un hombre orgulloso. No se arrastrará a sus pies por mucho tiempo. En algún momento dejará de mostrarse amable y decidirá tomar el asunto en las manos, y no sé cómo reaccionara Giuliana a eso.

—La asustará.

—Tal vez, pero creo que esa chica necesita un buen julepe —dijo Joaquín y observó el atardecer a través de la ventana. El cielo parecía haber aplastado al sol sobre el horizonte, de modo que su sangre discurría a través de las nubes que se habían atrevido a navegar hacia ese mar de fuego. Después de un momento volvió los ojos hacia Eugenia—. Ella se ha ocultado detrás de mí demasiado tiempo. Tiene que aprender a confiar en Eduardo.

Eugenia asintió y aplastó una cucaracha con el taco de los botines. Frunció la nariz, asqueada.

Joaquín sonrió.

—Bueno, querida. Dejemos el chismorreo sobre esos dos para después y focalicemos nuestra atención en algo un poco más interesante —dijo. La miró, pensativo—. ¿Qué opinas de que mi nieto muestre un poco de remordimiento por el futuro que le espera a esa señorita Bloise?

Eugenia alzó una ceja. No necesitaba que Joaquín le aclarara a quién se refería.

—Me encantaría que él mostrara interés por alguien, incluso si ese alguien es la prometida de ese hombre, del señor Andrada, y la hija de Gerardo Bloise. —Eugenia hizo una pausa—. Franco ha estado solo demasiado tiempo, aunque ha tenido mujeres a su lado, ninguna le ha importado realmente y eso me preocupa.

—También a mí.

—Si la señorita Bloise consigue hacer que él sienta alguna emoción, aunque solo fuera culpa, yo estaré feliz de saludarla y recibirla en esta casa.

—Entiendo.

—¿Crees que podríamos...? No, olvídale. Es una tontería.

—Continúa. Siempre he confiado en ti, Eugenia. ¿En qué estás pensando?

Ella se ruborizó de placer al notar el afecto en sus ojos.

—¿Crees que sería posible acercarnos a ella? —vaciló—. Solo para husmear.

Joaquín se mostró complacido.

—Es una buena idea, sí.

—¿Te parece?

—Sí, sin duda. Iremos a conocerla. Solos tú y yo, ¿qué te parece?

—Me encantaría.

—Está decidido entonces. —Joaquín parecía muy animado—. En cuanto pongamos esta casa a punto le haremos una visita a esa señorita Bloise, y entonces decidiremos qué hacer con ella.

CAPÍTULO 7

Una docena de velas empotradas en elegantes candelabros de plata iluminaban el vestíbulo. Los ladrillones color borgoña, las paredes tapizadas en tonos beige y crema y el escaso, aunque costoso mobiliario de origen francés, conferían cierta distinción a una casa cuya fachada, además de discreta, solo podía ser considerada ordinaria.

Una joven mujer cruzó el umbral de la puerta de vidrio esmerilado que separaba el vestíbulo del salón de recibo y fue a su encuentro con una sonrisa de bienvenida, la misma que estaba destinada a todos los clientes de la casa.

—Mi patrón lo está esperando, señor Rivera —dijo. Tomó el sombrero y los guantes de la visita—. Si gusta acompañarme, lo llevaré a su oficina.

Franco asintió, pero, antes de que la empleada lo condujera lejos del salón de recepción, él se detuvo en el umbral y observó el interior.

—¿Señor? —La muchacha parecía ansiosa.

—Veo que el señor Escalante ha remodelado el salón.

—Sí, señor. El patrón creyó prudente retirar los espejos y la mayoría de los cuadros que colgaban de las paredes. Dijo que deseaba que su casa fuera recomendada también por su elegancia, no solo por la juventud e higiene de las chicas.

—Entiendo.

—Además mandó a quitar las lámparas y puso en su lugar candelabros. Soy muy bonitos, ¿verdad? El patrón dijo que antes había demasiada luz, y eso desagradaba a los clientes.

—Es comprensible. —Él observó uno a uno a los hombres que se habían congregado en el centro del salón, junto a la mesa de refrigerios, mientras eran atendidos servilmente por varias prostitutas.

Reconoció entre ellos a varios caballeros pertenecientes al patriciado correntino, a dos miembros del Senado y a un diputado. El resto eran jóvenes petimetres carentes de todo interés para él.

— ¿Señor?

Franco fijó sus ojos en un joven solitario. Lo primero que advirtió fue que el caballero no se había quitado su abrigo ni su sombrero, a pesar de que el fuego en una chimenea mantenía el salón caldeado. Después notó que se encontraba sentado entre las sombras de la esquina más alejada del lugar, sin más compañía que una botella de coñac, cuando todos los hombres que se encontraban en el recinto estaban allí precisamente para disfrutar de los favores de una prostituta.

Había algo en él que le parecía vagamente familiar.

La muchacha se removió en su lugar, inquieta.

— ¿Sucede algo? — preguntó.

— No lo creo.

— ¿Disculpe?

Franco curvó las comisuras de sus labios, intrigado, y clavó los ojos en la presa. El joven caballero que había llamado su atención dirigió una fugaz mirada a su entorno y luego volvió su atención a un pequeño cuaderno. Comenzó a tomar notas con rapidez.

Cualquiera pensaría que aquel solitario alfeñique deseaba pasar desapercibido entre la clientela del lugar y no dudaría además en achacar su afán de anonimato a la vergüenza que le supondría ser reconocido por sus congéneres como cliente de un burdel. Habría sido sencillo confundirlo con un mocoso imberbe en su primera escapada al mundo de los hombres, pero Franco no se dejó engañar por las apariencias.

Una sonrisa sardónica le tiró de la boca a un lado. Como el viejo diablo que era, Franco no tardó en adivinar la identidad de quien intentaba ocultarse entre las sombras del salón, fingiéndose un caballero.

La joven lo miró, preocupada.

— ¿Puedo ayudarlo en algo? — preguntó.

—El señor Escalante tendrá que esperar. Ahora mismo debo saludar a un amigo.

—Pero...

Franco la miró.

—Dígale que hablaré con él mañana por la mañana —dijo.

La empleada inclinó la cabeza.

—Sí, señor, como usted diga.

Abandonó el umbral de la puerta y cruzó el salón, saludando con gélida cortesía a los caballeros que lo conocían. Descubrió la curiosidad y el asombro que su presencia allí suscitaba entre los buenos vecinos del patriciado; desalentó cualquier posibilidad de acercamiento por parte de sus conocidos con una álgida sonrisa. Cuando se aseguró de que nadie osaría acercársele, se dirigió hacia la mesa donde se encontraba la presa.

El esmirriado caballero se puso tenso cuando percibió que alguien se detenía a su lado, pero no apartó la vista de las notas que tomaba. Le dijo sin mirarlo:

—Retírese. —Hizo un ademán con la mano—. Ya le avisaré si deseo algo más.

—Buenas noches, señorita Bloise.

Ella levantó la cabeza con un respingo. Lo miró, espantada.

—Señor Rivera —chilló.

Franco sonrió con la gracia de un depredador, se desabotonó el abrigo y se sentó frente a ella.

—Admito que me sorprende —dijo. Estiró las piernas y se sirvió una copa de coñac bajo la horrorizada mirada de la dama—. No esperaba encontrarla en un burdel.

Virginia abrió la boca, la cerró. El rubor le tiñó de rosa las mejillas. Era evidente que al señor Rivera le divertía el hecho de haberla atrapado en una situación de lo más indecorosa. Echó una rápida mirada alrededor y luego fijó en él sus ojos suplicantes.

—Por favor, baje la voz —dijo en un apresurado susurro. Estrujó el lápiz entre los dedos. Ambos sabían que, de saberse su presencia allí, Virginia se vería envuelta en un escándalo de proporciones bíblicas.

Con toda seguridad, tendría que enfrentar la ruina social, además de un futuro de ostracismo y vergüenza sin posibilidades de redención —. Si tiene una pizca de bondad en su corazón, ayúdeme. Nadie debe saber que estoy aquí.

Él curvó los labios a un lado.

—Le confieso que usted ha animado mi día, señorita Bloise. Imagínese, ya había perdido toda esperanza de encontrar hoy algo de diversión, cuando la veo a usted sentada en un burdel con ese ridículo disfraz. No se preocupe, su secreto está a salvo conmigo.

—¿Se está burlando de mí?

—¿Por qué? ¿Acaso no me cree? Le aseguro que me llevaré a la tumba el conocimiento de este pasatiempo suyo.

Virginia apretó los labios, irritada.

—No es ningún pasatiempo —dijo—. Sé que no me conoce, pero...

—En eso último se equivoca, señorita Bloise. Yo la conozco muy bien. —Curvó las comisuras de los labios cuando ella lo miró, sorprendida—. Nos hemos relacionado a través de la correspondencia desde hace mucho tiempo, ¿lo ha olvidado?

Ella se ruborizó.

—Enviarle a usted una nota con el dinero para saldar las deudas de mi tía, y que usted corresponda con el pagaré correspondiente y una breve nota informándome haber recibido la suma pactada, no me parece una relación por correspondencia —replicó.

—Si el recuerdo la perturba, permítame rememorar algo más agradable: nos conocimos personalmente cuando usted intentaba rescatar a un pobre caballo de los crueles azotes de su amo, nuestro amigo en común; el señor Escalante.

Ella asintió y, de pronto, le obsequió una sonrisa que lo sorprendió, si se tenía en cuenta el patente estado de nerviosismo que la embargaba.

—Su amabilidad es algo que jamás olvidaré, señor —dijo. Rebuscó algo en uno de los bolsillos de la chaqueta y luego dejó sobre la mesa la suma que él le había prestado en aquella ocasión—. Quizá creyó que lo había olvidado, pero aquí tiene.

—Guárdelo. No lo quiero.

—Pero...

—Fue un obsequio, señorita Bloise. Los presentes no se devuelven.

—Esto no es correcto.

—Tómelo.

Ella vaciló. Finalmente recogió el dinero y lo guardó bajo la atenta mirada del señor Rivera.

—Quizá le interese saber que el caballo que usted ayudó a rescatar está bien —musitó.

—Me alegro.

—Encontré un hogar para *Midas* en la casa de campo de una familia amiga, los Billinghamurst, ¿los conoce?

—Por supuesto.

—Sí, claro, disculpe. Es imposible que no conozca a la familia Billinghamurst. Son muy importantes. De hecho, una pariente de mi buena amiga, Carlota Billinghamurst, la señora Adela Billinghamurst de Ávalos fundó el asilo de huérfanos en 1894. El anhelo de proteger a los menos afortunados parece ser algo natural entre los miembros de esa familia.

—Eso parece, sí.

—Carlota prometió cuidar muy bien de *Midas*, ¿sabe? Ella ama a los caballos.

—Qué afortunada coincidencia. Ahora que hemos intercambiado las buenas nuevas respecto a *Midas*, me gustaría cambiar de tema, si me lo permite. —Franco se recostó contra el respaldo de la silla. Se veía cómodo en aquella postura puramente masculina. Desplazó los ojos insolentes sobre el cuerpo de la joven—. ¿Qué está haciendo aquí? —quiso saber.

Virginia lo miró con cautela.

—Observar, señor Rivera —dijo finalmente.

—Y tomar notas de sus observaciones, por lo que veo.

—Sí, eso es.

—¿Podría ser más específica?

Virginia se mordió el labio inferior.

—Pienso escribir un artículo para el periódico —dijo vacilante—. Sobre el trato que sufren las mujeres en lugares como este. Un trato realmente degradante. En todo los sentidos y desde todo punto de vista.

—Comprendo. ¿Sabe lo que le haría Escalante si la descubriera aquí?

—Me lo imagino. Si piensa describírmelo, ahórreselo.

Franco la miró. Una sonrisa le suavizó la dureza de los rasgos.

—Y pensar que muchos la consideran una inocente. Qué engañosas son las apariencias.

Ella se inclinó hacia él y entrecerró los ojos.

—¿Esta insultándome? —preguntó.

—En absoluto. No me atrevería. —Franco le dirigió una sonrisa fugaz. Le ofreció su copa—. ¿Gusta?

—No, gracias. Pedí la bebida porque eso se espera que haga.

—¿Sí?

—Sí. Un caballero necesita un trago después de un duro día de trabajo, ¿comprende?

—Por supuesto.

—Yo no bebo.

Franco la observó con expresión burlona.

—Los hombres beben —dijo—. Si quiere que la consideren un auténtico caballero, tendrá que beber.

Virginia lo miró, ceñuda. Supuso que él tenía razón. Estiró los dedos y tomó la copa con ambas manos. El contenido olía mal y supuso que sabría peor.

—Esto es repugnante —dijo.

Franco la observó examinar el contenido de la copa con suspicacia. Por centésima vez se preguntó para sí qué encontraba tan fascinante en esa mujer.

—Déjelo —dijo. Le quitó la copa de la mano y la apoyó sobre la mesa con cierta brusquedad—. Parece usted a punto de beber a sorbitos y no puedo permitirlo. Su disfraz se irá al carajo si lo hace.

Virginia se ruborizó. Era evidente que no estaba acostumbrada a ese lenguaje.

— ¿Qué hace usted aquí? — preguntó después de un momento.

— Le diría que es obvio, pero no es así. El señor Escalante me debe un favor, y he venido a cobrarlo.

Ella se animó.

— ¿Eso es todo?

— Eso es todo — confirmó él con suavidad. Encendió un cigarro—. ¿Sabe su tía que está usted aquí?

Ella parpadeó, sorprendida por el rápido cambio de tema.

— Por supuesto que no — dijo, avergonzada. Desvió la mirada hacia el cuaderno. Su tía probablemente sufriría un desmayo si supiera dónde se encontraba en ese momento y en compañía de quién, pero era a Mamá Gigi a quien temía. Se estremeció—. No consideré necesario hacerla partícipe de mis planes.

— ¿Y dónde cree que está usted a estas horas? Son casi las once.

— Se supone que estoy en la casa de una amiga. Mi familia cree que pasaré la noche con ella, cuidando su sueño. Está enferma. Un resfrío. Me necesita, ¿comprende?

— ¿Y esa amiga suya existe?

— Claro. Su nombre es Enriqueta Machado. Por supuesto, su salud es excelente, pero prometió ayudarme en esto. — Le dirigió una mirada huidiza—. Ella sabe que estoy aquí por si algo sucede. Prometió venir a buscarme si no regreso a su casa para la medianoche.

— Entiendo.

Franco observó el entorno con atención. A él le parecía ridículamente obvio el género de su acompañante, pero, al parecer, no era tan obvio para los demás.

— ¿Que escribía? — preguntó.

— Una descripción del salón.

— Una novedad para usted, supongo. ¿Piensa escandalizar a las damas de nuestra ciudad haciendo una descripción completa del lugar o se limitará a señalar las características generales?

—Quiero ser lo más fiel posible a la verdad. —De pronto Virginia se mostró entusiasmada. Sus ojos lo miraron, confiados y cálidos, sin sombras de suspicacia en ellos—. Hay muchas mujeres que jamás tendrán la oportunidad de entrar en un lugar como este y me gustaría describirles con exactitud cómo es.

—¿Escribe usted bajo seudónimo?

Ella pestañeó.

—A veces, ¿por qué?

—¿No cree que su reputación se verá comprometida si alguien considera que sus descripciones son demasiado reales?

—Bastará con inventarme un par de fuentes. ¿Quién podría dudar de mi palabra? A nadie se le ocurriría imaginarme capaz de presentarme en un burdel para tomar notas.

—Admito que tiene razón —dijo Franco, aunque supuso que a Gerardo Bloise no le costaría gran cosa imaginar a su hija allí.

—Por supuesto que la tengo. ¿Ha leído usted mis artículos?

—Sí.

—¿De verdad?

—No acostumbro a mentir, señorita.

Ella inclinó la cabeza.

—Discúlpeme, por favor —dijo—. No pretendía ofenderlo.

—No lo hizo —dijo él con acritud.

Virginia le sonrió.

—¿Sabe qué pretendo realmente? —le confió—. Demostrar que las jóvenes que trabajan aquí no lo hacen por placer, sino por ausencia de alternativas. Tenía pensado entrevistar a una de las muchachas en cuanto me fuera posible apartarla de sus tareas...

—Nadie hablará con usted.

—¿Por qué no?

—No la conocen. —Franco se inclinó hacia adelante y un oscilante haz de luz iluminó por un instante el verde opalescente de sus ojos cuando buscó su mirada—. No está segura aquí. Ya tuvo usted un encontronazo con Escalante: ¿quiere otro?

—No, por supuesto que no.

Él la miró un momento en silencio: no dejaba de evaluarla.

—¿Y cómo piensa evitarlo?

—Bueno, ahora que lo menciona... No lo sé. Supongo que se me ocurrirá algo en el momento indicado.

—No me diga.

—Suele pasar. Soy buena para improvisar.

Él esbozó una sonrisa.

—Permítame ayudarla en sus pesquisas —dijo con suavidad. En su mirada persistía una expresión especulativa, incluso depredadora cuando fijó en ella la atención—. Estoy seguro de que apreciará mi contribución a su investigación.

—¿Cómo dice?

—Acompáñeme al piso alto.

—¿Quiere que vaya arriba con usted? —chilló. Virginia enrojeció cuando un par de caballeros se volvieron a mirarlos. Se inclinó hacia él y bajó la voz—. ¿Está loco? No puedo hacer eso.

—¿Me tiene miedo?

—Claro que no.

—Me sorprende usted otra vez.

—Se está burlando de mí, ¿es eso? Mi reputación estaría arruinada si se supiera que he estado en la habitación de un burdel con usted.

Él comenzó a reír.

—Su reputación quedaría arruinada con solo saberse que ha estado usted a solas en mi compañía, señorita Bloise —dijo de buen humor.

Virginia parpadeó, incrédula.

—Usted es un caballero —arguyó.

—Nadie lo creería.

—El que nadie lo crea no significa que no sea verdad.

Franco no iba a discutir lo que consideraba una tontería.

—¿Quiere ir o no? —preguntó.

—Déjeme pensar —dijo ella e hizo un gesto de impaciencia—. Esto es tan inusual...

—Estoy seguro de que podría convencer a una de las chicas de hablar con usted —dijo con lentitud. En la penumbra azulada, tenía una expresión casi siniestra—. Por supuesto tendrá que prometer que mantendrá el nombre de la muchacha en el anonimato.

Ella hizo un ademán con la mano.

—Sí, sí, por supuesto —dijo—. No es mi intención perjudicar a nadie.

—¿Entonces?

Virginia titubeó. La oportunidad era demasiado buena para perderla, y el señor Rivera no parecía representar un peligro para ella. Lo miró con atención. Era un hombre muy atractivo. De un modo salvaje y tosco, incluso intimidante, pero le gustaba, reconoció para sí. Confiaba en él. No sabía por qué, pero lo hacía. Esperaba que él no traicionara su confianza. Todavía vacilante asintió.

—Está bien —dijo.

—¿Puedo llamarla por su nombre?

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que después de este encuentro las formalidades están demás entre nosotros.

—Puede hacerlo si lo desea, pero yo lo llamare “señor Rivera”.

—Como quiera. —Franco esbozó una sonrisa—. Por cierto, la próxima vez que decida vestir de hombre, elija algo de su talla.

—No tengo mucho de dónde elegir. En mi casa solo quedan algunas prendas de mi abuelo. Pensé en alterar las costuras, pero Mama Gigi habría sospechado de mis intenciones si me atrapaba haciéndolo.

—¿Mama Gigi?

—Mi niñera.

Él alzó una ceja.

—¿Tiene usted una niñera?

—Claro que sí. —La picardía le animó los ojos bonitos—. ¿No cree usted que, en vista a mi conducta, la necesito tanto más que otras mujeres de mi edad?

Franco sonrió apenas.

—Tiene razón, por supuesto —dijo suave. Se puso de pie—. ¿Vamos?

Ella lo miró. Observó esa expresión depredadora, la curva burlona de esos labios, y vaciló, pero un ramalazo de emoción la sacudió de sus temores cuando notó en la mirada de él cierta calidez.

—Sí —dijo. El entusiasmo se le reflejó en el rostro—. Vamos.

* * *

Diez minutos después, Virginia se encontró de pie frente a una habitación de alquiler, en compañía del señor Rivera. Observó el entorno con ávido interés. En la penumbra no era mucho lo que se podía apreciar, además de una alfombra color granate, un par de candelabros de plata y una serie de acuarelas de dudosa calidad artística.

—Esto es vergonzoso —dijo en voz baja.

—¿Que dos hombres decidan entretenerse con una mujer? —Franco insertó una llave en la cerradura y empujó la puerta—. Es posible.

—No quise decir... ¿Se puede?

—Se puede. —Él le dirigió una mirada burlona—. En el sexo las posibilidades son infinitas. No es algo que yo haría, siendo que no me gusta compartir lo que considero mío, pero sé que es una práctica común entre dos o tres de nuestros buenos vecinos.

Virginia lo miró horrorizada.

—Eso es... es... —balbuceó y como, al parecer, no logró encontrar en su vocabulario una palabra que expresara lo que sentía al respecto, concluyó—: Es inmoral.

—Es usted una inocente.

—Deje de decirme así —contestó ofuscada—. Está comenzando a parecer un insulto.

Franco inclinó la cabeza en una reverencia sardónica e hizo un gesto invitándola a precederlo. Virginia cruzó el umbral y observó el escaso mobiliario, las manchas de humedad en la pared y las viejas

cortinas que cubrían las ventanas. La contrariedad se le reflejó en el rostro.

Él la miró divertido.

—¿Esperaba algo más? —preguntó y dejó la llave sobre una mesa, junto a la puerta.

—Mucho más. No sé por qué imaginé que todo sería más elegante, incluso decadente.

—Qué decepción.

Virginia frunció la nariz.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

—Créame, no querrá saberlo.

—¿Y esas manchas en la sábana? Dios mío, ¿eso es sangre?

—Aléjese de allí. —Franco la tomó del brazo, la condujo hacia una silla junto a la ventana y la obligó a sentarse.

Virginia lo miró con el objetivo de decirle un par de cosas sobre su manera de tratar a una dama, pero, antes de que pudiera decir algo o siquiera adivinar sus intenciones, Franco tendió la mano y le quitó el sombrero. Un par de horquillas cayeron al suelo cuando el cabello se le dispersó en vivaces rulos color caoba a los lados de la cabeza.

Ella lo miró primero sorprendida, luego irritada.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó. Se puso de pie e intentó recuperar el sombrero, pero el señor Rivera lo mantuvo lejos de su alcance, divertido—. ¿Qué cree que está haciendo, señor?

—Déjeme verla.

Virginia lo ignoró. Recogió las horquillas e intentó arreglar el desastre, pero el cabello se resistía a regresar a la prisión.

—¿Sabe lo que tardé en poner todo esto en su lugar? —se quejó.

—Lo imagino. —Franco tomó un rizo entre sus dedos. Era suave, lleno de energía, como ella. Lo soltó.

Virginia finalmente rescató el sombrero y se lo encasquetó hasta los ojos. Lo miró con el propósito de gritarle cuatro frescas por el atrevimiento, pero calló al notar que él la observaba con inquietante

intensidad. El corazón comenzó a latirle de prisa en el pecho, de pronto consciente del lugar donde estaban, de la cercanía entre ambos, de la reputación de él. Retrocedió un paso.

Él alzó una ceja. Curvó los labios en una sonrisa lobuna al advertir el creciente nerviosismo de la muchacha. Ella se veía pequeña y delicada, incluso encantadora. La presa perfecta para un viejo canalla como él.

—¿Me tiene miedo ahora? —preguntó con suavidad.

—Por supuesto que no —dijo, pero era evidente que, a sus ojos, él había dejado de ser solo un caballero, se había convertido en una amenaza.

—Quizás debería. —Él le ciñó la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí bruscamente, bajó la cabeza y acercó la boca a la de la joven—. Creo que usted es una maldita complicación —susurró contra sus labios.

—¿Qué dice? —Virginia presionó las manos contra él e intentó apartarlo. Percibió la feroz ondulación de esos músculos bajo las palmas que buscaban rechazarlo; percibió el calor, la fuerza contenida: un ramalazo de nuevas sensaciones la sacudió, sensaciones que intentó reprimir. Le frunció el ceño—. ¡Déjeme ir!

Franco cerró dos dedos en torno al mentón de Virginia y, aunque ella se retorció en el agarre, la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Cómo podría resistirte...? —musitó.

—¿Qué está haciendo? Suélteme. —Virginia sabía que debía sentirse ofendida, incluso asustada. Debía de haber algo realmente malo en ella, porque lo único que sentía era una profunda combinación de excitación e incertidumbre, pero jamás miedo—. ¡Ya déjeme o gritaré!

Franco inclinó la cabeza.

—Yo no le haría daño —dijo con suavidad y, luego de un instante, la soltó.

Virginia se apresuró a alejarse de él.

—Si pretende mostrarse como un maleante, señor, ha de saber que..., este, que traigo una pistola conmigo —dijo.

—No me joda.

—¿No me cree?

—¿Debería?

Ella metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y extrajo el arma.

—Creo que sí —dijo.

Franco curvó las comisuras de sus labios.

—¿Sabe disparar?

—Aunque las armas son bastante imprevisibles, creo que no podría fallar a esta distancia.

—No, no fallaría —dijo él con calma. Antes de que Virginia pudiera adivinar sus intenciones, se abalanzó sobre ella y le arrebató la pistola.

—¿Sabe lo que le pasa a una mujer con una jodida pistola en el bolsillo, en un lugar como este? —dijo él en tanto se aseguraba de que el arma estuviera descargada.

—Preferiría limitarme a imaginarlo, gracias. —Virginia se examinó la muñeca. Él no le había hecho daño—. ¿Podría devolvérmela? Era de mi abuelo. Si mi tía descubre que la tomé y la perdí, le dará algo.

Él la ignoró. Ocultó el arma a su espalda, debajo de la chaqueta.

—Debería hablar de esto con Mamá Gigi —dijo.

Ella lo miró, horrorizada.

—No se atrevería.

—Le tiene miedo, eh.

—Usted también se lo tendría si la conociera —dijo Virginia, y abrió la boca para espetarle un par de cosas respecto a su odiosa conducta, pero, antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió y una mujer en camisola franqueó el umbral.

—Ah, veo que son dos —dijo—. ¿Y bien? ¿Con quién empiezo?

* * *

Los cascos de los caballos golpeaban los adoquines del suelo con suavidad y, aun así, parecían producir ecos entre las oscuras callejuelas que se abrían hacia la oscuridad en las cercanías del río.

Virginia observó la calle a través de la ventanilla. El carruaje avanzaba despacio en la noche, una sombra más entre las sombras. La luna se asomó un instante entre las nubes y un etéreo resplandor platinado iluminó parte de los edificios, se coló entre el azulado follaje de los árboles y acarició la pálida suavidad de su rostro.

Franco se aflojó la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Su expresión no podía ser más enigmática ni menos intimidante cuando fijó los ojos en ella.

—¿Todavía avergonzada? —preguntó.

—Es obvio que a la señorita Aguirre no le apena hablar sin tapujos de sus obligaciones laborales —dijo Virginia en voz baja sin volverse. No se había atrevido a mirarlo a los ojos desde que la entrevista con la señorita Aguirre se había tornado extremadamente gráfica.

—¿Fue demasiado para sus oídos inocentes?

—Soy una mujer adulta, señor. Le aseguré que nada de lo dicho por la señorita Aguirre me sorprendió, aunque admito que escucharla en su presencia fue bastante incómodo.

El curvó las comisuras de los labios.

—¿Todavía está enojada conmigo?

—En vista de su comportamiento esta noche, no sé cómo pude aceptar que me acompañara hasta la casa de la señorita Machado. Debí esperar por un coche de alquiler como corresponde —dijo ella con acritud.

—Lo está, es evidente.

Virginia lo fulminó con la mirada antes de devolver la atención a la calle.

—Espero sepa comportarse como un caballero en lo sucesivo.

—Le aseguro que haré todo lo posible por responder a sus expectativas, pero no le prometo nada. Años de mala conducta han hecho mella en mí, me temo.

Virginia clavó en él una mirada elocuente.

—¿Cree que estoy con ánimo de hacer bromas con esto?

—No, supongo que no. —Franco enarcó una ceja, intrigado—. ¿Piensa disculparme alguna vez o tendré que padecer su fría indiferencia en lo que me resta de vida? Debo decirle que la perspectiva no me parece agradable.

Ella apretó los labios.

—¿Se está burlando de mí? —preguntó.

—En absoluto. Estoy seguro de que sabrá comprender mi situación actual: descubrí que su compañía es mucho más interesante que alguna otra por lo que lamentaría que me la negara solo por un triste malentendido.

—Ahora sí se está burlando de mí.

—Créame, jamás haría tal cosa.

Virginia lo observó un momento en silencio. Él le ofreció una sonrisa inofensiva, incluso conciliadora, y ella sintió que su irritación disminuía considerablemente. Supuso que él esperaba convencerla de que no era un hombre peligroso. Pese al atroz comportamiento de esa noche, ella concluyó que era posible que no lo fuera, que los rumores exageraran. Soltó un suspiro, resignándose a lo inevitable.

—Está bien —dijo finalmente—. Estoy dispuesta a disculpar su bestial comportamiento, pero solo por esta vez.

—¿Es cierto eso?

—No le mentiría.

Él apoyó los codos sobre sus muslos y se inclinó hacia ella. La observó con brutal intensidad. Tenía un rostro duro, de líneas fuertes y masculinas, con expresión tensa, con una mirada cautivadora.

—No, creo que no me mentiría —dijo en voz baja, con la voz de terciopelo sobre acero—. Lo sabría si lo hiciera.

—¿Está usted tratando de intimidarme, señor Rivera? Le aseguro que no lo conseguirá.

Él sonrió sin humor.

—Dicen que carezco de honor, que no conozco más dios que el dinero, que soy un hombre peligroso. Pero usted no parece particularmente nerviosa en mi compañía. ¿Puedo preguntar por qué?

—Ya que yo misma he sido víctima de desagradables rumores en más de una ocasión, jamás los consideraría como fuente fiable de información, mucho menos los tendría en cuenta para juzgar el carácter de una persona, señor Rivera —dijo ella con suavidad—. Prefiero hacerme mi propia opinión respecto a cada persona.

—Me llaman “diablo”, Virginia, y no precisamente por mis acciones. De hecho, se me considera un canalla, un monstruo. Creo que no necesita que le diga por qué —dijo.

Ella fijó los ojos en la cicatriz que le desfiguraba ese rostro intrigante.

—Eso es una tontería —dijo. Impulsiva, tendió la mano hacia él y, con la punta de los dedos, siguió la dentada línea que le cruzaba la cara. Franco se quedó muy quieto bajo la gentileza de esa caricia. Ninguna otra mujer se había atrevido antes a tocarlo de aquella manera, mucho menos sin su consentimiento—. Esto no le convierte en un monstruo, por el contrario, creo que le da carácter a su rostro.

Él le tomó la mano para detenerla. Sintió la suavidad de esa piel, el calor, la fragilidad de los huesos bajo los dedos.

—Es usted una auténtica dama —musitó y le depositó un beso suave en el dorso de la mano.

De pronto, el carruaje se detuvo bajo la sombra de los árboles. Virginia le obsequió una brillante sonrisa, enmascarando con ella un evidente nerviosismo.

—Creo que ya llegamos —dijo y tiró de la palma retenida hasta que él la soltó. Se aferró al cuaderno de notas y al sombrero como si juntos conformaran un escudo. Se incorporó con el objetivo de abandonar el vehículo de inmediato porque sentía en las mejillas el ardiente calor del rubor—. Le agradezco que me acompañara hasta aquí, señor. Sin duda, habría sido bastante engorroso conseguir un coche de alquiler a estas horas, tal y como señaló.

—No tiene nada qué agradecer, señorita Bloise.

Ella empujó la puerta y bajó al adoquinado. Una bocanada de aire frío irrumpió en el interior del vehículo.

—Buenas noches —dijo.

Franco bajó del coche tras ella.

—Virginia —dijo.

Ella se volvió y lo miró. Él parecía un diablo atractivo e intimidante atrapado entre las tinieblas de la noche.

—¿Señor?

—Es usted una complicación —dijo él suave—. Una a la que no puedo resistir.

—¿Qué...?

Franco le rodeó la nuca con la mano, hundió los dedos en su pelo y la atrajo hacia él. Inclino la cabeza y le poseyó la boca con la suya. Virginia se quedó primero petrificada a causa de la sorpresa y, luego, ya ni siquiera se sintió capaz de pensar con claridad. Una ardiente excitación le sacudió los sentidos cuando él le separó los labios con la lengua y la besó profundamente, no como lo haría un caballero, suave y tiernamente, no, sino como el truhán que era, subyugándola, poseyéndola, cautivándola. Ella crispó las manos contra él. Franco le deslizó la lengua por la boca, le chupó sus labios. Virginia pensó que, si él no estuviese sosteniéndola como lo hacía, habría ya caído a sus pies, desmadejada. Nadie jamás la había besado de aquella manera. Supuso que un caballero no lo haría. Pero él, un canalla, el diablo mismo, no estaba limitado por el honor o la decencia. Y ella tampoco, pensó, cuando se aferró a él, incapaz de detenerlo.

Virginia gimió contra la boca anhelada.

—No —musitó—. Por favor...

Entonces él la soltó.

—Buenas noches, Virginia —dijo y, en la aspereza de esa voz, ella percibió algo más que satisfacción: ¿pesar, tal vez? En esos ojos fríos había algo más, aunque ella no supo definir qué.

Se apartó de él con un salto. Apretó los labios. El rubor le cubrió las mejillas.

—Usted... —balbuceó avergonzada—. ¿Cómo se atreve?

—Me atrevería a mucho más si no estuviéramos en la calle —dijo él impertinente.

Ella le frunció el ceño.

—Deme mi arma —exigió.

—¿Piensa dispararme?

—Si así fuera, ¿cree que se lo diría?

Franco sonrió y le tendió la pistola por la culata. Ella se apresuró a recuperarla y a ocultarla en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Gracias —musitó y huyó. Cruzó la calle a la carrera, alejándose de él. Subió de dos en dos los peldaños del pórtico y llamó a la puerta. Una luz se encendió en el interior de la casa.

Franco encendió un cigarro y le dio una pitada. Los recuerdos lo cercaron como perros de presa mientras veía a la hija de Gerardo Bloise desaparecer en el interior de aquella vieja casona de dos plantas.

* * *

Rosalie se incorporó y cruzó la estancia de puntillas. Tenía que alejar a los intrusos de su hijo.

La mujer intentó mantenerse entre las sombras. Rodeó los pesados muebles que encontraba en el camino, con los ojos fijos en la puerta que conducía a la galería exterior. Apretó los dientes, insegura. El corazón le golpeaba con fuerza en las costillas, el aire le entraba helado en los pulmones, el miedo le atenazaba la garganta y, aun así, estaba decidida en mantener a esos intrusos lejos de Franco.

De pronto, se lanzó hacia la puerta. Ellos tenían que seguirla. Rosalie debía alejarlos del escondrijo del pequeño. Se tragó un sollozo al cruzar el estrecho pasillo y, cuando estaba a unos pasos de alcanzar su objetivo, unas manos grandes y fuertes la aferraron por los hombros; luego, tiraron de ella hacia atrás.

—¡Déjeme ir! —chilló Rosalie, que se debatía contra su captor—. ¡Suélteme!

—¿Creíste que escaparías de mí? —un hombre le propinó una fuerte bofetada y luego la arrojó sobre la alfombra—. Pequeña puta...

—¡Por favor...!

—No debiste escapar de Ernesto, querida. —Teodosio se detuvo en el umbral de la puerta. Sonreía mientras su amigo comenzaba a destrozar la falda de la joven. Tenía una botella casi vacía de whisky en la mano—. Una putita francesa debería mostrarse más amable con los amigos de su esposo.

—¡No, por Dios, no me haga esto!

—Perra estúpida. —Ernesto cerró el puño y la amenazó—. Si no te callas, te daré una auténtica razón para llorar.

Rosalie intentó arrastrarse lejos del atacante, pero él la aferró de los tobillos y tiró de ella con una mueca salvaje en sus labios.

—¡Déjeme ir!

—Ayúdame con ella, Teodosio. No se queda quieta.

—¡Mi marido regresará pronto, por favor, váyanse...! —gritó la mujer desesperada. Se volvió y miró al hombre que conocía como Ernesto Quintana; un caballero que había compartido la mesa de su marido en varias ocasiones, en compañía del señor Ovidio Andrada, el hermano menor de su esposo. Ese hombre le había sonreído con amabilidad cuando el señor Andrada la presentó como la esposa de Humberto, por lo que se negó a creer que fuera tan cruel, tan miserable como para abusar de ella—. ¡Si me hacen daño, él los encontrará y los matará!

—Déjala ir, Ernesto. —Gerardo Bloise observaba la escena desde el umbral de la puerta con una expresión que revelaba a las claras cierta incomodidad.

—¿Crees que podemos hacerlo? Ovidio fue muy claro con las órdenes. Los quiere a todos muertos. —Ladislao Trujillo hizo un gesto hacia Teodosio que se arrodilló junto a la mujer. Le apretó las mejillas con los dedos sucios y callosos, la obligó a abrir la boca para recibir su miembro—. Ahora aprenderá a comportarse como la mierda que es —dijo y volvió sus ojos hacia la joven—. No muerdas. Si lo haces, te juro que lo lamentarás.

—Date prisa, Ernesto. —Ladislao comenzó a masajearse la bragueta. Solo era una sombra más en la sala; un hombre alto y corpulento.

Gerardo Bloise apartó la mirada cuando Teodosio terminó de desgarrar la blusa de la muchacha con la navaja y Ladislao le separó los tobillos, listo para reclamar su turno con la mujer en cuanto Ernesto terminara con ella.

—¡Quieta, maldita puta! —gritó Ernesto furioso, y descargó el puño contra la mejilla de la mujer. El dulce rostro en forma de corazón crujió bajo los nudillos de Quintana: de su garganta brotó un grito desgarrador. Trujillo y Varela comenzaron a reír entre dientes—. ¡Quédate quieta y cállate!

—Yo no quiero ser parte de esto —murmuró Gerardo, pero, como esperaba, nadie le prestó atención. Sabía que debía ayudar a esa mujer, pero simplemente, no pudo hacerlo. Era un cobarde.

Rosalie intentó alejar a Trujillo. Sin embargo, más golpes consiguieron debilitar sus forcejeos.

—Por favor, no me haga daño... Por Dios...

Gerardo apretó los labios, asqueado, y se volvió con la intención de regresar a la ciudad vieja. Fue entonces cuando lo vio. El niño se encontraba escondido en las sombras, al final del pasillo, detrás de una pesada mesa de roble negro. Gerardo maldijo entre dientes, echó una rápida mirada hacia atrás y, después de asegurarse de que Ladislao, Ernesto y Teodosio no le prestaran atención, fue hasta él, le cubrió la boca con una mano y lo arrastró hacia el pasillo, pese a sus forcejeos.

—No mires —susurró. Echó una rápida mirada hacia atrás, de pronto aterrorizado. Tenía que poner a esa criatura a salvo. Cruzó el pasillo, se hundió en la penumbra y empujó la primera puerta que encontró a su paso. A través de los ventanales que dominaban la estancia, vio que un par de faroles se mecían afuera con el viento gélido del sur. Más lejos, reinaba la oscuridad y el frío en aquella noche de invierno.

Gerardo cerró la puerta. Quizás el chiquillo estaría más seguro en las barracas de los peones. Por un instante pensó en llevarlo allá, pero entonces cayó en la cuenta de que así solo revelaría su presencia en la

casa. Pero tampoco podía dejarlo allí. Ladislao, Ernesto y Teodosio pronto lo buscarían para acabar con él.

—¡Mi mamá necesita mi ayuda! —Franco observó el rostro de Gerardo furioso.

—Si sales ahora, morirás.

—No me importa —dijo el niño, e intentó ir con su madre, pero sus pies tambaleantes no consiguieron llevarlo más que unos pasos. Estaba muy, muy enfermo.

—Dios mío, tienes fiebre...

—¿Qué le están haciendo a mi mamá?

Gerardo no respondió. Algo en su expresión reveló sin embargo su miedo. Volvió los ojos una vez más hacia los ventanales. Casi creyó percibir en el aire el olor del río, de la tierra negra que lamía las orillas del Paraná y de los pantanos que se extendían más allá del viejo camino hacia la bruma.

Los árboles retorcidos se alzaban sinuosos, expectantes, entre la bruma y la creciente oscuridad. La luna había desaparecido detrás de una miríada de nubes: solo restaba de ella un resquicio de su diáfana luminosidad.

Gerardo empujó al niño hacia un rincón de la estancia. Se inclinó y le hundió los dedos en el brazo al tiempo que lo obligaba a mirarlo a los ojos.

—Tu mamá querría que te quedaras aquí —dijo en voz baja—. Tienes que permanecer en silencio por tu bien.

—¡Esos hombres la estaban lastimando: tengo que ayudarla!

—Ella estará bien.

—¡Mientes!

—Esos hombres pronto se irán, y tu mamá vendrá a buscarte —dijo. Gerardo enmascaró su culpa y el humillante desprecio que sentía hacia sí mismo con una sonrisa que jamás se reflejó en su mirada tensa —. ¿Me prometes que te quedarás aquí? Lo siento. Pero ellos me matarían si interfiriera. Tú no los conoces...

Él solo lo miró en medio de un silencio afiebrado. Gerardo, incapaz de sostener la mirada atenta, se volvió y fue hasta la puerta.

—Lo siento —repitió y salió al pasillo.

Los gritos de la mujer se habían convertido en roncos gemidos, en jadeos apenas, mientras era violada. Su voz casi inaudible murmuraba una y otra vez el nombre de su esposo mientras Ernesto reía a carcajadas. Gerardo cerró un instante los ojos y, luego, presuroso, abandonó la casa.

Cuando Ladislao y Teodosio comenzaron a disputarse el turno con la mujer, la figura esmirriada, alta y elegante de Gerardo Bloise desapareció en la bruma.

Dos horas después, Rosalie se incorporó con lentitud y estrujó entre los dedos los restos de sus ropas. Sentía en la lengua el sabor cobrizo de su propia sangre. Tambaleante, se puso de pie y parte de su larga cabellera rubia le cubrió el cuerpo desnudo. Tenía la piel amoratada, lastimada por los golpes y el salvajismo que habían utilizado para someterla. Algo cálido y pegajoso le descendió por sus muslos desde el interior de su cuerpo. Rosalie bajó la vista y no se sorprendió al descubrir que sus pies estaban cubiertos de sangre.

Se mordió el agrietado labio inferior cuando un gemido intentó escapársele de la boca. Respirar era un único y doloroso suplicio. Dio un paso hacia el pasillo y se detuvo, aturdida. Sentía que la oscuridad se cernía a su alrededor, negra, maligna y pulsante.

—No... —murmuró. No quería perder el conocimiento, no en ese momento, cuando debía encontrar a su hijo, sacarlo de la casa y ponerlo a salvo.

Con los pies rozó un obstáculo en su lento caminar hacia el pasillo. Casi ciega, Rosalie bajó la vista y, después de enfocar la mirada, el resuello de su respiración se profundizó con el miedo. Ladislao Trujillo estaba tendido en el suelo junto a varias botellas vacías de whisky: dormía. Rosalie se tragó un sollozo y retrocedió un paso. Ernesto Quintana y Teodosio Varela roncaban en el sofá. Ambos tenían la bragueta abierta. Rosalie apartó la mirada, asqueada, lastimada, aterrada. Caminó hacia el pasillo con lentitud, con los ojos fijos en la penumbra que giraba y se zarandeaba frente a ella. Bajo esos trémulos pasos, dejaba un rastro de sangre al avanzar hacia el pasillo.

Entonces algo crujió en el silencio. ¿La puerta? Rosalie se detuvo y clavó sus ojos en la oscuridad. Una sombra avanzó hacia ella. El fulgor amarillento de la luna relumbró a su espalda, dibujaba el contorno de su silueta, tiñendo de oro y plata parte del mobiliario, las paredes y el piso.

—Humberto... —musitó vacilante.

—¿Rosalie...? —Él abandonó las tinieblas y la aferró por los hombros—. ¡Dios mío, Rosalie!

—Ay, señor...

—¿Qué sucedió...?

Ella comenzó a llorar.

—¡Contéstame!

—Entraron a la casa... Me hicieron esto. Ellos... Dios mío, ellos...

—¿Rosalie...?

Ella de pronto se aferró al cuello del abrigo del recién llegado. Los dedos ensangrentados quedaron grabados en la blancura de su corbata. Los ojos enormes, vacíos, sin vida, reflejaron por un momento la luz de la luna.

—Franco —dijo—. Tenemos que ir por él y salir de aquí, antes de que despierten...

—¿Todavía están en la casa?

—Sí... en la sala, pero... ¿Adónde vas...?

Humberto la apartó. Sus facciones se habían endurecido, al igual que el castaño pálido de sus ojos. Hundió la mano bajo el abrigo y extrajo un arma.

—Quédate aquí —dijo.

—¡No, Humberto!

—¿Mamá?

Rosalie se volvió y vio a su hijo de pie en el umbral de la sala de lectura.

—No —susurró. El sonido de un disparo reverberó en el silencio. Rosalie ahogó un sollozo. Se inclinó y empujó a su hijo hacia el interior de la estancia y cerró la puerta con un débil chasquido—. Ocúltate. No estás a salvo aquí.

Un trueno retumbó en el interior de la casa. Rosalie apoyó la espalda contra la puerta. Se volvió y solo vio un relámpago de luz frente a sus ojos, un instante antes de caer en los brazos de la muerte.

Ladislao Trujillo bajó la pistola. Su sombra se alargó sobre la pared, confundándose con la oscuridad.

—Qué desperdicio —dijo. Observó a Rosalie con frialdad—. Me habría gustado pasar más tiempo con ella. Ovidio llegará pronto.

Ernesto sonrió.

—Es una lástima —comentó.

—Humberto está muerto —dijo Teodosio desde el umbral de la sala. Se acercó una botella de whisky a los labios. Su expresión no revelaba más que indiferencia. Bebió un trago—. ¿Qué hacemos ahora?

—Debemos encontrar al niño y matarlo —dijo Ernesto, nervioso. Los efectos de la borrachera estaban comenzando a desaparecer y, de pronto, ya no se veía tan seguro de sí mismo. De hecho, parecía muy asustado—. Después tenemos que irnos. Alguien podría vernos. ¿Has pensado en eso?

—Tonterías. Estamos lejos del pueblo, ¿quién podría acusarnos?

—Un peón, quizá. Es posible que una de esas mierdas haya escuchado los disparos desde las barracas y esté dirigiéndose hacia aquí en este momento.

—Cállense.— Ladislao se mesó el pelo con los dedos. Tenía el ceño fruncido, los labios ahuecados—. Tengo que pensar en esto.

—No hay nada en que pensar —dijo Ernesto que echaba rápidas miradas a través de la ventana—. Matemos al mocoso y larguémonos de aquí.

Teodosio dirigió los ojos calmos hacia el cuerpo de Humberto Andrada.

—¿Dónde está Gerardo? —preguntó.

—Se fue poco después de que lográramos darle caza a la putita francesa —contestó Ernesto con desprecio—. Es un cobarde.

Ladislao observó la sala y el pasillo. La oscuridad poco a poco iba convirtiéndose en una pesada penumbra gris y azulada bajo la caricia de las saetas llameantes de la luna. El silencio, que hasta entonces había cobijado a la casa, no tardaría en deshilacharse.

—Salgamos de aquí —dijo.

—¿Y el niño?

—No importa. Ovidio se ocupará de él.

Ernesto asintió y siguió a su amigo a través del pasillo. Teodosio lanzó un escupitajo al suelo, junto al rostro destruido de Rosalie y murmuró un impropio.

De repente, la voz de un hombre reverberó en la quietud del amanecer.

—¿Señor Andrada?

Ladislao intercambió una mirada con Ernesto que, a su vez, hizo un gesto hacia Teodosio que le ordenaba silencio. Sus sombras desaparecieron en la estancia cuando las tablas del pórtico chirriaron bajo los pesados pasos de un hombre. Una puerta crujió y luego se cerró con un chasquido.

—¿Señor Andrada? —Ramiro Acosta se detuvo un instante en el umbral, vacilante.

Tenía una expresión desconfiada—. ¿Señora Rosalie?

Tendió los dedos y empujó la puerta con suavidad. La tenue luz del alba iluminó un instante el pasillo y desapareció cuando el torso grande y cuadrado del señor Acosta franqueó la entrada. Dio unos pasos; luego se detuvo. Apretó los dientes, nervioso. Vio los muebles en el piso, las sillas caídas, pisadas con sangre sobre la alfombra y se estremeció. El miedo se convirtió en una bola de plomo en su estómago.

—¿Señora Rosalie! —llamó alarmado. Avanzó hacia la sala titubeante—. ¿Señor Andrada, sé que está aquí! ¿Necesita ayuda?

Entonces la vio. Rosalie estaba tendida en el suelo con el rostro destrozado.

—Dios mío. —Ramiro palideció y avanzó a trompicones hacia ella. Le tomó la mano entre las suyas, murmuró su nombre, aun cuando sabía que la mujer estaba muerta—. ¿Qué sucedió?

Escuchó un gemido, el siseo casi inaudible de unas uñas al rascar el suelo. Se puso de pie, vacilante, y se encaminó hacia la sala.

—¿Señor Andrada? —Le habría gustado detenerse allí, volverse, correr hacia su casa, hacia los brazos de su esposa, meterse en la cama y fingir que no había visto aquel infierno, pero no podía hacerlo, no cuando el señor Andrada podría necesitarlo. Cruzó los últimos metros que lo separaban de la sala con las piernas rígidas y la espalda tiesa como una vara.

Humberto Andrada estaba en el suelo. Su sangre había teñido de rojo los volantes de su camisa y parte de la alfombra. Tenía los ojos fijos en algún punto de la oscuridad mientras respiraba con dificultad.

Ramiro se dejó caer a su lado.

—Estará bien, señor —dijo, aunque la expresión que tenía desmentía la falsa seguridad de la voz—. Espere aquí. Iré por el médico.

—No... —Humberto volvió el rostro hacia él. Arrastró la mano sobre el piso y aferró con los dedos ensangrentados la chaqueta del hombre al que había contratado como capataz, tres años atrás, cuando decidió establecerse en las afueras de Empedrado—. Escúchame.

—Señor...

—Ladislao... Ladislao Trujillo estuvo aquí... Él... atacó a mi mujer.

—No hable. Descanse. —Ramiro le palmeó la mano, sin saber qué otra cosa hacer—. Estará bien, ya lo verá.

—Me disparó. Él... tiene que pagar por eso. También Ernesto Quintana y... Teodosio Varela. Prométame...

—Lo que quiera, señor.

—Prométame que hablará por mí, que me hará justicia...

—Sí, señor, pero déjeme ayudarlo. Usted...

—Mi hijo. Cuida de él. Está aquí, en algún lugar. Él... tiene que estar bien.

—Señor...

Humberto le presionó los dedos con la mano aferrada.

—Ladislao y sus amigos... deben pagar por esto.

Cuando el señor Andrada murió, Ramiro permaneció a su lado en silencio, incapaz de pensar con claridad. ¿Qué debía hacer? Comenzó a temblar. Se puso de pie y se restregó las manos contra los faldones de su camisa.

—Tengo que encontrar al niño —musitó, pero no atinó a moverse. La luz del amanecer no tardó en teñirle de oro el pelo entrecano e iluminarle los ojos oscuros, el rostro pálido y demacrado cuando el reloj de la estancia comenzó a resonar en la pesada quietud de la mañana.

Ramiro retrocedió. Escuchó pasos a su espalda, gritos, su nombre en la penumbra, pero tampoco entonces logró moverse. Creyó haber echado raíces allí, en la sala. Solo cuando un hombre lo aferró de un brazo y tiró de él, pareció emerger de la pesada ensoñación en la que había caído. Intentó hablar, pero entonces otro hombre, un caballero de ojos duros y expresión tensa lo miró y dijo:

—Señor Vera, arreste a este hombre por el asesinato de mi hermano.

* * *

Franco separó el cigarro de su boca. Una voluta de humo se deshizo en el aire poco a poco, frente a su rostro, en tanto una sonrisa depredadora le curvaba las comisuras de los labios.

CAPÍTULO 8

Empedrado, Provincia de Corrientes.

Romilda despertó bruscamente. Abrió los ojos y fijó la mirada en el techo. La llama de la vela palpitó y la ondulante oscuridad que amenazaba con envolverla se deslizó entre las viejas vigas de madera. La sábana cayó al suelo con un leve siseo. Los postigos de la ventana temblaron. Los cortinones se movieron con un susurro seseante. No cabía en mi alegría. Papá había decidido a mi favor con ese carácter inapelable que tenían sus decisiones como jefe de la familia. Una posición que rara vez usaba; lo usual en él era buscar acordar con mi madre. Pero, para mí fortuna, la que hacía a mi deseo de seguir estudios superiores, me había apoyado.

La anciana intentó incorporarse, pero no pudo hacerlo. De pronto se encontró paralizada en la cama, con las manos agarrotadas a los lados del cuerpo, el corazón desbocado, el aire glacial en los pulmones.

Algo le estaba prensando la garganta, estrujándole el pecho. No podía respirar. Separó los labios, emitió un doloroso gemido, un sonido de absoluta desesperación. Trató de moverse, de escapar de aquello que le estaba comprimiendo el cuello, pero era más fuerte que ella.

Con el corazón retumbante y la piel pegajosa a causa del sudor, Romilda crispó las uñas en el colchón. Inhaló aire por la nariz, clavó los ojos en la penumbra amarillenta.

—No... puedo respirar... —susurró. La presión en el cuello aumentó.

Romilda intentó moverse, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles.

—Suéltame... —musitó finalmente.

Entonces, de pronto, el peso de la oscuridad se apartó de su pecho, y Romilda se incorporó violentamente entre resuellos. Se bajó de la cama a trompicones y se alejó de ella, de espaldas a la puerta, con la mirada fija entre las sábanas revueltas.

Tenía el pelo entrecano pegado a la espalda y a las sienes, la piel pálida y húmeda, y grandes sombras violáceas alrededor de los ojos. La anciana tomó bruscamente la bata del respaldo de una silla y se cubrió los hombros enjutos con ella, helada. Sabía que no había nadie más en la habitación, pero el saber no la convencía. Retrocedió un paso.

Vio la vela titilar, las sombras danzar lentamente hacia las esquinas del recinto, el viento colarse entre las cortinas y los pliegues de la sábana moverse con suavidad, pero no había otra persona además de ella allí.

¿Acaso había despertado de una horrenda pesadilla? Era posible, pero no lo creía. Estaba segura de haber estado despierta cuando algo en las sombras había intentado asfixiarla.

Un fuerte ruido quebró el ominoso silencio de la noche; ella dio un respingo asustada. Se volvió hacia la puerta y clavó los ojos en el picaporte, de nuevo con el corazón que le golpeaba la garganta.

Se escuchó un crujido más allá del pasillo, quizás en el fondo de la casa. Romilda apretó los labios asustada. Solo la quietud en la penumbra fue testigo de su respiración superficial, de su nerviosismo, del terror que se le reflejó en la mirada.

No quería saber qué había detrás de esa puerta, en el corredor, pero tampoco podía regresar a la cama y fingir que no había escuchado nada.

Romilda estiró la mano y apoyó los dedos en el cerrojo. Luego giró el pomo de la puerta y salió al pasillo. Una ráfaga de viento se coló en la alcoba; la vela que se encontraba sobre la mesita de noche, junto a la cama, se apagó. La anciana emitió un quejido y cruzó el corredor casi a la carrera, alejándose del dormitorio. Sintió bajo los pies descalzos la sucia aspereza de los ladrillos y no le importó. Entró a la cocina y se

detuvo, aliviada, bajo el débil resplandor del candil. Más segura ya, lejos de las sombras, lo tomó entre unos dedos temblorosos, lo elevó en el aire e iluminó el camino hacia el trastero de la casa.

Una vez más, no halló a nadie allí.

Otro ruido la sobresaltó. Romilda solo dudó un momento, luego apresuró los pasos. Llegó hasta el final del corredor y se detuvo junto a la última habitación de la izquierda. Empujó la puerta con el hombro: un rectángulo de luz amarillenta iluminó el interior del desván.

Romilda frunció el ceño. Dejó el candil a un lado del umbral, sobre una vieja mesa de madera.

—Tenías que ser tú —farfulló. Presa de una creciente furia, se internó en las sombras, relegando el miedo al olvido—. Debí imaginarlo.

Se inclinó sobre la joven que lloraba en el piso, le hundió la mano en el pelo y tiró de ella hacia arriba.

Cordelia soltó un chillido de dolor que fue apenas audible a causa de la mordaza que le cubría la boca. Ella abrió muy grandes los ojos, aterrorizada.

Romilda utilizó toda la fuerza de sus esqueléticos brazos para devolverla al sucio colchón en el que dormía.

—¿Qué pretendías hacer, puta? —preguntó la anciana colérica.

Cordelia comenzó a llorar.

—¿Escapar, acaso? —Romilda le propinó una cachetada. La muchacha cayó de lado sobre el colchón.

—¿Hasta dónde creías poder llegar con las manos atadas y las piernas amarradas?

La joven no intentó incorporarse. Sabía que solo recibiría más golpes si lo intentaba.

Romilda se apartó y retrocedió unos pasos. Enseñó los dientes amarillentos en una sonrisa macabra.

—Pequeña puta —musitó. Estiró los dedos hacia la pared y descolgó una vieja fusta de cuero—. Te dije que no intentarás nada estúpido o lo lamentarías.

Cordelia, aterrorizada, intentó hacerse un ovillo contra la pared. Emitió una serie de gritos ahogados a través de la mordaza cuando la anciana se inclinó y tiró de ella hacia la luz. La joven finalmente la miró. El resplandor amarillento del candil iluminó unos ojos hinchados y una piel amoratada.

Romilda sonrió satisfecha al ver el rostro de la joven irreconocible a causa de los golpes recibidos.

—Tienes que aprender a comportarte —dijo—. Veremos si luego de esta noche todavía te quedan ganas de escapar.

CAPÍTULO 9

Ciudad de Corrientes.

Un gato saltó sobre el alfeizar de la ventana y, después de sopesar sus opciones, saltó al interior del salón de clases, cruzó la estancia con rapidez y se detuvo junto a la puerta un instante, antes de desaparecer en el pasillo.

Virginia se inclinó y admiró el dibujo que un niño había hecho sobre una hoja de papel. Otras diez criaturas se apresuraron a continuar con sus bosquejos, ansiosos por obtener también la atención de la maestra de arte. Rigoberto Expósito se mostró orgulloso cuando la señorita Bloise alabó sus finos trazos. Una niña muy bonita de pequeños ojos marrones se apresuró a exhibir su propia obra, ansiosa por recibir un elogio también. Virginia le acarició el pelo y alabó sus rayas irregulares. La pequeña sonrió feliz y volvió a concentrarse en el trabajo.

Después de unos minutos, Virginia regresó junto al escritorio y examinó sus carboncillos. Mientras media docena de niños intentaban dibujar a *Pulgas*, el pequeño perro que había sido adoptado por el asilo de huérfanos, ella abrió su cuaderno de bosquejos, pensativa.

Recordó la expresión del señor Dante Rivera cuando la besó. No era la primera vez que la evocaba. De hecho, le había resultado imposible relegarlo al fondo de su mente en los últimos días. El rubor le tiñó de rosa la mejilla. Casi pudo sentir sobre la piel el calor de esos dedos, la fuerza contenida de ese agarre cuando la obligó a besarlo. Los labios de él sobre los suyos habían suscitado en ella emociones que nunca antes había experimentado. Jamás un caballero la había besado de aquella manera, y estaba segura de que ningún otro lo haría. Ella no lo permitiría. No podía ni imaginarse permitiéndole esas libertades a otro hombre. El señor Dante Rivera era un canalla. Sabía que no debía considerar siquiera el volver a dirigirle la palabra,

mucho menos arriesgarse a un encuentro con él, pero, pensó desanimada, lamentaría no hacerlo. Hojeó su cuaderno. El rostro del señor Rivera estaba allí, plasmado en claroscuro, tal como era, la imagen misma de la arrogancia y el peligro. Virginia apoyó un dedo sobre sus labios perfectos. Se preguntó qué había significado aquel beso para él. Nada, supuso. Y se molestó consigo misma por desanimarse por ello.

—¡Señorita Bloise! —Rigoberto hizo un gesto hacia ella tan vehemente que la arrancó de sus pensamientos—. Hay un caballero en la puerta.

Ella se volvió con un respingo y se encontró con el diablo. Él se veía imponente con los guantes, el sombrero y el abrigo negro. Llevaba el pelo recogido sobre la nuca y la frente despejada. La cicatriz que le cruzaba la cara era perfectamente visible; quizás una persona falta de imaginación la considerara repugnante, pero Virginia pensó que solo aportaba más belleza a las duras líneas de ese rostro. Pensó, de buen humor, que debió de haberlo convocado al recordarlo.

El señor Rivera la saludó con la debida deferencia. Era obvio que había estado observándola.

—Buenos días, Virginia —la saludó con una voz de terciopelo y acero que, una vez más, llevó hacia ella el recuerdo del beso que habían compartido.

—Buenos días, señor.

Pensó con anhelo en los carbonillos. ¿Se atrevería a pedirle que posara para ella...?

Él curvó las comisuras de los labios a un lado. Su sonrisa, como siempre, no revelaba más que sardónica diversión.

—¿Sucede algo?

—No, en absoluto. —Virginia se fingió indiferente. Como si no hubieran compartido un beso que había revivido una y otra vez. Como si no lo considerara el hombre más atractivo de todos los que había conocido. Entonces recordó el cuaderno y lo cerró de un manotazo—. ¿Qué está haciendo aquí?

Él se apartó del umbral y avanzó hacia ella con la seguridad de un depredador al acecho, con los ojos fijos en los de ella, amenazante y atento a cada uno de sus movimientos.

—Supe que estaría usted aquí y decidí pasar a saludarla —declaró y la miró de arriba hacia abajo con salvaje insolencia.

—¿Cómo lo supo?

—¿Que usted enseña aquí? Virginia, no debería menospreciar la importancia de los chismes y rumores en esta ciudad. Son una fuente imprescindible de información, como usted bien sabe.

Ella dirigió una rápida mirada hacia los niños. Todos ellos estaban enfrascados en sus respectivos dibujos. Volvió la atención hacia él. El corazón le golpeó con fuerza contra el pecho al notar en esa mirada una calidez que, lejos de asustarla, la intrigaba. Dante la estaba observando como lo haría un hombre a una mujer, pero no como un caballero, sino como un salvaje: por cómo la miraba, ella bien podría estar en una subasta de esclavas. En respuesta, solo atinó a rodear el escritorio y así poner un poco de distancia entre ambos.

—Es usted muy amable, señor Rivera —dijo ella nerviosa—. Sin embargo estoy ocupada. Si gusta, lo acompañaré hasta la puerta.

—Y lo hará, pero no aún. —Él se desabotonó el abrigo, arrastró una silla junto al escritorio y se sentó. Apoyó la espalda contra el respaldo y cruzó las piernas en una posición puramente masculina. Era indiscutible que se quedaría todo el tiempo que quisiera y solo se iría cuando así lo decidiera. Hizo un gesto hacia ella—. Siéntese.

Virginia lo miró pasmada. En menos de cinco minutos él había ignorado deliberadamente las normas más elementales en el trato entre un caballero y una dama. Y lo había hecho con el desenfado de un canalla. Pretendió convencerse de que el caballero que la había ayudado a quedarse con *Midas* y el que tan amablemente la había ayudado a entrevistar a una prostituta en el burdel del señor Escalante no existía más que en su imaginación. Se dijo a sí misma que frente a ella estaba el mismo truhán a quien había enviado dinero en pago a las deudas de juego de su tía, que la había besado a la fuerza, el mismo al que todos consideraban un canalla despiadado y sin

corazón, pero le fue imposible repetírselo hasta el punto de desconfiar de él. Se animó pensando que las circunstancias de su nacimiento e infancia, fueran estas las que hubieren sido, habían hecho de él lo que aparentaba ser, pero que, de ninguna manera, debería considerarlo como una mala persona después de lo que había hecho por ella.

Virginia dirigió una mirada hacia los niños una vez más. Todos estaban alrededor de la estufa, a buena distancia del escritorio, y no parecían interesados en ellos. Ella se sentó, incapaz de hacer algo más.

—¿Qué lo trae hasta aquí, señor? —preguntó.

—La curiosidad, en parte —respondió él; sonrió cordial—. ¿Me permitiría hacerle un cumplido?

—No es necesario, gracias.

—Pero lo haré de todas maneras: se ve usted muy hermosa.

Virginia intentó ignorar la oscura sedosidad de esa voz y las sensaciones que despertaba en ella.

—¿Curiosidad? —insistió.

—Curiosidad. Después del beso que compartimos, no pude resistir la tentación de venir a verla y hacerle una pregunta: ¿le gustó?

Ella enrojeció.

—¿Cómo se atreve? —siseó avergonzada—. ¡Sacar ese tema justamente aquí! Esto no es propio de un caballero, señor.

—Podríamos encontrar un lugar más íntimo para hablar de eso si gusta.

—¡De ninguna manera!

Él se inclinó hacia ella; sus ojos la observaron intensos, hipnóticos.

—Le aseguro que no se arrepentirá —dijo y la cálida suavidad en su voz era una sensual promesa.

Virginia se puso de pie.

—Creo que debería irse.

—Siéntese.

Ella echó una rápida mirada hacia los niños.

—Váyase, por favor —susurró.

Él le aferró los dedos con los suyos. Le depositó un beso suave en el dorso de la mano. No apartó los ojos de los de ella.

—Siéntese —repitió en voz baja casi amablemente. Pero era una orden.

Virginia se sentó.

—Usted no puede estar aquí —dijo inquieta. Tiró de la mano hasta que la recuperó.

—De hecho, sí. Después de donar una considerable suma de mi dinero al asilo, dudo de que alguien piense siquiera en la posibilidad de negarme el acceso.

Eso la distrajo. Pestañeó sorprendida.

—Eso es muy amable de su parte —dijo.

—¿Qué cosa?

—Donar una parte de su dinero al asilo.

—Hay algo que usted debería saber sobre mí, Virginia: nunca hago nada por amabilidad si puedo evitarlo. Todas mis acciones responden a mis propios intereses.

—Comprendo. ¿Y ese sería?

—Usted.

Ella le frunció el ceño.

—Por favor, no se burle de mí —musitó irritada.

—¿No me cree?

—No.

Franco se inclinó hacia adelante y, cuando habló, lo hizo en voz muy baja, solo para sus oídos:

—Solo quiero su atención en mí, Virginia. Haré cualquier cosa por conseguirla.

—Eso suena a una amenaza.

—Una advertencia, en realidad.

Ella desechó esas palabras con un gesto de la mano. Pensó que él estaba intentando asustarla, aunque no pudo imaginar por qué. Lo miró; él enarcó una ceja. Virginia suspiró. Qué canalla era, aunque la pusiera nerviosa e intentara asustarla con sus palabras, no podía menos que caer bajo el embrujo de ese brutal atractivo. De hecho, admitió para sí, nunca se había sentido tan cómoda en presencia de un

caballero. Con él no tenía que ocultar sus intereses o suavizar sus maneras. Él comprendería. Lo que ella pensara, lo que ella hiciera, pensó, él siempre comprendería.

Virginia presionó el cuaderno de bosquejos contra su pecho.

—Señor Rivera —vaciló—. ¿Podría pedirle algo?

—Lo que desee.

—¿Me permitiría ponerlo en un bosquejo?

Él torció los labios. La sonrisa estaba allí, agazapada en las comisuras, pero algo en su expresión cambió: una sombra de amargura y dureza le había oscurecido la mirada.

—¿Por qué? —preguntó.

Virginia inclinó la cabeza. Los nudillos se le pusieron blancos contra el cuaderno.

—Tiene usted el rostro perfecto —respondió con sinceridad. Lo miró sin pizca de artificio en el semblante—. Quise pedírselo en nuestro primer encuentro, pero entonces no tenía mi cuaderno ni mis carboncillos, y tampoco habría sido apropiado. Y no me habría atrevido si usted no fuera tan poco, eh, convencional.

Ella era sincera. Franco suavizó la mirada.

—Entiendo.

—¿Me lo permitiría?

—Dese el gusto.

—No quisiera quitarle mucho tiempo...

—Mi tiempo, Virginia, está a su disposición. Ahora y siempre.

Ella desvió los ojos, de pronto plenamente consciente de él y de las emociones que su sola presencia sembraba en ella. El calor en las mejillas de la joven se intensificó. Un delicado temblor le atravesó los dedos cuando tomó los carboncillos. Pensó que debía de estar del color de las remolachas.

—Gracias —musitó.

Virginia comenzó a plasmarlo en papel con trazos rápidos y firmes. La emoción, la entrega de pintarlo estaba allí, en la mirada, en los labios, en el sutil placer que revelaba su expresión. Era evidente

que amaba dibujar. Eran las puertas a un mundo donde los problemas se diluían y desaparecían.

Franco la observaba, abstraído. Pensó que esa mujer lo fascinaba como ninguna otra lo había hecho alguna vez. Repasó una vez más la indumentaria que llevaba: un vestido azul celeste desteñido por el tiempo, unos prácticos botines de tacos bajos y un chal de lana. No había adornos en su ropa, solo un par de volantes en la falda y un diminuto reloj prendido a su corpiño. Concluyó, divertido, que esa mujer no necesitaba vestir de seda y muselina para cautivarlo. Le miró el rostro. Ella no necesitaba hacer nada para atraer su atención: solo estar allí. Había algo en esa dama intrigante que le llegaba al alma, aunque no podía determinar qué. Que fuera hija de Gerardo Bloise le era indiferente, incluso irrelevante. Presionó los dedos contra el bastón cuando el deseo de aferrarla por los brazos y estrecharla contra el cuerpo lo embistió con salvaje violencia. Deseaba devorarle la boca con la lengua, dejar un rastro de fuego en esa piel de seda, hundirse en ella, hacerla suya, marcarla con su nombre y sus besos.

La deseaba.

Era, como sospechaba, una jodida complicación en sus malditos planes.

Virginia esbozó una sonrisa, ajena al cariz que habían tomado los pensamientos de Dante.

—No tiene que permanecer en silencio, señor —dijo risueña—. Puedo dibujar mientras conversamos.

—Prefiero observarla.

Ella elevó los ojos hacia él un instante.

—¿Por qué?

—Como le dije, es usted muy hermosa.

—Solo a sus ojos.

—Y soy el único cuya opinión debería importarle.

Ella presionó el carboncillo contra el papel.

—Me sorprende que no insista en que lo llame por su nombre —murmuró. Ignoraba deliberadamente las palabras que él había dicho.

—Por ahora puede estar tranquila. No la exhortaré a ello — respondió en voz baja. No quería que ella pronunciara un nombre que no era el suyo. Algún día, quizás, si sus planes salían tal y como pretendía, podría pedirle que lo llamara “Franco”.

—Veo que puede usted mostrarse como un hombre civilizado cuando quiere.

—Cuando quiero. Exactamente.

Ella dio forma con líneas rápidas y perfectas a la feroz amargura de la línea de su boca. Hizo luces y sombras en la piel bronceada, trazó la sombra descuidada de una barba incipiente sobre la mandíbula autoritaria. Admiró los pómulos altos, arrogantes, la nariz aguileña. Pensó, distraída, que la fría sensualidad de esos ojos verdes hacían de él un diablo atractivo, pero también peligroso; quien por su belleza pensara encontrar en él a un hombre comprensivo y de maneras seductoras, cometería un grave error: era un canalla y, como tal, podía mostrarse implacablemente cruel si así lo deseaba.

Ella le dirigió una mirada a hurtadillas, aunque los rasgos de esa cara se habían endurecido con el tiempo, no habían hecho mella en la fría hermosura del semblante. Incluso la dentada cicatriz que le cruzaba la cara no hacía más que subrayar esa atractiva apariencia.

Él, a su vez, le examinó el rostro, como si también la dibujara.

—Sé que no me cree, pero es usted muy hermosa —dijo en voz muy baja, casi ensimismado, como si estuviera hablando solo—. Tiene un rostro muy bonito, de líneas suaves. Y un cuerpo que cualquier hombre con sangre en las venas desearía poseer. ¿Puedo preguntarle por qué no se ha casado?

Virginia no lo miró.

—Es usted muy grosero —siseó. El calor le encendió las mejillas—. ¿No cree que sus palabras son muy inapropiadas, señor?

—De hecho, debería tomarlo como un cumplido.

—¿Le parece?

—¿Por qué no se ha casado, Virginia?

—No he encontrado un hombre al que considere digno de mi confianza, eso es todo.

—¿Sería un caballero de importante apellido y aun más rancia fortuna?

Los dedos de Virginia se detuvieron un momento.

—Sería un hombre que me ame —dijo en voz baja. No lo miró. Continuó dibujando.

—No parece ser una condición muy difícil de cumplir.

—Se sorprendería usted.

—¿Que la amen implica que este hombre acepte y comparta sus ideas libertarias, tal vez?

—No es necesario, siempre que respete lo que pienso y actúe en consecuencia.

—¿Entonces?

Ella se mostró indiferente. Como si no estuviera compartiendo con él sus sentimientos, sus deseos más profundos, sus más secretos anhelos.

—Que sea sincero conmigo. Que no me mienta diciéndome que me amaré para siempre, cuando bien sé yo que la pasión se enfría, que los sentimientos cambian, que cuando el amor se diluye te quedas sola, porque la persona que decía amarte decide abandonarte.

Franco entornó los ojos. Como su padre, pensó.

—Que un hombre me ame, señor, implica que, cuando el amor se marchite y la pasión se haya convertido en cenizas, continúe a mi lado como un buen amigo y compañero de vida —concluyó ella, sin mirarlo y luego añadió—: Y yo no lo cuestionaría si decide buscar lo que necesite fuera de casa.

Franco enarcó las cejas.

—Déjeme ver si entendí: usted tendría a este hombre a su lado como un buen amigo dispuesto a apoyarla en todo por el resto de su vida, y usted, a cambio, le daría la libertad para buscar pasión y amor en otra cama. Qué altruista de su parte.

—¿Se está burlando de mí?

—Permítame decirle algo, Virginia —dijo él con la suavidad de un depredador—. Usted claramente está confundiendo amor con calentura.

—¡Señor Rivera!

—Cuando la calentura se enfría, a una mujer no le importa que un amante se busque a otra. Lo mismo sucede con un hombre. ¿Qué puede importarle que su mujer ya no lo quiera en la cama? El amor es distinto.

—No me diga.

—Si yo la amara, Virginia, jamás miraría a otra mujer. Pero querría lo mismo de usted: que solo me mirara a mí. Si yo la amara, querría que fuera feliz, y haría cualquier cosa, incluso matar, por conseguirle aquello que necesita. Jamás me separaría de usted, y solo la muerte me impediría regresar a sus brazos. No la traicionaría. No necesitaría a nadie más. Sería usted lo más importante de mi vida. Y a cambio, yo querría ser lo más importante en la suya. Yo no desearía a nadie más; y usted, solo me desearía a mí.

Virginia quedó boquiabierta.

—Eso no es amor —balbuceó.

Franco se reclinó contra la silla. La miró a los ojos. Los suyos eran cristales de esmeraldas, fríos y duros.

—Al contrario de lo que se cree, el amor es celoso, posesivo y egoísta.

Ella hizo un último trazo y cerró el cuaderno. Los ojos grises se destacaban sobre el ardiente rubor de las mejillas. Se puso de pie. Tenía algo esquivo en la expresión.

—Ahora deberá disculparme. Los niños me necesitan.

Franco enarcó una ceja.

—¿Terminó de dibujar?

—No me falta mucho. —Sonrió con amabilidad, pero había algo huidizo en su mirada—. Se lo dejaré ver cuando lo tenga concluido.

—¿Necesito disculparme con usted? Si la ofendí...

—En absoluto. Sucede que en este momento estoy ocupada. Los niños precisan de mi atención. Espero que comprenda.

—Comprendo, sí.

Más de lo que ella podría llegar a suponer.

Ella hizo un gesto con la mano.

—¿Lo acompaño hasta la puerta?

Él se levantó y se despidió de los huérfanos. Ella le rehuyó la mirada. Presurosa, lo precedió hasta el umbral, con el cuaderno de bosquejos apretado contra el pecho. El angosto pasillo que conducía a las puertas de calle estaba vacío y en penumbras. Le ofreció una sonrisa.

—Señor, le deseo una excelente jornada —comenzó y le tendió la mano con la intención de despedirse de él.

Franco, a su vez, le hundió una mano sobre un hombro, la apartó del umbral y tiró de ella hacia la precaria intimidad del pasillo. La aplastó entre su cuerpo y la pared e inclinó la cabeza. Le poseyó la boca con un beso exigente. Movié los labios seduciéndola, subyugándola. Deslizó las manos hacia la garganta de la joven. Le enredó los dedos en el pelo. Le dibujó la línea de la mandíbula con los pulgares. Entró en su boca, la saboreó con la lengua. Virginia cerró los dedos contra la solapa del abrigo de Franco y se apretó contra él. Reconoció para sí que jamás podría resistirse a él, no cuando su cercanía bastaba para fundir el mundo en una nebulosa donde él era lo único que importaba, lo único a lo que podría aferrarse. Sintió el calor que le daba, la fragancia embriagante de ese cuerpo, una mezcla de cuero, madera y tabaco: entonces gimió contra sus labios.

Él le tiró del pelo hacia atrás, la obligó a mirarlo a los ojos. Sonrió como el canalla que era.

—Creo que ya tengo una respuesta a mi pregunta —dijo con aspereza.

Virginia lo miró, confundida. Tenía los labios hinchados, las mejillas arreboladas, el deseo en la mirada.

—¿Qué pregunta?

Él curvó las comisuras de los labios a un lado. Le rozó la mejilla con los dedos en un gesto de despedida, giró sobre los talones y se marchó.

“Después del beso que compartimos, no pude resistir la tentación de venir a verla y hacerle una pregunta: ¿le gustó?”

Virginia comprendió, de pronto y con espanto, que no se había resistido a él, que se había entregado a la sensualidad y la calidez de su abrazo con la naturalidad de una mujer subyugada. Otra vez. La vergüenza le acaloró las mejillas.

Es un canalla, pensó. No debería olvidarlo.

CAPÍTULO 10

Llovía. Solo la oscuridad y el silencio se arremolinaban en los pasillos de El Paraíso, en compañía del viento y el frío. La lluvia golpeaba con fuerza contra los ventanales. Sus duros embates semejabán las notas discordantes de un piano en desuso, en tanto la esporádica luminosidad de los relámpagos sesgaba la azulada penumbra del ocaso.

Eduardo encontró a Franco en el salón de juegos de naipes sin más compañía que una botella de whisky. La estancia se encontraba en sombras. El sutil resplandor de las velas teñía de bronce y oro el recinto, relegando la oscuridad a los rincones. Eduardo inclinó la cabeza, apoyó el hombro contra la jamba de la puerta, observó a su amigo con los ojos entornados.

Franco curvó los labios a un lado. Sabía que el otro estaba allí, pero no hablaría primero. Se limitaría a esperar. Tenía la corbata desanudada, la camisa desabotonada, la expresión recia. Mientras arrojaba los naipes uno a uno sobre la mesa, ese rostro duro y desalmado no reveló más sentimiento que indiferencia.

Eduardo tenía las manos convertidas en puños. Aflojó los dedos.

—Estuviste con ella —dijo.

Franco arrojó otro naipe al montón. No fingió que no sabía a quién se refería.

—¿Te importa? —preguntó en voz baja.

Eduardo sabía que el tono implicaba una advertencia. Lo conocía muy bien. La amenaza estaba allí, en el aterciopelado filo de esa voz, en la curva despótica de esos labios.

—¿No quieres saber cómo lo supe?

—Vigilándome. Sé que lo haces. Órdenes de Joaquín, supongo.

—¿Qué pretendes?

—Cuestionar mis decisiones no es uno de tus deberes.

—Si continuas frecuentando a la señorita Bloise como lo estás haciendo, arruinarás su reputación.

—¿Y eso debería importarme?

Eduardo apretó los labios.

—Es una dama.

—Es una mujer.

—Ella no formaba parte de tus planes. Sé que no. Creí que jamás llegarías a considerar siquiera la posibilidad de dañar a una persona que en nada se relaciona con aquellos que destruyeron a tu familia, que te arrebataron todo cuando era tuyo. ¿Qué pretendes ahora?

Franco arrojó una carta sobre la mesa.

—Virginia será mía —dijo con una voz que reveló algo infinitamente peligroso.

—¿Sabes lo que eso significa?

Franco le dirigió una gélida mirada.

—Significa que no permitiré que otro hombre la posea —dijo.

Eduardo lo observó en silencio un momento.

—Se dice que no tienes más dios que el dinero, que no tienes sentimientos, que poco te importa mentir, estafar e incluso matar por conseguir aquello que deseas. Sé que odias a Gerardo Bloise; que solo piensas en la venganza y en la manera de destruir a todos los que te despojaron de tu herencia. ¿Qué quieres de Virginia?

—Su cuerpo. Su inocencia. Su alma.

—No lo permitiré.

Franco arrojó un último naipe. Se puso de pie. La luz de las velas se deslizó por sus ojos imperturbables, las crudas aristas de su semblante, la línea de la cicatriz que le desfiguraba el rostro. El oro y el bronce se le aferraron al pelo y a la piel. La expresión al fijar los ojos en el otro no se alteró, pero en su mirada no había más que desafío.

—¿No lo permitirás? —preguntó en voz baja. Fue solo un susurro en la oscuridad, pero en el brutal silencio que se había apoderado de la estancia resultó casi una amenaza.

—¿Qué motivos tengo para ayudarte cuando deseas destruir a una mujer inocente?

—¿Has decidido traicionar mi confianza?

—Jamás te traicionaría.

—Lo harías si lo consideraras necesario. —Franco sonrió, y la sonrisa no fue más que una exhortación—. No quiero obstáculos en mi camino. No te conviertas en uno.

—O me destruirías, ¿cierto?

Franco no respondió. Pero la amenaza estaba allí, latente en la mirada impiadosa. La expresión era ilegible, los ojos aristas de fuego en la penumbra.

—No necesitas preocuparte por esa mujer —dijo en voz baja—. Sabes que cuido jodidamente bien de lo que es mío.

Eduardo se volvió y lo observó cruzar el pasillo. Apretó los puños a los lados del cuerpo.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó—. Tú eres un canalla y un demonio. Ella es un ángel.

Franco se detuvo. Entre las sombras, solo en los ojos parecía reflejarse la débil luminosidad de las velas.

—Arrancarle las alas —dijo con suavidad—. Para que no pueda volar lejos de mí.

CAPÍTULO 11

Alguien había olvidado cerrar las ventanas que daban al jardín. El frío de la noche se había instalado entre el pesado y elegante mobiliario de la residencia Andrada. La brisa escarchada proveniente del río se deslizó subrepticamente entre los pliegues de las cortinas color melocotón y se desperdigó sobre las gélidas baldosas a rayas blancas y negras bajo el tenue resplandor de la luna de medianoche.

Benicio apoyó la espalda contra el respaldo del sillón y contempló el fuego crepitar en el interior de la chimenea. Tenía la corbata floja alrededor del cuello, el pelo despeinado y una expresión tensa en el rostro de ordinario inexpresivo.

Cruzó las piernas y bebió un trago de coñac. La casa estaba en silencio, y ese silencio se le antojaba opresivo. Apretó los labios. La ira se sentía como una bola de plomo pesada y correosa dentro del estómago. Le roía las entrañas, se le extendía por las venas, abrasadora e incontenible, lo carcomía por dentro.

Desde el último encuentro con la señorita Virginia Bloise, no había podido concentrarse en sus obligaciones, mucho menos encontrar una solución para los muchos y variados problemas económicos de su familia.

Había intentado calmarse con una breve visita a la sala de recibo de su hermana. Pensó que ella junto a las innumerables anécdotas sobre los aciertos y desaciertos de sus amistades lo distraerían del enojo, pero la natural algarabía y desenfado de Sofía no había logrado atemperar la ardiente cólera que le atenazaba la garganta; no esa vez. Después, había considerado la posibilidad de enfrascarse en el examen de las largas columnas de números que llenaban los libros mayores para distraerse con ellos, pero advertir que la deuda paterna con Dante Rivera, ese maldito canalla, y otros cuatro acreedores, había

aumentado considerablemente en los últimos dos meses no había hecho más que profundizarle el disgusto. Finalmente, había terminado abandonando los libros para luego dedicarse a beber.

Estaban prácticamente en la ruina. Si no encontraba la manera de saldar las deudas de su padre y obtener una considerable suma de dinero para costear los gastos de la casa, terminarían en la calle. La única esperanza para mejorar las finanzas de la familia residía en la fuerte inversión que había hecho en el proyecto de Ciudad de Invierno. Y, aunque obtuviera buenos dividendos, pensó, desanimado, la mitad de los beneficios tendría que arrojarlos a los pies de ese delincuente, Rivera, a fin de liquidar las deudas de juego de su padre. El remanente habría de repartirlo entre el resto de los acreedores.

Benicio se peinó el pelo hacia atrás con los dedos en un antiguo gesto de cansancio. La penumbra azulada, plácida y fría, le oscureció la mirada. La diáfana luz de la luna le tiñó de plata parte del rostro.

Tenía asuntos muy importantes que resolver, y no podía concentrarse en ellos a causa de esa mujer, y de su extraña obsesión por ella.

Deseaba poseer a Virginia Bloise como nunca antes había anhelado a otra mujer. Era una sabelotodo terca y voluntariosa, incluso pedante y desagradable en el afán de señalar los desaciertos de la sociedad, pero, desde que se la habían presentado en casa de los Meabe, no había conseguido relegarla al olvido, y jamás sabría explicar por qué.

¿Representaba acaso un desafío para él? En sus conquistas siempre había focalizado la atención en las jóvenes más bellas de la ciudad, en putas, ocasionalmente también en viudas o mujeres casadas de escasos recursos económicos, todas ellas hermosas avecillas que jamás se atreverían a aburrirlo con discursos sobre la reivindicación de los derechos femeninos. Nunca antes se había interesado en atraer a su cama a una mujer soltera que frecuentara sus mismos círculos sociales, mucho menos a una cuyo nombre fuera la comidilla de la ciudad debido a sus ideas libertarias.

Virginia no era hermosa. Pero había algo en ella que lo atraía. ¿Sería esa inocencia? Ansiaba subyugarla, callarle las ridículas opiniones con besos, calmarle las ansias de libertad con caricias, arrastrarla a la cama y mantenerla allí, desnuda y a sus órdenes, hasta saciar su sed de ella.

Saber que sus recursos financieros eran escasos, al principio, lo habían llevado a creer que atraerla a la cama sería sencillo: bastaría con ofrecerle una buena suma en metálico a cambio de sus servicios. Pero pronto el rígido sistema de valores y el estricto sentido del honor que le había inculcado Agostina lo disuadieron.

Esa mujer nunca se dejaría seducir por una cartera abultada, sin importar cuán miserable fuera su situación financiera.

Luego, al tratarla con mayor asiduidad, llegó a la conclusión de que el camino más rápido a su corazón, y a su alcoba, era mostrar cierto interés por esas ideas libertarias, en particular, por aquellas que se relacionaran con la libertad sexual, tan ansiada por las alocadas anarquistas. Creyó entonces que, tal como era, una impetuosa sabelotodo, ella no tendría reparos en probar los placeres de la carne con él, e incluso se sentiría agradecida por esas atenciones; después de todo, él era un hombre atractivo, de buena familia e importante apellido. Sin embargo, sorprendentemente, Virginia se había mostrado reacia a sus avances e, incluso, en más de una ocasión, le había dejado muy claro, con cortesía y media docena de eufemismos, por supuesto, que no deseaba relacionarse íntimamente con un hombre sin estar enamorada.

Benicio se convenció entonces de que, si deseaba poseer a esa mujer, tendría que enamorarla y ofrecerle una promesa de matrimonio, aunque no estaba dispuesto a llegar con ella hasta el altar.

Existía la suposición de que un caballero jamás se atrevería a vapulear su propio honor al romper una promesa de matrimonio, pero esa ridícula presunción lo tenía sin cuidado. La *high class* comprendería, sin duda alguna, la decisión de romper el compromiso

con una mujer que insistía en poner en vergüenza a su familia con unas chuscas ideas libertarias, y lo liberaría de toda responsabilidad en el asunto sin más sanción que una ligera reprimenda.

En cuanto su padre y su hermana, cuando prestaron finalmente oídos a los rumores que recorrían la ciudad desde que se lo vio en compañía de la señorita Bloise en más oportunidades que las socialmente permitidas para una simple amistad, exigieron saber qué había de cierto en aquellas habladurías. Benicio se vio obligado a jurar por la memoria de su madre que no pensaba casarse con Virginia, que solo la frecuentaba por distracción. Ovidio calmó las dudas al respecto al comprender que la señorita Bloise no representaba más que una diversión pasajera para su primogénito y se limitó a recordarle que debía ser discreto con los amoríos cuando la mujer que lo atraía era una dama.

Sofía, por su parte, se mostró más que dispuesta a ayudarlo a conquistar los favores de Virginia. Esa mujer nunca le había caído en gracia. La consideraba una sabelotodo impertinente y presumida; alguien de lo más desagradable. Era obvio que la emocionaba la posibilidad de verla como una perdida a la que bien podría despreciar frente a sus amistades, en cuanto tuviera la seguridad de que su hermano había logrado seducirla.

Mientras Sofía lo introducía en el pequeño círculo de amistades de Virginia, Benicio habló con el padre de la joven, el señor Gerardo Bloise, y luego con la tía, la señorita Acuña, sobre sus honrosas intenciones. Los dos, inocentemente, se mostraron más que dispuestos a suscitar en Virginia el afecto hacia él.

Benicio se puso de pie y se acercó a la chimenea. Se inclinó y comenzó a atizar el fuego.

Si bien le divertía jugar con la señorita Bloise al gato y al ratón, pronto debería dar por finalizada la partida. No podía seguir distrayéndose con ella y el inexplicable deseo que despertaba en él. Debía encontrar la manera de llevar a esa mujer a la cama, desfogarse en ella y luego olvidarla para siempre. Benicio contempló los leños

encendidos, pensativo. Por supuesto, existía la posibilidad de que una sola noche de placer no le bastara para terminar con su obsesión por ella.

Si Virginia siguiera pareciéndole atractiva en el futuro, después de probarla, nada le impediría convertirla en su amante. No creía que ella fuera a poner reparos al respecto. Como la mujer inteligente que decía ser, no tardaría en reconocer que, después de estar entre sus brazos, las posibilidades de hacer un buen matrimonio con un caballero se habrían esfumado para siempre, de modo que estaría dispuesta a calentarle la cama sin rechistar. En caso de que se negara, bastaría con amenazarla con hacer pública la relación que los unía, si no se atenía a sus deseos.

Si hubiera bastardos, se ocuparía de ellos, por supuesto.

—¿Qué haces aquí? —dijo Ovidio Andrada con suavidad. Se detuvo en el umbral y miró a su primogénito con curiosidad—. Te creía en la casa de Ernesto. Entiendo que organizó una recepción en honor al reciente compromiso de su hija.

Benicio dejó el atizador junto a la chimenea y giró para observar a su padre. Ovidio se veía muy elegante con ese habitual traje de noche color gris Oxford, pero olía a perfume de mujer y a alcohol. Era obvio que había estado jugando otra vez. En El Paraíso, con toda seguridad. Y a juzgar por la tensa expresión, había perdido más de lo que había ganado.

Benicio se preguntó, vagamente, a cuánto ascendería ahora la deuda con Dante Rivera.

—No me daban ganas de salir de la casa esta noche —dijo. Se apoderó de la botella de coñac y le ofreció una copa en silencio—. No estoy de humor para recepciones.

—Eso veo. —El anciano observó los libros de contabilidad que habían quedado abiertos sobre el escritorio—. ¿Alguna novedad?

—No, señor.

Ovidio vaciló.

—Creo que encontré una solución a nuestros problemas financieros —dijo.

—¿Cuál podría ser?

—Estuve conversando con Marcelino Díaz. —Ovidio esperó a que su hijo lo mirara para alzar la copa en un silencioso brindis—. Cristiana, como sabes, es su única hija. Heredará una fortuna a la muerte del padre. Pronto será presentada en sociedad. Me gustaría que te acercaras a ella y la enamoraras.

—¿Pretendes que la comprometa?

—No será necesario llegar a ese extremo. Díaz era un pobre arrabalero sin futuro antes de tener éxito en los negocios. Estará encantado de formalizar una alianza con una de las familias más antiguas de la ciudad, es decir, con nosotros. Claro, me comentó que jamás obligaría a su hija a casarse con alguien que no quisiera. Por eso necesitarás enamorar a esaavecilla sin seso y convencerla de casarse contigo.

—No será difícil persuadirla de mis buenos sentimientos hacia ella, estoy seguro. Cristiana es una chiquilla tonta y crédula. Sin embargo, hay un pequeño detalle que parece haber pasado por alto: estamos en la ruina. Ningún hombre de fortuna querrá emparentarse con nosotros una vez que se descubra nuestra difícil situación financiera.

—Al contrario. A Marcelino le importa muy poco nuestra difícil situación financiera. Hablé con él mientras jugábamos una partida de póker.

—¿Qué te dijo?

—Me comentó que su hija pronto estará en edad de merecer y que espera conseguir un buen marido para ella. Insinuó que le gustaría contarte entre los pretendientes de la niña. Le di a entender, entonces, para evitar futuras humillaciones, que no estamos nadando en la abundancia y que mi hijo jamás se atrevería a solicitar la mano de una joven tan respetable, cuando no podrá ofrecerle los lujos a los que está acostumbrada.

—¿Entonces?

—Dijo que teniendo él más dinero del que podría gastar en una vida, poco le importan mis arcas, siempre que mi apellido esté sin mácula. —Ovidio se mostró muy satisfecho—. Díaz sabe que la única

razón por la que su hija es aceptada en los más elevados círculos de nuestra sociedad es la cuantía de su fortuna. Si uniera mi apellido al nombre de su niña, aseguraría para sus nietos un futuro de privilegios, incluso si el dinero disminuyera con el tiempo.

—Entiendo.

Ovidio lo miró a los ojos.

—Quiero que invites a la señorita Cristiana Díaz y a su familia a las fiestas de inauguración de Ciudad de Invierno.

—Será una excelente oportunidad para conquistar a esa tontuela con cerebro de pájaro.

—Así es. Espero poder anunciar tu compromiso con ella para principios de agosto.

—Está bien. Haré los arreglos pertinentes.

—Muy bien.

—Se hospedarán en el Hotel Continental —dijo Benicio, pensativo—. Con un par de habitaciones en el tercer piso bastará, supongo. ¿Crees que debería contratar a una a alguien para la particular atención de la señora madre de mi futura esposa?

—Sería conveniente. Al menos así tendremos la seguridad de que vestirá con distinción y no lucirá uno de esos horrendos vestidos sobrecargados a los que está acostumbrada.

Benicio esbozó una sonrisa.

—Adelaida Díaz es una advenediza simplona y poco educada —dijo—. Si tiene la oportunidad, avergonzará a su familia en cuanto esté en público. ¿Estás seguro de que quieres emparentarte con ella?

—El bienestar de la familia bien merece el sacrificio. —Ovidio le dirigió a Benicio una mirada especulativa—. ¿Estás seguro de que podrás enamorar a esa niña?

—No comprendo.

—Como testigo de tus infructuosos intentos de seducir a cierta sabelotodo solterona, tendrás que disculpar mi falta de confianza en tus habilidades para conquistar el amor de una fémina.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que te sería sencillo seducir a Virginia Bloise, pero veo que no has hecho mella en su corazón —dijo el anciano divertido.

Benicio crispó los labios.

—La señorita Bloise, si bien tiene unas ideas de lo más insólitas respecto a la mujer y a su posición dentro de la sociedad, no es una puta.

—Comprendo. ¿Debo suponer que seducirla te llevará más tiempo de lo que creías?

—Es posible.

—Quiero que le des un final a ese asunto; cuanto antes, mejor. Los rumores respecto a tu compromiso con Virginia Bloise están comenzando a molestarme —dijo Ovidio, con disgusto—. Debes considerar, además, la precariedad de nuestra situación: a Marcelino Díaz no le hará gracia descubrir tu interés por otra mujer, cuando se supone pretendes la mano de su hija.

—Entiendo.

—Si tanto deseas a esa sabelotodo impertinente, tómala y luego olvídala.

—No es tan sencillo como crees.

—¿Cómo no? Su padre es un inútil y un cobarde. Lo conozco muy bien. No se atreverá a exigirte una propuesta formal de matrimonio, mucho menos una satisfacción, si te quedas con la inocencia de la muchacha. En cuanto a la tía, ¿qué puede hacer contra ti esa vieja enclenque?

—Tienes razón, pero...

—La señorita Díaz debe convertirse en tu prioridad —interrumpió el anciano—. ¿Está claro?

Benicio asintió.

—Muy claro, señor —dijo.

Ovidio dejó la copa vacía sobre el escritorio.

—Debes pensar en la familia. Hasta ahora he podido ocultar el verdadero estado de nuestras finanzas a los ojos de nuestros amigos y vecinos, pero no podré hacerlo para siempre —dijo. Hizo una pausa y

luego añadió en voz muy, muy baja—: No condené mi alma al infierno para terminar mis días en la miseria.

A Benicio se le contrajo el estómago al escuchar aquellas suaves palabras. Veintisiete años atrás había sido testigo de cómo su padre organizaba la comisión de un crimen con la esperanza de vivir el resto de su existencia con holgura y sin sobresaltos económicos. Que su destino fuera terminar en la miseria parecía ser algo inconcebible.

* * *

Benicio despertó de una pesadilla. Sentado en la cama, en la más profunda oscuridad de la noche, al principio no reparó en nada más que en el silencio y la quietud que parecían haberse apoderado de la vieja casona colonial. Luego, el débil susurro de unas voces le llamó la atención. Provenían de las caballerizas.

Benicio apartó las mantas y abandonó la habitación con los pies descalzos. Guiándose por la exigua luminosidad de la luna que penetraba a la casa a través de los cortinados, atravesó el pasillo en penumbras y empujó la puerta de servicio.

Desde la galería exterior, las voces eran casi identificables. Reconoció entre ellas la de su padre, fría y autoritaria. Parecía colérico. Vaciló un instante. Si incluso le temía a Ovidio Andrada cuando se mostraba agradable, tanto más lo haría cuando en la voz se le adivinaba el disgusto.

Benicio se arrebujó en la ropa de noche y, después de un momento, la curiosidad fue más fuerte que el miedo: tomó una decisión. Cruzó el patio de puntillas, luego se ocultó entre las sombras del enorme portón de madera que se abría al interior de los establos y se inclinó hacia adelante.

Ovidio se encontraba de pie bajo la amarillenta luz de un farol, junto a otros dos caballeros a quienes Benicio había visto en más de una ocasión en compañía de su padre: Ladislao Trujillo y Teodosio Varela.

—¿Estás seguro de que nadie se interesará por el muchacho? — preguntó Ladislao en voz baja. Parecía nervioso.

—Si alguien tiene la insolencia de interrogarme respecto a la causa de su muerte, diré que la neumonía que lo aquejaba empeoró durante la noche del viernes. —Ovidio hizo un gesto despectivo—. ¿Pero a quién podría importarle su deceso? Los padres están muertos y no tiene más parientes de sangre, excepto mi hijo y yo.

Teodosio asintió. Bajo la diáfana luz de la luna, la piel amarillenta parecía vieja y apergaminada.

—¿Crees que el médico querrá ver el cadáver? Parecía muy preocupado por el muchacho cuando fue a verlo el jueves por la mañana. Podría dudar de tus palabras y exigir examinar el cuerpo.

—Rosetti es un viejo estúpido y borracho. Creerá lo que yo le diga o tendrá que atenerse a las consecuencias.

Entonces Ovidio se movió. Benicio pudo ver a su primo, Franco Andrada, de diez años, tendido en el suelo, atado de pies y manos.

Horrorizado, clavó los ojos en el cuerpo inerte, incapaz de moverse.

Ovidio había llevado a la casa familiar al muchacho una semana atrás, todavía convaleciente a causa de una neumonía. Sus padres, Humberto Andrada, y su esposa, Rosalie, habían sido asesinados en una casa quinta de Empedrado. Los asesinos habían dejado huérfano al único hijo de la pareja.

Ladislao apoyó el taco de la bota sobre la mano de Franco: le presionó los pequeños dedos contra el lodo.

—En cuanto esta mierda deje de existir, tú serás el único heredero de toda la fortuna Andrada —dijo. Dirigió los pequeños ojos hacia Ovidio. No había en esa mirada rastro alguno de compasión—. Supongo que eso de que habrá una buena tajada de todo eso para nosotros sigue en pie, ¿cierto?

—Por supuesto.

Benicio no podía apartar los ojos de su primo. El pelo rubio se le había apelmazado bajo el amasijo de sangre y cieno que se le habían adherido al rostro. Todavía ataviado con ropa de noche, era evidente

que Franco había sido brutalmente golpeado, poco después de haber sido arrebatado de la cama. Parte del semblante era una masa informe, sucia y sanguinolenta. Benicio se aferró a los muros de piedra y se inclinó hacia adelante cuando escuchó a Franco gemir con suavidad entre esos labios deformes.

Ovidio se inclinó sobre él y le acercó la hoja de un facón al cuerpo. Tomó al niño de un brazo y le propinó una profunda puñalada entre las costillas. Franco comenzó a respirar entre resuellos mientras la sangre le brotaba a borbotones de la herida. Ovidio hizo un gesto hacia Ladislao mientras limpiaba la hoja del facón con un pañuelo.

—Asegúrate de que esté muerto y arrójalo al río —dijo.

El señor Trujillo asintió, levantó a Franco entre los brazos; luego, lo lanzó al interior de la carreta, sin contemplaciones. Lo cubrió con una sucia manta y, después de una última mirada hacia Ovidio, trepó al pescante y agitó las riendas.

Benicio se ocultó entre las sombras. Regresó a su habitación en el mismo momento en que Ladislao y Teodosio abandonaban las caballerizas.

* * *

Benicio carraspeó.

—No te preocupes —dijo en voz baja—. Haré lo que deba hacer.

Ovidio asintió.

—Eso espero —dijo y se marchó.

Benicio contempló una vez más las llamas que danzaban entre los leños de la chimenea. Bebió el último trago de coñac. La copa reflejó un instante el cálido fulgor del fuego, antes de acabar en el piso, hecha añicos con brutal violencia. La alfombra absorbió el líquido color ambarino, el ambiente se impregnó con el olor a licor y los vidrios desperdigados a sus pies reflejaron un instante esa mirada aciaga.

CAPÍTULO 12

—¡Señorita Bloise! —la saludó Joaquín Rivera. La vivacidad en sus maneras y su inquebrantable gusto por ser el centro de la atención allá donde fuere fue evidente cuando se detuvo debajo de un haz de luz, con una ancha sonrisa en los labios.

Virginia levantó la vista de la interminable lista de números que había estado examinando y fijó los ojos distraídos en el umbral de la tienda.

—¿Señor? —musitó, sorprendida.

Un anciano a quien le calculó cien años, como poco, se dirigió hacia el mostrador con sorprendente rapidez, arrastrando en su estela a una dama muy joven y muy bonita, ataviada con un sencillo vestido de paseo de organdí amarillo.

—Es usted, ¿no es así?

Virginia sonrió, amable.

—Disculpe, ¿lo conozco?

—Creo que sí. Que no me conociera me resultaría de lo más sorprendente.

—¿Disculpe?

—Por cierto, mi nieto me comentó que usted lo conoció en medio de un desafortunado encuentro con un bandido de la región. Tengo entendido que la causa de la escaramuza era el rescate de un animal.

Virginia recordó los ojos fríos y hermosos de Dante Rivera; se ruborizó.

—Sí, por supuesto —balbuceó—. No sabía que tenía un abuelo.

—Bueno, lo tiene, y aquí estoy.

—Lo siento, no quise ser impertinente.

—Bien, no importa. Permítame: esta joven que ve aquí es otra de mis nietas, la más pequeña. Su nombre es Eugenia. Saluda, querida.

La joven sonrió e intercambió con ella los comentarios de rigor, aunque Virginia tenía la impresión de que estaba siendo observada y analizada por el anciano tanto como por la nieta, como lo sería un insecto bajo un microscopio, y lo más triste era que no tenía la menor idea de por qué.

—Como le decía, me interesó mucho el incidente —continuó el anciano con bríos—. Amo a los animales, sabe usted. Siempre que puedo rescato uno en apuros. ¿Pudo usted hacerse cargo del jaco?

—Sí, señor...

—Rivera, sí, pero con Joaquín bastará. Soy Joaquín Rivera, por cierto, para servir a Dios y a usted.

Virginia miró primero al anciano y luego a la joven, atónita, cuando un recuerdo acudió a su mente y una enorme sonrisa de reconocimiento le curvó los labios.

—¿Joaquín...? —balbuceó—. ¿Joaquín Rivera? ¿El ilusionista? Es usted, ¿verdad?

Él inclinó la cabeza con cortesía.

—Un placer, señorita Bloise. Sabía que me conocería usted.

—Jamás habría imaginado que el señor Dante Rivera estaba emparentado con usted...

—Y no lo está. No por la sangre, al menos —dijo el anciano y no hizo más comentarios al respecto—. ¿Está su padre por aquí?

—No, lo siento mucho, ¿lo conoce? ¿Deseaba usted hablar con él?

—Ni lo uno ni lo otro. —El anciano arrastró un taburete frente a la estufa y estiró las piernas hacia el calor. Parecía estar acostumbrado a presentarse ante extraños y a ser bien recibido donde llegare. Otro en su lugar habría solicitado su permiso antes de sentarse frente a ella en el mostrador—. Es a usted a quien estaba buscando. Solo pregunté por su padre por cortesía.

Virginia lo miró, intrigada, aunque el anciano sonreía y parecía agradable y bonachón, la estaba observando con tanta atención como si fuera ella una suerte de enigma que debía resolver; lo mismo hacía Eugenia, a quien reconoció también como miembro de la compañía de ilusionistas que había visto actuar en el teatro, dos años atrás.

—¡Oh, Joaquín, mira esos libros! —dijo Eugenia, entusiasmada, y señaló varios tomos encuadernados que se hallaban amontonados en el último tablón de la estantería que se encontraba a su derecha—. Señorita Bloise, ¿de que tratan...?

—Eh... —Virginia se estrujó el cerebro en un intento por recordar. Esos libros llevaban tanto tiempo allí que seguro ya habrían criado hongos—. Lo siento mucho, no recuerdo...

—No importa. Los revisaré yo misma, si no le importa.

—Por supuesto que no; déjeme a mí alcanzárselos. —Virginia iba a levantarse, pero el anciano apoyó una mano sobre la de ella y la detuvo, no tanto por el gesto en sí, sino por la osadía.

—Déjela —dijo y le guiño un ojo—. Es una lectora voraz. No le quite la diversión de hundirse en el polvo y descubrir por sí misma los tesoros que oculta allá arriba.

—Yo... —Virginia calló cuando vio a la dama arrastrar una escalera hasta la estantería y trepar por ella como una experta. Al parecer, decidió que el vestido no sería un obstáculo para ella. Eugenia se limitó a sujetarlo y echarlo a un lado sin el menor cuidado por la tela—. Está bien, creo.

Joaquín asintió, satisfecho, y Virginia sonrió. Lo único que faltaba era que le dijera “buena chica” y le palmeara la cabeza.

—Cuénteme, ¿no ha tenido más problemas con ese nefasto señor Escalante? —preguntó el anciano acomodándose en el asiento como si se dispusiera a tener una larga y agradable conversación con una vieja conocida—. Puede usted decírmelo. Me encantaría hablar con él en su nombre y explicarle cómo debe tratar un caballero a una dama.

—Eh, no —dijo. Supuso que el señor Rivera había cumplido su palabra y no le había mencionado a nadie el encuentro con ella en el burdel del señor Escalante—. No he vuelto a cruzarme con él.

—Me alegro mucho. ¿Acostumbra a discutir con ese hombre con cierta asiduidad?

Virginia asintió.

—Una o dos veces al año, si lo encuentro maltratando a un animal.

—Comprendo. Supongo que no puedo culparla. Yo haría lo mismo. Le gustan a usted mucho los animales.

—Sí —respondió ella, aunque no fue una pregunta.

—A mí también. Cuando podía cuidar de ellos, tenía una gran cantidad de perros, gatos y cuanto bicho encontrara desamparado. Mi casa era un caos, pero tampoco me sentía capaz de deshacerme de animales que, de otra manera, habrían terminado muertos en la calle. ¿A usted no le sucede? Recuerdo que mi difunta esposa se quejaba de que había caca por todos lados, de que las cortinas olían a orines de gato y de que no se podía descansar a causa del continuo alboroto. Yo estaba feliz, los animales también, aunque los vecinos y mi mujer no. ¿Sabe una cosa? Tenía un gallo que despertaba a todo el vecindario a las cinco de la mañana. Uno de mis vecinos intentó darle un balazo y yo se lo di a él. ¿Qué me dice?

Virginia lo miró, azorada.

—Eh... ¿lo mató?

—No, solo le di en la pierna. Disuasión, ¿comprende? El gallo jamás volvió a tener problemas con los vecinos y murió de viejo, ¿y usted?

—¿Yo, qué...?

—¿Tiene problemas con sus vecinos?

Ella recordó a la señora Ruiz.

—Bueno, sí —reconoció—. Hay una anciana a la que le molesta el cacareo de mis gallinas...

—Dele un tiro en la pierna la próxima vez que se acerque a quejarse, y ya verá usted cómo soluciona el problema.

Virginia imaginó la escena y contuvo una sonrisa.

—Lo intentaré —dijo—. Gracias por el consejo.

El anciano la miró pensativo.

—Estoy en la ciudad desde hace muy poco, y ya me han hablado de usted. Me temo que soy un viejo metomentodo y no puedo evitar prestar oídos a los rumores. ¿Es usted una de esas mujeres que viven bajo el lema “Ni Dios, ni patrón, ni marido”?

—Bueno, verá usted...

—Libertarias, las llaman, ¿cierto?

—Entre otras cosas. —Virginia lo miró amablemente pero con firmeza—. Discúlpeme, caballero; en verdad no lo conozco, por lo que no creo prudente responder a sus preguntas.

—Sí me conoce.

—Me refiero a que...

—Sé a qué se refiere, pero a mi edad no tengo tiempo para andarme con sutilezas. ¿Es usted una libertaria o no?

—Bueno, yo no creo en la esclavitud de la mujer. No trato de oponer a la mujer al hombre; por el contrario, me gustaría que la mujer sea realmente considerada una igual.

—Comprendo. Permítame felicitarla por sus ideales. Son muy pocas las mujeres que pueden permitirse pensar por sí mismas, y usted es una de ellas. Ah, también habla muy bien de usted y de sus valores que le haya dado un empleo a un muchacho como aquel —dijo el anciano, y señaló con la barbilla a Salvador quien hasta entonces había permanecido ajeno a la conversación que se desarrollaba en la parte delantera de la tienda.

Virginia se envaró.

—Salvador es un hombre libre, como cualquier otro —dijo—. Su raza no debería ser razón de encono ni humillaciones.

—No se crispe. Le aseguro que concuerdo con usted. Y le diré algo más: creo que usted me agrada. Es difícil encontrar a una mujer que, además de bonita, sea inteligente, ¿sabe? A veces pienso que es incluso un portento de la naturaleza. O se es bonita o se es inteligente. El Señor reparte a placer y a capricho. Pero heme aquí, he tratado a varias mujeres bellas e inteligentes a la vez a lo largo de mi vida, y puedo decir que, aunque una o dos me han roto el corazón, nunca me arrepentí de haberlas conocido.

Como no supo qué decir, Virginia se limitó a mirarlo con los ojos desorbitados.

Joaquín adoptó una expresión reflexiva.

—A mi nieto le gustó usted —dijo de pronto—. Esperaba encontrar a una belleza despampanante como mi Giuliana cuando mencionó haberla conocido, pero veo que usted tiene una cara bastante común, pese a ser bonita.

Virginia lo miró, azorada, no tanto por la falta de cortesía al reconocer en su cara que era “bastante común”, sino porque le confió que ella le había gustado al señor Rivera.

—Escuche...

—Eso me agrada —continuó Joaquín de buen humor, como si ella no hubiera intentado interrumpirlo—. La belleza que tiene usted es sutil, incluso más fascinante que la de Giuliana. La recuerda, ¿no es así? Estaba con mi nieto cuando usted lo conoció. Es una mujer de una espléndida belleza. Alta, rubia, de ojos verdes.

—Sí, la recuerdo. Es muy bella.

—Lo es. Bueno, como le decía, me gusta usted. Se nota que tiene usted alma y cerebro. Por el contrario, Giuliana siempre tiene que demostrar poseer ambas cosas. El precio de la hermosura, supongo. Sé que usted tiene alma, eso ya lo ha demostrado, pero ¿es usted inteligente, señorita Bloise? Realmente inteligente, quiero decir.

Era la conversación más extraña que había tenido en su vida, pero ella cayó en la cuenta de que empezaba a divertirse, aunque tuviera la impresión de que ese anciano estaba representando un papel frente a ella.

—Sí, señor Joaquín —dijo seria—. Soy muy inteligente. Realmente inteligente.

—Qué refrescante falta de modestia. Está bien, no se sonroje. A mi edad me parece ya intolerable la hipocresía.

—Señor...

—La inteligencia en una mujer es un mal mayor en opinión de algunos imbéciles, pero estoy seguro de que usted ya lo sabe. Su soltería actual se debe, claro está, a que se encuentra usted rodeada de memos —asintió Joaquín pensativo—. Ya que es una mujer inteligente, realmente inteligente, sabrá apreciar a un hombre por su valía y no por su aspecto, ¿cierto?

—Cierto. Pero...

—Estaba usted examinando un libro de cuentas, por lo que veo. ¿Algún problema?

Ella guardó el libro de marras debajo del mostrador antes de que Joaquín pudiera echarle una buena ojeada.

—Eso a usted no le incumbe —dijo un tanto brusca aunque con cortesía. Le estaba resultando bastante difícil seguir el hilo de la conversación cuando aquel caballero saltaba de un tema a otro a una velocidad sorprendente—. Lo siento, pero no acostumbro a compartir información sobre la tienda con un des...

—Ya hemos aclarado el hecho de que me conoce. ¿Por qué seguir por ese camino? —El anciano hizo un gesto—. ¿Qué le pareció mi nieto?

—¿Disculpe?

—Siempre he pensado que mi nieto es muy poco atractivo. Lo era de niño, sabe Dios, pero cuando creció, no sé, su rostro adquirió esa dureza que, si bien no parece afectarlo, digamos que no lo ayuda a mejorar sus relaciones interpersonales. Parece que fuera a ladrarle a cualquiera. Además, esa cicatriz que le cruza la cara no lo ayuda a mejorarle el aspecto, más bien lo contrario, ¿no le parece?

—No, no me parece. —Virginia lo miró, pasmada—. Señor, no debería referirse de esa manera a su nieto. No es correcto.

Él la ignoró.

—Verá, Dante no se parece a sus padres, por supuesto, porque puedo asegurarle que eran muy atractivos los dos, que Dios los tenga en la gloria, pero, a decir verdad, creo que salió al abuelo.

—¿A su abuelo?

—Sí. Tenía que haberlo visto usted. Una vez tuve el dudoso placer de ver un retrato de ese hombre. No era muy agraciado, pero sí muy inteligente y de buenos sentimientos.

—Está usted bromeando, ¿verdad?

—Un poco.

—Señor...

—Usted es una muchacha encantadora, si me permite decirlo. Ahora, ¿qué piensa de mi nieto?

—¿Él le habló de mí?

—Por supuesto que no. Dante es uno de los pocos hombres que conozco que puede pasar horas enteras en silencio incluso si está rodeado de personas. Créame, no es precisamente la persona más alegre que pueda usted conocer. Me han dicho que da miedo, aunque también que podría aburrir a cualquiera en un radio de veinte metros; sin embargo, dudo de eso último. ¿Usted no lo dudaría también?

—No creo...

—Fue Giuliana quien me habló de usted.

—¿La señorita Ferrini?

—La misma, pero puede usted llamarla Giuliana. Ella no se molestará. Le cayó usted en gracia. Seguro encontrara el momento de visitarla. Si alguien le cae bien, difícilmente podrá deshacerse de ella, aunque no piense que es molesta. Solo le gusta hacer amistades.

—Entiendo —dijo Virginia aunque en realidad no entendía nada.

—En fin, me gustaría que me diera usted su opinión respecto a mi nieto.

—Eh... Esto es muy extraño. Discúlpeme, señor Rivera, pero no sé a qué quiere llegar.

—Mi nieto es un poco huraño, bah, sería un ermitaño si se lo permitiera. No habla mucho, tiene esa cara que ya le digo la heredó de su abuelo. Cuando habla, parece que está soltando amenazas a diestra y siniestra. Me he preguntado en incontables ocasiones qué efecto causará en una dama de modo que decidí averiguarlo. Desde entonces, le pregunto lo mismo a las damiselas que tienen la suerte o mala suerte de conocerlo.

—A usted no debería importarle la opinión de nadie más que la de la señorita Ferrini —dijo Virginia que intentaba desviar la atención del anciano.

—¿Giuliana? ¿Y por qué tendría ella algo que decir al respecto? — El anciano frunció el ceño un instante antes de soltar una carcajada—. Ah, ya recuerdo. Ella me comentó algo de eso. Usted cree que es la

amante de mi nieto.

Ella se ruborizó hasta la raíz de los cabellos. No era un tema que un hombre, un caballero, debía sacar frente a una dama, pero el señor Rivera parecía ser ajeno a cualquiera de las normas sociales que obedecían el resto de la sociedad.

— Señor, no creo que debamos hablar de esto aquí... — comenzó.

— Podríamos pasar al almacén si gusta.

— Ni en otro lado — concluyó Virginia presurosa —. No es correcto.

— Si me guiara por lo que es correcto o no, hace mucho tiempo que ya habría muerto de aburrimiento. ¿Usted no?

Ella enrojeció otra vez. ¿Era tan evidente el hecho de que ella seguía las normas sociales solo cuando le convenía hacerlo?

— Eh...

— No diga más, que usted y yo nos entendemos muy bien. — Joaquín dio por zanjado el tema al inclinarse sobre el mostrador y murmurar —: Giuliana es como una hija para mí, qué digo, una nieta. La crié desde muy joven. Dante la considera una hermana. No se preocupe: en este momento, mi nieto está tan solo como una lápida a la intemperie; y créame: no es una comparación al azar.

— Ah. — Virginia no supo qué otra cosa decir.

— Ahora, ¿qué opina de él?

— Es... — Virginia suspiró —. Es un hombre muy bondadoso; eso resulta evidente.

— No me mienta. Dante, ¿bondadoso? ¿Le parece? Con esa cara podría asustar a niños en la calle. De hecho, asusta a cualquiera.

— Da la impresión de ser peligroso — dijo Virginia exasperada —. Cruel, quizá. No parece haber una pizca de bondad en su persona. Todo en él es duro, frío, sin sentimientos, desde los ojos hasta la voz. Es arrogante y siniestro; de hecho, no me resultaría difícil imaginarlo como el villano en una novela por entregas.

Los ojos de Joaquín brillaron con suavidad en la penumbra.

— Pero le agradó a usted.

— Por supuesto. No me dejo guiar por las apariencias sino por los actos, señor Rivera.

—Joaquín, por favor.

—Señor Rivera —replicó Virginia.

De pronto, un crujido quebró el repentino silencio que se había instalado entre ambos. Tanto Virginia como Joaquín se volvieron al unísono y fijaron los ojos en Eugenia en el mismo momento en que la joven se precipitaba hacia el suelo, con un libro entre las manos.

—¡Ay, Dios mío! —gritó Virginia.

Joaquín se puso de pie con tanta celeridad que echó el taburete al suelo, listo para correr hacia la joven, pero, antes de que pudiera dar un paso, una sombra emergió de la penumbra, tendió los brazos y atrapó a Eugenia en plena caída, estrechándola luego contra su pecho. La muchacha se aferró a él, todavía con el libro en las manos.

—Perdí pie —dijo Eugenia con una sonrisa. Fijó los ojos en el rostro del hombre que le había evitado un buen golpe—. Caramba.

Salvador la miró, preocupado.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Creí que podría alcanzar este libro, pero me estiré demasiado y, bueno, aquí estoy. Muchas gracias, señor...

Salvador le frunció el ceño.

¿Señor?

—Salvador —dijo.

—Sí, es usted mi salvador.

—Ese es mi nombre.

—Ah. Mucho gusto; soy Eugenia.

Salvador se apresuró a bajarla, pero, aun cuando la depositó en el suelo, ella se aferró a él.

—Perdóneme, pero creo que todavía me tiemblan las rodillas —dijo. Eugenia sintió bajo los dedos los músculos de aquel brazo. Pensó que no habría ninguna diferencia entre tocarlo a él y a un ladrillo forrado en piel. Se ruborizó—. Lo siento, tendrá que cargar conmigo un instante más.

Salvador no se apartó, pero se mostró incómodo. Echó una rápida mirada hacia Virginia, como si le pidiera ayuda. Nunca había estado tan cerca de una dama blanca, a excepción de la señorita Bloise, y eso,

evidentemente, lo ponía nervioso.

Virginia se acercó a la joven, presurosa, y la tomó del brazo.

Eugenia sonrió vacilante.

—No quería dejar una impresión tan duradera en usted, pero tardará en olvidarme, ¿verdad? —dijo risueña.

—Lo siento mucho, señorita...

—Eugenia, por favor. —Ella miró a Salvador por encima del hombro—. Creí que me rompería el cuello. Si no fuera por usted, señor Salvador, ahora estaría muerta.

—No fue nada —dijo el indio entre dientes. Esa mujer lo ponía nervioso—. Déjelo así.

—Tonterías. Tendrá que permitirme que se lo agradezca.

—No me parece.

Ella lo ignoró.

—¿Puedo traerle un obsequio en cuanto regrese por aquí?

Salvador la miró mudo. ¿Desde cuándo una dama blanca se dirigía a él como si tal cosa? Por lo general, las blancas tendían a ignorarlo o a evitarlo aterrorizadas. Su fuerza y su complexión robusta no ofrecían confianza precisamente. Volvió a mirar a Virginia atónito.

—Eso no será necesario, señorita —dijo ella y empujó a Eugenia hacia la estufa.

—Estoy bien, no se preocupe. —Tendió el libro hacia la señorita Bloise—. Quiero llevar este.

—Está bien.

—Parece fascinante. Es sobre un pirata y el descubrimiento de un tesoro milenario.

—Ah. —Virginia se preguntó si todos en la familia del señor Rivera eran tan extraños como esos dos personajes—. Permítame que se lo envuelva.

—¿Y el precio?

—Es un obsequio.

—Así no mejoraran sus finanzas, señorita —dijo Joaquín y, antes de que Virginia pudiera decir algo, el anciano hizo un movimiento extraño con una mano y luego con la otra hasta que varias monedas

tintinearón sobre la mesa desde la nada. Virginia elevó la vista al techo. Al parecer, habían caído desde allí. Sonrió.

—Estoy impresionada —dijo.

—Me gusta impresionar a la gente. —Joaquín hizo un gesto hacia Salvador que se había quedado inmóvil junto a la maltrecha escalera con los ojos fijos en Eugenia—. Buena atrapada, muchacho.

Salvador le frunció el ceño.

—¿Señor?

—Mi Eugenia no es lo que se dice liviana, pero entre tus brazos parecía una pluma —dijo el anciano—. Siempre es importante estar en el lugar y el momento justo cuando se debe, y no hay duda de que hoy lo estuviste. Gracias.

Salvador lo miró incrédulo. Otro hombre en su lugar ya habría pedido latigazos para él por haber tocado a su blanquísima ¿hija?, ¿nieta?

—Muy bien, nos vamos. Tenga usted buenos días, señorita Bloise. Salvador. —Joaquín tomó la mano de Eugenia y se la puso sobre el brazo. Hizo un gesto de despedida y salió a la acera con parsimonia, balanceando el bastón de un lado a otro.

Virginia vio al señor Rivera señalar algo hacia la izquierda y a Eugenia asentir, entusiasmada. Con la joven dama colgada del brazo, el anciano cruzó la calle y desapareció de la vista de los que quedaron en la tienda: reía entre dientes.

Virginia miró a Salvador comenzó a reír también, incapaz de contenerse.

—Por Dios —dijo—. Jamás he conocido personas más extrañas.

Salvador curvó los labios hacia arriba.

—Debería tener usted más clientes como esos dos —dijo.

—¿Realmente lo crees?

—Le animarían el día, por cierto.

—Seguro que sí. —Virginia recuperó el libro de cuentas del interior del mostrador y lo abrió.

Salvador meneó la cabeza. Cuando la señorita Virginia comenzaba a meterse con números, ya no escuchaba nada más. Sonrió y regresó al fondo de la tienda, silbando por lo bajo.

CAPÍTULO 13

La panadería de Rosinda Rodríguez era un lugar agradable. Olía a levadura y a vainilla. Las paredes lucían un cálido tono rosa pastel y una docena de acuarelas adornaban dos de ellas, lo que agregaba elegancia a un local de por sí distinguido.

La luz del sol que entraba por los amplios ventanales iluminaba la estancia, le confería una tonalidad amarillenta al escaso pero sólido mobiliario color caoba.

Ese día, en particular, el local estaba lleno, aunque jamás se encontraba vacío del todo, desde que había abierto las puertas tres años atrás. Un grupo de jóvenes esperaban junto a la barra por las tortitas de queso que todavía estaban horneándose. María, la hija mayor de Rosinda, estaba de pie junto a un estante, apilando una serie de cuernitos de pan junto a los panecillos de crema. Tenía el pelo recogido en dos trenzas, el delantal impoluto y una sonrisa de bienvenida en el rostro. Bajo la luz del sol, sus numerosas pecas eran más evidentes de lo que a ella le habría gustado. A su espalda, media docena de clientas provistas de cestas esperaban ser atendidas, aunque no parecían tener apuro.

En la panadería de Rosinda siempre se podía contar con escuchar los chismes más interesantes, aunque muchos dirían que el lugar ideal para tal actividad era el mercado.

Rosinda entregó un par de hogazas de pan a una anciana y, después de cobrarse, echó una rápida mirada hacia las tres ancianas que conversaban en susurros junto a la puerta mientras fingían estar enfrascadas en el examen de una tarta de manzana.

La clientela se podía contar por docenas en las mañanas, aunque nunca faltaban clientes por la tarde tampoco. Poco después de las siete tenía a su puerta a las empleadas de la crema y nata de la sociedad correntina, incluso a muchas damas de rancio abolengo; en la tarde,

después de las cinco, solo cruzaban su umbral profesionales y jornaleros de los alrededores, puesto que, para evitar quedarse con la mercancía del día, vendía todos sus productos a la mitad de precio. A Rosinda le gustaba saber que sus clientes la admiraban por su honestidad. Jamás ofrecía en la barra nada que no hubiera sido horneado en el día.

La mujer miró de reojo una vez más a las ancianas que seguían intercambiando chismes.

Carlota Díaz, Manuela Mora y Cristina Ojeda eran la fuente de información predilecta en ese lado de la ciudad y, pese a su disgusto hacia el chismerío en general, Rosinda tuvo que admitir que le habría interesado escuchar de cerca lo que las ancianas tenían para decir. Parecían estar muy compenetradas en el tema.

Rosinda observó a Carlota. Esa mujer era una metomentodo cruel y despiadada. Como matrona de una de las familias más importantes de la ciudad, no era extraño que intentara mantener bajo su férula no solo a sus hijas y nietas, también a todo aquel que tenía la desgracia de emparentarse con ella. Manuela y Cristina, primas hermanas entre sí, se veían entusiasmadas y más que fascinadas con el tema que estaban tratando. Con toda seguridad, estaban compartiendo el chisme más jugoso de la semana.

Rosinda llamó a su hija con un gesto. María acudió a ella con una sonrisa.

—Acércate a la vieja Carlota —dijo en voz baja—. Quiero que escuches lo que está diciendo.

—¿Para qué?

—Tú hazlo —ordenó—. Obedece.

María asintió y obedeció a su madre. Para no ser tan obvia, cargó con varias hogazas de pan con el fin de apilarlos junto la tarta de manzana, en la vidriera.

Rosinda siguió observando a Carlota de lejos mientras atendía a las otras clientas habituales. Esperaba que María pudiera escuchar y recordar todo lo que decía.

Manuela echó un rápido vistazo a la calle a través de los ventanales. Vio a una joven conocida en la vereda y la saludó con un breve gesto, aunque no lograba recordar exactamente de quién se trataba.

Cristina, a su lado, apoyó parte del peso del cuerpo en el bastón.

—Deben creerme —dijo. Se secó el sudor del cuello con un pañuelo—. La señorita Cordelia Bloise huyó de su casa con un hombre.

—¿Es eso cierto? —preguntó Manuela.

—Que sí. Los empleados de un casa lo saben todo. Mi Hilaria me comentó que Pabla, la criada de los Bloise, le confió que su señorita estaba enamorada de un hombre que el señor Bloise no aprobaba.

—Qué desagradable.

—Bueno, sí. Ahora Cordelia está desaparecida, y Pabla está convencida de que se fugó con su amante.

—Eso no está bien...

—Por supuesto que no. ¿Se imaginan el escándalo cuando esto esté en boca de todos en la ciudad? —dijo Carlota, y clavó los ojos verdes primero en Manuela y luego en Cristina—. Esa chica es una vergüenza.

—Y yo pensé que la primera en deshonar a esa familia sería esa muchacha alocada, Virginia... —comentó Cristina.

—Bueno, siempre dije que las más calladitas son las peores —agregó Carlota con toda seguridad—. Esa niña pasaba gran parte del tiempo en la iglesia, acompañando a su madre y mírenla ahora... Una loca.

—¿Estará en estado de buena esperanza? —quiso saber Manuela.

—Estoy segura —dijo Carlota.

—El padre no podrá levantar la cabeza después de esto. —Cristina meneó la cabeza—. Y la madre tampoco. Pobre Jacinta. Tan amable...

—Cordelia es una niña tonta —dijo Carlota—. Joven y tonta. Sabemos que a su edad se cometen los errores más estúpidos.

—Estará enamorada. —Manuela clavó los ojos en la tarta de manzanas. Parecía particularmente apetitosa—. Cuando una mujer está enamorada hace las cosas más absurdas.

—Eso es cierto. —Carlota agregó una hogaza de pan al cesto de mimbre que colgaba de su brazo, bajo la atenta mirada de María—. Y fue realmente un acto estúpido por parte de esa chica fugarse con un hombre como Rodrigo Fonseca.

—No me digas que fue él quien...

—Huyó con él —afirmó Carlota—. Mi Anita no me mentiría. Ese hombre no tiene un peso a su nombre, imagínense.

—Rodrigo Fonseca está todavía en la ciudad, y que yo sepa no se lo ha visto en compañía de ninguna mujer, mucho menos junto a la señorita Cordelia —dijo Manuela impaciente.

Carlota sonrió.

—Quizá tiene a Cordelia bien oculta en algún lugar, hasta que pueda conseguir los papeles para casarse —dijo. Tenía los ojos brillantes a causa de la emoción. Esperaba repetir todo aquello esa misma noche en la tertulia de la familia Toledo—. Si el señor Bloise descubriera el paradero de su hija, no dudaría en arrastrarla de los pelos hasta su casa si lo considerara necesario.

—Una lástima realmente —dijo Cristina—. Casarse así, a hurtadillas, como si fuera una mujerzuela...

—En mi opinión ya lo es —declaró Carlota, imperturbable—. Cualquier mujer capaz de huir de la casa de sus padres para entregarse a un hombre es una pérdida.

—Esto es tan inesperado...

—El señor Bloise debe sentirse muy triste por la traición de la hija —dijo Manuela en voz baja apenada—. Amaba a esa niña. Era la luz de sus ojos. Que se fugara así debió de romperle el corazón.

Carlota y Cristina intercambiaron una mirada.

—Era de esperarse de la otra —señaló Carlota con la sombra de una sonrisa burlona en las comisuras de sus labios—. Virginia Bloise creció lejos del control paterno, sin más guía que los consejos de

Agostina. No habría sido una sorpresa que Virginia escapara con un hombre para vivir en la vergüenza y dar a luz un bastardo, pero Cordelia... Era impensable.

—Agostina crio bien a esa niña. Le inculcó valores —dijo Manuela que rehuía la mirada de Carlota—. Es una sabelotodo terca y voluntariosa, tiene sus locas ideas, pero es una dama.

—Escuché que el señor Bloise tiene graves problemas económicos —dijo Cristina, intentando distraer a Carlota. Era obvio que a su amiga no le había gustado ni pizca el comentario de Manuela respecto a los valores de la señorita Virginia.

—Le debe mucho dinero al señor Rivera —asintió Carlota—. No me sorprende. Escuché que le gusta jugar fuerte. Ahora está bajo el hacha.

—Una lástima. —Manuela le sonrió a María, quien se había detenido a limpiar con un trapo una mancha invisible en el cristal de la ventana, a unos pasos de distancia—. Jacinta ya no podrá hacer obras de caridad con la desenvoltura de antes. Tendrá que empezar a contar los pesos antes de regalarlos.

—El padre Jeremías debe de sentirse muy mal por eso —dijo Carlota divertida.

Manuela y Cristina intercambiaron una sonrisa.

—No quisiera apartarme del tema, pero ¿sabían que la señorita Andrada está a punto de comprometerse con un acaudalado caballero de Buenos Aires?

—¿En serio?

—Muy en serio. Le dobla en edad, pero tiene dinero.

—Algo muy necesario para esa familia. Entiendo que el señor Andrada también ha caído bajo el hacha del señor Rivera —comentó Carlota.

—Así es. —Cristina suspiró—. Ese hombre es una maldición para nuestra ciudad.

—¿Quién? —dijo.

Carlota frunció el ceño.

—El señor Rivera, por supuesto. Presta atención, Manuela, por favor.

—Lo siento.

—Desde que abrió las puertas de El Paraíso se ha dedicado a desplumar a gran parte de nuestros caballeros. Es una vergüenza.

—Y ahora ha añadido varias mujeres a ese antro de perdición —dijo Cristina en voz muy baja, avergonzada—. Entiendo que se ocupan de entretener a los caballeros mientras apuestan.

—Qué horror.

—Además está cobijando en su casa a su familia.

—¿Tiene familia? —quiso saber Manuela.

—Sí. Todos actores y actrices porteños, ¿pueden imaginarlo? Son de lo más vulgares —aseguró Cristina—. Una de mis empleadas tuvo la mala suerte de cruzarse con uno de ellos en el mercado. Se llama Eduardo Vallejos o algo así. Creo que es un hermano. Es un individuo enorme y muy extraño. Da miedo.

—No comparten el mismo apellido.

—Serán todos bastardos, seguro.

Carlota asintió.

—¿Qué se puede esperar de un hombre como el señor Rivera? Poco más que un bandido, un truhán desalmado. El descarro y la escasa educación de su familia no debería sorprendernos —declaró; luego, cuando descubrió que pronto llegaría su turno de acercarse al mostrador, sonrió—. Señoras, espero verlas esta noche en la tertulia en la casa de Amanda.

—Por supuesto.

—Creo que será muy interesante escuchar qué tiene que decir respecto a la desaparición de la señorita Bloise —dijo Cristina volviendo al tema que más le interesaba.

—No faltaré —dijo Manuela radiante.

Cuando las ancianas finalmente se dedicaron a llenar sus cestas con el pan del día, María corrió junto a su madre y le repitió todo lo escuchado.

Rosinda sonrió. Siempre pensó que sería Virginia Bloise quien cometería un desliz de lo más vergonzoso. Qué cosas tiene la vida, pensó. ¿Quién se habría imaginado a Cordelia capaz de huir con un hombre, cuando la madre la había criado con tanto esmero y dedicación?

Niña tonta, pensó.

CAPÍTULO 14

Giuliana atravesó el oscuro corredor con pasos ligeros. Sus pies descalzos no provocaron ningún sonido sobre las frías baldosas de terracota mientras se apresuraba a cruzar el vestíbulo hacia las oscuras profundidades de la casa.

Un resquicio de luz dibujó el contorno de su rostro adormilado cuando empujó la puerta de la última habitación a la izquierda.

—Creí que dormías —dijo Franco sin apartar los ojos de uno de los libros de cuentas. En la penumbra, ese semblante de rasgos toscos e implacables resultaba casi perverso—. ¿Sucede algo?

—Sí, y algo de lo más insólito además. —Giuliana apoyó un hombro contra la jamba y lo observó, divertida. Los pliegues de la bata dejaron al descubierto parte de la camisola de seda verde—. Tienes una visita.

Franco la miró y luego dirigió los ojos hacia el reloj de pie que ocupaba una esquina del recinto. Faltaban cinco minutos para las once de la noche.

—¿Quién es?

—Una dama.

—¿Ah, sí? —Él torció los labios en una sonrisa sardónica—. ¿Eso parece?

—Eso es. Está en la puerta con una empleada. —Giuliana sonrió—. Quiere hablar contigo. ¿Deseas que le diga que no estás?

—¿Y perderme la novedad de conversar con una dama en mi propio hogar? Déjala entrar.

—De acuerdo. ¿No quieres saber de quién se trata?

Franco se recostó contra el respaldo de la silla y encendió un cigarro.

—¿Y bien?

—Es la señorita Virginia Bloise —dijo—. ¿Qué te parece?

Bajo la ligera luminosidad de una lámpara, el rostro imperturbable y áspero de él adquirió la sombría tonalidad del bronce bruñido. Los ojos intensos no revelaron más que gélida diversión.

—Hazla pasar —pidió. Se inclinó y abrió una de las gavetas del escritorio. Extrajo varios sobres, todos ellos escritos con la misma caligrafía elegante y perfecta—. Supongo que ha venido a saldar otro de los pagarés de su tía.

—¿A estas horas? ¿Personalmente? Por favor. Sería ridículo. —Giuliana hizo un gesto con la mano—. ¿Qué deseas que haga con la empleada?

—Llévala contigo a la cocina. Si la señorita Bloise ha decidido hablar conmigo en mi casa y a estas horas, estoy seguro de que lo que tiene para decir querré escucharlo a solas.

La joven sonrió y se alejó en la oscuridad, con los pliegues de la bata que le ondeaban sobre los tobillos.

Franco observó el humo grisáceo del cigarro. La punta incandescente brilló un instante bajo la tenue luz de la lámpara.

Unos minutos después, Virginia se detuvo en el umbral de la puerta, con la misma expresión que tendría un santo en la antesala del infierno. Se veía desaliñada e inquieta. Los dedos le temblaron cuando tiró de los cordones de su bolsito, en un gesto inconsciente de nerviosismo. Era obvio que recordaba el último encuentro con él y que eso no hacía más que acrecentarle los temores.

Franco se puso de pie cortésmente.

—Buenas noches, señorita Bloise —dijo amable.

Ella lo miró a los ojos. Vestía discretamente, con una sencilla blusa con puntillas y una falda gris, sin más adorno que una serie de sencillos arabescos bordados sobre el ruedo. Una capa provista de capucha, unos guantes de cabritilla y unos viejos botines completaban ese anodino atuendo. Ella parecía una pordiosera, mientras él, de negro, ataviado con una chaqueta hecha a la medida, una camisa plisada y una corbata de seda, si bien colgaba floja a los lados del cuello, era el fiel retrato de un caballero.

—Buenas noches, señor. —Se mostró tímida—. Sé que debía anunciarme antes de presentarme aquí, y a estas horas además, pero tenía que verlo.

—No necesita anunciarse para hacerme una visita, Virginia.

—¿No?

—No. Somos amigos. Puede usted venir cuando guste, a cualquier hora.

Ella lo miró, alterada.

—Quisiera robarle un momento de su tiempo, si no le importa.

—Siéntese, por favor.

Después de un breve momento de vacilación, ella cruzó el umbral y se dejó caer en una silla, frente al escritorio. Desató los cordones del capuchón y lo dejó caer sobre la espalda. El pelo brillante y ondulado le enmarcó el rostro pálido. Parecía incapaz de mantener los dedos quietos.

Franco se sentó en el sillón y apoyó la espalda contra el respaldo. Tomó el cigarro entre los dedos y le dio una pitada.

—Espero sepa disculpar la descortesía de Giuliana al recibirla en bata —dijo mientras la observaba—. Mi hermana estuvo ayudándome con las cuentas de la casa hasta hará una hora.

—Por favor, no necesita disculparse conmigo. —Virginia se apoyó el bolsito sobre la falda y comenzó a quitarse los guantes—. Sé que mi visita es inesperada. No le restaré mucho tiempo, se lo aseguro. Debo regresar a mi casa pronto.

Él dirigió una mirada significativa hacia el reloj.

—Entiendo. Siendo usted una mujer soltera, no querrá permanecer en mi compañía por mucho tiempo.

—¿Señor?

—¿Recuerda usted nuestro último encuentro? Yo no he podido olvidarlo.

Ella apretó los labios.

—Me gustaría que no hablemos de ello.

Él curvó los labios.

—Además existe la posibilidad de que alguien la vea en la calle al terminar nuestra entrevista y saque conclusiones apresuradas, ¿verdad? —concluyó, divertido.

—Eh, sí, claro.

—Si bien cuenta usted con la presencia de mi familia en la casa, dudo mucho que sus amistades consideren a los míos como chaperones confiables.

Ella inclinó la cabeza. Asintió. Una vez más no parecía saber qué hacer con los dedos.

—Muy bien, Virginia. Hablemos de lo que la trae hasta aquí.

—Contra todas las recomendaciones de mi tía, he decidido acudir a usted por ayuda —dijo finalmente.

—¿Su tía está al tanto de su visita a mi casa a estas horas de la noche?

—No exactamente.

—Lo imaginé. ¿Qué sucede, Virginia?

Ella presionó las manos sobre la falda.

—Alguien que conozco está en dificultades —comenzó. Quería alejar de sí la imagen de su tía enterándose de su visita al señor Rivera. Le daría un patatús—. Bueno, no la conozco muy bien. De hecho, nos habremos cruzado dos o tres veces en la ciudad, y un par más en acontecimientos de carácter familiar en la infancia, como mucho. La relación entre ambas es distante, a decir verdad, inexistente, pero como ella está en dificultades y se ha visto involucrada en el asunto otra persona inocente, además, creo que tengo la obligación de ayudarla.

—¿A quién se refiere exactamente?

—A Cordelia. Cordelia Bloise..., mi media hermana.

—Comprendo.

Virginia lo miró. Intentó aparentar una tranquilidad que no sentía.

—¿Qué sucedió con la señorita Bloise?

—Cordelia desapareció.

Él enarcó una ceja.

—Explíquese.

—Esto es muy incómodo. Señor, ¿puedo confiar en su discreción?

—Por cierto. Esperaré por su permiso para revelar todo lo que me diga esta noche por la prensa.

Virginia enrojeció a causa de la vergüenza.

—Discúlpeme, no quise ofenderlo.

—No lo ha hecho.

Virginia vaciló.

—Cordelia es hija del segundo matrimonio de mi padre, el señor Gerardo Bloise, pero supongo que usted ya lo sabe —dijo—. Dicen que usted lo sabe todo.

—Una creencia fascinante, pero errada. Continúe, por favor.

Ella asintió.

—Cordelia escapó de su casa hará un par de semanas, poco más tal vez —dijo—. El señor Bloise no ha podido encontrarla. Se supone que ha huido con un hombre, con quien pretendía su mano, el señor Rodrigo Fonseca, pero él afirma no saber nada de ella desde que mi padre le prohibió relacionarse con ella.

—Pero usted duda de la palabra de este caballero.

—Sí. Él no es un caballero. No me malinterprete, señor. Creo que un hombre puede considerarse un caballero, aunque carezca de fortuna y posición, si se conduce como uno, pero este hombre... —Hizo un gesto con la mano—. Si lo conociera usted, lo entendería. Es sumamente desagradable en el trato.

—¿Ha hablado usted con él?

—Sí.

Franco la observó con brutal intensidad. Notó el rubor en las mejillas, la mirada huidiza, la sombra de disgusto que le cruzó el semblante. De repente, él percibió que el estómago se contraía con una sospecha.

—¿La atacó? —preguntó con suavidad, pero la cólera fue evidente en esa gélida mirada.

—¿A mí? No, por Dios, pero mi encuentro con él fue sumamente desagradable.

—¿Por qué?

Virginia apretó los labios.

—No puedo acusarlo de nada en particular, pero cuando me entrevisté con él en una confitería, tuve la impresión de que se reía de mí —dijo—. En sus palabras, en sus gestos, incluso en su mirada se adivinaba la burla. Un auténtico caballero jamás haría algo así.

—Entiendo.

—Cuando me habló, lo hizo como si yo fuera una... una furcia —concluyó en voz muy, muy baja.

Franco la observaba pensativo.

—¿Qué le hace pensar que el señor Fonseca conoce el paradero de su hermana? —preguntó.

—Después de nuestro encuentro, esperé en la calle por él. Quería saber qué haría luego, y seguirlo, si estaba dentro de mis posibilidades. Durante la entrevista le di a entender que, si bien había engañado a mi padre, yo no confiaba en sus palabras. Cordelia debía estar con él. Jamás habría huido de su casa si no supiera que sería bien recibida por el hombre que amaba. Logré ir detrás hasta la vivienda que está alquilando en la ciudad, y me quedé allí, a media calle de distancia, por si veía a mi hermana con él.

Franco se inclinó hacia adelante.

—¿Usted lo espero en la calle? —preguntó con suavidad.

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Y luego lo siguió?

—Sí, eso dije. Concéntrese por favor.

—¡Jesús!

Virginia lo miró, sorprendida.

—¿Le sucede algo?

—¿Siempre es tan estúpida o solo en determinadas ocasiones?

—¿Disculpe?

Franco endureció la expresión.

—Si el señor Fonseca es el hijo de puta que usted parece creer que es, no dudaría en torcerle el bonito cuello si la cree un obstáculo para sus planes, cualesquiera sean estos. ¿Ha pensado en eso o solo ha actuado en consonancia con su escaso sentido común?

Virginia abrió la boca y luego la cerró, pasmada.

—Nunca antes ningún caballero se ha atrevido a hablarme como lo ha hecho usted ahora —dijo altiva.

—Y ahí tiene las consecuencias. —Hizo un gesto con la mano. El humo del cigarro tiñó de gris el cálido resplandor que la lámpara echaba sobre él—. Continúe.

Virginia le dirigió una mirada de disgusto.

—Como le decía, esperé por Cordelia —continuó—. Pero ella nunca apareció. En cambio, sí vi al señor Fonseca abandonar la casa con un par de bártulos. Parecía estar muy apurado. Llamó a un vehículo de alquiler y desapareció en las inmediaciones del puerto. Me acerqué entonces a la casa y pedí hablar con la casera. La señora Ayala resultó ser una ancianita encantadora. Me invitó a comer un refrigerio mientras se explayaba a gusto sobre las impresiones que tenía del señor Fonseca. En su opinión, no es un caballero. Coincidí con ella. Le pregunté si sabía cuándo volvería ese hombre: me dijo que, gracias a Dios, nunca. Saldó el alquiler, tomó sus pertenencias y se marchó. Le pregunté si sabía adónde había ido, y me dijo que no, pero, añadió, que muy probablemente su destino era Empedrado.

—¿Eso dijo?

—Sí. Cuando la señora Romilda Fonseca, la madre del señor Rodrigo, estuvo en la pensión, la señora Ayala creyó oírle hablar sobre un lugar en Empedrado, una casa en las cercanías del río, donde lo esperaría en cuanto decidiera dejar la ciudad.

—¿Habló usted de esto con alguien más?

—Sí, con mi padre —respondió ella con un mohín—. El señor Bloise no quiso escucharme.

—No me sorprende. ¿Qué le dijo usted?

—Le hablé de mis sospechas sobre el señor Fonseca y de la posibilidad de que Cordelia esté oculta en algún lugar de Empedrado, probablemente en esa casa, pero dijo que no era un tema que me concerniera, que debía dejar de hacer tonterías.

—Me temo que concuerdo con su padre —dijo Franco serio. Le disgustó reconocer que su admiración por Virginia había aumentado en varios puntos, pese a que consideraba sus acciones irresponsables y peligrosas.

Ella se mostró dolida.

—¿Usted también me ignorará? —preguntó desvalida.

—No, Virginia. Debo confesarle que ignorarla ya me parece una proeza imposible. —Franco clavó en ella unos ojos verdes, fríos y despóticos—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Qué puede importarle a usted lo que haga o deje de hacer una hermana a la que ni siquiera llama como tal?

—Quizá piense usted muy mal de mí, señor, pero concuerdo con usted. No debería importarme este asunto, y le aseguro que no me implicaría en él si no estuviese involucrada en el entuerto una persona que aprecio mucho.

Franco curvó los labios.

—Jamás pensaría nada malo de usted. Lo que es está a la vista —dijo—. ¿Puedo saber quién más está involucrado en todo esto?

Ella apretó las manos sobre la falda.

—La señorita Enriqueta Machado.

—¿La mujer que se define a sí misma como anarquista a través de la pluma?

—Sí —dijo Virginia—. Yo no lo sabía, pero Cordelia es una buena amiga de Enriqueta, y siempre ha estado en conocimiento de la relación que unía a mi hermana con el señor Fonseca. Cuando Cordelia desapareció, mi madrastra creyó conveniente informar al señor Bloise de la amistad que une a mi hermana con Enriqueta, por lo que mi padre no tardó en concluir que la señorita Machado había ayudado a su hija a huir.

—Una suposición de lo más razonable.

—Errada, sin embargo —declaró Virginia—. Discretamente, por supuesto, el señor Bloise decidió involucrar a la policía. Por lo que, ahora, Enriqueta se encuentra presa en su propia casa, por respeto a su avanzada edad, custodiada por dos hombres, a la espera de que confiese su participación en la desaparición de mi hermana y ayude a mi padre a conocer su paradero.

—Pero usted no cree que la señorita Machado esté involucrada en todo esto —concluyó Franco pensativo.

—Por supuesto que no. Ella, como yo, considera al señor Fonseca despreciable. Intentó advertírselo a Cordelia, aunque ella no quiso escucharla.

—Entiendo.

Virginia se mostró de pronto desesperada.

—He hecho todo cuanto ha estado a mi alcance por ayudar a Enriqueta, pero ya no puedo seguir sola. Por esto estoy aquí, señor, para suplicarle ayuda.

Franco le dirigió una mirada especulativa.

—¿Qué espera de mí, Virginia? —preguntó. La voz aterciopelada resonó en la penumbra con enervante suavidad—. ¿Desea que haga valer mis mentadas influencias sobre la policía local y libere a su amiga de este problema?

—No, señor. Enriqueta saldrá de esto por sus propios medios cuando se pruebe que no ha tenido relación alguna con la desaparición de Cordelia. —Virginia lo miró a los ojos—. Lo que necesito de usted es información.

—¿Información?

—Sé que tiene usted ojos y oídos diseminados por toda la ciudad. Estoy segura de que puede descubrir qué sucedió con Cordelia desde que decidió abandonar su casa. Si, como estoy segura, el señor Fonseca está relacionado con la desaparición.

Franco la miró un momento en silencio, luego torció los labios a un lado. Se recostó contra el respaldo del sillón y estiró las piernas. Le dio una pitada al cigarro.

—Es usted una mujer muy extraña —dijo.

Si la sorprendió la declaración, Virginia no lo demostró.

—Bueno, sí, si se refiere usted a mi conducta habitual, no puedo más que concordar con su opinión. No acostumbro seguir los dictados sociales, a menos que me convenga hacerlo; ciertamente, prefiero hacerme mi propia opinión de las cosas.

—Admiro su sinceridad, mucho más su valor, pero no me refería a eso —dijo él y no se explayó más al respecto—. ¿Le dirá a su tía que ha venido usted a verme? Entiendo que no le caigo en gracia.

—No creo que sea necesario ponerla al tanto de todos mis actos. Se inquietaría.

—Por supuesto.

—Mi tía es un poco nerviosa. Tiende a alarmarse con tonterías. Parece creer que me meteré en problemas si no está al pendiente de mí.

—Imagínese.

—Además, se ha estado comportando de manera extraña últimamente, y no quiero preocuparla con un asunto que no la concierne. Ella no siente ningún aprecio por el señor Bloise, mucho menos por su nueva esposa y la hija que tuvo con ella. Me aconsejaría no meterme en este asunto; luego, añadiría que la señorita Machado saldrá con bien de todo esto, teniendo como tiene, muchos amigos de su lado.

—Pero usted no lo cree.

—Mi padre se ha encaprichado con ella. Está convencido de que sabe dónde está Cordelia. La mantendrá bajo custodia hasta que encuentre alguna razón de peso para creer en su inocencia. Temo que la maltrate, ¿sabe usted? El señor Bloise puede ser muy cruel.

—Dios no le permita mentir.

Ella lo miró, sorprendida, y él hizo un gesto con la mano.

—Bien, Virginia, creo que le agradará saber que puedo ayudarla desde ya con cierta información —dijo. Aplastó la punta del cigarro en un cenicero de cristal—. Como usted bien sospecha, tengo ojos y oídos

en toda la ciudad, y me han llegado rumores sobre la huida de su hermana.

— ¿En serio?

— Muy en serio. No le mentiría sobre un asunto tan delicado.

— Me dejó hablar de todo esto sin decirme nada.

— Una lamentable falta de mi parte. Estoy seguro de que usted, en su infinita misericordia, sabrá perdonar mis nefastos modales.

Virginia tuvo la desagradable sospecha de que al señor Rivera le importaba muy poco la fuga de su hermana, pero tenía un auténtico interés por algo relacionado con ella. De otra manera, no se explicaba que prestara oídos a rumores referentes a una huida de enamorados.

— ¿Sabe dónde está ella? — preguntó ansiosa.

— Tanto no, pero puedo decirle que tiene usted razón. Sé de un par de personas que la han visto abordar un vapor con destino a Empedrado en compañía de una señora mayor. Permítame felicitarla por sus pesquisas. Ha dado usted en el clavo. Con toda seguridad, su hermana está oculta en las cercanías del río, en la casa de esta buena mujer.

— ¿Sabe quién es la mujer que la acompañaba?

— Romilda Fonseca.

— ¡Lo sabía! — Virginia compuso una sonrisa y se puso de pie. Comenzó a abrocharse los alamares debajo de la capucha—. Gracias, señor Rivera, muchas gracias, de verdad. Hablaré de esto con mi padre. Estoy segura de que confiará en mí, ahora que cuento con la información que tan amablemente ha sabido usted compartir conmigo. Encontrará a mi hermana y todo este desagradable asunto se resolverá. Estoy en deuda con usted. Si puedo ayudarlo en algo, no dude en ponerse en contacto conmigo.

— Un momento, Virginia.

Ella se detuvo confundida.

— ¿Sí, señor?

— No estoy del todo seguro de que este asunto pueda arreglarse de una manera tan sencilla.

— No lo entiendo.

Los ojos de Franco se clavaron en la mujer, glaciales.

—No creo que el señor Fonseca sea tan desprevenido como para tener a su hermana a la vista de todo el mundo. Además, y estoy seguro de que esto la enojará por su injusticia, no se me tiene en buena estima en la ciudad. Créalo o no, nadie confía en mi palabra. Su padre la ignorará, por lo que los esfuerzos que ha hecho por ayudar a su hermana habrán resultado en vano.

Virginia se dejó caer en la silla atontada.

—¿Entonces...? —preguntó, de pronto, desanimada.

—Considero que deberíamos dejar al señor Bloise fuera de esto por el momento —continuó él con suavidad—. Estoy seguro de que su intervención, en caso de haberla, no haría más que complicar esta situación. El señor Fonseca, incluso, podría considerar la posibilidad de convertir una simple fuga de enamorados bajo la vigilancia de una chaperona en una boda a hurtadillas. Entonces, me temo, ya no habría nada que usted o su padre puedan hacer para alejar a la señorita Bloise del desagradable pretendiente.

Virginia lo miró desalentada.

—Oh —soltó sin saber qué más decir.

Él curvó los labios a un lado.

—Sin embargo, hay una solución —dijo.

—¿Sí, señor? —Ella se mostró de pronto esperanzada—. ¿Cuál podría ser?

—Que yo la ayude, aunque, como se sabe, el diablo siempre espera obtener algo a cambio de sus servicios. Es lo justo, ¿no lo cree así, Virginia?

Ella sonrió. Si bien en los ojos se manifestó cierta alarma, en la expresión no reveló más que una ligera curiosidad.

—¿Acaso está usted haciéndome una proposición indecente, señor Rivera? —preguntó con suavidad.

Él curvó las comisuras de los labios.

—No. ¿Me cree usted capaz de proponerle algo así?

—Sin duda alguna, señor.

Él se mostró pesaroso.

—Veo que mi fama me precede —dijo.

Ella lo miró, debatiéndose entre confiar en él o mostrarse cautelosa. Virginia pensó que lo más sensato sería abandonar esa casa y mantenerse a prudente distancia de ese canalla, pero, al parecer, la sensatez, como decía Mamá Gigi, no era una de sus virtudes. Lo miró con vivacidad.

—¿Qué pretende de mí, señor Rivera?

—Usted y yo nos entendemos muy bien, Virginia. Conozco sus defectos y usted los míos. ¿No le agradecería contarme entre sus amigos?

Ella no necesitó pensarlo.

—Claro que sí. —Virginia tendió la mano hacia él. Sonreía con calidez. Las mejillas rosas resaltaban el gris acerado de esos ojos bonitos. Su mirada cordial, afectuosa, no podría ser más inocente—. ¿Debo sellar nuestro pacto con sangre o con estrecharle la mano bastará?

Franco la miró un momento, incrédulo, y luego torció las comisuras de la boca en una sonrisa. Le tomó la mano, la acercó a sus labios y depositó un beso suave en el dorso.

—Con esto bastará —dijo sin apartar los ojos de los de ella.

Virginia enrojeció, de pronto cohibida, con el recuerdo de otros besos grabado a fuego en su mente.

—Bien —dijo presurosa. Lo miró a los ojos mientras se decía a sí misma que no era una escolar recién salida de las aulas ni una tontuela. Podía enfrentar esa mirada. Un beso en la mano era de lo más común. Nada importante. Un detalle. Poco más que un saludo. Una tontería, después de los besos que habían compartido—. Ahora que somos amigos, ¿podría compartir conmigo esa posible solución a este desagradable asunto que me ocupa? ¿De qué se trata?

Franco abrió una de las gavetas del escritorio y extrajo una nota. Se la entregó y Virginia la desplegó frente a sus ojos, intrigada.

Buenos Aires, 19 de junio de 1913.

Al señor Dante Rivera:

Me es grato invitarlo en nombre del Directorio de Ciudad de Invierno, que tengo el honor de presidir, a las fiestas de inauguración que han sido fijadas para los días 28 y 29 de junio; deberá usted partir con los invitados que residen en la ciudad de Corrientes el día 25 en el vapor *Formosa*, contratado al efecto por la sociedad.

Considere usted la presente una invitación oficial extensiva a su familia y amigos.

Quiera usted aceptar mi más distinguida consideración.

Pedro O. Luro

Presidente

Sociedad anónima Ciudad de Invierno

Avenida de Mayo 623

Virginia alzó la vista maravillada.

— ¿Esto es...?

— Una invitación, como puede ver.

— Y está dirigida a usted.

— ¿La asombra?

— Lo lamento, no quise ser descortés.

Franco asintió.

— Sé que no. — No apartó los ojos de los de la muchacha mientras la evaluaba en silencio—. Tengo amigos en todos lados, Virginia, y de todas las clases sociales. Si esto la pasma, permítame recordarle que el diablo tiene acólitos de los más variados orígenes, y que todos ellos pueden resultar de bastante utilidad, llegado el caso.

— Sí, sin duda — musitó ella sin saber qué otra cosa decir o a qué quería llegar el señor Rivera al mostrarle aquella invitación.

—Como usted sabe, Ciudad de Invierno ha sido un sueño largamente acariciado por importantes accionistas como el doctor Nicolás Avellaneda, el ingeniero Atanasio Iturbe y el doctor Benjamín Solari, entre otros importantes miembros de la *high class* —dijo él con calma—. El alojamiento del Hotel Continental y sus muchas y variadas dependencias están siendo debidamente acondicionados para recibir a lo más selecto de la sociedad a partir de las fiestas de inauguración.

—Entiendo que el programa de obras es más grande que el original. Construida sobre las barrancas del Paraná, la Mansión de Invierno debe ser un edificio maravilloso.

—Lo es. —Franco recuperó la nota, la dobló y la dejó caer en el interior de la gaveta—. Creo que esa invitación es una excelente excusa para ir a Empedrado sin alarmar al señor Fonseca.

Virginia le ofreció una brillante sonrisa.

—Qué amable de su parte considerar esto como una oportunidad de ayudar a Cordelia —dijo.

—Por cierto, una vez allí no será difícil buscar a la señorita Bloise para luego devolverla a salvo a los cariñosos brazos de su señor padre. No hay muchas personas que se atrevan a negarle algo al diablo, mucho menos si tiene dinero que ofrecer a cambio de información.

Los ojos de la joven se iluminaron al comprender.

—Es una excelente idea, señor. Es usted muy inteligente. Estoy impresionada.

—Gracias.

—No sé cómo agradecer tanta buena predisposición al invertir su tiempo en la búsqueda de Cordelia. Estoy segura de que mi padre le estará eternamente agradecido por la ayuda.

—No estoy muy seguro de ello, pero puede usted pensar eso si la hace feliz.

—No comprendo.

—No importa. —Franco buscó su mirada—. Asistiré a la inauguración de Ciudad de Invierno, jamás me perdería tan interesante velada, pero no estaré allí solo por diversión. Tengo una gran variedad de intereses financieros entre los invitados a tan importante evento. Tengo que ocuparme de ellos.

—Por supuesto, lo entiendo. Estoy segura de que tendrá éxito en los negocios, señor.

—Virginia.

—¿Sí?

—Me gustaría que pensara en la posibilidad de acompañarme a las fiestas de inauguración de Ciudad de Invierno.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Cómo dice? —exclamó.

—Si está usted conmigo, estoy seguro de que me será más sencillo desligarme de mis muchas obligaciones para ayudarla a encontrar a la señorita Bloise. Usted sería, a mi lado, una buena excusa para no tratar con mis conocidos por más de unos pocos minutos.

Ella lo miró confundida.

—¿Quiere usted que lo acompañe a esa fiesta? —preguntó incrédula como si no hubiera escuchado nada de lo que él había dicho.

—Sí.

—Señor, eso sería escandaloso. ¿Espera usted que acepte su convite así como si tal cosa?

Franco sonrió al ver el espanto reflejado en el rostro de la dama.

—No se preocupe —dijo—. Estará a salvo conmigo. Pero si teme por su reputación, hágase acompañar por su empleada. De hecho, puede usted considerar extensiva mi invitación a todos los miembros de su familia. Creo que con eso bastará para acallar los rumores.

Virginia se imaginó a sí misma comentándole a Mamá Gigi la novedad, y no quiso imaginar el sopapo que le echaría. Lo miró. Ese hombre debía ser un canalla realmente, si no tenía empacho en proponerle un viaje a Empedrado como si tal cosa, cuando ambos estaban solteros y llevaban sobre sí el peso de una, si no funesta, al menos, incómoda reputación: de ella se creía que era una sabelotodo

que abogaba por la libertad sexual en todas sus formas; de él, bueno, como poco, que tenía bajo su férula a media docenas de la más variada fauna delictiva.

—Dios mío —musitó todavía sorprendida.

Franco la miró con ojos velados.

—No le haría una propuesta semejante si hubiera otra manera de ayudar a su hermana y a su buena amiga, la señorita Machado. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Además es usted una muy buena amiga. Me gustaría tener su compañía.

Virginia lo miró, recelosa.

—¿Puedo preguntarle qué piensa hacer exactamente para ayudarme? —preguntó.

—Me temo que no. Mis planes no le conciernen. Le basta con saber que los tengo y que no tendrá quejas sobre los resultados.

—Entiendo.

—Todos sus gastos estarán cubiertos, por supuesto. También los de su familia, si aceptan acompañarla en esta aventura. Si necesita algo en particular para este viaje, no dude en comprarlo. Solo envíeme la factura.

—No podría...

Él la ignoró.

—Se hospedaré en el hotel y disfrutará de las vastas dependencias cuanto y como desee. Quiero que se divierta, Virginia, porque nadie debe saber la verdadera razón de ese viaje. Para sus amigos y conocidos, usted y su familia estarán allí como mis invitados.

—Comprendo, pero ¿está usted consciente de que los rumores serán intolerables?

—¿Rumores?

—Discúlpeme, pero a usted no se lo conoce por ser precisamente un caballero; en cuanto a mí... —Ella hizo un gesto con la mano—. Bien baste decir que mi nombre ya es la comidilla de media ciudad a

causa de mis ideas libertarias. ¿Qué cree que se dirá de nosotros si nos saben juntos en este viaje, incluso si voy con mi familia?

—¿Acaso importa?

—¿No debería importarme?

Él le dirigió una mirada especulativa.

—Sin duda ver a su hermana lejos de las garras de ese impetuoso enamorado y a la señorita Machado libre de toda sospecha la ayudarán a tolerar los intrascendentes comentarios que suscitará nuestra amistad.

—Sí, pero...

—Si le molesta particularmente la perspectiva de verse señalada por la calle, puedo asegurarle que no sucederá. Bastará con que usted me dé el nombre de quien ha tenido la insolencia de insultarla que yo me ocuparé de recordarle a quien sea los buenos modales.

Virginia observó esos ojos verdes, pálidos y fríos, la expresión gélida de ese rostro, la siniestra cicatriz que le cruzaba la cara: no tuvo duda alguna de que nadie se atrevería a pronunciar una ofensa contra ella, si el señor Rivera permanecía de su parte.

Inclinó la cabeza y lo observó pensativa.

—¿Puede darme un tiempo para evaluar todo esto con la debida perspectiva? —preguntó—. No me siento capaz de tomar una decisión en este momento.

—Como guste. Envíeme un mensaje con la decisión. Si resuelve aceptar mi ayuda y mis condiciones, le daré los detalles pertinentes a nuestro viaje.

Virginia asintió.

—Estoy segura de que sus planes funcionarán, sean cuales fueran.

—No lo dude. Mis planes siempre funcionan —dijo él con suavidad.

Pasos presurosos se oyeron en el umbral y, de pronto, una joven de pelo oscuro y piel cetrina empujó la puerta y franqueó el umbral muy preocupada.

—¡Señorita! ¿Está usted bien? —preguntó y observó, vacilante, de reojo al señor Rivera—. Disculpe la intromisión, pero ya ha estado usted mucho tiempo fuera de casa. Mamá Gigi podría notar su ausencia.

Virginia asintió y ensayó una sonrisa.

—Debo irme, señor Rivera —dijo.

—Una cosa más, Virginia.

—¿Sí, señor?

—Tengo entendido que vive con usted un hombre. Salvador, ¿cierto?

—Sí, señor. Mi tía lo crio. Crecimos como hermanos.

—Entiendo que está buscando un empleo.

—Sí, así es. Desea ayudar con los gastos de la familia.

—Mi casa es muy grande. Hasta la llegada de mi familia admito que la descuidé. Necesita una serie de reparaciones que no estoy en condiciones de realizar por mí mismo —dijo Franco con lentitud. Los ojos reflejaron cierta diversión del caballero—. ¿Le molestaría decirle de mi parte que, si le interesa ayudarme con eso, le pagaré muy bien por su tiempo?

—Es usted muy amable...

—Solo actúo según mis intereses, Virginia. ¿Recuerda? —Franco hizo un gesto hacia el pasillo—. Permítame acompañarla hasta la puerta.

—No se preocupe, conozco el camino. —Virginia abrochó los alamares de la capucha—. Discúlpeme otra vez por haberlo importunado en su casa.

Franco curvó las comisuras de los labios a un lado.

—Buenas noches, Virginia —dijo. Le tomó la mano y le depositó otro beso en el dorso.

Ella se ruborizó.

—Buenas noches, señor. —Ella le obsequió una última sonrisa, se volvió y desapareció en el pasillo con Josefa a la zaga.

Giuliana se detuvo junto a la ventana que daba a la calle. Tiró de la cortina y observó a la señorita Bloise subir a un coche de alquiler en compañía de la asustadiza Josefa.

—Supongo que ya la tienes en tus manos —dijo.

—Sí.

Ella se apoyó en el alfeizar de la ventana.

—No dudo de que puedas ayudarla a encontrar a su hermana. ¿Pero qué le exigirás a cambio de tan importante favor?

Franco le dirigió una mirada dura e imperturbable.

—¿Estabas escuchando detrás de la puerta?

—Viejos hábitos.

Él la miró con frialdad.

—Esto no te incumbe, Giuliana —dijo seco.

—¿Qué se siente saber que destruirás la vida de una inocente, Franco? ¿Qué crees que pensará cuando se entere de tus planes para vengarte de su padre? Como poco, que te has acercado a ella para utilizarla a tus fines.

—Ella confía en mí.

—Eso es lo que más le dolerá. Que después de haber confiado en ti, le destroces el corazón.

Franco endureció la expresión.

—Sabes cuál es tu parte del plan —dijo cortante—. Atente a él y no te inmiscuyas en lo que no te concierne.

Giuliana esbozó una triste sonrisa.

—Confiar así en el lobo, de rodillas y con los ojos cerrados —dijo—. Qué inocente corderito resultó ser esa mujer, ¿no?

CAPÍTULO 15

Agostina estaba sentada en la galería exterior de la casa, envuelta en un pesado chal de lana color ciruela. *Pedro* se encontraba a su lado, acostado a los pies de la mecedora. La puerta de calle estaba abierta y el fulgor de una lámpara había formado un rectángulo perfecto de luz sobre las baldosas.

Cuando Virginia empujó el portón y entró a la casa, Agostina corrió a su encuentro, seguida de cerca por *Pedro*. La envolvió entre los brazos aliviada.

—Querida —dijo—. Estaba muy preocupada por ti.

Su perfume flotó alrededor de la joven, que supo que la mujer había estado bebiendo. Su tía siempre se echaba una buena cantidad de agua de rosas cuando bebía a hurtadillas y no quería ser descubierta.

—¿Estás bien, hija? —preguntó la anciana—. No me des estos sustos. Cuando Mamá Gigi dijo que no estabas en tu habitación y que te habías llevado a Josefa contigo a la calle, a estas horas de la noche, imaginé tantas cosas... ¿En dónde estabas?

—Tenía que hablar con un amigo —dijo Virginia evasiva. Eludió a *Pedro* y entró a la casa mientras dejaba el abrigo en manos de Josefa.

La criada parecía aterrada. En su opinión, esa noche, la señorita Bloise había hecho un pacto con el mismísimo diablo: no obtendría nada bueno de ello.

—¿Qué amigo? —quiso saber Agostina, desconfiada.

—Tía, por favor.

—Has ido a ver a ese canalla, al señor Rivera, ¿no es así? Virginia, te advertí que no lo hicieras. Ese hombre no es un caballero.

Ella la miró y pensó que nunca había podido ocultarle nada a Agostina.

—Lo es, tía —dijo finalmente.

—¡Mamá Gigi! —Agostina se apresuró al encuentro de la india cuando la vio avanzar por el pasillo ceñuda—. ¡Ay, Mamá Gigi!

—¿Qué sucede aquí?

—Virginia fue a casa de ese diablo, del señor Rivera, tal y como temíamos.

—Se lo dije, señorita. A esta niña cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien pueda con ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Las murmuraciones serán terribles.

—¿Qué murmuraciones? —Virginia comenzó a quitarse los guantes frente al espejo que colgaba de una de las paredes del vestíbulo—. Nadie me vio.

Mamá Gigi puso las manos en las caderas y la miró huraña.

—Veo que al menos tuvo usted el buen tino de llevarse a Josefa con usted —dijo.

—Yo no quería ir, Mamá Gigi, pero la señorita me obligó —se apresuró a decir Josefa desde el umbral. No parecía saber qué hacer con el abrigo de su patrona—. Ya sabe usted cómo es.

La india la ignoró. Fijó los ojos negros en Virginia.

—Salvador iba a ir por usted, pero luego le dije que se quedara aquí. El daño ya está hecho, supongo.

—Ay, Mamá Gigi.

—¿Vio usted a ese hombre?

—Sí.

—Ya que está usted de una pieza, supongo que se portó como el caballero que quiere creer que es.

—Sí, por supuesto.

—Y le habló usted de la situación de esa muchacha, la hija de su padre.

—Sí.

—¿Entonces? —Mamá Gigi franqueó la puerta de la sala—. ¿Qué dijo?

Virginia se volvió y vio a su tía detenerse junto a la chimenea, con los ojos fijos en ella. Estaba horrorizada. Josefa y Salvador estaban de pie cerca del umbral de la puerta, expectantes. Suspiró.

—Dijo que me ayudaría a encontrar a Cordelia —musitó. Se acercó a la chimenea y tendió las manos hacia las llamas—. Sé que puedo confiar en que lo hará. Es un hombre muy inteligente.

—Sin duda lo es —refunfuñó la india—. Pero dígame, señorita: ¿a cambio de qué le hará ese favor? Que yo sepa ese hombre no hace nada por nadie, a menos que espere algo a cambio. Si lo llaman canalla, por algo habrá de ser.

Virginia se envaró.

—Él es un caballero.

—Es un malhechor —dijo Josefa ofuscada—. Nomás supo que yo estaba de acompañante le pidió a esa mujer, a la señorita Giuliana, que segurito no es ninguna santa, que me dejara en la cocina, como a una empleaducha cualquiera. Que se me caiga la lengua si ese hombre no quería tener a la señorita Virginia sola en su guarida, quién sabe para hacerle qué.

—Por Dios, Josefa. —Virginia estaba comenzando a enojarse con el asunto—. Cállate y deja de decir tonterías.

Durante todo el camino de regreso a casa había escuchado una perorata de parte de la muchacha, primero sobre las posibles obligaciones de la señorita Giuliana Ferrini en la casa del señor Rivera, y luego sobre el descaro que implicaba visitar a un hombre soltero a tan altas horas de la noche, y no cualquier hombre, no señor, sino un canalla, un delincuente y, quizás, hasta un asesino.

—En ningún momento me faltó el respeto. Se mostró, por el contrario, de lo más amable —dijo.

Josefa respondió petulante:

—Eso dice usted.

Virginia hizo un gesto hacia el final del pasillo.

—Sal de aquí. Vete a la cocina. Estás poniendo nerviosa a mi tía y a Mamá Gigi con tus bobadas.

Josefa frunció los labios ofendida.

—Yo nomás decía —rezongó.

—Vete a la cocina —ordenó Mamá Gigi con aspereza—. Puse chocolate al fuego. No dejes que se queme. Salvador, acompaña.

—¿Y para qué necesito yo de Salvador? —se quejó Josefa—. Este monigote nomás estorba.

—Vete ya si no quieres un chirlo en el cachete —amenazó la india ceñuda—. Salvador vigílala. No quiero que le eche nada a mi chocolate. La última vez casi me lo arruina.

Salvador asintió, pero, antes de seguir a Josefa al fondo de la casa, observó a Virginia, preocupado.

—¿Seguro que está usted bien, señorita? —quiso saber.

—Sí, Salvador, gracias por preguntar. —Ella titubeó—. El señor Rivera te mencionó esta noche.

—¿A, mí? ¿Por qué?

—Dijo estar enterado de tus intentos de encontrar un trabajo e insinuó la posibilidad de contratarte para poner a punto su casa. Dice que está un poco descuidada y que necesita reparaciones. Si estás interesado, deberías ir a hablar con él mañana por la mañana. Te pagará bien.

Salvador vaciló.

—¿Cree que debería ir, señorita?

—No, no debería —dijo Mamá Gigi tajante.

—Es un caballero, Salvador —aseguró Virginia a su vez—. Pero es tu decisión.

—Hay tantos rumores sobre el señor Rivera...

—Rumores espeluznantes —enfaticó Agustina.

—También sobre mí, y ni la mitad de ellos son ciertos —se ofuscó Virginia—. Ve a hablar con él, Salvador. Estoy segura que te llevarás una buena impresión. Y, si no te agrada, siempre puedes rechazar su oferta.

—Sí, señorita —dijo el indio. Después de intercambiar una mirada con Mamá Gigi, abandonó la sala con pasos presurosos.

—Ese canalla no es nada bueno, no señor —dijo Mamá Gigi, que se dejó caer en un banquillo junto a la puerta—. Basta con mirarlo para saberlo.

Virginia arrastró una silla frente a la chimenea y se sentó junto al fuego. Tenía las manos heladas.

—Mamá Gigi, puedes retirarte también —dijo tensa—. Tengo que hablar con mi tía a solas.

La india cruzó los brazos contra el pecho.

—Permítame decirle que ni su abuela, que Dios la tenga en su Gloria, nunca se atrevió a mandarme a la cocina cuando tenía algo que decir sobre lo que sucede en esta casa, y su tía mucho menos. No será una mocosa como usted quien me muestre el camino al fogón.

Virginia apretó los dientes.

—Entonces deja de referirte de esa manera al señor Rivera.

—Insisto, no es un caballero —dijo la mujer ceñuda—. Pero puede usted creer lo que quiera. Lo hará de todos modos, no importa lo que tenga yo que decir al respecto. Ahora hable: ¿qué tiene usted para decirle a su tía que yo no puedo escuchar?

Virginia hizo girar los ojos.

—¡Y no me haga esos gestos, que todavía no es tan mayor como para que no pueda yo darle un buen cachete!

—Mamá Gigi, por favor. La estás poniendo nerviosa —dijo Agostina, al tiempo que ocupaba su lugar junto al fuego. Tomó, cariñosa, las manos de su sobrina entre las propias—. Cuéntamelo todo, Virginia. ¿Qué te dijo ese hombre? ¿Cómo piensa ayudarte?

Virginia asintió y, después de una última mirada hacia Mamá Gigi, procedió a revelarle a su tía los detalles más importantes de su encuentro con Dante Rivera. Concluyó, unos minutos más tarde y no sin cierta incomodidad, comentándole la propuesta de hacerle extensiva a ella la invitación a las fiestas de inauguración de Ciudad de Invierno, además de la sugerencia de que viajara con él a Empedrado para buscar juntos a Cordelia.

—¿Y usted por qué tendría que ir con él? —quiso saber Mamá Gigi desconfiada—. Bien puede quedarse aquí y esperar por novedades.

—El señor Rivera tiene asuntos que atender; no tendrá mucho tiempo para ocuparse de investigar el paradero de Cordelia. Me necesita a su lado para darle un respiro de los negocios, además de ayudarlo en las pesquisas. Dijo que la tía puede acompañarme.

—Esto no me gusta —dijo Agostina.

—Tampoco a mí —aseguró Mamá Gigi—. Ese hombre está planeando algo, lo sé.

Virginia frunció el ceño.

—Mamá Gigi, es suficiente —dijo.

—No dejaré que viajes sola con ese hombre —dijo Agostina ensimismada—. Comprendo que debas ir a Empedrado para buscar a la hija de tu padre, aunque no entiendo por qué tienes tanto interés en ese asunto. Sí, sí, ya me hablaste de la señorita Machado y del aprieto en que se encuentra, también de que tu padre se está mostrando inflexible con ella, todo eso lo comprendo; pero ¿estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí, tía. Él señor Rivera dijo que podría llevar a una acompañante si lo deseaba.

Agostina la miró pensativa. Era obvio que Virginia haría lo que considerara correcto, estuviera ella de acuerdo o no. Asintió.

—Por supuesto. De hecho, no veo por qué no podamos ir todos a Empedrado contigo —dijo. Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado a otro de la sala pensando en voz alta—. Sería una oportunidad para cambiar de aires. El doctor Zanini estaría de acuerdo con esto.

—¿El doctor Zanini? —Virginia la miró sorprendida—. ¿Qué tendría que decir el médico a todo esto?

—Oh, nada de importancia. Ya sabes cómo es. Se preocupa por todo. Tonterías, en realidad. Me comentó hará ya un par de semanas que debería pensar en mudarme a un clima más benigno. Empedrado tiene una temperatura muy agradable en esta época del año. Sí, creo que iremos todos contigo.

—Pero tía... —Virginia la miró alelada—. ¿Quién cuidará de la casa y se ocupará de la tienda?

—Josefa puede quedarse.

Virginia la miró incrédula.

—Mañana por la mañana le enviarás al señor Rivera una nota en la que aceptas su ayuda para hallar a la hija de tu padre, pero rechazarás la amabilidad de ofrecerte pasaje y alojamiento. La prima Leocadia

tiene un chalet en las inmediaciones del arroyo González. Estoy segura de que se alegrará de hospedarnos por un par de semanas.

—Pero tía...

—Silencio —dijo Mamá Gigi satisfecha—. O se hacen las cosas como su tía dice o usted no va a ningún lado.

—Soy una mujer adulta e independiente —dijo Virginia con bríos—. Si quisiera, podría hacer mis maletas e ir con el señor Rivera a cualquier parte, y nadie podría detenerme.

Mamá Gigi entornó los ojos.

—No será una señorita de mi casa quien alimente los chismorreos de los vecinos con tonterías como esa —dijo—. Una palabra más al respecto, y se llevará usted un buen cachete. Ahora cálese y escuche los planes de su tía.

Agostina asintió.

—Escribiré a Leocadia de inmediato —dijo—. Tenemos tanto que poner a punto...

—El señor Rivera piensa que debemos fingir estar disfrutando de las fiestas de inauguración en tanto buscamos a Cordelia —dijo Virginia.

—Oh, cariño, no temas. Irás a esas fiestas de inauguración y podrás ir de un lado a otro del brazo de ese hombre buscando a esa muchacha, pero con Mamá Gigi a la zaga. Trataremos de minimizar el daño. Nadie pondrá en tela de juicio tu reputación si Mamá Gigi está contigo. Todos en la ciudad la conocen. Ella jamás permitiría que alguien te faltara el respeto.

—Pero...

—Necesitas un vestido para la velada inaugural. Mamá Gigi te confeccionará uno. Tendrá que ser muy elegante. De seda y encaje color... ¿ciruela? No. Muy oscuro. Tiene que realzar tus ojos. Verdemar, no. Plateado, sí. Será de color plateado, con un pequeño corpiño ceñido y una miriada de cuentas en el escote y la falda. —Agostina sonrió—. Además de buscar a esa muchacha tonta, quiero que te diviertas. Nunca asistes a ninguna velada y rechazas todas las invitaciones que recibes.

—No recibo más de una o dos cada temporada.

Agostina la ignoró.

—Mientras Mamá Gigi y tú se entienden con ese hombre, yo estaré encantada de quedarme con Leocadia e intercambiar con ella los cotilleos familiares de los últimos veinte años.

—No se imagina usted lo que escuché en el mercado sobre ese hombre —dijo Mamá Gigi dirigiéndose a Virginia.

—¿Y qué será?

La mujer frunció los labios.

—A mí no me ponga esa cara de suficiencia. ¿Cree que no sé que ese bandido le agrada a usted? No sé por qué, pero es así, y comprendo que lo que yo tenga para decirle le interesará muy poco, porque usted ya ha tomado la decisión de que sin importar qué, usted confiará en ese monstruo...

—No lo llames así.

—Le diré algo, señorita: ese hombre, el señor Rivera, es un asesino. Mató a un cristiano. Estuvo a punto de ir a parar con sus huesos a la cárcel por eso. ¿Qué le parece? ¿Qué tiene usted para decirme, eh?

Virginia alzó una ceja incrédula. Si bien sería la primera en reconocer que el señor Rivera parecía carecer de toda misericordia, no lo creía capaz de ultimar a una persona. Al menos no a traición. Recordó la fría determinación de esos ojos verdemar y se estremeció.

—Si lo hizo, sus razones habrá tenido —arguyó.

Mamá Gigi intercambió una mirada con Agostina.

—¿No recuerda, usted, señorita, el escándalo que fue aquello? Amanecía cuando el cadáver de Ildefonso Barrios fue encontrado en la puerta de la casa del señor Rivera por una de las personas que trabajaban para él. La muchacha pegó tal grito que despertó a todo el vecindario. Los rumores afirman que el señor Rivera lo vio en las inmediaciones de su casa la noche anterior y lo atacó sin piedad.

—No me parece creíble. Un asesino se apresuraría a deshacerse del cadáver —dijo Virginia con frialdad—. El señor Rivera es un hombre muy inteligente. Jamás habría dejado a una víctima en su propio umbral.

—Quizás estaba borracho y lo olvidó.

—Mamá Gigi, no deberías prestar oídos a esa clase de tonterías.

—¿Tonterías? ¡Ja! Si tiene a toda la policía bajo su férula, no me sorprende que ese bandido ande por ahí como si tal cosa.

—Los rumores fueron muchos y muy desagradables —dijo Agostina pensativa—. Al parecer, la noche anterior a su deceso, el señor Barrios había bebido demasiado mientras jugaba a los naipes, en una de las mesas de El Paraíso. Cuando lo perdió todo, se puso furioso y golpeó a una de las mujeres que estaban observando el juego. El señor Rivera le propinó una paliza y le advirtió que, si lo volvía a ver otra vez por el lugar, lo mataría.

—Sin duda no se lo puede culpar por defender a las personas que trabajan para él —musitó Virginia.

—Almas descarriadas todas ellas —dijo Mamá Gigi con amargura.

—Todo el asunto se resolvió en pocos días, y el señor Rivera quedó libre de toda sospecha. —Agostina asintió reminiscente—. Todo esto sucedió un par de semanas antes de que se encontrara otro cadáver en circunstancias muy sospechosas, bajo el puente ferroviario sobre el Riachuelo...

—Sí, ahora que lo menciona, recuerdo que los rumores al respecto fueron espantosos —dijo Mamá Gigi meditabunda—. El nombre del difunto era Oscar, sí, Oscar Ortega. Era un ladrón. Le gustaba entrar a casas ajenas y hacerse con la platería como poco. Dicen que intentó esquilmar al señor Rivera y que él lo descubrió.

—Murió a causa de una herida de cuchillo en el abdomen —comentó Agostina.

—Los cuchicheos respecto al señor Rivera volvieron a remontar vuelo debido eso —aseveró Mamá Gigi—. Afirmaban que fue él quien se enfrentó a ese truhán, al señor Ortega, en un duelo a facones, cerca del puente, y que lo mató.

—¿Y la razón sería...? —preguntó Virginia curiosa.

—Nadie lo sabe.

La muchacha suspiró.

—Me gustaría que las dos consideraran la posibilidad de tratar al señor Rivera antes de dar por ciertos los rumores que llegan hasta las puertas de esta casa —dijo tajante—. No estoy dispuesta a tolerar ninguna falta hacia él, ¿está claro?

Agostina y Mamá Gigi intercambiaron una mirada.

—Está bien, querida —dijo la tía mansa—. Te aseguro que no tendrás quejas de mi parte.

—Ese hombre es muy peligroso —refunfuñó Mamá Gigi—. Haría bien en recordarlo. En tanto, yo no me apartaré de su lado.

—Mamá Gigi...

—He dicho. —La india se sacudió la falda con bríos—. ¿Tiene hambre? Hay chocolate caliente si quiere.

—Sí, Mamá Gigi, gracias.

La mujer asintió.

—Suba a cambiarse. Le llevaré una taza a la cama.

Virginia esperó a que la anciana desapareciera en el pasillo para tomar las manos de Agostina entre las suyas.

—Por favor, tía. No dejes que Mamá Gigi me siga a todas partes —dijo en apresurados susurros—. Me dejará en vergüenza con el señor Rivera. Ya sabes cómo es ella.

—Mamá Gigi solo quiere protegerte, querida.

—Pero...

—Todo estará bien, Virginia —dijo Agostina, de buen humor, aunque parecía distraída. Le palmeó el dorso de la mano, afectuosa, y luego le depositó un beso en la frente—. Ahora ve a la cama y descansa.

—Pero, tía...

Agostina hizo un gesto con la mano, descartando así las protestas, y abandonó la sala prácticamente a la carrera. Era obvio que no pensaba quedarse allí a discutir, mucho menos interceder por ella con Mamá Gigi.

Virginia soltó un suspiro y contempló las llamas danzantes. Se negaba a creer todos los rumores que circulaban acerca del señor Rivera y acerca de sus muchas y variadas actividades. Pensó que,

antes de conocerlo, habría dudado de él y de sus intenciones, pero tuvo que reconocer que lo primero que la hacía estar de su parte era el recuerdo del momento en que decidió ayudarla a quedarse con *Midas*. Un hombre que se preocupara así por el bienestar de una extraña, además de por el futuro de un animal viejo y enfermo, no podía ser cruel. De pronto, se sintió incapaz de apartarlo de su mente: rememoró el tono verdemar de esos ojos, la aterciopelada suavidad de su voz, esa cicatriz que no hacía más que acentuar la salvaje apostura del rostro. También recordó los besos y se ruborizó.

No se mentiría a sí misma. Nunca había conocido a un hombre como el señor Rivera, y dudaba de que fuera a conocer a otro que la afectara de la misma manera. ¿Qué la atraía de él? No lo sabía, pero estaba dispuesta a descubrirlo.

Después de todo, pensó, ¿qué más podría hacer? Ya estaba totalmente subyugada por él.

CAPÍTULO 16

Agostina observó incrédula la nota que tenía entre las manos. A pesar de la debilidad que sentía en el brazo izquierdo desde la noche anterior, elevó el papel a la altura de los ojos y releyó las breves líneas que, de hacerse públicas, le destruirían la vida.

—Dios mío —musitó. Estrujó el papel entre los dedos cuando concluyó que no podía hacer nada por evitar el futuro de ostracismo y vergüenza que la esperaba si el autor de aquellas líneas decidía revelar lo que sabía de su pasado.

Con dificultad arrojó la nota a la chimenea y observó cómo las llamas devoraban el papel. Se apoyó en el borde del escritorio presa de una gran debilidad. En la madrugada, ya había sentido la inutilidad de los dedos, pero lo había ignorado. Pensó vagamente que quizás había pescado un resfrío en una de sus caminatas vespertinas.

Las llamas crepitaron entre los leños. Fijó los ojos en ellas. El secreto que había guardado durante años quedaría en evidencia, y su vida estaría arruinada. La vergüenza incluso salpicaría el buen nombre de su sobrina.

* * *

—Ya terminé aquí atrás —dijo Mamá Gigi desde el umbral de la puerta y avanzó hacia la estufa con su característico andar de pato. Estiró las manos hacia el calor. Estaba cubierta de polvo y varias telarañas se le habían adherido a los hombros y a la cofia.

Virginia le dirigió una rápida mirada.

—Deberías descansar un poco —dijo distraída.

—Lo haré, mi niña. Creo que regresaré a casa ahora, si no le importa.

Virginia sonrió.

—¿Quieres tomar un baño? —preguntó.

—Claro que sí, pero la verdad que quiero ir a echarle un ojo a su tía.

—¿A mi tía?

—Esta mañana no la vi muy bien. Me pareció que tenía muy mala cara.

Virginia la miró alarmada.

—¿Crees que esté enferma?

—Bueno, ayer parecía estar bien, pero una nunca sabe. —La mujer agitó la mano—. Usted no se preocupe. Yo iré a casa y estaré al pendiente. Si la veo desmejorar, llamaré al médico y vendré a buscarla. Seguro que no es nada. Quizá estuvo jugando a escondidas otra vez y le pesa en la conciencia.

—Puede ser —musitó Virginia apenada. Su tía ya había hecho eso otras veces. Prometía no volver a jugar y luego lo hacía a hurtadillas.

—Salvador. —Mamá Gigi se detuvo en el umbral—. Quédate aquí y cuida de nuestra Virginia. A esta hora hay muy poca gente en la calle y no quiero saberla aquí sola.

—Acá estoy. —Salvador asintió—. Y aquí me quedo.

La mujer pareció satisfecha, descolgó un abrigo de un perchero que se encontraba detrás de la puerta, se lo puso y salió a la calle sin una palabra más.

* * *

Agostina presionó los dedos contra su brazo. Un dolor sordo comenzó a extenderse a través de los omóplatos hasta el cuello, de allí al resto de la cabeza. Se masajeó las sienes distraída.

En pocas palabras, Ladislao Trujillo le exigía que convenciera a su sobrina de aceptar las atenciones del señor Benicio Andrada o el secreto que había estado guardando durante tantos años saldría a la luz.

Mamá Gigi entró a la biblioteca sin llamar, como era su costumbre, y se dirigió hacia la chimenea. Agostina la miró sorprendida.

—Mamá Gigi, ¿qué haces aquí? —preguntó.

La india se inclinó sobre el hogar que ocupaba gran parte de la estancia y atizó el fuego.

—La señorita Virginia no me necesitaba, así que decidí regresar a casa.

—Entiendo.

—Hace frío, señorita. ¿No quiere que le traiga una manta?

Agostina intentó sonreír.

—Así estoy bien, Mamá Gigi —dijo. Pero no estaba bien. Se encontraba a un paso de la ruina social. Agostina se restregó los ojos cuando la visión se le tornó borrosa. Tendría que ser fuerte para tolerar la vergüenza, la deshonra, las murmuraciones, porque jamás obligaría a su sobrina a aceptar a un hombre por el que obviamente no sentía ni pizca de afecto solo para mantener una apariencia de respetabilidad que era solo eso, una apariencia, una ilusión que había creado a su alrededor.

Mamá Gigi la miró ceñuda un momento. En su opinión, la señorita Agostina no se veía nada bien, pero dudaba de que la dama apreciara un comentario al respecto. La observó preguntándose si debía llamar al médico. En esa casa, a nadie le gustaban las visitas del matasanos; de todos modos, podría llamarlo a hurtadillas. Una vez que el señor Zanini estuviera en la finca, aunque solo fuera por educación, nadie se atrevería a echarlo. Probablemente la señorita Agostina se molestaría con ella, pero no se quedaría tranquila hasta asegurarse de que se encontraba bien.

—Señorita, ¿le sucede algo? —preguntó.

Agostina presionó con fuerza los dedos contra sus sienes. No, no se sentía bien, pero no quería preocupar a Mamá Gigi por una tontería.

—Sí. Solo he tomado un poco de frío.

—Le dije que no debía levantarse de la cama con este tiempo.

—Debí escucharte, lo siento.

—Más lo sentirá usted cuando esté con fiebre y acatarrada.

—No exageres. Estoy seguro de que el malestar desaparecería con algo caliente. —Hizo un gesto hacia la anciana—. ¿Me traerías una taza de té con limón, por favor?

Mamá Gigi frunció el ceño. La voz de la señorita Agostina sonaba extraña. Se diría que le faltara el aire al hablar.

—¡Lo que usted necesita es una buena sopa caliente! —dijo intranquila—. Espéreme. Ya se la prepararé.

—¿A esta hora? Apenas van a ser las nueve.

—A esta hora. Y limpiaré el plato, sí, señorita.

—Mamá Gigi...

—No discuta conmigo. Quédese quieta allí y descanse —dijo. Lo que haría en realidad era gritarle a Josefa que fuera a buscar al doctor Zanini de inmediato.

Agostina sonrió apenas. Mamá Gigi la observó un instante desde el umbral de la puerta, ansiosa por abandonar la biblioteca y encontrar a Josefa.

—Por cierto, un muchacho trajo esta mañana unas líneas para usted —dijo. No señor, no veía nada bien a la señorita Agostina—. Le dejé la esquila sobre la repisa de la chimenea, porque su escritorio estaba lleno de papeles y no quería que se mezclara. ¿Ya la encontró?

—Sí, Mamá Gigi, gracias.

Cuando la anciana desapareció en el pasillo, Agostina se acercó a la repisa con pasos inseguros. Quizá debió haberse quedado en la cama, pensó. Desde la noche anterior los mareos iban y venían.

Sintió otra punzada de dolor en la cabeza, pero supuso que pronto pasaría, pero el dolor se intensificó.

Una noche de invierno sin luna.

¿Recuerda, señorita Acuña, qué sucedió entonces?

¿Recuerda a su niño...?

¿Recuerda qué había en sus manos?

Agostina cerró los ojos y se tambaleó, mareada, al recordar las palabras del señor Trujillo. Intentó asirse a la repisa de la chimenea, pero los dedos erraron el objetivo. Trastabilló y cayó al suelo jadeante. Sangre, pensó. Había sangre en mis manos.

* * *

Quince minutos después, Mamá Gigi atravesaba el pasillo, seguida de cerca por el médico.

—Por aquí, señor. Sígame, por favor.

—Lo estoy haciendo, Mamá Gigi. ¿Cuál es el apuro?

—La señorita Agostina, señor. Ella no está bien, de verdad que no.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé, pero no se ve bien, nada bien. —Mamá Gigi condujo al señor Zanini hacia la biblioteca. Tenía las manos hundidas entre los pliegues del delantal mientras señalaba la última puerta a la izquierda. Sus grandes ojos negros parecían aun más grandes en la penumbra—. Ella dice que sí, que se encuentra bien, pero yo la vi muy pálida.

—¿Dónde está la señorita Virginia?

—Ay, señor. Está en la tienda. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—Todavía no. —El médico meneó la cabeza. ¿Cuántas veces le había advertido a Agostina que cuidara su salud? Debía evitar los disgustos o el corazón se le resentiría.

Mamá Gigi empujó la puerta de la biblioteca: entonces lanzó un chillido horrorizada. Agostina estaba tendida en el suelo, frente a la chimenea, con libros y estatuillas a su alrededor. Al parecer, en la caída había arrastrado todo lo que se encontraba encima de la repisa.

—Dios mío —gritó la anciana, pero, antes de que ella fuera hasta la mujer tendida en el suelo, el médico la detuvo por un brazo y la miró a los ojos.

—Vaya a buscar a la señorita Virginia, Mamá Gigi.

—Pero...

—Rápido —dijo el médico: le imprimió a la voz un tono autoritario—. Ahora, corra.

La anciana asintió, cruzó el umbral y atravesó desesperada el pasillo. Sabía que la señorita Agostina estaba muerta, lo sabía. Las lágrimas le inundaron los ojos y casi a ciegas llegó hasta el pórtico. Casi se llevó a Virginia por delante cuando apareció en los escalones del frente.

—¿Mamá Gigi? —preguntó.

—¿Mi niña?

—Me dejaste preocupada y decidí venir un momento. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Ay, señorita, mi niña, una desgracia... —lloró la anciana.

—¿Mi tía? ¡Mamá Gigi! ¿Es mi tía...?

La anciana asintió, pero dudaba de que la señorita lo hubiera notado.

—Está en la biblioteca, con el médico.

Virginia la hizo a un lado de un empujón y corrió aterrorizada hacia el interior de la casa.

—¿Mamá Gigi? —Salvador se asomó al pasillo, con *Pedro* a los pies. Tenía una expresión tensa en el rostro curtido; los enormes ojos oscuros los llevaba llenos de sospechas—. ¿La señorita Agostina está bien?

—Murió, Salvador. —La anciana hundió la cara entre los pliegues del delantal y comenzó a llorar con desgarradores sollozos—. La señorita Agostina murió.

CAPÍTULO 17

Empedrado, Provincia de Corrientes.

Cordelia abrió los ojos con lentitud. Fijó la mirada en la penumbra azulada del desván. La oscuridad se ondulaba a su alrededor, la aprisionaba. Intentó moverse, pero las piernas no le respondieron. Se sentía débil y cansada. Le dolía la cara a causa de los golpes recibidos. Tenía la mitad del rostro hinchado y supuso que también amoratado. Los ojos eran apenas dos rendijas bajo el pelo apelmazado. Apoyó la espalda contra la pared. Tenía frío y hambre. Romilda la había abandonado en aquella casa desvencijada, sin siquiera una manta o un poco de agua a su alcance. Hacía dos días que no sabía nada de ella.

Comenzó a llorar. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida? Rodrigo no la amaba. En cuanto supo que su padre la desconocería como hija si se atrevía a casarse sin consentimiento, perdió todo interés en ella. No tendría nada si seguía junto a ella y, por lo tanto, ya no le importaba el futuro de Cordelia ni el del niño que, ahora no tenía dudas, estaba en camino.

Cuando se encontró con él en una confitería, poco después de huir de su casa, Rodrigo primero se sorprendió al verla, pero, al notar la maleta, además, enfureció. Cordelia no pudo comprender el enojo mientras le aseguraba que estaba lista para huir con él, para formar una familia a su lado, sin que el importara la opinión paterna.

Rodrigo, pese al enfado, se portó como un caballero. Oh, con cuánta facilidad la había engañado. Una vez más lo había creído un caballero porque se mostró amable, solícito, porque le dijo con la acostumbrada gentileza que debía regresar a la casa, que era una dama y que no debía suscitar habladurías con aquel comportamiento impulsivo. Cordelia no quiso escucharlo.

¿Cómo pudo haber estado tan ciega? Él solo deseaba deshacerse de ella. Ya no le importaba, ya no le era útil a sus planes. No pudo verlo a tiempo, aferrándose a él, a ese amor que en realidad nunca había existido.

Finalmente, Rodrigo la acompañó hasta una ruinoso pensión, en las afueras de la ciudad, y le dijo que esperara allí por él. Cordelia obedeció. Creyó que él iría a hablar con el señor Bloise para asegurarle que ella estaba bien. Qué estúpida inocente. Cuando Rodrigo regresó al día siguiente, no estaba solo. Lo acompañaba Romilda, su madre. Cordelia deseaba reprocharle el abandono, decirle que lo había esperado durante horas despierta, temiendo por él, pero, en presencia de su futura suegra, se había limitado a preguntar qué harían a partir de ese momento.

Cordelia esperaba que Rodrigo le dijera que se encargaría de hacer las diligencias necesarias para casarse con ella, pero él no habló. Se limitó a mirarla con frialdad mientras Romilda clavaba en ella unos ojos duros. La anciana dijo entonces que la llevaría con ella a la casa en Empedrado y que la cuidaría hasta que Rodrigo pudiera salir de la ciudad sin que el señor Bloise sospechara de él.

Cordelia crispó las manos contra los harapos que vestía. Qué estúpida había sido. Creyó en las buenas intenciones de la mujer, feliz en su ignorancia. Jamás imaginó que Romilda y su hijo, el hombre al que amaba, estaban planeando su muerte.

Tomó el vapor en compañía de quien ya creía su suegra y, cuando finalmente llegaron a Empedrado, subió de buena gana a una carreta sin saber cuál sería el destino al que la llevaría. Si hubiera imaginado entonces que la madre había acordado con el hijo deshacerse para siempre de ella, quizás habría podido hacer algo por salvar su vida.

Cordelia inclinó la cabeza. Las lágrimas le quemaban las mejillas al caer. El frío se le aferró a la piel; tiritó.

Los maderos de la puerta temblaron. Ella intentó incorporarse una vez más, y poco a poco logró ponerse en pie. Después de propinarle una última golpiza, Romilda la había liberado de los amarres, segura de que no intentaría escapar. Fijó los ojos en la oscuridad.

—¿Romilda? —musitó. Tenía la garganta seca.

Nadie respondió. Solo se escuchó el murmullo del viento en el profundo silencio.

—¿Podría darme agua, por favor...?

Cordelia dio un paso hacia la puerta. Se detuvo. Bajo los pies descalzos sintió la aspereza de los ladrillos.

—¿Está allí? —preguntó.

La puerta crujió sobre los goznes al abrirse lentamente frente a sus ojos. Ella escudriñó la penumbra. No había nadie en el pasillo. Asustada, avanzó hacia el umbral. Poco a poco abandonó la prisión. Cruzó el pasillo tan rápido como las fuerzas se lo permitían, pero, al llegar a la sala, se detuvo bruscamente.

Se llevó la mano a la nariz, de pronto incapaz de contener el vómito. Un olor nauseabundo la golpeó. No se detuvo, sin embargo, cuando recuperó la compostura. A tientas en la oscuridad caminó hacia la puerta entre el escaso mobiliario. Golpeó algo con los pies. Trastabilló, pero se mantuvo erguida. Bajó los ojos y un chillido se le escapó de los labios, apenas un gemido en la garganta inflamada.

Romilda estaba tendida en el suelo, con los ojos abiertos fijos en el techo. Su piel apergaminada tenía un color oscuro, casi putrefacto. Tenía la boca abierta en un grito silencioso.

Horrorizada, Cordelia se volvió con la intención de huir, de buscar ayuda, cuando de repente alguien franqueó el umbral.

—¿Quién? —jadeó y retrocedió asustada.

La mujer tenía la cabeza baja, el pelo suelto a los lados del rostro, las manos flojas junto al cuerpo enjuto. Sus ropas eran sucios harapos que se movían con el viento.

Cordelia retrocedió un paso y luego otro.

—¿Quién eres? —susurró.

La mujer levantó el rostro hacia ella con lentitud. Su cara parecía una máscara de cera. La blancura de esa piel era casi translúcida. Tenía las cuencas de los ojos estaban vacías. Abrió la boca. Cordelia comenzó a chillar cuando la oscuridad la envolvió.

CAPÍTULO 18

Agostina estaba recostada en la cama entre un montón de grandes almohadas. Virginia se sentó junto a la cabecera en un pequeño banquillo tapizado de brocado. Se inclinó y tomó la mano de su tía en silencio con lágrimas en los ojos.

—Ella estará bien, niña —dijo el médico mientras guardaba los instrumentos en el interior del maletín—. He visto casos como el de la señorita. Tiene que tener fe.

Virginia asintió. No se sentía capaz de articular palabra, pero lo intentó.

—¿Se recuperará pronto? —musitó.

El señor Zanini dudó un instante. Luego meneó la cabeza con lentitud y se inclinó frente a la joven.

—Tuvo un ataque de apoplejía, ¿comprende? Es posible que llegue a recuperar todas sus facultades. Con tiempo y paciencia, estoy seguro de que puede mejorar. Ahora está descansando. No la despierte. Déjela que recupere las fuerzas.

Virginia apretó los labios. Las lágrimas le empañaban los ojos. Inclinó la cabeza y una lágrima solitaria se le deslizó por la mejilla.

—Quiero que entienda que su vida cambiará radicalmente —continuó el médico—. A su tía le han fallado las funciones del lado derecho del cuerpo. Es probable que, al despertar, no pueda hablar. Lo cierto es que, después de todas las pruebas que le hice, sé que las piernas no le responderán, al igual que el brazo derecho.

—Dios mío.

—Lo siento. Quisiera ser más optimista, pero debo ser cauto.

—¿No volverá a caminar?

—No lo sé. Eso depende de Dios. Lo único que puedo hacer es dejarle medicinas. Tiene que asegurarse de que las tome.

—Mi tía siempre ha sido muy testaruda con los remedios.

—Lo sé. Confío en que usted podrá convencerla de que lo mejor para ella es seguir el tratamiento.

Ella asintió.

—Lo haré —dijo. La determinación le tiñó de rosa las mejillas.

—Míreme, Virginia. —Ella dirigió unos ojos vacíos hacia el médico—. No se martirice con esto. Como le dije, su tía mejorará, pero no será mañana. Tampoco la semana que viene ni la siguiente a esa, ¿entiende?

—Sí, señor.

—La recuperación requerirá tiempo y paciencia. Tiene que asegurarse de que tome las medicinas y de que haga los ejercicios que prescribí. Eso sí, no espere un milagro.

Virginia comenzó a llorar.

—Discúlpeme, por favor —dijo entre sollozos. Se cubrió la cara con las manos.

—No se preocupe. Yo entiendo. —El médico vaciló—. Tal vez debería informar al resto de la familia la situación.

—¿A mi familia? —Virginia pareció no comprender el significado de esa palabra. Intentó controlar las emociones. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. No tengo a nadie más que a mi tía.

—¿Y su padre?

Virginia pensó en Gerardo Bloise y esbozó una triste sonrisa. ¿Qué podría importarle a su padre la situación de Agostina, cuando estaba tan preocupado por encontrar a Cordelia y evitar el escándalo que provocaría la decisión de la joven de escapar con su enamorado?

—Él no me ayudará —dijo en voz baja.

El señor Zanini asintió, comprensivo.

—No le mentaré, Virginia —dijo—. Las medicinas son caras y el tratamiento largo.

—Entiendo.

—¿Agostina no tiene amigos que puedan auxiliarla en un momento como este?

Virginia, de pronto, recordó el rostro fuerte y decidido de Dante Rivera; el rubor le enrojeció las mejillas.

—Conozco la amistad que la une al señor Andrada —insinuó el señor Zanini después de que un breve momento de silencio se extendiera entre ambos—. ¿Desea que hable con él?

—No. —Virginia meneó la cabeza con determinación. Pensó en Mamá Gigi y en el encono que le tenía. Tampoco ella confiaba en ese hombre—. Yo me encargaré de esto. No se preocupe, señor. Encontraré ayuda.

El médico sonrió pesaroso.

—Si pudiera hacer algo más...

—Estaremos bien.

—Estoy seguro de que sí. —Zanini se dirigió a la puerta. Mamá Gigi y Salvador estaban de pie en el umbral escuchando cada una de las palabras con gran atención—. Ah, una cosa más. Intente que esté tranquila. Nada de disgustos. Muéstrese fuerte frente a ella, asegúrele que todo estará bien.

Virginia asintió. Zanini se despidió con un gesto y salió al pasillo. Mamá Gigi lo acompañó hasta la puerta en silencio.

Cuando el médico se detuvo en el pórtico para calzarse el sombrero y ponerse el abrigo, Mamá Gigi lo miró a los ojos. Los suyos estaba rojos a causa del llanto; en el rostro se le volvían visibles las huellas del sufrimiento.

—Creí que había muerto mi niñita —dijo con voz débil.

—Agostina es más fuerte de lo que usted cree, Mamá Gigi. Dios mediante, mejorará.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No deje sola a Virginia. Es una mujer fuerte, pero esto la ha trastornado. Está asustada; es comprensible. Sin amigos ni parientes que puedan ayudarla. ¿El padre no querría intervenir en esto?

—Ese hombre no es de fiar. El señor Bloise nunca ha estado presente en la vida de la pequeña, dudo mucho de que esté dispuesto a hacerlo ahora, cuando más lo necesita.

—Entiendo.

—No se preocupe por Virginia. Ella estará bien. Como usted ha dicho, es una mujer fuerte. —Hizo una pausa—. Además, Dios, en su infinita misericordia, no le dará ninguna pena que no pueda soportar.

—Está bien, Mamá Gigi.

—Yo cuidaré de mi Virginia —aseveró la anciana decidida—. Su madre me la encargó antes de morir, y la señora Agostina confía en mí para que vele por su seguridad. No se preocupe por ella.

—No lo haré, Mamá Gigi. Sé que hará usted un excelente trabajo, sin duda. —El médico esbozó una sonrisa—. Llámeme si me necesita, pero no creo que Agostina despierte esta noche.

—Como usted diga.

Zanini asintió, descendió los escalones de la entrada y desapareció en la oscuridad.

Era una noche sin luna, oscura y opresiva. Los árboles se inclinaban bajo la caricia helada del viento. Mamá Gigi observó las farolas que iluminaban la calle desierta, los tejados de las casas vecinas y meneó la cabeza apesadumbrada.

—Mamá Gigi. —Virginia se arrebujó en el chal de pie en el medio del vestíbulo—. ¿Sabes dónde tiene mi tía el dinero?

—En la biblioteca. En la última gaveta del escritorio. —La anciana se secó las lágrimas a hurtadillas y frunció el ceño—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Necesito saber cuánto tenemos.

—No mucho, pero algo habrá. —La anciana suspiró—. No tiene que hacer esto ahora. Vamos a la cocina. Le prepararé algo para comer.

—Ahora, no.

—Ahora, sí. Usted no ha probado bocado desde esta mañana.

—Después comeré: lo prometo.

La india pensó en empujarla hasta sus dominios, al fondo de la casa, y meterle la sopa por el gaznate a la fuerza. La señorita necesitaba alimentarse o ella también caería enferma, pero entonces notó en su expresión la obstinación de los Acuña. Esa niña no iría a ningún lado a menos que hiciera primero su voluntad.

—Está bien —dijo finalmente—. Pero luego irá a la cocina conmigo y me dejará alimentarla.

—Sí, Mamá Gigi.

Virginia esbozó una sonrisa triste, se volvió y fue a la biblioteca con pasos temblorosos con la anciana a su espalda. La tensión estaba comenzando a afectarla. Eso era evidente en el ligero temblor de sus manos. Se sentó detrás del escritorio y comenzó a revisar las gavetas con la mente embotada.

—¿Mamá Gigi? Aquí no hay nada.

—¿Cómo que no? —La anciana frunció el ceño—. Su tía siempre guarda el dinero sobrante allí.

—No lo encuentro.

—Tiene que estar ahí. Busque bien —dijo Mamá Gigi mientras recogía los restos de las estatuillas que estaban sobre la alfombra frente a la chimenea.

Observó un trozo de cerámica. Había que tirar todo los adornos a la calle. Mantenerlos allí, algunos rotos, otros agrietados, solo atraería hasta las puertas de la casa a la suerte mala. Colocó los libros sobre la repisa uno a uno, con los ojos llorosos.

Virginia cerró la última gaveta con un golpe y apoyó la cabeza entre las manos, sin saber qué más hacer.

Mamá Gigi se volvió y observó a Virginia asustada.

—¿Sucede algo? ¿Se siente mal?

—No hay nada, Mamá Gigi.

—¿No hay dinero ahí, en los cajones del escritorio?

—No, ya revisé. No hay nada.

—Quítese, déjeme ver.

Virginia se hizo a un lado. Se puso de pie y fue hasta la ventana en tanto Mamá Gigi hurgaba entre los papeles y fruslerías que su patrona acostumbraba a dejar en las gavetas.

—¿Qué vamos a hacer? —refunfuñó la anciana al darse por vencida.

—Pensaré en algo. —Virginia cerró los ojos un momento. Necesitaba cavilar con claridad, pero dudaba de poder hacerlo esa noche, cuando ya comenzaba a sentir un incipiente dolor de cabeza sobre las sienes.

Mamá Gigi le apoyó una mano sobre el hombro.

—Mi niña buena, no se preocupe —dijo con suavidad—. Dios proveerá; usted lo sabe.

Virginia asintió.

—Creo que iré a dormir.

—No, señorita. Usted irá a la cocina conmigo y comerá como me prometió.

Virginia iba a discutir, pero vio la expresión de la niñera y esbozó una tenue sonrisa. Mamá Gigi no le dejaría hacer su voluntad esa vez.

—Está bien —dijo. Le dolían todos los músculos, todo el cuerpo. Sentía que había estado de pie durante horas; probablemente fuera así.

Mamá Gigi le palmeó la mano.

—No se inquiete —dijo con ternura—. Todo saldrá bien, ya lo verá. Virginia asintió. Pensó en cuánto le agradecería creer eso.

CAPÍTULO 19

A poca distancia de un arroyo que Ladislao Trujillo había ordenado cercar a mediados de 1898, una pared de árboles y arbustos entrelazados sobre un antiguo camino de tierra señalaba el comienzo de su finca. El olor a podredumbre que emanaba del matadero municipal, cercano a la finca, parecía impregnar cada puñado de la propiedad. La exigua luminosidad que provenía de las farolas que custodiaban la propiedad mantenía a la oscuridad en penumbras. La luz de la luna era solo un resquicio de luminosidad entre el desordenado entramado de nubes que cubría el cielo.

Teodosio Varela encendió un cigarro en la oscuridad y una voluta de humo flotó frente a ese rostro viejo y enjuto.

—Me alegro de que haya decidido aceptar mi invitación, señor Rivera —dijo.

—Rechazarla no estaba en mis planes.

—Estoy seguro de que se divertirá en compañía de mis amigos.

—Estoy seguro de que sí.

Franco esbozó una fría sonrisa que no se le reflejó en los ojos. Siguió al anfitrión a través de una estrecha avenida de guijarros hasta el pórtico de una casa blanca, adornada por media docena de columnas y una galería externa.

Teodosio dio una pitada a su cigarro.

—Le dije al señor Trujillo que asistiría usted esta noche a nuestra pequeña reunión de los sábados conmigo —comentó—. Es bienvenido, por supuesto, pero le advierto que se apuesta fuerte, se habla mucho y se bebe todavía más.

—No esperaba menos.

Franco observó el entorno con curiosidad desde el pórtico de la casona, en tanto Teodosio tocaba a la aldaba.

Ladislao Trujillo vivía en una casa demasiado grande para un hombre viudo y sin hijos. Estropeada y descuidada hasta el punto de parecer abandonada, solo quedaban en la fachada resabios de lo que alguna vez había sido una quinta colonial muy elegante: rejas de Vizcaya, aljibe de hierro forjado y tejas rojas curvas. Sin vecinos en las inmediaciones y hundido entre las sombras de una docena de añejos árboles, el lugar parecía incluso espeluznante.

—Supongo que esperaba usted algo mejor —musitó Varela que echaba breves y aprensivas miradas hacia los matorrales que bordeaban la avenida.

—La situación económica de nuestro anfitrión no me es ajena, señor Varela.

—Teodosio, por favor. Mis amigos me llaman por mi nombre.

Franco esbozó una gélida sonrisa. No hizo comentarios al respecto.

—Ladislao era uno de los terratenientes más importantes de la zona, pero, durante los últimos cinco años, tuvo mala racha —explicó el caballero—. El Paraná desbordó hará ya un par de años. Cuando lo hizo, se llevó casi todo cuanto Ladislao poseía, imagínese. La cosecha se perdió. Sus animales murieron por decenas. Parte de sus propiedades quedaron destruidas.

—Una pérdida lamentable.

—Y eso no fue todo. —Teodosio meneó la cabeza. Arrojó el cigarro al piso y lo aplastó—. La mujer falleció de fiebre amarilla hace cuatro años, su único hijo se mató al caer de su caballo, después de una noche de juerga.

—Una desgracia.

—Imagínese. El muchacho quiso saltar la valla y se rompió el cuello. Desde entonces Ladislao no es el mismo.

—Comprendo.

Teodosio metió las manos en los bolsillos de los pantalones incómodo.

—Le cuento todo esto para que no se ofenda si encuentra a nuestro anfitrión un poco seco y hasta desagradable. Las grandes dificultades cambian el carácter de un hombre, sabe usted. Es triste, pero es la

verdad. Debió usted conocerlo cuando era joven. Entonces era diferente.

Franco curvó las comisuras de los labios.

—Estoy seguro de ello.

Una joven empleada abrió la puerta, hizo una breve reverencia al reconocer al señor Varela, y se hizo a un lado.

—El señor lo está esperando —dijo.

Teodosio asintió.

—Supongo que conoce usted al señor Ernesto Quintana —dijo. Lo condujo hacia la sala de recibo a través de un pasillo en penumbras—. Es un buen amigo de Ladislao. También lo encontrará aquí. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, ¿sabe usted?

Franco lo seguía en silencio, atento a todo cuanto lo rodeaba.

—Me imaginó que sí.

—¿Es cliente suyo?

—¿Ernesto Quintana? Sí.

El señor Varela asintió; empujó una puerta de madera y vidrio esmerilado. Se hizo a un lado y lo invitó a precederlo con un gesto. Cuando cruzó el umbral, Franco vio a dos hombres sentados a una mesa, frente a la chimenea. El señor Quintana estaba examinando las cartas que tenía en la mano mientras el señor Trujillo se servía una medida de whisky. El lugar apestaba a humedad y a queso rancio.

—Buenas noches, señores.

Teodosio se quitó el abrigo y el sombrero. Se lo entregó a la empleada que parecía mimetizarse con la sombras al seguirlos. Franco hizo lo propio, y luego compuso una sonrisa amable al responder a las cortesías de rigor.

Notó que no había en la expresión de ninguno de los caballeros allí reunidos atisbo alguno de recelo. Una vez más, no habían visto en él al niño que veintisiete años atrás habían dejado por muerto a orillas del río. Observó uno a uno los rostros de los hombres que habían ocupado sus pesadillas durante mucho tiempo. Se sorprendió al reconocer en ellos las huellas de la vejez, la desidia y una vida dedicada a los excesos.

Ladislao Trujillo comenzó a mezclar los naipes.

—Señor Rivera, siéntese aquí a mi lado —dijo—. Será un placer jugar con usted.

Mientras Ernesto se ocupaba de aterrorizar a la empleada con un par de comentarios soeces, Franco arrastró una silla junto a la mesa.

Ladislao lo miró con cierta simpatía. Tenía los ojos inyectados en sangre, la nariz bulbosa cruzada por pequeñas venas rojizas y ojos cansados bajo las cejas hirsutas. Los años y la afición por la bebida le habían pasado factura. Pese al pesado abultamiento de la barriga, seguía siendo un hombre de poderosa estampa. Los hombros anchos y los brazos nudosos lo asemejaban a un leñador. El modo de conducirse en sociedad, pensó Franco, era el mismo de un hombre rústico. No había en él vestigios de los modales propios de un caballero que, alguna vez, habían caracterizado su trato.

—¿Le gustaría un poco de whisky? —preguntó.

—Gracias, pero no.

—¿Y eso por qué?

—Me gusta tener la cabeza despejada cuando juego.

—Una costumbre muy acertada, sin duda —comentó el señor Quintana.

Franco lo observó con disimulo. Ernesto no había cambiado en absoluto. Más que flaco, esmirriado: era la imagen misma de la decadencia. De ojos pequeños, expresión taciturna y pómulos anchos, ya no quedaba en él rastro alguno del atractivo que alguna vez había poseído. Le miró las manos. Recordó los dedos largos y callosos que presionaban la mejilla de su madre contra el suelo.

—Trajo dinero, supongo —dijo Ladislao.

—Lo traje.

Teodosio se mostró avergonzado.

—¿Qué forma de hablarle a nuestro invitado es esa? —preguntó. Intentó sonreír para disimular la incomodidad—. Todos aquí sabemos que el señor Rivera no tiene problemas financieros.

—Es un maldito hijo de puta —dijo Ernesto con tono de borracho. No había encono en esas palabras ni en la mirada que le dirigió, solo un atisbo de envidia—. Forjó una fortuna aprovechándose del infortunio de otros.

—No lo negaré, señor Quintana —dijo Franco con calma. Apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y cruzó las piernas—. Pero en mi defensa diré que es condenadamente fácil separar a un tonto de su dinero.

Ladislao lo evaluó con los ojos entrecerrados. Esa expresión avinagrada no beneficiaba a los pocos rasgos atractivos que poseía.

—¿Eso fue un insulto?

—Depende. ¿Es usted un tonto?

Ladislao sonrió.

—No; solo he tenido mala racha. Pero eso no puede durar mucho tiempo.

Ernesto hizo un gesto con la mano.

—Una vez presencié una de las funciones de su abuelo, el señor Joaquín Rivera, en Buenos Aires —reveló pensativo. Se deslizó los dedos pálidos por el rostro. Una barba de dos días le sombreaba la estrecha mandíbula—. Vi a una joven muy hermosa a su lado.

—Giuliana Ferrini —dijo Teodosio amable—. Una famosa escapista. Bella, muy bella. Por cierto, ¿está casada?

Franco pensó en Eduardo.

—Sí —dijo.

—Una lástima —comentó Ladislao. Sonreía—. Siempre quise conocerla personalmente. Usted me entiende. Es una mujer muy hermosa.

—Lo entiendo, sí.

Ernesto asintió volviendo la atención hacia los naipes.

—Sé que la considera una hermana, pero lo que es resulta evidente —dijo—. ¿Cree que estaría dispuesta a una breve aventura con un caballero? A cambio de una buena suma de dinero, por supuesto.

Franco enarcó una ceja.

—No lo creo —dijo suave. Quizá no tuviera la vida de un caballero, pero lo habían educado como a uno y sabía que esa clase de comentarios solo podía provenir de una basura. No dudó un instante cuál habría sido la reacción de Eduardo si hubiera estado allí. La misma que él. Tuvo que contenerse para no cerrar el puño y estamparlo en la cara de Ernesto. Giuliana lo habría tomado con gracia, acostumbrada como estaba a las atenciones de indeseables, pero los hombres de su familia: Joaquín, Eduardo y él mismo jamás habrían dejado pasar un comentario como aquel sin que mediara la sangre. Franco se contuvo, sin embargo. Debía encajar en el grupo, no buscar enemistad.

Teodosio se mostró incómodo.

—Terminadas las formalidades, ¿comenzamos con el juego?

Los naipes fueron repartidos. Las horas discurrieron con calma. Franco era un excelente jugador, y no habría tenido inconvenientes en esquilmar a todos los presentes, pero debía ser invitado a más reuniones como aquella. Ganó un par de manos, perdió otras. Mientras se ocupaba de mezclar las cartas, observaba a los asesinos de sus padres con una vaga sonrisa en las comisuras de la boca.

Poco antes del amanecer, Ladislao dio por terminada la última partida con un gesto.

—Es tarde —dijo—. Me tendrán que disculpar, caballeros, pero creo que es hora de terminar esto.

—Si hubiera estado Gerardo aquí, habría ganado mucho más —dijo Teodosio cuando recogía unas exiguas ganancias.

—Está ocupado buscando por toda la ciudad a la puta de su hija —dijo Ernesto que contaba el dinero obtenido—. ¿Qué puede importarle ya? Seguro que para esta fecha ya está preñada de un bastardo.

Teodosio carraspeó.

—Es una lástima lo que le sucedió a la cuñada —comentó.

Franco enarcó una ceja.

—¿Agostina Acuña?

—Sí.

—¿Qué sucedió con ella?

—¿La conoce usted? —Ladislao clavó en él unos ojos penetrantes.

—Coincidimos un par de veces.

—No me sorprendería que fuera en El Paraíso. Sé que a esa vieja enclenque le gusta jugar.

—Tuvo un ataque de apoplejía hace unos días —aclaró Teodosio.

La boca de Franco se endureció.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Ni mucho menos.

—La sobrina es un encanto —dijo Ladislao. Se sirvió otra medida de whisky—. Se parece en eso a su madre. Ana Clara era muy bonita, aunque un tanto asustadiza. Creo que me tenía miedo.

Franco lo miró un instante en silencio, pero no dijo nada.

—Benicio Andrada la pretende —comentó Teodosio—. Intentó cortejarla, pero la joven lo rechazó, sabe usted. —Echó una breve mirada hacia sus amigos en tanto recuperaba sus pertenencias de manos de la empleada.

Franco se mostró indiferente.

—¿Ya se dio por vencido? —preguntó.

—Claro que no. Es como un perro con un hueso. —Ernesto meneó la cabeza—. Nunca entenderé qué ve en esa sabelotodo solterona.

—Quizás ahora sí tiene otra oportunidad de llevarla a su cama, y no creo que ella se muestre tan fría esta vez —concluyó Ladislao en voz baja.

—Benicio no dudará en aprovechar esta oportunidad para acercarse a ella, ahora que está sola y necesita de un hombre que la provea —dijo Teodosio con una mirada evaluativa.

—Digamos que es la oportunidad que ha estado esperando todo este tiempo. Y ella estará agradecida de encontrar en él un apoyo —puntualizó Ernesto—. Es una mocosa impertinente. Tiene simpatías libertarias. Debería usted escucharla hablar sobre los derechos de las mujeres, Rivera. Repugna escucharla. Benicio sabrá ponerla en vereda.

Franco se puso el abrigo. Clavó los ojos gélidos en el señor Quintana.

—¿El padre no intervendrá? —preguntó.

—¿Gerardo? No lo creo. Nunca mostró interés por ella, menos ahora que la luz de sus ojos decidió ponerlo en vergüenza al huir con un enamorado. —Ernesto se rio de sus propias palabras aun cuando nadie más compartió su humor—. ¿Y si hacemos una apuesta? Cincuenta pesos a que esa sabelotodo altanera está en la cama de Benicio al final de la semana.

Teodosio encogió un hombro.

—Esa mujer es orgullosa —dijo—. El doble a que no lo acepta.

—Lo haré, créeme. —Ladislao sonrió—. Yo tomaré las apuestas, caballeros.

—Pareces muy seguro de esto —comentó Teodosio.

—Lo estoy, aunque existe una pequeña posibilidad de que no resulte.

—¿Qué cosa?

Ladislao hizo un gesto con la mano.

—No sé si debería revelarlo...

—Ahora no podrás callarlo.— Teodosio frunció el ceño—. Si no contamos con toda la información, ¿cómo podemos hacer nuestras apuestas?

Ladislao se mostró debidamente contrito.

—De acuerdo, lo diré. Le di a Benicio las herramientas para controlar a esa gatita presuntuosa.

Franco alzó una ceja.

—¿Qué herramientas? —quiso saber.

—Eso es un secreto, señor Rivera —dijo y luego añadió—: ¿Quiere apostar a favor o en contra de nuestro buen amigo, el señor Andrada?

—Preferiría abstenerme —dijo Franco glacial.

Ladislao asintió.

—Como quiera. Me gustaría contar con su presencia el próximo sábado. Fue un placer tenerlo en mi casa.

Franco curvó las comisuras de los labios. Le estrechó la mano. En sus ojos no se reflejó la gélida furia que lo carcomía, solo cierta placidez.

—Aquí estaré —dijo.

CAPÍTULO 20

Benicio se detuvo junto al umbral de la puerta y observó el entorno con curiosidad.

—Buenos días, señorita Acuña —dijo con suavidad. No consiguió ocultar cierta repugnancia al percibir en el aire el intenso olor a medicamentos—. Lamento molestarla, pero necesito hablar con usted, ahora que se encuentra mejor de salud.

Agostina hizo un débil gesto con la mano izquierda. Josefa acudió en su auxilio de inmediato. Ahuecó los almohadones bajo la espalda de la patrona y la ayudó a apoyarse en ellos para mantenerse erguida.

Agostina miró al visitante en silencio. El señor Andrada vestía con elegancia, como siempre, aunque la chaqueta parecía colgar de sus hombros con cierto desparpajo. Distinguió en él un intenso olor a whisky. Intentó hablar, pero solo consiguió emitir un sonido indescifrable. Josefa le apoyó un pañuelo junto a la boca y le ahorró la vergüenza de babear frente al caballero.

Benicio esbozó una sonrisa. Había insistido en visitar a la señorita Acuña, pese a que la empleada le había advertido que se encontraba en cama y que no estaba en condiciones de recibir a nadie, mucho menos a un hombre soltero. Pero Josefa finalmente había sucumbido a la evidente preocupación de la mirada de Andrada y le había permitido pasar a la casa para la visita.

Agostina crispó los dedos contra los pliegues de la bata.

—¿Señorita? —Josefa, inquieta, se apresuró a tomarle la mano fría—. ¿Se encuentra bien?

Benicio cruzó la habitación y se detuvo junto a la cabecera de la cama.

—Creo que la señorita desea quedarse a solas conmigo —dijo.

—Pero...

—Debemos tratar un asunto muy delicado, Josefa —dijo Benicio con una sonrisa amable en los labios. Sin embargo, solo había frialdad en su mirada aciaga—. Déjanos.

Josefa vaciló. Poco antes de salir para la tienda, la señorita Virginia le había ordenado que estuviera al pendiente de su tía y que no permitiera que nadie la molestara, pero aquel no era nadie, sino un caballero, y un caballero que estaba además interesado en la señorita Virginia.

Benicio alzó una ceja.

—¿Sucede algo, Josefa? —preguntó.

—No, señor. Discúlpeme, pero tengo órdenes de cuidar de la señorita Agustina y...

—Y está haciendo un maravilloso trabajo, créame. Pero necesito hablar con ella a solas. Se sentirá mejor si no está usted presente.

Josefa echó una rápida mirada hacia Agustina, luego asintió y abandonó la habitación rápidamente, con los ojos bajos, incapaz de oponerse a los deseos de quien podría ser su patrón en un futuro cercano.

Benicio esperó a que la joven cerrara la puerta y luego se volvió hacia Agustina. Contempló el rostro y luego el cuerpo inmóvil de la mujer con una expresión sardónica en el rostro.

—Lo lamento mucho —dijo. Apoyó una mano en la cabecera de la cama y se inclinó sobre Agustina—. Que le ocurra esto a una mujer todavía atractiva es una verdadera lástima.

Agustina lo miraba fijo. Intentó mover los labios y emitir una palabra, pero fue inútil. Solo escapó de sus labios un sonido sibilante.

Benicio sonrió y arrastró una silla junto a la cama.

—No se esfuerce, solo quiero que me escuche. —Benicio apoyó los codos sobre sus muslos y se inclinó hacia ella. Su rostro de líneas severas no tardó en revelar satisfacción—. Sé que usted ha sido muy amable con mis amigos, el señor Trujillo, el señor Varela y el señor Quintana durante años. Siempre que necesitaban comprar algo, usted les rebajaba el precio al costo, o bien les obsequiaba aquello que precisaban. Y sé por qué lo hacía.

Agostina palideció.

—No necesita inquietarse por esto. El señor Trujillo fue muy atento conmigo al revelarme la razón de su amabilidad y por eso estoy aquí, para decirle que estoy al tanto de su secreto, señorita Acuña.

La anciana movió los dedos, impotente. Intentó hablar, pero una vez más fue inútil. La desesperación se le reflejó en la mirada. Benicio le tomó la mano entre las suyas.

—Entiendo que fue un error de su parte entregar su amor a alguien que no lo merecía. Era joven y estúpida, como todas las niñas en edad de merecer —dijo Benicio comprensivo—. Estoy seguro de que él la engañó prometiéndole matrimonio, de que se aprovechó así de su inocencia. Descubrirse embarazada, después de que su prometido la dejara para casarse con otra debió de resultarle una pesadilla. Supongo que no fue fácil para usted alejarse del hogar y tener al niño en la soledad de una casucha, en el exilio, donde solo contaba con la ayuda de una comadrona sucia e ignorante.

Agostina comenzó a llorar.

—Elba, la empleada que tenía usted entonces, era una niña tonta e impresionable. ¿Recuerda? Fue testigo de su sufrimiento aquella noche, cuando su hijo se adelantó varias semanas y usted se vio obligada a recurrir a esa mujer, esa curandera que no supo ayudarla. Fue un parto difícil, ¿verdad?

Agostina cerró los ojos.

—Elba vio a su niño morir pocas horas después de nacer. Era un angelito, dijo, uno que obviamente debía regresar al cielo junto al Señor. Creo que esa muchacha tenía razón. Ese niño, de haber vivido, habría sido despreciado por su condición. Después de todo, era un bastardo.

—No... —Agostina lo miró. Las lágrimas caían incontenibles por las mejillas—. No... si-siga.

Benicio sonrió.

—Comprendo su tristeza y lamento hablar de esto con usted, pero es importante que me escuche. Cuando su madre despidió a esa muchacha, a Elba, la pobre chica se quedó en la calle. El señor Trujillo

la encontró y le ofreció trabajo con él. Elba fue muy amable al compartir con Ladislao todo lo que sabía sobre usted y su triste desgracia. Lamento que mi buen amigo haya utilizado lo que sabía para aprovecharse de su bondad. Pero le aseguro que no volverá a suceder.

Agostina pestañeó.

—¿Q-qué...? —dijo. La saliva le resbaló por el labio. Benicio la limpió con un pañuelo.

—Esto es repugnante —dijo.

Ella gimió.

—He aquí la razón de mi visita —continuó Benicio—. Quiero que sepa que no tiene nada que temer de mí ni de mis amigos. A partir de hoy, yo velaré por usted y su familia. Si me permite hacerlo, el señor Trujillo callará para siempre su secreto. Yo me encargaré de eso.

Agostina no confiaba en él. Eso era evidente.

—No —dijo.

—¿No, qué?

La anciana probó las palabras con la lengua. Intentó echarlas fuera, pero no pudo hacerlo. Lo intentó otra vez.

—V-vi-vir... Virgi-ginia... no —dijo.

Benicio comprendió.

—Así como está no puede hacer nada por su sobrina, lo comprende, ¿verdad? —dijo. La limpió una vez más y luego arrojó el pañuelo al suelo—. Virginia necesita a un hombre en su vida. Alguien que vele por ella y los suyos. Yo quiero tener ese privilegio.

Agostina abrió muy grandes los ojos. Crispó un dedo contra la sabana.

—Yo la cuidaré por usted. Sabe que siempre me ha gustado. Lamentablemente, mi situación económica no me permite tomarla como esposa. Tengo que casarme con una heredera para ayudar a mi familia. Pero quiero a su sobrina.

Agostina se agitó.

—Seré bueno con ella —dijo Benicio con una sonrisa—. Tendrá todo cuanto desee a mi lado. A usted no le faltará nada. Incluso me haré cargo de mis bastardos, si los hubiera.

Agostina deslizó la mano sobre la manta y buscó asir la muñeca del hombre.

—¿Qué sucede? —preguntó Benicio, aunque era evidente que la respuesta no le interesaba particularmente.

—N... N-no.

—Confíe en mí.

Agostina fijó los ojos asustados en él.

—Hablaré con tu sobrina mañana por la tarde.

—No-o... Po-por Dios...

—Tiene hasta entonces para convencerla de que me acepte.

—N-no.

—Me entrevisté con el médico. El señor Zanini me comentó que las medicinas son caras, que ni usted ni Virginia cuentan con el dinero suficiente para afrontar los gastos de la recuperación.

—No... no.

—Hable con su sobrina e intente que comprenda que necesita mi ayuda.

Agostina se esforzó por expulsar las palabras entre sus labios deformes.

—H-har... harás... Da... da... daño.

Benicio perdió la sonrisa. Se inclinó y aferró a la anciana por los hombros.

—Si su sobrina se niega a convertirse en mi amante, lo lamentaré —dijo—. Primero me encargaré de que todos en la ciudad sepan de su secreto, Agostina. Me bastará con comentarle el asunto a una de las amigas de mi hermana. Estoy seguro de que la señorita Cavia no dudará en revelar a quien quiera escucharla la historia de una pequeña tumba y de la mujer que la visita todos los años al final del invierno.

Agostina apretó los dientes. Benicio la soltó y se apartó. Sonrió cuando escuchó los pasos de la muchacha de servicio en el pasillo.

—Esperé mucho por ella —dijo—. Sé que me comprenderá. Estoy desesperado por tener a Virginia conmigo. Y como un hombre desesperado, estoy dispuesto a cualquier cosa por poseer aquello que deseo. Está usted advertida.

* * *

Virginia se inclinó sobre uno de los libros mayores y siguió con el dedo las cifras que se extendían a lo largo de dos páginas, cada vez más desesperada. No había dinero. Tendrían que ir viviendo al día, con el producto de lo que pudiera vender por jornada. Tomó una pluma entre los dedos e hizo un par de anotaciones en el papel. Una gota de tinta le resbaló entre las dedos y le cayó en el delantal. Virginia no lo notó.

Estaba sentada junto a la ventana, concentrada en las cuentas de su tía. La luz de la mañana caía sobre ella con suavidad, creando reflejos de oro en el pelo. Tenía un chal echado sobre los hombros y un viejo vestido mañanero de color gris. Se veía pálida y agotada, pero era evidente que no descansaría hasta terminar con la tarea que tenía entre manos.

En la calle se escuchó el ruido de un carruaje al detenerse frente a la casa.

La joven volvió una página y examinó los números. Apartó uno de sus rizos de la frente, una mancha oscura quedó cruzada sobre su sien.

—Buenos días.

Virginia soltó un chillido y elevó los ojos hacia la puerta, con el rostro blanco como la cera. La pluma se le resbaló de los dedos y se le cayó sobre la falda. El delantal quedó arruinado.

—¿Se... señor Rivera? —musitó. El color le tiñó de rosas las mejillas—. No lo escuché llamar.

Él se detuvo en el umbral. Ella lo miró de pronto cohibida. No había podido dejar de pensar en él. Había deseado escribirle, incluso ir a verlo, contarle lo sucedido con su tía, explicarle los problemas

económicos que tenía, pedirle consejo, pero había logrado contenerse. Temía convertirse en una molestia para él. ¿Qué tenían, además de secretos y un par de besos? Nada.

Se repitió a sí misma cientos de veces que era una tontería suponer que a él le importaban la situación de su tía y sus problemas financieros. Una vez, en circunstancias similares, ya había acudido a un hombre, a su padre, por ayuda, y él no había hecho otra cosa que ignorarla. Temía que volviera a suceder. Además, si era el señor Rivera quien la defraudaba, le destrozaría el corazón.

Lo miró. Él parecía tener la fortaleza de una montaña. Ella se sentía doblegada por las circunstancias, a punto de desfallecer, de llorar, abrumada, desesperada, perdida en un mundo que no conocía, pero pensó que él sabría qué hacer en su lugar. Tenía la certeza de que el señor Rivera podría, si no resolver los problemas que la aquejaban, al menos hacerle más liviana la carga; sin embargo, no había acudido a él con sus cuitas. Si tan solo se atreviera a pedirle ayuda...

Él le dedicó una sonrisa cortés, pero había en sus ojos una expresión difícil de definir.

—¿La asusté? —preguntó. La voz de barítono resonó en el recinto con un dejo de frialdad—. Discúlpeme. No fue mi intención. Pensé que me había escuchado llamarla.

—No, eh, no, lo siento. —Virginia cerró el libro y lo dejó a un lado, sobre la mesa. Notó que tenía tinta hasta debajo de las uñas. Se puso de pie y se restregó las manos contra el delantal. Ensayó una sonrisa. Ese hombre la ponía nerviosa de un modo que ningún otro caballero lo había hecho jamás.

—¿Mamá Gigi lo hizo pasar? —preguntó.

—Fui yo, señorita. —Salvador asomó la cabeza por la puerta. *Pedro* se encontraba a su lado, meneando la cola de un lado a otro con felicidad. Era obvio que consideraba al visitante como un extraño fascinante—. Mamá Gigi salió. Fue al mercado y me dejó a cargo de la casa.

—Está bien, Salvador. Gracias.

—El señor Rivera quería hablar con usted y le dije que lo anunciaría, pero...

—Le respondí que no sería necesario. —Franco entró a la biblioteca con tal seguridad que Virginia pensó que, donde estuviera, él daría la impresión de ser el amo de todo cuanto lo rodeara. Dejó el abrigo y el sombrero sobre el respaldo de una silla—. Salvador estaba ocupado y no quise distraerlo de sus labores.

—Entiendo.

—Necesito hablar con usted, señorita Bloise.

Si Virginia notó la frialdad en esa voz, no lo demostró. Sonrió e hizo un gesto con la mano.

—Siéntese, por favor —dijo, pero él permaneció de pie, con los ojos fijos en ella.

El indio vaciló. Echó una breve mirada hacia el señor Rivera.

—¿Señorita? —preguntó.

Virginia le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Está bien. Puedes retirarte.

Salvador asintió y desapareció en el pasillo.

—Quizás estaríamos más cómodos en la sala —dijo Virginia. Ella lo estaría, por cierto. La biblioteca era tan pequeña, tan íntima, que se sentía pequeña y vulnerable frente a un hombre tan grande y fuerte como él.

—Aquí estamos bien —dijo Franco y avanzó hacia ella.

—¿Señor?

—Lamento no haberme anunciado con antelación, pero apenas esta madrugada me enteré de lo acontecido con tu tía —dijo sin demasiadas formalidades—. Por supuesto, quise venir a verte de inmediato.

—Le agradezco mucho su interés, pero, en estas circunstancias, no sé si habría podido recibirlo —dijo Virginia, que ignoró la informalidad del tuteo. Ella necesitaba tratarlo de usted o la intimidad que ya percibía entre ambos terminaría por abrumarla.

—Debiste acudir a mí.

—¿Cómo dice...?

—Yo habría estado a tu lado —dijo él. Se acercó más. Sus duras facciones reflejaron un instante de enojo—. ¿Acaso no confías en mí?

—Sí, por supuesto, pero...

—¿Pero?

—Pensé en usted, cientos de veces, créame, pero temía incomodarlo.

—¿Incomodarme?

Ella se ruborizó.

—Sí, verás, no quisiera convertirme en una molestia para usted —comenzó—. Que piense que he decidido abusar de su generosidad me haría muy desdichada. Ya he pasado por esto una vez, sabe. No quisiera que me considerara una impertinente.

Él encajó la mandíbula.

—¿Quién te enseñó a no pedir ayuda cuando obviamente la necesitas?

Virginia desvió la mirada.

—Preferiría no hablar de eso —dijo.

—¿Quién, Virginia?

Ella vaciló.

—Mi padre —musitó finalmente.

Franco le buscó la mirada.

—¿Qué sucedió? —exigió saber.

—No quiero hablar de ello.

—Cuéntame.

Virginia inclinó la cabeza. Supuso que él no la dejaría hasta saberlo todo.

—Poco después de que cumplí dieciséis años, mi tía enfermó. —Ella deslizó un dedo sobre la superficie del escritorio y se concentró en una diminuta muesca en la madera—. No era nada de cuidado realmente, solo un catarro mal curado, pero no lo sabía y me desesperé. Mamá Gigi y Salvador no se encontraban en casa. Habían ido a Santa Ana por vituallas para la tienda. No sabía qué hacer, y Josefa no era ninguna ayuda.

—¿Fue entonces cuando decidiste acudir a tu padre?

—Sí. Corrí a su casa por ayuda. Esperaba que tomara el asunto en sus manos y lo resolviera. No lo sé, supongo que deseaba que me dijera que todo estaría bien porque él se ocuparía de llamar al médico, comprar las medicinas necesarias, si había que comprarlas, que hablaría con mi tía, a fin de asegurarse de que hiciera lo necesario para recuperarse. Pero cuando le conté la razón de mi visita, se limitó a decirme que mi tía se recuperaría y que regresara a casa, a su lado.

—¿No te dijo nada más?

—Solo que me daría unas monedas para pagar un coche de alquiler, que no podía regresar caminando. Luego volví aquí, me ocupe de llamar al médico y envié a Josefa a la botica. Fueron dos semanas muy difíciles. Debía ocuparme de la tienda y del cuidado de mi tía; además de la casa. Cuando Mamá Gigi y Salvador regresaron, mi tía ya se había recuperado. ¿Entiende por qué yo no quería hablarle de esto?

Franco apretó los labios.

—Entiendo que fue Gerardo Bloise quien te enseñó que no puedes confiar en nadie más que en ti misma para resolver tus problemas.

Virginia esbozó una sonrisa.

—Aprendí que no puedo confiar en el señor Bloise —aclaró.

Franco la miró a los ojos.

—No acudirás a nadie más por ayuda —dijo entre dientes—. Si necesitas cualquier cosa, incluso dinero, bastará con que me envíes un mensaje.

—Escuche, señor, le agradezco su interés, pero no creo que esto sea correcto.

—De ordinario tienes una idea muy poco convencional sobre lo que es o no correcto. Harías bien en tenerlo en cuenta.

—¿Disculpe?

—Cuando te conocí estabas a punto de ensartarse a golpes con un conocido rufián de la región. Aceptaste mi dinero, de mí, de un hombre reconocido en la ciudad por ser un canalla. Días después te

sorprendí en un burdel, tomando notas con un ridículo disfraz. Y, finalmente, acudiste mi casa a altas horas de la noche, sin la compañía adecuada.

Virginia se ruborizó.

—Todo lo que acaba de mencionar, señor, tiene una explicación. Mis actos no responden a una falla en mi educación.

—Por supuesto que no, y te admiro por ello, pero no salgamos del tema: quiero que confíes en mí.

Ella vaciló.

—Confío en usted —musitó.

Franco dio un paso hacia ella, la aferró de un brazo y la obligó a mirarlo. Borró con el pulgar la mancha de tinta que le marcaba la piel. La caricia fue suave, gentil.

—Necesito que confíes en mí —dijo. Le levantó el mentón con dos de sus dedos—. Empieza por hablarme de tú ahora que estamos solos. La familiaridad no hará que te respete menos ni me tentará a faltarte.

Ella sonrió con dulzura.

—Eres muy gentil —dijo—. Venir hasta aquí solo para decirme esto...

—Vine en realidad para hacerte una advertencia: estás en peligro aquí.

Los ojos de Virginia reflejaron alarma.

—¿Cómo dices?

Franco la vio retroceder unos pasos, alejarse de él. Tuvo que reprimir el deseo de agarrarla por los hombros y retenerla. De hecho, pensó, debía contenerse para no aferrarla de un brazo y arrastrarla hasta su casa, donde él se aseguraría de que estuviera a salvo de todo peligro.

—Esta noche me reuní con un grupo de caballeros cuyos nombres conoces: Ernesto Quintana, Teodosio Varela y Ladislao Trujillo —dijo fríamente—. Después de jugar a los naipes, comentaron lo acontecido con tu tía y, en particular, tu lamentable situación financiera.

Eso la irritó.

—¿Cómo se atreven? —siseó. La ira se le reflejó un instante en la mirada—. Ocuparse así de mis asuntos, como si tal cosa. Y luego dicen que son las mujeres las que se dedican al chismorreo.

—De hecho, Virginia, concluyeron la noche apostando entre ellos cuánto tardarías en convertirte en la amante de Benicio Andrada a cambio de dinero.

Ella quedó muda un instante.

—¿Qué dices...? —murmuró más que sorprendida, herida.

—Están convencidos de que acudirás a Benicio por ayuda y que, en tu situación, estarías más que dispuesta a calentarle la cama a cambio de su jodida amabilidad.

—Eso es imposible. —Ella lo miró con los ojos enormes, llenos de incertidumbre. No pensó en reprenderlo por la forma de expresarse en su presencia, ya que estaba más que anonadada, se sentía horrorizada—. ¿Por qué me dices esto...? ¿Qué pretendes?

Él endureció la expresión.

—¿No me crees? —preguntó. En la voz de seda fue perceptible el filo del acero—. ¿Desconfías de mis palabras?

—No, no es eso. Es...

—¿Qué es?

—Señor, conozco a estas personas desde la infancia. Mi padre acostumbraba a recibirlos en la sala, y mi tía trata con ellos con asiduidad. —La voz se le quebró. Inhaló—. El señor Andrada ha estado aquí en varias ocasiones. No ha ocultado el deseo de cortejarme.

—No pretende tu mano, Virginia. Te desea, pero no está dispuesto a casarse contigo. Debe velar por la seguridad económica de su familia. Está buscando una esposa entre las ricas herederas de la ciudad. Pero, en tanto encuentra una que responda a las exigencias que su desesperada situación financiera requiere, no quiere perder la oportunidad de conseguirte.

Virginia crispó los dedos contra el vestido. Los nudillos se le pusieron blancos.

—Cállate, por favor. Te creo.

Franco la miró con los ojos entrecerrados.

—Hay más.

—No quiero saberlo. No es necesario. Evitaré al señor Andrada y, por supuesto, también a sus repugnantes amigos.

Él curvó la boca en un rictus amargo.

—Ladislao comentó que Andrada tiene en sus manos las herramientas para conseguirte —dijo.

—¿Qué?

—Cuando le pregunté al respecto dijo que era un secreto.

—Déjame, por favor. —Virginia se mordió el labio inferior de pronto inquieta—. Necesito pensar en esto a solas.

Él entornó los ojos.

—Soy perro viejo en esto, Virginia. Benicio sabe algo que puede utilizar para controlarte. Quiero saber qué es.

—¿Cómo podría saberlo? Esto es muy serio. ¿Estás seguro de que no hubo un malentendido?

—Muy seguro —dijo y con unas pocas palabras le volvió a relatarle lo escuchado en la casa de Ladislao Trujillo aquella madrugada.

Ella se restregó las manos una contra la otra.

—Benicio estuvo aquí esta mañana muy temprano —dijo en voz baja, luego de escucharlo—. Pidió hablar a solas con mi tía. Josefa lo recibió.

Franco la observó con atención.

—Quiero hablar con tu tía —dijo.

—No creo que sea prudente, no en este momento. Ella te teme.

—Hablaré con ella —dijo él cortante. La notó nerviosa, asustada. Murmuró un impropio—. Yo me ocuparé de esto.

—No lo creo.

—Virginia, no me iré. No permitiré que me apartes de ti en este momento. Quiero ayudarte, quiero protegerte. Déjame hacerlo. Mi dinero está a tu disposición, mis influencias, lo que quieras. No me apartes de ti cuando más me necesitas.

Ella rasguñó nerviosa una muesca en la madera del escritorio.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

—Virginia, mírame.

La sensación de haber sido traicionada estaba allí, gélida y dolorosa, enquistándosele en el pecho. Si eran ciertas las palabras de Dante, y no dudaba de que lo fueran, Benicio la había estado engañando todo ese tiempo. Se le quebró la uña. No la quería, no realmente. Solo deseaba llevarla a la cama y aprovecharse de ella. Pensó en las veces que se había mostrado amable con él. Cuánto debió de reírse de ella y de su ingenuidad.

Elevó la mirada y clavó en él unos ojos tristes.

—¿Qué quieres de mí...? —preguntó, suave.

Franco le encerró el rostro entre sus manos.

—¿No te das cuenta que todo esto lo hago porque me importas? También te deseo, claro. Pero yo no solo pretendo tu cuerpo, quiero todo de ti: tu tiempo y tu afecto, tus sueños y tus miedos. Todo cuanto eres, todo cuanto deseas ofrecerme.

Ella no supo qué decir. Él le buscó la mirada. Nunca antes se había sentido tan atraído por una mujer, reconoció, mientras le acercaba los labios a los de ella. La deseaba, pero también quería conocerla, cuidar de ella, mimarla. Probó esos labios con lentitud, suavemente. Si ella quería apartarse de él, tenía allí la posibilidad de hacerlo. Pero Virginia no se alejó. Por el contrario, se le apoyó en el cuerpo fuerte y duro; le permitió profundizar el beso. Franco la aferró por los hombros y exigió más de ella. Siempre querría más. Nunca tendría suficiente de esa mujer.

Virginia inclinó la cabeza, se apartó.

—Perdóname —musitó incapaz de mirarlo.

Franco la detuvo, la miró a los ojos.

—No huyas de mí —le dijo en voz baja.

—Por favor, ahora no.

—Ahora sí. No quiero que tengas dudas respecto a mí. No deseo que me consideres un amigo. No soy un caballero. Me conocen como un canalla. Pero sé lo que quiero, y te quiero para mí.

—No puedo pensar en esto ahora.

—Lo sé. —Franco la abrazó. Le hundió los labios en el pelo—. No exigiré una respuesta de tu parte en este momento, pero quiero que consideres mis palabras. Prométeme que lo harás.

Ella inhaló profundamente.

—Lo haré —prometió.

Franco la apartó, la miró a los ojos.

—Quiero que tú decidas qué habrá entre nosotros, Virginia —dijo con suavidad—. Tomate el tiempo que necesites, pero, cuando tomes esa decisión, quiero que lo hagas libremente. Lo que decidas no hará que te quiera menos, ni que deje de ayudarte en lo que precises.

Ella asintió.

—¿Quieres saludar a mi tía ahora? —preguntó, después de un momento, mientras miraba hacia cualquier cosa, menos a él. Clavó los ojos finalmente en la corbata de Dante. El rubor le había encendido las mejillas.

—Ahora es un buen momento —dijo.

Virginia se mostró cohibida.

—Sígueme, por favor —dijo y lo condujo hacia el corredor. Ella se detuvo junto a una puerta, al final del pasillo—. Por favor, sé paciente con ella. No puede hablar muy bien ni tampoco mover el lado derecho del cuerpo, pero sabe darse a entender.

—Confía en mí —dijo él.

Ella empujó la puerta e hizo un gesto con la mano, invitándolo a pasar. Cuando Franco cruzó el umbral, Agostina fijó en él unos ojos cansados. Palideció al reconocerlo. Volvió la mirada hacia su sobrina; se sentía alerta de pronto.

Virginia sonrió al inclinarse sobre la cama.

—Tía, el señor Rivera ha venido a verte —dijo y le depositó un beso en la frente.

Josefa, quien hasta entonces había estado bordando junto a la cama de la anciana, fijó los ojos enormes en el señor Rivera, perpleja.

—Josefa, puedes retirarte.

—Sí, señorita. —La mujer dejó caer el bordado en un cesto a sus pies, hizo una torpe reverencia y se marchó rápidamente.

Virginia suspiró. Tuvo la certeza de que Josefa correría a buscar a Mamá Gigi para informarle que el diablo estaba en la casa.

El señor Rivera arrastró un taburete junto a la cama.

—¿Podría traerme una taza de té, Virginia? —preguntó recurriendo a las formalidades una vez más. Pensó que no necesitaba conmocionar a Agostina al dirigirse a su sobrina como lo haría un allegado.

Ella lo miró perpleja.

—Eh, sí, por supuesto —dijo. Se dirigió hasta la puerta—. Volveré enseguida.

Cuando ella abandonó la habitación, Franco se inclinó sobre la anciana y le enfrentó la mirada.

—No se preocupe por ella —dijo en voz baja—. No la lastimaré. Lo prometo. Se dicen muchas cosas sobre mí, pero usted sabe que nadie jamás ha puesto en tela de juicio mi palabra.

A la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Q-que... quieren... ha-cer... le... d-daño —dijo. Cerró los ojos, frustrada, al no poder decirle todo cuánto deseaba. Su boca torcida no le permitía hablar con claridad.

Él asintió.

—Quizá no apruebe usted mis métodos, pero mantendré a su sobrina a salvo de los chacales —dijo—. Necesito que confíe en mí.

Agostina intentó articular una palabra, pero no pudo hacerlo. Lo intentó otra vez.

—Be... nicio. Cu-cuid... ado.

—Sé que Benicio Andrada estuvo aquí. ¿La amenaza?

—S-sí.

—¿Qué sabe, señorita Acuña? —preguntó él—. Benicio intentará aprovechar esta oportunidad para quedarse con ella. ¿Qué sabe de Virginia? ¿Que podría utilizar en su contra para controlarla?

Los esfuerzos de la anciana por negar con la cabeza fueron casi inútiles. Casi.

—N-no ella. D-d-de m... mí.

Agostina movió los dedos de la mano izquierda a través de la sabana. Con gran esfuerzo le aferró de la muñeca. A Franco le sorprendió la fuerza de su voluntad.

—Mi... n-niño... —dijo. La saliva se escapó de los labios. Ella cerró los ojos humillada. Una lágrima resbaló de sus ojos húmedos. Franco sacó un pañuelo de uno de los bolsillos de la chaqueta y lo apoyó con suavidad sobre el lado derecho de la boca de la anciana.

—No se preocupe —dijo él suave—. No tiene que avergonzarse por esto.

Ella le apretó la mano.

—Cui-de... ella.

—La cuidaré. —Él guardó el pañuelo—. ¿Confiará en mí?

Agostina le apretó la muñeca una vez.

—Vir... Virg... —jadeó la mujer—. Ella... no está... a s-salvo.

—Lo estará conmigo. No permitiré que nadie la lastime, pero tiene usted que confiar en mí.

—S-sí.

—¿Qué sabe Benicio de usted?

Agostina cerró los ojos, aliviada.

—M-mi... bebé... —dijo—. T-tuve... un... hi-hijo. Fa... lleció a... p-poc-o de na-nacer.

Franco apoyó la mano sobre aquellos dedos fríos.

—Entiendo —dijo—. Era de su prometido.

Agostina apretó la mano.

—Trujillo lo sabe y se lo dijo a Benicio.

Ella volvió a presionarle los dedos.

Franco le buscó la mirada.

—No se preocupe por esto. No saldrá a la luz. Yo me encargaré de eso. Muy pronto Trujillo, Varela y Quintana tendrán demasiados problemas como para estar al pendiente de sus asuntos. De Benicio me encargaré personalmente.

—¿Por... qué ha... ces-sto?

Franco la observó un momento en silencio. Le tomó las manos entre las suyas. La miró a los ojos.

—Por venganza —dijo suave, muy suavemente.

La anciana lo miró confundida.

—Mi verdadero nombre es Franco Andrada —reveló él en voz baja—. Mis padres, Humberto y Rosalie, fueron asesinados por órdenes de mi tío, Ovidio Andrada. Quintana, Trujillo, y Varela mataron a mis padres.

Ella abrió muy grandes los ojos, asombrada.

—Intentaron acabar con mi vida también. Por dinero, por ambición. Me robaron todo lo que era mío: mis tierras, mi herencia, mi vida. Le cuento esto para darle a usted una herramienta contra mí. Quiero que confíe en que cuidaré de su sobrina. Si no lo hago, puede usted revelar mi identidad. Le aseguro que no arruinaría mis planes, pero sí la satisfacción de descubrirme personalmente frente a los asesinos de mis padres.

Agostina le presionó los dedos contra la muñeca.

—Mi cu-ñad-do... ellos eran... sus ami-migos.

Franco la miró a los ojos.

—Gerardo Bloise estaba presente cuando atacaron a mi madre —dijo—. Fue cómplice de sus asesinos.

Agostina intentó retirar la mano de entre las de Dante. Dirigió los ojos hacia la puerta, asustada. Él no se lo permitió. Lo miró.

—Su cuñado no hizo nada por ayudar a mi madre, pero intentó salvarme de sus amigos —dijo él—. Supongo que no deseaba cargar con la muerte de un niño en la conciencia. Solo por eso, su castigo será mucho menor que el que tengo reservado para los otros.

La anciana se estremeció. Franco le palmeó la mano con suavidad.

—Vir-gi... nia... No tie-ne cul... culpa.

—No culpo a su sobrina por esto —dijo él—. Ella está a salvo conmigo, pero su padre tiene una deuda conmigo, y voy a cobrármela. ¿Le importa?

Ella le enfrentó la mirada.

—No —dijo, después de un instante—. ¿Cóm-o... sabe... tod-do est-to? Us-ted er-a un niñ-ño.

—Yo estaba allí, pero, además, un hombre inocente murió en la cárcel, inculpado por la muerte de mis padres. Hablé con él poco antes de que se quitara la vida. Me reveló todo lo que mi padre le había dicho antes de morir. Fue ese hombre quien descubrió a mi madre muerta y a mi padre agonizante, antes de que mi tío ordenara su detención, acusándolo del doble homicidio.

Agostina lo miró en silencio un momento; lo evaluaba. Movi6 los labios.

—¿Qué... qui-ere...?

—A Virginia —dijo 6l—. La necesito conmigo en Empedrado. Para protegerla.

—Yo...

—Tiene mi palabra de que cuidar6 de ella.

Agostina le presion6 la mano. Form6 una palabra en la lengua, la prob6 una y otra vez hasta que finalmente consigui6 expulsarla.

—Con-f6o en... us-usted —dijo.

Franco iba a decir algo m6s, pero, en ese momento, Virginia lleg6 al umbral de la puerta, con una bandeja entre las manos.

—Aqu6 est6 su t6, se6or Rivera —dijo. No lo mir6. Dej6 la bandeja sobre una mesa y tom6 la tetera. Los dedos le temblaban cuando sirvi6 el t6 en una taza—. ¿Az6car?

Franco se puso de pie.

—Disc6lpeme, pero acabo de recordar un compromiso.

—Entiendo. No se preocupe. —Ella regres6 la tasa a la bandeja y la tetera choc6 con el platillo. La losa se astill6.

—Regresar6 a visitarla ma6ana por la ma6ana —dijo 6l. Ella le rehuy6 la mirada—. Env6iame un mensaje si me necesita antes.

Virginia asinti6. Intercambi6 una mirada con su t6a y luego esboz6 una d6bil sonrisa.

—Lo har6 —dijo.

Franco se despidi6 de Agostina con la debida deferencia y luego sigui6 a Virginia hasta la biblioteca, donde hab6a dejado su abrigo.

—En cuanto llegue a casa har6 los arreglos necesarios para que tengas fondos —dijo—. Abrir6 una cuenta a tu nombre.

—No me parece...

—Correcto, lo sé. Sin embargo, la abriré para ti, y espero que lo uses.

Ella abrió la boca para agradecerle la generosidad, pero, antes de que pudiera decir nada, un grito atravesó la sala.

—¡Señorita Virginia! —Mamá Gigi atravesó el pasillo colérica. Se veía agitada y acalorada. Era evidente que había llegado desde la tienda prácticamente a la carrera—. ¿Qué está haciendo usted aquí, a solas con este diablo?

Virginia se mostró exasperada.

—Mamá Gigi, por favor —dijo—. El señor Rivera vino a presentar sus respetos a mi tía.

La mujer clavó los ojos en él. Para horror de Virginia, se santiguó.

—Que Dios la proteja —murmuró.

—¡Mamá Gigi!

La mujer no se dejó amedrentar.

—¡Es usted un diablo, a mí no me engaña! —le dijo a Franco con auténtico brío—. Pero no arrastrará a mi señorita al infierno con usted, no señor. No lo permitiré.

Franco curvó las comisuras de los labios.

—Buenos días, Mamá Gigi —dijo divertido a su pesar—. Virginia me ha hablado mucho de usted.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le ha dicho si se puede saber?

—Es suficiente. El señor Rivera no tiene tiempo para estas tonterías —dijo Virginia de inmediato—. Tiene que irse.

—Entonces dele su abrigo y que se vaya.

Virginia apretó los labios, avergonzada. Se volvió y se encontró con *Bruno* sentado sobre el abrigo del señor Rivera. El ganso se puso de pie y cagó. Ella se quedó sin habla un instante. Entonces tiró del abrigo hasta que el ganso decidió abandonar la silla entre furiosos aleteos. Horrorizada, Virginia vio que la tela estaba arruinada.

—Lo siento mucho —dijo.

—¡Salvador! —gritó Mamá Gigi—. ¡Ven a buscar a *Bruno*! ¡Se cagó en el abrigo de la visita!

El indio entró presuroso a la sala, atrapó al ganso por el cuello y lo alzó en brazos. Murmuró una disculpa y desapareció en el pasillo; quería ocultar su diversión.

Virginia fue incapaz de mirar al señor Rivera a los ojos.

—Puede lavarse —murmuró.

—Pero quedará la mancha —añadió Mamá Gigi no sin satisfacción—. En esa tela, nada se quita del todo.

Virginia se sonrojó.

—Si lo deja aquí, lo limpiaré por usted —musitó.

Franco tomó el abrigo.

—No se preocupe —dijo. Sus labios estaban ligeramente curvados hacia arriba—. Fue un accidente.

Virginia asintió, y él se despidió de ella. Cuando los pasos de Dante se apagaron en el pórtico y su carruaje finalmente abandonó la calle, Virginia cerró la puerta con un golpe y se volvió hacia la anciana con los brazos en jarras.

—¡Mamá Gigi! —chilló—. ¿Cómo pudiste avergonzarme así?

La mujer le frunció el ceño.

—Si pudiera usted ver lo que yo veo, no diría eso. Ese hombre vino del infierno} y está buscando algo. No sé qué es, pero, de seguro, nada bueno.

Virginia hizo un gesto con la mano.

—Es suficiente —dijo—. Ve a preparar la comida. Y si es con *Bruno* como plato principal, mejor.

—Ese ganso solo hizo caca. Está en su casa y puede hacerlo donde le plazca.

—¡A la cocina, Mamá Gigi!

La mujer puso las manos en sus enormes caderas.

—¿Y desde cuando acá usted me manda como a una india cualquiera? —preguntó.

—Desde ahora. —Virginia le señaló la cocina—. Vete y déjame en paz.

—Eso sí que no. Le guste o no, aquí estoy y aquí me quedo. Usted va a escucharme.

Virginia giró sobre los talones y se dirigió a la habitación de su tía.

—El señor Rivera solo quiso ser amable —dijo.

—Ese canalla no es un santo de Dios. Quiere algo de usted.

—No quiero hablar de eso.

—Usted no diga nada si no quiere, pero va a escucharme. No dejaré que se acerque a ese hombre. —Mamá Gigi cruzó el umbral y se detuvo junto a la cama de Agustina, con los brazos en las caderas—. Es peligroso.

—Ya hemos hablado de esto.— Virginia comenzó a recoger la vajilla del té.

—Usted pretendía ir con él a Empedrado. Desde ya le digo que no irá. Ahora que lo he visto con mis propios ojos, no me cabe ninguna duda. Es un demonio. Usted no irá a ningún lado con él.

—Irá.

Mamá Gigi giró y clavó sus ojos en Agustina.

—¿Cómo dijo? —preguntó.

Virginia corrió hacia la cama y se arrodilló junto a su tía. Le tomó la mano izquierda entre las suyas.

—¿Tía? ¿Necesitas algo?

Agustina presionó los dedos de su sobrina entre los suyos.

—Tú... s-sabes —dijo. La miró a los ojos—. Te vi en... l-la... puerta. Escu-chaste... t-todo.

Virginia apoyó los labios en el dorso de su mano.

—Sí, tía.

—S-sabes... qu-uién es.

—Tía, mi padre. —Virginia hizo una pausa—. Lo que hizo, no tiene nombre. Estoy muy avergonzada. ¿Cómo se puede perdonar algo así?

—No... se... p-pue... de.

—El señor Rivera, Franco, debería odiarme.

—N... no. Con... fia en él. —Agustina movió los labios.

—Tía...

—Te... q-quie... re.

—¿Qué dice...? —Mamá Gigi se detuvo junto a la cabecera de la cama—. ¿De qué está hablando?

—Des-pués.

—¿Confía usted en ese demonio? —Mamá Gigi meneó la cabeza—. ¿Está segura?

—S-sí. Vir... g-ginia... irá c-con él.

—¿A Empedrado?

—Sí.

Mamá Gigi inhaló profundamente.

—Prepararé mis bártulos —dijo.

—No. Tú... t-te qued-das. Sal... Salva-dor va.

La india frunció el ceño.

—Ese indio mentecato no sirve para nada. Es demasiado bueno. Confiará en ese diablo al instante.

—Él... va.

Mamá Gigi frunció los labios.

—Le enviaré una nota a la señora Leocadia. Le preguntaré si puede recibir a la señorita Virginia y a Salvador.

—N-no. —Agostina fijó los ojos en Mamá Gigi—. Vir... g-ginia... est-tará c-con él... Se hará... lo q-ue él... diga.

Mamá Gigi detuvo la mirada en la señorita Agostina, primero; luego, en Virginia.

—Que Dios la proteja, señorita —dijo finalmente.

CAPÍTULO 21

Empedrado, provincia de Corrientes.

El *Formosa* avanzó con lentitud sobre las aguas turbulentas del Paraná. La proa destrozó en su avance los diamantes que el sol había sembrado sobre el delicado oleaje mientras batía con parsimonia la oscura superficie del río. Sobre la costa, a la distancia, los árboles constituían ondulantes siluetas azuladas, aterradores fantasmas encorvados y deformes, decididos a alzarse hacia el cielo entre los aullidos del viento y las gélidas cadenas de la bruma.

Un barco de tan grandes proporciones como lo era el *Formosa* debía representar una temible amenaza para las pequeñas embarcaciones que se dirigían hacia Ciudad de Invierno, la residencia invernal más importante y majestuosa de Sudamérica, porque, desde que había dejado atrás el último recodo, el *Formosa* navegaba a sus anchas en soledad, sin ningún escollo que significara un retraso en el avance.

Franco volvió los ojos hacia los ventanales del salón comedor y observó los destellos del sol en el agua. Se peinó el pelo con los dedos distraído. Guedejas bronce le enmarcaron el rostro mientras pensaba en Virginia.

Era hija de Gerardo Bloise, uno de los hombres que habían irrumpido en su casa aquella noche, veintisiete años atrás, y la única mujer que pretendía para sí.

La luz del sol que entraba a través de los ventanales osciló y por un instante, le iluminó la fisonomía que se reflejó con nitidez en el cristal. La pálida y desagradable cicatriz que le cruzaba el lado derecho de la cara desde la ceja hasta la mandíbula se destacó con brutal intensidad sobre su piel broncea.

Deslizó dos dedos sobre la áspera superficie de su rostro.

* * *

La bruma había desaparecido con las primeras pinceladas del amanecer. Hacia el poniente, aun en una semipenumbra, el rojo carmín y pardo de los árboles estaba comenzando a adquirir las variadas tonalidades del oro bajo las tempranas caricias del sol. Ovidio Andrada subió los escalones del pórtico de dos en dos y empujó a una india que intentó detenerlo en el umbral.

—Apártate de mi camino.

—No, señor, no entre —dijo la anciana llorosa—. El diablo ha estado ahí dentro.

Ovidio no se detuvo.

—¿Dónde está el niño? —preguntó.

—Ahí está, señor. —La mujer se cubrió la boca con el delantal y señaló hacia el final de la galería—. No se ha movido de allí desde que Tomás lo sacó de la sala de lectura, poco después de que ese asesino abandonara la casa.

Ovidio no escuchó más. Apretó los labios y fue hasta su sobrino. Se arrodilló frente a él y le tomó el rostro entre las manos.

—¿Estás bien? —musitó.

Franco se volvió hacia él con una seriedad rayana en la indiferencia. No había ninguna expresión en esos ojos. No había vida en ellos, ningún sentimiento que animara aquella mirada vacía y fría.

Ovidio le acarició la mejilla.

—Contéstame —dijo con suavidad—. ¿Estás herido?

Después de un momento, Franco meneó la cabeza.

—No —dijo suave.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Ovidio lo miró a los ojos.

—¿Qué sucedió? ¿Lo sabes?

—Mi madre dijo que no debía hacer ruido porque unos hombres estaban en la casa.

—¿Los viste?

—Mi mamá también está muerta... —Vaciló y luego lo miró, esperanzado—. ¿O, no?

—Sí. Está muerta.

—Ella intentó protegerme.

Ovidio apretó los labios.

—¿Viste a quién hizo esto? ¿Lo reconocerías?

—¿Mi papá también murió? —Franco volvió los ojos hacia los árboles que se mecían con el viento, susurrantes y oscuros, junto al río.

Ovidio le buscó la mirada.

—Todo estará bien —dijo—. Yo cuidaré de ti ahora.

Él lo miró en silencio. En su mundo roto y negro, nada estaba bien y dudaba de que alguna vez lo estuviera, pero no sabía cómo decírselo a su tío. Desde que alguien le había dicho que sus padres habían muerto, sentía que había caído por las escaleras de las tinieblas hasta los más profundos y oscuros abismos del infierno. Volvió los ojos hacia la arboleda una vez más. En las sombras que danzaban entre las viejas ramas había algo que lo tranquilizaba, que acallaba el dolor que se le agolpaba en la garganta.

—Mírame.

Él dejó los ojos en la oscuridad. Allí no había sangre. Allí no veía la angustiada expresión de su madre.

—Sé quién mató a mi mamá —musitó—. Yo lo vi.

Ovidio le acarició el cabello rubio.

—Yo también —dijo en voz baja—. Fue el capataz. No consiguió escapar. No te preocupes. No podrá hacerte daño.

Franco lo miró, confundido. Recordó al señor Ramiro, un hombretón afable y sonriente, de grandes manos ásperas y tostadas por el sol.

—No fue él —dijo.

Ovidio alzó una ceja.

—¿Qué dices?

—El señor Ramiro jamás nos haría daño. Es muy bueno. Le gustan mucho los biscochos que prepara mamá. Es un amigo.

Ovidio esbozó una gélida sonrisa.

—Ya hablaremos de esto. Estás enfermo. Sé que no te sientes bien.
—Pero es cierto. No fue él.
—Si es un inocente, no tardará en quedar en libertad; si no lo es, tú y yo nos encargaremos de él —dijo.
—*Est-ce une promesse?*
—Sí —dijo Ovidio con suavidad—. Es una promesa.

* * *

—¿Franco? —Eduardo apartó una silla y se sentó a la mesa frente a él—. ¿Estás bien?

Él asintió. Se recostó contra el respaldo de la silla y encendió un cigarro.

—Sí —dijo. Hizo un gesto con la mano. Una voluta de humo flotó hacia su rostro—. ¿Dónde está ella ahora?

—¿Virginia? En la cubierta, con Salvador. Si miras por esa ventana, podrás verla disfrutar del sol. —Eduardo sonrió cuando su amigo clavó en él una helada mirada—. Que no supieras que tu presa se encuentra tan cerca de ti es todo un acontecimiento.

Franco ignoró la mofa.

—Ella confía en mí —dijo.

—¿Qué otra opción tiene?

—No muchas, supongo.

Eduardo no hizo comentarios al respecto.

—Tus planes resultarán —dijo—. Varela, Trujillo y Quintana ya se encuentran en Ciudad de Invierno. Están desesperados. Varela ya no tiene un centavo a su nombre. Sus bienes no tardarán en ser debidamente repartidos entre los acreedores. Quedará en la calle si no consigue una buena inyección de efectivo en los próximos dos días. Quintana pronto descubrirá que su esposa dejó la casa en garantía, después de una noche de apuestas en El Paraíso, y confió en que tú sabrías esperar por el dinero que te debe. Cuando el señor Quintana regrese a la ciudad, tendrá que depender de la bondad de los amigos o vivir en las calles. —Eduardo tomó el periódico que se encontraba

sobre la mesa y examinó las noticias con vago interés—. Trujillo, por su parte, sabe que su futuro depende de las eventuales ganancias como miembro de la sociedad Ciudad de Invierno. Me temo que el proyecto está destinado al fracaso.

—La mayoría de los accionistas son hombres de letras. De negocios saben poco y nada —dijo Franco—. Es un desastre financiero en ciernes, y ni siquiera pueden verlo.

—Quizá, si el proyecto estuviera en buenas manos, tendría una oportunidad, pero, como están las cosas, dudo mucho que las puertas de la Mansión de Invierno continúen abiertas al final del año.

—Le doy seis meses, como mucho.

—Una lástima. —Eduardo hojeó el periódico. Leyó un par de líneas bajo el título de una nota periodística y, luego, echó una breve mirada hacia su amigo. Curvó los labios en una sonrisa—. ¿Leíste la página seis?

—Sí.

—La policía decidió realizar un allanamiento en el burdel de Escalante —comentó—. Encontraron irregularidades en los papeles de las putas y en los libros mayores. Justiniano tendrá que pagar una multa y, con seguridad, acabará con los huesos en prisión por fraude.

—Qué pena.

Eduardo le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Tienes alguna relación con sus infortunios?

Franco le dio una pitada a su cigarro.

—Me cobré un par de favores, solo eso.

Eduardo le buscó la mirada.

—Lo hiciste por ella —dijo. Como su amigo no consideró necesario responder al comentario, Eduardo hojeó un par de páginas más, fingiéndose distraído—. Cuando la señorita Virginia deje sus pertenencias en el Hotel Continental, estoy seguro de que estará más que interesada en rescatar a su hermana de las manos de ese pretendiente. ¿Debo preparar un carruaje en tu nombre para conducirla hasta la casucha donde está hospedándose la otra señorita Bloise?

—Sí. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

—Recibí un mensaje desde la ciudad. Gerardo no tardará en llegar a Empedrado. Probablemente arribe al hotel la noche de la inauguración. Averiguó por sus propios medios que Cordelia se encuentra en las inmediaciones.

Franco observó la punta del cigarro.

—Ovidio y Benicio Andrada ya se encuentran en Ciudad de Invierno, asumo.

—Así es. —Eduardo vaciló—. Benicio fue a la casa de la señorita Virginia, poco antes de tomar un vapor para Empedrado.

—¿Sucedió algo?

—Nada. No pasó de la puerta. Esa mujer, Mamá Gigi, no le permitió la entrada a la casa. —Eduardo sonrió—. Según los hombres que dejaste apostados en las cercanías, la vieja lo amenazó con una escoba y, prácticamente, lo echó a empellones de la casa.

—Mi primo debe estar furioso —comentó Franco—. Ya habrá averiguado que Virginia está viajando conmigo hacia Empedrado. En cuanto llegue al hotel la buscará.

—Y tú estarás allí para detenerlo.

Franco curvó las comisuras de los labios.

—¿Cerantonio y sus hombres ya están en el hotel?

—Sí.

—Tienen que pasar desapercibidos hasta que sea el momento adecuado.

—Estarán atentos.

Franco hizo una pausa.

—Asegúrate de que mi habitación y la de Virginia estén comunicadas —dijo—. Quiero estar cerca de ella, si me necesita.

—Por supuesto. —Eduardo no disimuló cierto disgusto—. Se te conoce por tu caballerosidad. No puedes evitar acudir al rescate cuando una dama precisa ayuda.

Franco le frunció el ceño.

Eduardo levantó las manos en señal de rendición.

—Ya me voy —dijo. Se puso de pie y arrojó el periódico sobre la mesa—. Solo quiero que me respondas algo.

Franco elevó una ceja.

—¿Qué es?

—¿La tratarás bien?

—¿Y esa pregunta?

—¿Sabes? Me alegro de que su padre solo sea un cómplice en el crimen de tus padres —dijo—. No quisiera que perdieras a la única mujer que te ha importado en toda tu vida por una venganza. Porque sé que ella te importa.

* * *

Diez minutos después, Franco abandonó el salón comedor del *Formosa* y se dirigió a la cubierta. Había refrescado en la mañana, pero eso no había amedrentado a un número importante de pasajeros que habían decidido admirar desde la popa la aterradora hermosura del río.

Él se alejó de la multitud. Encendió un cigarro y se apoyó en la barandilla. Observó el río en silencio. Inclino la cabeza y un mechón de pelo le ocultó parte del rostro. Una voluta de humo ascendió con el aire.

De pronto, una voz que reconoció lo llamó por su nombre.

—¿Señor?

—¿Virginia?

—Aquí estoy. Aquí abajo.

Franco se inclinó. Solo pudo ver de ella el borde de la falda y un pequeño y elegante zapato que se asomaban detrás de una pila de bártulos.

El *Formosa*, además de transportar a veinte tripulantes y ciento treinta pasajeros, llevaba en cubierta más de una docena de baúles y mercaderías que debían ser distribuidas en varios puertos del Paraná antes de llegar al muelle del Hotel Continental. Precisamente detrás de esos avíos se encontraba aquel zapato y su dueña.

—¿Qué haces allí? —preguntó.

—Ocultarme.

Franco arrojó el cigarro al río.

—¿De quién?

—De la señorita Cavia, una de las amigas de Sofía Andrada. La vi hará unos cinco minutos dirigiéndose hacia aquí. Cada vez que me tiene a tiro no pierde la oportunidad de endilgarme un sermón sobre lo que es correcto o no de mi conducta.

—Entiendo.

—¿Estamos solos?

—Sí.

Virginia no pareció creer en su palabra de inmediato.

—¿Podrías asegurarte, por favor? —insistió.

Franco observó el entorno, divertido a su pesar. Gran parte del pasaje se encontraba muy lejos de aquel rincón, sobre la proa.

—Puedes salir —dijo—. Estás segura.

—Gracias a Dios.

El zapato y la falda desaparecieron, y Virginia abandonó el escondite con una sonrisa.

Franco sonrió.

—¿Dónde está Salvador? —preguntó.

—Junto a la barandilla, por allá. —Hizo un gesto vago—. No se siente muy bien de salud. Se marea con facilidad.

Franco curvó los labios a un lado al observarla. Ella se volvió, y se sacudió el polvo de la falda. La blusa de plumetí color damasco le enfatizaba la delicada figura con esos frunces y esos pequeños volantes. Tenía el cuello y los hombros adornados con flores de encaje y diminutas cintas de seda. Una falda en forma de corola a rayas negras y blancas le completaba el atuendo mañanero. Llevaba el pelo recogido a la altura de la nuca con una profusión de hebillas que, con toda seguridad, no lograrían mantener aquellos rizos sujetos por mucho tiempo.

Virginia lo miró de soslayo.

—¿Sucede algo? —preguntó.

— ¿Por qué?

— Me estás mirando fijo.

— Eres hermosa, por eso no puedo dejar de mirarte.

Ella se ruborizó. Desvió la mirada hacia el río.

— Gracias — musitó.

Franco se apoyó en la baranda y le buscó la mirada.

— ¿Te molestan los halagos? — preguntó.

— No, no es eso. — Virginia lo miró de soslayo y pensó que él tenía el aspecto de un bribón encantador.

— ¿Entonces?

— Es que no estoy acostumbrada a recibirlos.

— Tendrás que acostumbrarte entonces.

— ¿Sí?

— Sí, porque yo no dejaré de señalar lo hermosa que eres. — Franco le rozó el mentón con dos dedos—. ¿Ya has tomado una decisión respecto a nosotros?

— ¿Quieres saberlo ahora?

— Me gustaría, sí.

— ¿Aquí?

Él le apartó un rizo fugitivo de la frente y se lo acomodó detrás de la oreja con una caricia gentil.

— Aquí — dijo—. Si la respuesta es un no, aunque solo sea para salvar las apariencias, mantendré la compostura y no suplicaré. Por supuesto, lo haré en privado y cuantas veces sean necesarias para hacerte cambiar de opinión, pero no aquí.

Ella tuvo que sonreír.

— ¿Y si la respuesta es un sí?

— Entonces estarás a salvo. Como no puedo hacerte mía en la cubierta de un barco, tendré que esperar a un momento más adecuado.

Virginia desvió la mirada.

— Comprendo — dijo en voz baja.

— Como verás, este es el lugar y el momento apropiado para tratar este tema.

—Creo que estoy de acuerdo con eso, señor Rivera.

—¿Y bien? —Franco la observó con atención—. ¿Qué piensas hacer conmigo?

Virginia volvió la mirada hacia el río con rapidez.

—Siempre me ha gustado dibujar —dijo con suavidad—. Los carboncillos se me dan bastante bien. Cuando te vi en la calle, aquella vez, al conocernos, pensé que era una lástima no tener allí mismo mis elementos de dibujo, creo que ya lo mencioné una vez, cuando nos encontramos en el asilo de huérfanos. Me habría gustado plasmarte en papel, capturar la expresión de tus ojos, tratar de reproducir la gélida apostura de tu rostro. Luego lo hice, y es uno de mis mejores trabajos.

Franco alzó una ceja inquisitivo.

—Eres un hombre muy atractivo —continuó ella, sin mirarlo. Parecía incapaz de apartar los ojos de la oscura superficie del río—. Fascinante de hecho. No estoy segura de que lo sepas, pero me es muy difícil resistirme a ti cada vez que te acercas. Creo que nunca he conocido a nadie como tú. Pero no es solo tu rostro lo que me atrae o tu apostura o tu carácter. Contigo a mi lado me siento segura, y eso es algo nuevo para mí. Jamás esperé confiar en un hombre. Excepto por Salvador, todos los que he conocido me han defraudado. Pero siento que puedo confiar en ti. —Recién entonces lo miró—. ¿Estoy equivocada?

Él no se movió.

—No —dijo—. Yo jamás te traicionaré.

Virginia apoyó los dedos sobre la baranda.

—Sé que no conoceré a nadie que me haga sentir como tú lo haces: hermosa, fuerte, valiente. Esta oportunidad de vivir una aventura con alguien a quien considero fascinante creo que solo se presenta una vez en la vida. No perderé esta oportunidad.

Franco apoyó los dedos sobre los de ella.

—Lo que quiero decir es que sí, tomé una decisión.

—¿Puedo saber cuál es? —preguntó.

—¿No lo has adivinado ya?

—Quiero escuchártelo decir.

Ella lo miró.

—Estoy dispuesta a involucrarme en una relación romántica contigo. Mientras ambos deseemos esto, creo que será una aventura maravillosa.

Franco le acercó los dedos a los labios.

—No te arrepentirás de esto —dijo. Le besó el dorso de la mano—. Lo prometo.

CAPÍTULO 22

Giuliana Ferrini caminaba en silencio por la cubierta junto al señor Ladislao Trujillo.

El hombre observó a su acompañante arrobado. Ella se veía espléndida, aunque él suponía que tal hermosura no le permitiría lucir de otra manera. El elegante vestido mañanero color rojo rosado le realzaba el exquisito tono de la piel, el color de los ojos y el rosa aterciopelado de las mejillas.

El óvalo perfecto del rostro, los labios llenos y rojos y ese cuerpo de curvas pronunciadas hacían de ella una de las mujeres más hermosas que había conocido. Sin embargo, el señor Trujillo no había descubierto en la señorita un ápice de soberbia o vanidad. La miró, ya bajo el embrujo de su hermosura. Reparó en una delgada cadena de plata que la joven llevaba por único adorno y que desaparecía entre las diminutas rosetas que adornaban el corpiño de su vestido.

—No lloverá hoy —comentó ella. En la mirada se le reflejó por un instante el tono plomizo de las aguas del río; luego, se apoyó en la barandilla y observó las escasas nubes blancas que flotaban sobre el horizonte—. Es un alivio. No quisiera que la inauguración de Ciudad de Invierno se viera opacada por una tormenta.

El señor Trujillo se detuvo junto a ella. Le estudió la delicada curva del cuello, los rizos rubios y brillantes, la inocente expresión de ese bellísimo rostro. Y el deseo, espeso y caliente, le inundó la sangre.

—¿Le teme a las tormentas, señorita Ferrini? —preguntó con voz ronca.

—No exactamente.

—¿Cómo es eso?

Giuliana se volvió y lo miró con dulzura. Ladislao contuvo el aliento subyugado. Esa mujer tenía que ser suya. Y lo sería, sin duda alguna. Acostumbrado a obtener todo cuanto deseara con la sola

mención de su apellido, no dudaba de que Giuliana se sintiera afortunada de tener la oportunidad de compartir con él la cama en cuanto se lo propusiera; después de todo, pensó, era una actriz.

Sería generoso con ella. Le compraría en Empedrado una gargantilla de oro y esperaba recibir en pago su devoción. Estaba seguro de que ella estaría encantada de arrojar al río esa baratija que le colgaba del cuello a sabiendas de que conseguiría mucho más a su lado.

—Es a los indeseables que salen en noches de tormenta a los que temo —dijo Giuliana, al parecer, ajena al cariz que habían tomado los pensamientos de su acompañante.

Ella desvió la mirada con vago interés hacia las sombras de la cubierta. Sabía calibrar a las personas. Si bien el *Formosa* se consideraba era una embarcación de lujo, llevaba hacia Empedrado no solo a la crema y nata de la sociedad, sino también a prostitutas, jugadores, truhanes y bandidos ansiosos por esquilmar a otros pasajeros.

El señor Trujillo deslizó sobre la señorita una lenta mirada evaluativa.

—Yo la protegería con mi vida, si me permitiera usted contarme entre uno más de sus admiradores.

—¿Es eso cierto?

Él asintió. Presionó los dedos de la muchacha con los propios.

—Sería muy generoso con usted.

—Señor Trujillo...

—Ladislao, querida. Llámeme por mi nombre.

—No podría.

—No sea tímida conmigo. No necesita serlo. No sé si debería decirlo ya, pero la quiero.

Giuliana lo miró a los ojos.

—¿Lo dice en serio? —preguntó con suavidad.

—Muy en serio, señorita Ferrini.

—¿Me quiere? ¿Cómo podría? Usted no sabe nada de mí.

—La conozco muy bien, créame.

Ella desvió la mirada; un hoyuelo se dibujó a los lados de sus labios.

—¿Qué sabe de mí, señor Trujillo? Pidió serme presentado en el puerto. Es muy poco tiempo para conocer a alguien —preguntó. Parecía melindrosa, pero esos ojos fríos y astutos no reproducían la timorata expresión del rostro; por el contrario, revelaban la avezada inteligencia que se agazapaba detrás de la aparente inocencia de la mirada—. ¿Qué le ha hecho adorarme?

Él la miró de arriba abajo casi con insolencia. Cualquiera otra dama se habría sentido ofendida bajo ese examen, pero ella no era una dama. Estaba acostumbrada a esa clase de miradas; de hecho, desde la infancia no recibía de los hombres más que miradas como aquella.

El señor Trujillo la aferró por los hombros y se inclinó sobre ella. Olía a sudor, a los huevos escalfados que había pedido en el desayuno.

—Es usted una dama dulce y amable, inocente, a pesar de su profesión —dijo.

—Hay quienes pondrían objeciones a sus palabras, pero ¿quién soy yo para corregir la impresión que tiene usted de mí? —sonrió y lo empujó para apartarlo de ella. El olor que le manaba de la boca estaban comenzando a resultarle insoportable—. Por favor, aléjese, alguien podría vernos.

Él la ignoró.

—Necesita la protección de un hombre como yo. No me importa que se dedique usted a las tablas. Para mí es usted una mujer encantadora, como le dije, víctima de la vida. Permítame hacerla feliz.

—Señor Trujillo, no sé qué decir...

—Le aseguro que a mi lado tendrá todo lo que quiera.

—¿Todo?

—Todo —continuó él, seguro de conseguir lo que deseaba—: Joyas, pieles, una casa, viajes lo que usted quiera lo tendrá con solo pedirlo. Sea mía, y pondré el mundo a sus pies.

Oh, por Dios, pensó ella, divertida. Si no tiene dónde caer muerto.

Giuliana consiguió escapar de las garras de esas manos calientes y se volvió hacia el río, fingiéndose tímida y asustada.

—Piense en mi reputación, señor Trujillo —dijo. Respiró una bocanada de aire puro, aunque con disimulo—. Sé que no se me considera una dama, pero le aseguro que no deseo suscitar rumores desagradables a mi paso. No puede tocarme así en público. Además, es usted un caballero. Que lo vean así con una mujer de mi clase...

—Sería un honor, se lo aseguro.

—Ladislao...

—La quiero tanto... —susurró él. Se inclinó. Con el aliento, le rozó la mejilla cuando hundió los dedos entre esos rizos—. Permítame acompañarla a su camarote.

Eduardo lo mataría, pensó ella, y no puso evitar que una sonrisa cariñosa se le extendiera por los labios. Giuliana se volvió y alzó la vista hacia él. Sus ojos rasgados atraparon la mirada del señor Trujillo cuando él se inclinó con la intención de besarla.

—Esto es tan inesperado...

—Permítame demostrarle mi amor. Esta noche, en el hotel, déjeme amarla.

Giuliana le deslizó las manos sobre la chaqueta.

—Quizás —musitó la joven fingiéndose turbada. Observó, distraída, la diáfana estela de plata que creaba el barco sobre del río.

—Solo míreme, señorita Ferrini. Ya no puedo vivir sin usted.

—Señor, es usted impetuoso realmente.

—¿Me tiene miedo? No debería. Yo jamás la lastimaría.

Giuliana esbozó una sonrisa.

—Oh, pero yo sé de alguien que a usted sí, señor Trujillo.

—¿Cómo dice...?

Giuliana acercó el rostro a él y lo miró a los ojos.

—Eduardo podría molestarse —susurró ella.

—¿Cómo...?

—Lo lamento, pero el señor Vallejos es muy posesivo, incluso celoso. Usted no estaría a salvo conmigo.

—¿Quién...? —balbuceó Ladislao confundido—. ¿Quién es Eduardo?

Giuliana sonrió y los hoyuelos le convirtieron el rostro en una beldad. A su espalda, sonaban distantes los primeros acordes de una contradanza. Ella desvió la mirada.

—Eduardo, permíteme presentarte al señor Ladislao Trujillo —dijo.

Ladislao se volvió bruscamente. Eduardo se apartó de las sombras. El amarillento fulgor del sol le iluminó un instante los ojos.

—Señor —saludó con frialdad.

—Señor Trujillo, él es Eduardo Vallejos, un muy buen amigo —dijo Giuliana, haciendo gala de sus buenos modales—. Poco después del desayuno, el señor Trujillo insistió en caminar conmigo por la cubierta. Creo que le preocupaba que me encontrara con indeseables. ¿No te parece muy amable de su parte, Eduardo?

—Muy amable, sí.

Ladislao crispó los puños a los lados del cuerpo. Observó a Vallejos con una expresión rayana en la indiferencia, aunque la mirada del anciano desmentía esa aparente indolencia. No se sentía cómodo en presencia de aquel hombre; por el contrario, le temía.

—Señor Vallejos —dijo—. Lamento haber retenido a la señorita Ferrini. Espero sepa disculparme.

Eduardo echó una gélida mirada hacia Trujillo y luego depositó toda su atención en Giuliana.

—Es tarde. Joaquín está esperándote —dijo.

—Por cierto. —Giuliana sonrió con dulzura—. Tendrá que disculparme, señor Trujillo, pero tengo mis obligaciones.

—Señorita Ferrini.

—¿Sí, señor Trujillo?

—Ahora, Giuliana —dijo Eduardo, y había una advertencia en el tono.

Ella no se arredró.

—Eduardo no pierde oportunidad de mostrarse como un tirano insufrible conmigo, señor, pero no debe usted preocuparse: ya estoy acostumbrada a sus toscas maneras —dijo ella y fue hacia Eduardo. Se colgó de su brazo, siempre sonriente—. Con tiempo y paciencia, creo que algún día lograré inculcarle buenos modales.

Eduardo torció las comisuras de los labios en una sonrisa mordaz.

Trujillo lo observó con detenimiento. Buscaba advertir en la mirada del otro alguna emoción, quizás disgusto o cólera a consecuencia de los agudos comentarios de la señorita Ferrini, pero no encontró más que indolencia y cierta satisfacción masculina en esas facciones duras y elegantes. Parecía estar divirtiéndose a sus expensas, y eso lo enfureció.

Ya le enseñaría a esa basura que, cuando él deseaba algo, lo obtenía. Esa mujer sería suya, y Vallejos tendría que aceptarlo. Ladislao intentó transmitirle desprecio con la mirada. Quizá fuera un caballero, quizá no, y Trujillo estaba dispuesto a apostar una gran parte de su fortuna a que Vallejos no era más que un sucio truhán de poca monta, aunque tuviera algo que él todavía no, reconoció: a Giuliana Ferrini. Apretó los dientes. Eso se terminaría.

—Me gustaría hablar con usted en la noche si me lo permite —dijo, dirigiéndose a Giuliana—. Tal vez podría cenar conmigo.

—Será un placer hacerlo, señor.

Ladislao sonrió satisfecho.

Eduardo le dirigió una mirada gélida. Su rostro había adquirido la dureza del granito. Separó los labios y le enseñó los dientes en una sonrisa carente de todo humor.

—La señorita Ferrini debe retirarse ahora.

Ladislao lo miró, colérico. Eduardo Vallejos se veía como cualquiera de los miserables bellacos que viajaban en cubierta o, peor aún, como la basura que parecía ser. Llevaba el atuendo de un caballero, pensó, pero dudaba de que Vallejos fuera algo más que un bribón de puerto. Había algo en él, reconoció Trujillo a desgano, en su

mirada, en su expresión, en su cuerpo grande y duro, de músculos definidos y hombros anchos, que lo compelió a ocultar el enojo y a contener la lengua por el momento.

Giuliana sonrió.

—Hasta entonces, señor —dijo.

—Hasta entonces, señorita Ferrini —murmuró el caballero entre dientes y se apresuró a desaparecer entre las sombras cuando Eduardo le dirigió una mirada fría y amenazante.

Giuliana se volvió y con una caricia siguió el duro contorno de la mandíbula del hombre que la llevaba del brazo.

—Al señor Trujillo le gusta sentir el placer de la caza, pero mucho más ganarle el premio a un competidor como tú —dijo. Sintió la aspereza de una barba incipiente bajo los dedos—. Debías mostrarte celoso, pero lo tuyo fue prácticamente un llamado a las armas. Qué vergüenza. Tu actuación ha sido exagerada.

—No fue una actuación.

—Lo has asustado.

—No pretendía hacerlo.

—Por supuesto que sí. Te dedicas a espantar a todos los hombres que tienen el valor de acercarse a mí. Pero no debes olvidar que el señor Trujillo es especial. Debe estar pendiente de mí.

—Joaquín quiere hablar contigo —dijo él con frialdad; ignoró deliberadamente sus palabras. No estaba dispuesto a discutir aquello que no podía negar. Los ojos se le clavaron en ella, herméticos—. Quiere asegurarse de que sabes exactamente cuál es tu papel en Ciudad de Invierno.

La joven curvó los labios sin sonreír. La picardía parecía haberle arrebolado las mejillas.

—¿Estás celoso? —preguntó.

—No.

—Sí, lo estás.

—¿Eso te importaría?

—Te aseguro que no tienes por qué estarlo.

Eduardo le tomó la mano con delicadeza.

—Vi lo que hiciste —dijo en voz baja—. Joaquín se molestará contigo si lo descubre.

—¿Qué hice?

—No finjas conmigo.

—Oh. —Ella buscó su mirada implacable—. ¿Qué puedo hacer por ti para asegurar tu silencio?

Eduardo le tomó el mentón entre los dedos y la miró a los ojos.

—No juegues conmigo —advirtió—. Puedo tolerarlo todo de ti, pero no tus juegos.

—Jamás me atrevería a jugar contigo. —Giuliana le rodeó el cuello con las manos y acercó los labios a los de él. Las pestañas velaron la expresión de sus ojos cuando le depositó un beso suave sobre la boca—. Me crees, ¿verdad?

—Dámelo, Giuliana.

—¿Qué cosa?

—Trujillo podría acusarte, lo sabes.

Ella hizo un mohín.

—¿Crees que el señor Trujillo se atrevería a desconfiar de mí? —preguntó. Se volvió con la intención de dirigirse hacia el camarote—. Dice amarme.

Eduardo le aferró la mano para detenerla. La de ella era pequeña, pálida y elegante, de dedos finos y largos; la de él, enorme y áspera, del color de la canela.

—Dámelo —repitió. Había algo inexorable en su voz—. Me desharé de eso.

Ella pareció dudar si rebelarse u obedecer, pero, finalmente, le dio a Eduardo un reloj de oro.

—Qué aburrido eres —dijo, pero solo había diversión en su mirada. Alzó el rostro hacia él y le depositó otro beso sobre los labios. Era un hombre rudo y fuerte, pero ella se sentía segura con él—. Te disculpo solo porque eres muy atractivo. Si no lo fueras, te acusaría de arruinarme la diversión... En fin, tengo que ir con Joaquín.

—Giuliana...

—¿Querías antes escoltarme hasta mi camarote? —lo interrumpió ella—. Tengo que cambiarme de ropa. Sabes que a Joaquín no le gusta que me vista como una ram...

Eduardo le hundió la mano en la nuca y la atrajo bruscamente hacia él. Se inclinó y le poseyó la boca casi con violencia, obligándola a separar los labios para él. Un beso no sería suficiente, nunca lo era. Quería aprisionarla contra la pared, destrozarle el vestido, hundirse entre sus piernas y enterrarse en ella una y otra vez hasta olvidar los celos, la furia y el dolor que ella le provocaba, pero se contuvo. Giuliana se apoyó contra él, un cuerpo contra otro, y el férreo dominio que Eduardo mantenía sobre sus emociones casi se quebró. Le hundió la lengua en la boca y profundizó el beso. Nunca había necesitado tanto a una mujer como necesitaba a Giuliana. Ella era su cielo y su infierno, su debilidad, la única maldita hembra que había logrado meterse bajo su piel, en su sangre, en sus sueños.

Eduardo se apartó bruscamente; crispó los dedos en su pelo.

Giuliana esbozó una sonrisa.

—No puedes resistirte a mí, ¿verdad que no?

Él apretó los labios. Los ojos parecían refulgirle, glaciales e implacables cuando la aferró de un codo.

—Ahora eres una dama, ¿recuerdas? Compórtate como una.

Ella sonrió y, al hacerlo, deslizó los dedos por los pliegues del abrigo que él llevaba.

—A veces olvido la prudencia cuando estoy a su lado; lo culpo a usted por eso, señor Vallejos.

Él curvó las comisuras de los labios.

—Camina —dijo—. Es tarde.

—¿No quieres saber por qué?

—No.

—Qué lástima. Solo me resta decir que te pierdes de una gran revelación.

Eduardo se limitó a tirar de ella.

Media hora después, Giuliana se presentó en el camarote de Joaquín, luciendo uno de los pocos vestidos que consideraba lo bastante anodino como para merecer la aprobación del anciano.

—Eduardo dijo que querías verme, abuelo.

—Entra y cierra la puerta.

—¿Sucedo algo? —preguntó ella preocupada.

—Nada en particular, pero no quiero que estés en la cubierta sola. Es peligroso —dijo y, finalmente, elevó los ojos cansinos hacia ella. Entonces notó la profundidad de su escote—. Ese vestido es indecente.

Giuliana sonrió.

—Es el más sencillo que tengo. Tiene mangas, me cubre los hombros y no se pega a las piernas. No me cambiaré otra vez.

—Tienes las tetas al aire.

—Oh, por favor, mi escote rivalizaría con el de una monja.

—Pescarás una neumonía.

—Mi salud es excelente y no creo que se resienta en las próximas semanas, pero gracias por preocuparte.

—Eugenia, ayúdame con esto —dijo Joaquín y se volvió hacia la joven que estaba sentada junto el amarillento resplandor de una lámpara, con las piernas recogidas bajo la falda color damasco—. Esta mujer está acabando con mi paciencia.

Eugenia apartó los ojos del libro que sostenía entre las manos. Miró primero a Joaquín y luego a Giuliana.

—El vestido es bonito —dijo. Se peinó el pelo con los dedos y lo recogió a la altura de la nuca con una cinta—. Los he visto más atrevidos.

—Traidora.

—Lo siento, abuelo, ¿debo mentir?

Giuliana sonrió cuando Joaquín murmuró un impropio entre dientes.

—Regresa a tu libro —dijo el anciano—. Tú no sabes nada de ropa.

Eugenia sonrió y volvió a enfrascarse en la lectura con la facilidad que le daba la práctica. La joven había demostrado en infinitas oportunidades una enorme capacidad para concentrarse en lo que leía

aún en medio del bullicio más resonante.

—Esos trapos no son para ti —continuó Joaquín. Giuliana volvió los hermosos ojos hacia él.

—Este trazo, señor, es muy caro.

—Te estafaron.

—Es un vestido precioso. No entiendo cómo puedes detestarlo tanto.

—No me gusta. Pareces una ramera con él.

—Sé que no soy una dama, pero te aseguro que visto como una. Nadie imaginaría mis orígenes con él.

—Quizá no, pero estoy seguro de que apostarían su fortuna a tu destino: la cama de un imbécil con dinero suficiente para pagarte.

—¡Señor!

Joaquín hizo un gesto con la mano cuando Giuliana se fingió ofendida. Eugenia ocultó una sonrisa detrás de las páginas de *El caballero negro*.

—Ese trazo puede haber costado una fortuna, pero no es para ti. Los hombres podrían hacerse una idea equivocada sobre tus costumbres si continuas vistiéndote como una puta.

—Oh, por Dios... —Giuliana suspiró y observó con afecto al hombre que se había convertido en su padre desde que había decidido ocuparse de ella—. Eso es una tontería. Tengo las maneras de una dama, nadie podría confundirme con una prostituta.

—¿Qué opina Eduardo de tu vestuario?

—¿Y qué tendría que opinar él sobre nada?

—Tiene una opinión, ¿sí o no?

—No.

—No me mienta, señorita.

Giuliana apretó los labios.

—Él pagó por este vestido. ¿Cómo podría no gustarle?

—Quiso complacerte, estoy seguro. Sin embargo, a ningún hombre le gusta que su mujer muestre las tetas en la calle como si tal cosa.

Eugenia soltó una carcajada y Giuliana frunció el ceño.

—No soy su mujer y tampoco me dedico a mostrar mis...

—Si te acuestas con él, lo eres.

—Esto es ridículo.

Joaquín hizo un gesto con la mano para luego esbozar una sonrisa taimada.

—No discutiré eso contigo. Siéntate y juega conmigo.

Giuliana se sentó. El anciano comenzó a repartir los naipes. Jugaron en silencio unos minutos. Joaquín examinó la mano que le había tocado en suerte y golpeó la mesa con la punta de los dedos, indeciso. ¿Debería arrojar las cartas y revelar su juego o sería más prudente esperar una mejor ocasión?

Giuliana lo observaba a hurtadillas. Joaquín Rivera todavía conservaba la ruda postura de la juventud, pero la edad ya había comenzado a horadarle el rostro. El cabello había empezado a encanecersele y a raleársele; sus facciones, antes fuertes, ya evidenciaban la extenuación de la vejez. Constituían una debilidad que antes no estaba allí. Joaquín envejecía, y eso la preocupaba. ¿Qué haría sin él cuando faltara? Era su padre, su maestro, su amigo y su confidente.

—Juega, Giuliana. —Joaquín parecía impaciente—. No pierdas mi tiempo. A mi edad, es un bien que no puedo desperdiciar.

Ella le enseñó las barajas orgullosa.

—¿Qué opinas de esto, viejo ladino?

—Maldita pérfida. Has estado practicando a mis espaldas, ¿no es así?

—Eduardo es muy bueno en esto. —Giuliana encogió un hombro—. Y en otras cosas también.

—No hagas eso. Una dama jamás encoge sus hombros. Tampoco hace esa clase de comentarios.

—No soy una dama.

—Te eduqué para que lo fueras.

—Has fracasado —dijo Giuliana y comenzó a repartir los naipes una vez más con sorprendente habilidad.

Joaquín sonrió.

—¿Hablaste con Encinas sobre nuestro amigo, el señor Trujillo? — preguntó Joaquín de pronto sin mirarla.

Giuliana asintió, distraída, todavía intentando relegar la tristeza al rincón más recóndito de su mente. No quería siquiera imaginar su vida sin aquel hombre.

—Sí, señor.

—Bien, bien. Encinas no tardará en esquilmar a ese pichón.

—Ladislao Trujillo se encontrará con los bolsillos vacíos en media hora, como mucho. Franco estará satisfecho, créeme.

—Excelente. —Joaquín observó las cartas y luego a Giuliana. La estudió un instante en silencio. A veces deseaba no conocer tan bien a esa mujer—. Estás preocupada —dijo.

—No puedo evitarlo. Entiendo que Franco sabe cuidarse solo, lo ha hecho desde muy joven, pero a veces temo por él.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Ha dejado que el odio y el deseo de venganza le dirijan la vida. Todo lo que ha hecho, todo cuanto ha logrado, lo hizo por esto, por llegar a este momento. Podría ser feliz y aun así...

—No, no podría —intervino Eugenia en voz baja—. Tiene que cobrarse una deuda muy grande.

—Franco esperó mucho tiempo por este momento, sí —concordó Joaquín—. No podrás detenerlo, Giuliana.

—¿Cree que lo intentaría? Sé reconocer una batalla perdida cuando la veo.

—Entiendo que no estás de acuerdo con todo esto, pero necesito tu promesa de que lo apoyarás.

—Y lo ayudaré, pero ¿te parece bien que lo que está planeando hacer?

—Un hombre debe cobrarse las ofensas. En mi época lo hacíamos con un facón, pero entiendo que los tiempos han cambiado. Déjalo hacer. Tú límitate a hacer tu parte.

—Lo haré, pero no fingiré que estoy de acuerdo.

—Tampoco estoy de acuerdo con sus planes. ¿Cómo podría...? El de la venganza es un camino sin retorno. Nuestro diablo se hundirá en el infierno, y quizás no pueda regresar con nosotros —dijo. Los ojos expresaron el miedo y la tristeza que sentía con absoluta claridad—. Tal vez debí enseñarle a olvidar...

—Sí, señor. Debiste hacerlo —dijo Eugenia en voz baja—. A veces lo mejor que uno puede hacer es olvidar.

—¿Cómo podría? —refunfuñó el anciano—. Ese tajo que tiene en la cara le recuerda cada mañana aquello que tú pretendes que olvide.

Los naipes crujieron entre los dedos de Giuliana.

—Me alegro de que los malditos reciban un castigo por el crimen que cometieron, pero siento que Franco deba perder su alma en el proceso —dijo.

Joaquín curvó las comisuras de los labios.

—¿Quién dijo que Franco tiene alma? —musitó.

—La tiene —dijo Eugenia con una sonrisa—. Recientemente he reparado en ella. En concreto, desde que entró a su vida la señorita Virginia. A ella la mira como jamás ha mirado a nadie más. Sus ojos siempre fueron fríos e indiferentes, pero, cuando está con ella, hay emoción en ellos.

El anciano lanzó un naipe junto a un montón de monedas.

—¿Hiciste tu parte, niña? —preguntó después de un momento.

—Sí, señor. Deje una nota en el camarote del señor Quintana. Cuando llegue al hotel, estará desesperado.

Joaquín asintió.

—Eso es todo lo que podemos hacer por Franco en este momento. Y esperar que todo salga bien, por supuesto —dijo.

Eugenia regresó a la lectura. Giuliana ocultó la tristeza; mostró su juego en silencio. Joaquín apostó un par de monedas más, aunque era evidente que no estaba concentrado en la partida. Él esperaba que Eugenia tuviera razón y que la señorita Virginia realmente fuera importante para Franco. Solo el amor de una buena mujer podía evitar que cayera en el infierno.

Admitió para sí que Franco tenía buenas razones para odiar. A veces cuando lo miraba todavía veía aquel vacío en su mirada, esas tinieblas que resurgían y se profundizaban cada año en esos ojos de demonio, con cada aniversario de la muerte de sus padres. Dudaba de que pudiera encontrar paz mientras los hombres que marcaron su existencia con las huellas de la sangre y la muerte estuvieran con vida.

—Siempre supe que él era un diablo —dijo el anciano en voz muy baja—. Y que este día llegaría.

Eugenia cerró el libro y lo miró. Giuliana tomó una de las manos del viejo entre las suyas y lo buscó con la mirada.

—También estás preocupado por él, ¿verdad?

—Sí.

Ella le depositó un beso afectuoso sobre los nudillos.

—Cuidaremos de él —dijo—. Lo prometo.

CAPÍTULO 23

Eugenia abrió la sombrilla y la apoyó sobre un hombro, distraída. El encaje color guinda le acentuó la tersa blancura de la piel cuando paseó por la cubierta del *Formosa*, bajo el suave fulgor del sol matutino. Saludó cortésmente a un par de señoras, ignoró la aduladora mirada de un caballero y eludió a dos críos que correteaban lejos de sus padres.

Empedrado no estaba lejos. Pronto atracarían en el muelle de Ciudad de Invierno. Lamentaría abandonar el barco. Le gustaba navegar. Contempló el río y admiró los diamantes que el sol sembraba sobre el tranquilo oleaje. Apoyó una mano en la barandilla y se inclinó para apreciar más de cerca la belleza del Paraná. Una miriada de diminutas mariposas amarillas la sorprendió al pasar junto a ella en un vuelo rasante. Soltó un pequeño chillido.

—Podría caerse —dijo una voz a su espalda.

Eugenia se volvió y, al reconocer al hombre que había hablado detrás de ella, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Salvador —saludó alegremente—. Venga conmigo. El río se ve hermoso desde aquí. Tiene que apreciar esto.

—No, gracias. Aquí estoy bien. —Él cruzó los brazos contra el pecho. Estaba de pie a unos metros de distancia de la baranda, con la apariencia de un púgil a la espera de la próxima pelea.

Eugenia balanceó la sombrilla sobre los hombros.

—¿No se encuentra usted bien? —preguntó.

—No.

—Es una lástima. ¿Se mareo usted con facilidad?

—¿Podría dejar quieta esa sombrilla?

—¿Lo afecta?

—Solo déjela sobre el hombro y no la mueva.

Eugenia fue hasta él y se colgó del brazo del hombre con naturalidad. Salvador tomó la mano de la joven y la apartó. Ella intentó colgarse de su brazo una vez más, pero él retrocedió unos pasos, antes de que pudiera hacerlo.

— ¿Me tiene miedo, Salvador?

Él la miró como si la creyera loca.

— Esto no es correcto — dijo.

— ¿Qué cosa?

— Esto, que se me cuelgue así, como si tal cosa.

— Pero si es lo más natural del mundo — replicó ella haciendo gala de su buen humor—. Soy una mujer. Se me reconoce por mi debilidad y escaso equilibrio. ¿No sabe usted que los hombres caminan justo detrás de la mujer al subir escaleras, porque ella podría tropezar y caer; y, luego, al bajar, delante, por la misma razón? Míreme aquí, al borde del peligro. Podría patinar y caer por la borda. Solo un hombre podría mantenerme anclada en la cubierta. Da la casualidad de que usted es el único que está por aquí — dijo ella con vivacidad. Volvió a colgarse del brazo—. Como ve, esto es de lo más práctico.

Salvador la miró fijo.

— ¿Es que no sabe qué soy?

Ella le devolvió la mirada con desfachatez.

— Podría equivocarme, pero estoy casi segura de que es un hombre.

Salvador le frunció el ceño, y ella le ofreció una brillante sonrisa.

Él llevaba la camisa desabrochada y la corbata floja alrededor del cuello, ajeno a las más elementales normas de urbanidad, unas botas oscuras, un chaleco gris opaco y un abrigo negro. Se veía muy atractivo, aunque era obvio que se sentía incómodo con esa vestimenta. Eugenia recordó la primera vez que lo vio. Entonces vestía una sencilla camisa de lino y unos pantalones oscuros, propios de un labriego. Pensó que ese hombre se vería muy bien, aunque llevara encima solo un costal de arpillera. Se ruborizó al imaginarlo sin nada más que eso sobre su cuerpo grande y musculoso.

— Señorita.

Eugenia parpadeó distraída.

—Lo siento, ¿decía usted?

—Dije que soy un indio. ¿Sabe qué es eso?

—Leo tres o cuatro libros a la semana. Créame, no hay muchas palabras cuya definición desconozca.

Salvador apretó los dientes.

—Crecí en el campo, luego en las calles, hasta que la señorita Acuña decidió recogerme en su casa. Sé leer y escribir, a veces, incluso, puedo vestir bien, pero eso no quita lo que soy. Usted es una blanca. No debería tocarme.

La joven lo miró con fijeza. De pronto se mostró horrorizada.

—Dios mío, ¿cree que podría contagiarme mi blancura? Lo siento, no sabía que estaba usted en peligro con mi cercanía.

Él la miró como si quisiera estrangularla.

—¿Se está burlando de mí? —preguntó hosco.

—Un poco. Usted le da demasiada importancia al color de piel. ¿No somos todos iguales, acaso? Su sangre y la mía son rojas. Sus huesos son pálidos, al igual que los míos. Y ambos terminaremos de la misma manera al final de nuestra vida: en una tumba, sin más pertenencias que los recuerdos. ¿No le parecería más sensato focalizar nuestra atención en cosas más importantes, como sus gustos y los míos?

—No.

—Anímese, conmigo a su lado verá la vida de otro color —dijo Eugenia e hizo girar la sombrilla sobre un hombro—. Perdóneme por el juego de palabras. Sé que es tonto, pero no pude resistirme a decirlo así.

—Debería regresar al camarote.

—¿Y perderme su compañía? De ninguna manera. —Ella se le colgó del brazo una vez más; tiró de él—. Caminemos.

Él no se movió.

—Esto no es correcto —repitió.

—Soy una mujer, ¿recuerda? ¿Se arriesgará a que resbale y me precipite al agua solo por esa tontería de “soy indio, no me toque”?

Él crispó los dientes. Un músculo saltó junto a su boca, pero no hizo comentarios. Finalmente caminó junto a ella del brazo.

—Yo también crecí en las calles, ¿sabe usted? —dijo Eugenia vivaz.

Salvador no dijo nada. Ella lo miró de soslayo, siempre sonriente —. Puede usted regodearse en su mutismo cuanto quiera. Yo puedo hablar por los dos durante horas. A mi padre jamás lo conocí. Mi madre era una pobre mendiga andrajosa que vivía de la caridad de los extraños. Cuidó de mí hasta que cumplí siete años. Luego me abandonó. Dijo que ya podía valerme por mí misma y que intentara buscarme una vida. Me dejó en la puerta de El Elíseo sin más pertenencias que un mendrugo de pan. Joaquín, el señor Rivera, me encontró pidiendo limosna en los escalones mientras el teatro se preparaba para recibir a los espectadores de la primera función. Yo era una chiquilla harapienta, flaca y arisca. Él se apiadó de mí y me salvó de terminar mis días como una prostituta. Solo Dios sabe qué habría sido de mí si no lo hubiera puesto a Joaquín en mi camino.

Salvador la observó.

—¿La recogió en su casa? —preguntó interesado a su pesar.

—Sí, y me ofreció un trabajo. Al principio solo me ocupaba de la limpieza, pero, luego, empecé a aprender el oficio familiar.

—¿Y eso es?

—Crear ilusiones. —Eugenia sonrió—. A los diez años pisé las tablas por primera vez; fue como haber encontrado mi lugar en el mundo.

—Entiendo.

—¿Comprende realmente? —Ella inclinó la cabeza y le buscó la mirada—. Éramos dos niños que nacieron para ser abandonados y acabar en las calles, como escoria. Y mírenos ahora: usted es un hombre fuerte, educado. Yo, por mi parte, una mujer que no admite convencionalismos. Las personas que decidieron quedarse con nosotros hicieron un buen trabajo, ¿no lo cree?

—Sí.

—Sabía que encontraría en usted un espíritu afín. Si me dice además que le gusta leer, aseguraré que usted ha nacido para mí. Un caballero como usted no cae del cielo todos los días.

Él se detuvo.

—Basta —dijo. Notó unas pocas miradas de curiosidad fijas en ellos y murmuró un impropio. Apartó la mano del brazo de la muchacha y entornó los ojos—. Nos están mirando.

—Que miren. Usted es muy atractivo, a su manera tosca y púgil; yo soy muy bonita. ¿Qué pueden decir, además de que formamos una buena pareja? Siendo usted tan grande y moreno, y yo tan blanca y delicada, solo resta decir que nuestros niños serán hermosos.

Él no se dejó distraer por lo que consideraba tonterías.

—¿Qué pretende de mí? —exigió saber.

—Una amistad. —Ella se mostró apesadumbrada—. Si no quiere entregarme su corazón, me conformaré con eso, aunque le advierto que no cejaré en mis intentos de seducirlo. Soy muy terca.

Él le dirigió una mirada de irritación.

—¿Siempre está haciendo bromas? —preguntó.

—¿Cree que estoy bromeando con usted?

—Señorita, déjeme en paz.

—¿Usted siempre es tan serio?

—Escúcheme...

—Tiene usted toda mi atención.

—¿Quiere dejar de hacer esto?

—¿Qué cosa?

Él hizo un gesto con la mano: la señaló de arriba hacia abajo.

—Esto que hace —dijo impaciente—. No tiene que mostrarse encantadora conmigo. Sonríe y dice tonterías. Me exaspera.

—Caramba, gracias.

—Usted es una dama. Tiene clase. Su origen no puede quitarle eso. El barro no ha logrado ensuciarla. Es elegante, muy bella. Aléjese de mí —dijo él. Hizo una pausa—. Yo solo podría lastimarla.

Eugenia sonrió.

—¿Se da cuenta de que lo último que acaba de decir podría plantearse como un desafío? He leído frases como esa en los libros que acostumbro leer. Créame, no puede decirle eso a una mujer y esperar a que ella se aleje de usted.

—Está usted loca.

—Es una posibilidad.

Salvador la agarró de un brazo.

—La vida será más fácil para ambos si se mantiene usted lejos de mí —dijo.

—¿Es una advertencia?

Salvador clavó en ella los ojos negros, frustrado. Eugenia le palmeó la mano.

—Cálmese —dijo risueña—. O volverán sus mareos.

Él la miró asombrado.

—¿Lo ve? —dijo ella y se le colgó del brazo una vez más. Tiró de él y lo obligó a continuar con el paseo—. Usted me necesita a su lado. No lo niegue. Ha estado esperando por mí toda la vida.

CAPÍTULO 24

La puerta estaba entreabierta. Franco la empujó con suavidad y el madero crujió. Se detuvo en el umbral. Observó el interior de la única parte de la casa que parecía estar habitable. En la penumbra azul del recinto flotaban partículas de polvo. Débiles saetas de luz se colaban entre los maderos que tapiaban las ventanas para oscilar con lentitud sobre los sucios ladrillos del suelo. En sendos candeleros quedaba cera fundida, pero no había nadie allí. Solo unos pocos muebles carcomidos por el tiempo, una olla con restos de comida en el interior y unas pisadas sobre el polvo en el suelo revelaron que alguien había estado allí. Y no hace mucho tiempo.

Virginia se asomó al umbral.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

Franco apoyó la mano sobre la jamba de la puerta para detenerla.

—No entres —dijo—. No sabemos qué podríamos encontrar.

—¿Qué es ese olor?

—Hay un par de ratas muertas junto al fogón.

Virginia retrocedió un paso y examinó el entorno. Una docena de árboles añosos bordeaban el camino de tierra que conducía a la vieja casa de la familia Fonseca. Las ramas entrelazadas parecían formar un techo abovedado sobre el pórtico; dejaban la mitad de la fachada en las sombras. La propiedad, una vez hermosa y elegante, estaba en ruinas. Solo quedaba en pie una parte de lo que habría sido el edificio principal, además de un antiguo pozo de agua.

—¿Estás seguro de que es aquí donde está Cordelia? —preguntó Virginia en tanto Franco ingresaba a la casa.

—Sí.

—No puedo imaginar a Cordelia viviendo en un lugar así.

—No creo que estuviera aquí por voluntad propia.

—¿Qué quieres decir?

Franco se detuvo en el centro de la estancia. Se quitó unas telarañas que se le habían adherido a la chaqueta y la miró.

—No estoy seguro de que quieras saberlo. —Él hizo un gesto con la mano—. Quédate aquí.

Virginia lo observó alarmada.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Atrás. Este corredor debe conducir a las dependencias de servicio.

—Iré contigo.

—Preferiría que no.

—Pero...

Él se detuvo en la penumbra.

—Quédate aquí —repitió.

Virginia vaciló, pero finalmente asintió. No discutiría con él. De todas maneras, no le interesaba deambular en la oscuridad bajo un techo que en cualquier momento podría venirse abajo. Se arrebujo en el abrigo y se frotó las manos unas contra otras. Hacía frío. Estaba anocheciendo.

Franco desapareció en el pasillo. Virginia volvió los ojos hacia el cielo, preocupada. La luz del sol estaba comenzando a extinguirse en el horizonte entre un cúmulo de nubes bronceadas. El viento había empezado a entonar una triste melodía entre los pajonales a orillas del río. Ella dio un paso y se detuvo junto a las gradas. Observó una vieja fuente derruida, una estatua gris mohosa que yacía junto al portón de ingreso, los restos de un sendero de piedra que conducía al río. Una bandada de pájaros descendió sobre un limonero. Mientras las aves armaban bullicio, las ranas de las cercanías iniciaron un coro. Pensó en Cordelia y se estremeció. ¿Qué había sucedido con ella? Esperaba que nada malo o el señor Bloise no podría afrontarlo.

Diez minutos después, Franco emergió de las sombras sin ninguna expresión en el rostro. Se limpió las manos con un pañuelo y lo guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta mientras la tomaba del codo y la conducía hacia los jardines de la casa.

—¿Hallaste algo importante? —preguntó ella nerviosa.

—Es posible. En el trastero hay señales de que una persona ha estado viviendo allí —dijo. Decidió callar los rastros que había encontrado en el desván; vestigios que revelaban con toda claridad que en esa casa había estado una persona retenida en contra de su voluntad. Esa persona era, probablemente, Cordelia Bloise. Observó los árboles, las sombras que oscilaban entre ellos—. Debemos regresar a Ciudad de Invierno.

Virginia se detuvo y observó un instante la casa.

—El señor Vallejos dijo que Fonseca está hospedándose en el hotel, como acompañante de la hija de un hombre acaudalado —dijo con suavidad—. Es obvio que su interés en Cordelia terminó.

—O nunca existió en realidad. Tu padre tiene razón en esto: es un cazafortunas. Lo único que desea es mejorar su situación económica echándole la zarpa encima al dinero de la mujer con la que se despose.

—¿Crees que sabe que estamos buscando a Cordelia y que, por eso, decidió llevarla a otra parte?

—Todo es posible, aunque lo dudo. Si sospecha de alguien, será de tu padre. Gerardo Bloise tiene más razones que tú para encontrar a Cordelia. Le conviene hacerlo antes de que la mentira de que su hija salió del país para visitar a su señora abuela sea descubierta; o, en caso de regresar a la casa, las oportunidades de Cordelia de hacer un buen matrimonio en el futuro habrán desaparecido.

—Eso es cierto. —Virginia se mordió el labio—. ¿Por qué ese hombre hace esto? ¿Por qué la retuvo aquí, cuando debió permitirle regresar si ya no estaba interesado en ella?

—Es factible que considerara a Cordelia un problema que debía resolver, antes de conseguir la mano de una heredera.

Virginia lo miró con atención.

—Hay algo que no estás diciéndome —dijo.

Él no respondió.

—Caminemos —dijo simplemente. Le tomó la mano y la guio entre los escombros que rodeaban la casa.

Virginia lo siguió de pronto alarmada. Clavó en él los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué me estás ocultando?

Franco paseó la mirada por el descuidado jardín de la casa. Alguna vez debió de verse espléndido, pero, con el tiempo, había sido invadido por alimañas y malas hierbas. En ese momento, lucía deprimente, incluso aterrador bajo las últimas luces del ocaso.

—Hará tres años, una joven de buena familia, Manuela, la hija del señor Emiliano Ortiz, uno de los hoteleros más importantes del Litoral, desapareció. ¿Sabes algo de eso?

—Escuché los rumores que circularon entonces por la ciudad, pero no les di mayor importancia.

—Esos rumores decían que Manuela y su enamorado se habían fugado para casarse. Muchos suponían que este caballero pretendía a la muchacha por el dinero de su padre.

—Un cazafortunas.

Franco asintió.

—El padre comenzó a buscarla, discretamente por supuesto. A todos los que tenían la insolencia de preguntar por la chica, les decía que su hija había decidido vivir con unos parientes maternos en Buenos Aires por un tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablé con él. Me pidió que buscara a su hija, que la encontrara y la llevara de regreso a la casa paterna. Sospechaba que hallaría a Manuela en Empedrado. La niña había mencionado un par de veces la villa a su hermana pequeña; le decía que algún día podría visitarla allí cuando se casara.

—¿Será posible?

Franco se detuvo y buscó su mirada.

—Ordené a mis hombres que viajaran a Empedrado y siguieran el rastro de la señorita Ortiz. Poco tiempo después supe que habían escuchado hablar de una joven que lloraba y gritaba en el interior de un rancho custodiada por una anciana que insistía en que la muchacha no estaba bien de la cabeza.

—¿Era ella?

—Sí.

—Dios mío.

—La mujer que cuidaba de Manuela desapareció.

—¿Qué sucedió con esa muchacha?

—Cuando la encontré, ya estaba muerta. El padre estaba junto a mí cuando llegamos al rancho donde la tenían. —Desvió la vista y señaló un sendero de tierra que se perdía entre los árboles—. Estaba por allá, no muy lejos de aquí. El señor Ortiz reconoció el cuerpo de su hija, aunque la niña estaba en muy mal estado. Llamó a un médico amigo e hizo los arreglos pertinentes para regresarla a la ciudad de Corrientes.

—Por eso a todos se dijo que la muchacha había muerto de neumonía —concluyó Virginia.

—Sí.

—¿Crees que ese hombre que se fugó con Manuela y el pretendiente de Cordelia son la misma persona?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería alarmarte. Además, no tengo ninguna prueba.

—¿Cómo es eso?

—Cuando encontramos a Manuela, Rodrigo Fonseca estaba en Corrientes. Él no la mató.

—¿Un amigo tal vez?

—O un familiar. —Franco se inclinó y observó unas huellas en el barro seco. La miró—. Hace un par de días pensé en la posibilidad de que la madre del señor Fonseca estuviera involucrada en ese asunto. Romilda trajo a Cordelia hasta aquí. Creo que es posible que la asesina de Manuela Ortiz sea la misma persona que hoy tiene a Cordelia retenida.

Virginia se aferró a él.

—Cordelia está en peligro —dijo—. Si esa mujer mató a la señorita Ortiz, no dudará en hacer lo mismo con la hija de mi padre.

—Eso me temo.

—Dios mío. Tenemos que encontrarla.

Franco llamó a dos de los hombres que esperaban en el carruaje junto a la carretera. Habló con ellos y luego tomó a Virginia de la mano.

—Ellos se encargarán de buscarla por las inmediaciones —dijo.

—Pero...

—No te preocupes. Mis hombres saben qué hacer y cómo hacerlo en caso de que la encuentren. Nosotros regresaremos al hotel.

—Sé que es la noche de gala, pero esto es más importante...

—Fonseca estará allí. —Franco la guio entre los escombros mientras abandonaban la propiedad—. Tenemos que encontrarlo y hablar con él.

—Iré contigo.

—No.

—¿No? No creo que puedas impedírmelo.

—Esto es peligroso, Virginia. —Franco tiró de ella con suavidad—. Sé que te gustaría resolver esto personalmente, pero esta vez tendrás que dejarme actuar a mí. Además, tú tienes que prepararte para la velada de esta noche. La fiesta de inauguración será todo un acontecimiento, y quiero que estés allí. La *high class* sabe que eres mi invitada. Si no estás allí, empezarán a preguntarse por qué y preferiría mantener todo esto en silencio, por el momento.

Virginia se dejó conducir hacia el vehículo.

—Está bien —dijo a desgana—. Comprendo.

—Sabía que lo harías.

Virginia vaciló.

—¿Crees que Cordelia esté muerta? —preguntó en voz baja.

Franco se preguntó si debería mentir o, al menos, suavizar la verdad, pero no lo hizo. Eso sería desmerecer la inteligencia de Virginia.

—Sí —dijo—. Es posible.

Ella asintió. Él la observó un momento en silencio. Una vez pensó en arrancar las alas de ese ángel. Deseaba retenerla a su lado, impedir que su vuelo la alejara. Creyó que la quería para utilizarla en beneficio de sus planes y, sin embargo, muy dentro de él, sabía que lo único que deseaba de ella era un poco de esa luz y ese calor que le eran propios.

No quería lastimarla. Pero le haría daño. No quería hacerla llorar. Pero Virginia no dejaría de hacerlo cuando supiera la verdadera razón por la que había decidido acercarse a ella.

Joaquín tenía la razón: la venganza era un sendero solitario; uno que no admitía la posibilidad de transitarlo con esperanza, con el honor intacto, con el anhelo de alcanzar la luz, cuando la mayor parte del camino se hacía entre tinieblas; y el último tramo, en la más negra oscuridad.

Aferró la mano de Virginia entre los dedos. Ella lo miró confundida. ¿Cuánto tiempo más podría engañarla? Solo un poco más. Luego se alejaría, se iría de su lado odiándolo, despreciándolo, dejándolo solo en ese abismo de negruras que él mismo había decidido crear para él.

—¿Sucede algo? —preguntó ella. Los ojos bellos, inocentes, se fijaron en los de él con absoluta confianza.

Franco le besó con suavidad el dorso de la mano.

—No te alejes de mí —dijo suave.

Ella sonrió.

—No lo haré —prometió.

Pero lo haría. Franco hundió le los dedos en el pelo y la estrechó entre los brazos. Cerró los ojos un momento. Pero lo haría, y el dolor de su partida le rompería el corazón.

CAPÍTULO 25

Virginia aceptó una copa de vino de Burdeos y observó el salón comedor del Hotel Continental. Impresionada por la elegante ostentación de riqueza que podía percibirse en cada uno de los detalles de la decoración, se detuvo junto a los pesados cortinones de terciopelo color marfil que cubrían una de las ventanas y contempló el entorno con atención.

El lugar estaba atiborrado de personas. Los caballeros lucían trajes oscuros, como dictaba la rigurosa etiqueta que se debía respetar en aquella velada, por la inauguración de Ciudad de Invierno. Las damas, con sus vestidos de gala, contrastaban vivamente con la pálida coloración de las paredes. La seda, el *chiffon*, el terciopelo: las más lujosas telas se veían esa noche engalanadas con bordados de cristal, canutillos y delicadas rosetas de perlas.

La *high class* de Corrientes y de gran parte del país se encontraba allí reunida, incluso importantes y prestigiosas figuras de la aristocracia europea y oriental se habían dado cita allí, en la que se consideraba la residencia invernal más importante de Sudamérica. Conversaban, bebían, disfrutaban de la música y el baile. Por supuesto, degustaban el menú preparado especialmente por el chef, quien había trabajado durante más de diez años en el Carlton Hotel de Londres antes de ser contratado para trabajar en el Continental.

Virginia vio al señor Joaquín Rivera conversar animadamente con un grupo de damas de mediana edad mientras se apoyaba en el bastón. Era evidente que el anciano estaba disfrutando de la noche. Se veía en esos ojos la alegría que le producía no solo encontrarse en un evento tan importante como aquel, sino también por haber sido reconocido por las señoras como el famoso ilusionista de Buenos Aires.

Virginia desvió la mirada hacia la ventana. El lugar elegido para construir el hotel y desarrollar el proyecto de la residencia invernal más importante, después de la Costa Azul, no podía haber sido más adecuado.

Entre las escabrosas barrancas del Paraná, las playas de arena blanca y los oscuros bosques de añosos árboles, Ciudad de Invierno había adquirido casi una apariencia de ensueño. Conformada por ciento cincuenta y ocho manzanas, ciento noventa y siete quintas y veinticuatro chacras, tenía dentro de sus límites una dependencia policial, una escuela, una planta industrial productora de electricidad, un teatro, un puerto propio y hasta una oficina del Registro Civil.

Los ingenieros Valentín Virasoro y Carlos Thais habían logrado imprimir en la grandiosa fisonomía de la ciudad, la belleza y la cultura de la provincia de Corrientes, además de adornar las plazas y calles con jardines donde una profusión de árboles frutales convivían con plantas y flores exóticas que hacían parecer la villa como un paraíso a la vera de las empinadas barrancas del Paraná.

El parque que rodeaba al Hotel Continental lucía maravilloso, con una exuberante arboleda nativa, entre las que discurrían elegantes senderos de lajas. Una infinidad de estatuas estaban diseminadas estratégicamente a lo largo del parque, de manera que los huéspedes, además de disfrutar de las instalaciones de paseo del hotel, podían apreciar las obras más importantes del Renacimiento y del arte grecorromano a través de copias realizadas en mármol.

Los inversionistas no habían escatimado en gastos en el afán de complacer los lujosos antojos de toda una generación de hombres y mujeres acostumbrados al ocio y el divertimento.

El hotel contaba con baños climatizados, sauna y salas de esgrima y gimnasia. Ofrecía a los huéspedes además el uso de canchas de críquet, de tenis, de golf. Brindaba visitas guiadas al campo circundante y al río para actividades relacionadas con la caza y la pesca o el disfrute de las carreras de caballos en el hipódromo.

Virginia dejó la copa sobre una bandeja. De inmediato, un camarero ataviado con una costosa librea de terciopelo negro y charreteras doradas, le ofreció otra. Cuando ella lo rechazó, desapareció entre el gentío. Ella se volvió y se arrebujó en el chal de seda color cristal. Observó las paredes, las molduras que adornaban el techo del salón comedor, las columnatas de mármol; suspiró maravillada.

Con cuatro pisos y dos subsuelos, el hotel era una obra donde se conjugaban en la construcción la fría elegancia de los ventanales ingleses con la arquitectura de estilo italianizante y el encanto de la armonía francesa en las columnas, parques y jardines. No había ningún detalle que no revelara el gusto de la oligarquía argentina por el lujo y la ostentación.

Había oído comentar a las empleadas de limpieza que se habían encargado de desempacarle la ropa que el mobiliario provenía de París, las piezas de porcelana de la Toscana, y las jarras, los vasos, las fuentes y los adornos de cristal que estaban diseminados por todo el hotel de la región del Véneto, al noreste de Italia.

Virginia elevó los ojos mientras la orquesta de Enea Verardini amenizaba la noche. Once arañas, entre ellas una de bronce con más de trescientos brazos y ciento cuarenta caireles de cristal de Baccarat, iluminaban las distintas dependencias del casino.

— ¿Señorita Bloise?

Ella se volvió: se encontró con Eugenia a su lado.

— Buenas noches.

— Buenas noches —sonrió Eugenia con desenvoltura—. Sé que hace muy poco que nos conocemos, pero ¿podría llamarla por su nombre?

Virginia sonrió un poco cohibida.

— Sí, por supuesto —dijo.

— ¿Y tutearla? Me gustaría que me consideraras una amiga, y las amigas no se tratan de usted.

— Eh, sí...

—Excelente. Salvador no me permite hacerlo con él. Dice que no es correcto.

Salvador gruñó algo incomprensible entre dientes, quieto detrás de la señorita. Como Eugenia no tenía acompañante para la velada, le había pedido a Salvador que la escoltara, y él no había encontrado excusa para negarse, dado que debía permanecer allí donde fuere Virginia por órdenes de Mamá Gigi.

Eugenia se había dedicado a monopolizarlo toda la noche, para desgracia de Salvador, quien se veía realmente abrumado por las atenciones que le prodigaba la joven.

—¿Has probado los canapés de champiñones a la crema? —preguntó. Se veía radiante con un vestido color malva de seda y muselina. Los canutillos que le adornaban el corpiño parecían atraer sobre sí toda la luz del entorno.

—No...

—¿Qué te parecen los bocadillos de caviar? ¿Están buenos?

—Todavía no he comido nada —dijo Virginia.

—Debería hacerlo, señorita Virginia, o la señorita Eugenia acabará con todo —murmuró Salvador.

—Tonterías. Hay más en la cocina. —Eugenia le endilgó el echarpe de cachemir a su acompañante mientras detenía a un camarero. Tomó un par de exquisiteces de la fuente y, luego, lo dejó escapar—. El salpicón de cangrejo parece delicioso. Lo probaré más tarde. Salvador, ¿podría alcanzarme una copa de champagne Saint Emilion? Hay alguien que los ofrece justo detrás de usted.

Salvador le alcanzó una copa.

—¿Usted no bebe? —preguntó Eugenia.

—No.

—Pruebe. Le gustará. —Eugenia se puso de puntillas y lo obligó a probar un sorbo—. ¿Y bien?

—No me gusta.

—No todos saben apreciar algo bueno, eso es obvio —dijo Eugenia con una sonrisa—. El hotel tiene una bodega repleta con las mejores bebidas del mundo, y usted lo desaprovechará. Qué desperdicio.

—¿Qué está haciendo?

Eugenia lo miró, extrañada, con la copa casi en los labios.

—Beber, ¿por qué?

—Acabo de tomar de esa copa. Le traeré otra.

—Ay, por Dios, ¿ya está con eso otra vez? —La joven hizo girar los ojos y bebió un par de tragos de manera ostensible—. Está comenzando a irritarme con tantas tonterías.

Salvador le frunció el ceño y luego intentó ignorarla. Volvió los ojos hacia Virginia.

—Mamá Gigi dijo que me asegurara de que comiera usted —dijo.

—Lo haré en un momento.

—No se preocupe, Salvador —dijo Eugenia, risueña—. Sé que en el menú hay una excelente variedad de postres. Mis favoritos son el *gâteau moka*, la pasta de almendra merengada, y los *crêpes suzette*. Virginia no podrá resistirse cuando los vea.

Salvador iba a decir algo, pero la muchacha lo calló cuando se le colgó del brazo.

—Invíteme a bailar —dijo. Dejó la copa en la fuente de un camarero que se detuvo un instante junto a ella; luego, recuperó su chal—. Debe de ser encantador flotar entre sus brazos al tiempo de un vals.

—La sacudiré como a un plumero. —Fue la tensa respuesta del indio—. No sé bailar.

—Eso no es verdad —intervino Virginia, divertida—. Mi tía te enseñó.

—Señorita...

—Asunto zanjado. Bailará conmigo. —Eugenia tiró de él—. Vamos, no se haga de rogar.

Virginia sonrió.

—Ve con ella, Salvador —dijo.

El indio le dirigió una mirada de exasperación. Luego tomó a Eugenia del brazo como se esperaba que un caballero hiciera al escoltar a una dama hacia la pista de baile, y desapareció entre el gentío con Eugenia haciendo traviesas morisquetas a su lado.

Virginia esbozó una sonrisa y examinó la muchedumbre. Buscaba al señor Rivera... No, pensó, al señor Andrada. Franco Andrada.

Él le había asegurado que la encontraría en el salón comedor después de que realizara las pesquisas, pero de eso ya hacía horas y aún no sabía nada de él. Estaba comenzando a preocuparse por su seguridad. Se preguntó si debería hablar con el señor Joaquín, pero luego desterró la idea de la mente. Tenía que confiar en Franco.

Virginia inhaló profundamente, nerviosa. Quizá necesitaba alejarse un momento del gentío. Retrocedió y se internó entre las sombras del pasillo que comunicaba el salón comedor con el invernadero. La luz de la luna que atravesaba los paneles de *vitraux* le arrancó destellos de plata al vestido.

— Buenas noches.

Virginia se volvió bruscamente y se enfrentó a Benicio Andrada.

— Señor Andrada — musitó.

Él avanzó hacia ella. Se detuvo a su lado, le tomó la mano y depositó un beso sobre los nudillos enguantados. La miró a los ojos.

— Debo admitir que fue una sorpresa para mí saber que estaría usted aquí esta noche, y que además se hospedaría en el hotel como invitada del señor Rivera — dijo.

Virginia retiró la mano de entre esos dedos.

— ¿Cómo descubrió que estaría aquí?

— Fui a su casa a visitarla. No fue difícil saber que había salido de viaje ni averiguar adónde y con quién después de intercambiar unas pocas palabras con su vecina.

— La señora Ruiz.

— Una mujer muy amable. Me habló, además, de las reiteradas visitas del señor Rivera a su casa en la última semana. No sabía que usted y ese monstruo fueran tan íntimos.

— No lo llame así.

— ¿Le molesta? Es eso y mucho más: un canalla, un truhán, un asesino.

Virginia apretó los labios.

—No me quedaré aquí para escuchar cómo insulta a un hombre que en todo momento ha sabido comportarse como un caballero conmigo. Eso es más de lo que puedo decir de usted, señor —dijo Virginia. Se volvió con la intención de dejarlo allí, solo en aquel rincón del salón, pero él cerró la mano sobre la muñeca de ella y la detuvo.

—¿Qué quiere decir? —exigió saber. Ella forcejeó, pero él no la soltó—. Hable conmigo.

—Sé lo que pretendía. Acercarse a mí, seducirme, presionarme para corresponder a sus sentimientos. Ya no necesita fingirse mi amigo, lo sé todo.

—¿Qué sabe exactamente?

—Suélteme.

Él le enterró los dedos en la piel. Ella ahogó un quejido de dolor.

—Señor, me está lastimando.

—¿Qué sabes, Virginia?

Ella lo miró. Estaba segura de que en la mañana tendría un morado en la muñeca, pero pensó que no podría evitarlo. Forcejear con él era inútil cuando era más fuerte y podía dominarla con facilidad.

—Sé que planeaba forzarme amenazando a mi tía con revelar algo de su pasado. Es usted un malvado, un monstruo.

Benicio entornó los ojos.

—¿Eso le dijo ese canalla?

Ella lo ignoró.

—¿Cómo pudo ser tan cruel con una anciana enferma, postrada en una cama? —siseó, furiosa—. Nunca se lo perdonaré.

—¿Cree que eso me importa?

—Suélteme. Su sola cercanía me repugna.

Benicio crispó los dientes unos contra otros.

—Usted regresará conmigo a la ciudad de inmediato. No permitiré que me convierta en el hazmerreír de todos porque ha preferido a ese truhán por encima de mí.

—¿Cómo se atreve...?

—No necesita hacerle de puta a ese canalla. —Benicio curvó las comisuras de los labios—. Si necesita dinero, estaré más que dispuesto a dárselo a cambio de sus favores.

Virginia lo abofeteó. Benicio gruñó un impropio, le hundió las manos en los hombros y la zarandeó furioso. La empujó contra la pared y la acorraló junto a los paneles de *vitreaux*.

—Tienes suerte de que sea paciente, querida —dijo—. O te haría lamentar esto con una buena zurra.

—Suéltela, Andrada.

Virginia dio un respingo y desvió los ojos hacia la oscuridad. Franco se había detenido a unos pasos de distancia. Se veía muy elegante con ese traje negro hecho a medida, con la corbata y la camisa plisada. Llevaba el pelo rubio suelto sobre los hombros, que le enmarcaba el rostro de líneas toscas y duras.

—¿Estás bien? —preguntó. Los ojos de depredador parecían llamear entre las sombras bajo la tenue luminosidad de la luna.

Ella asintió incapaz de hablar.

—Rivera —dijo Benicio burlón. Apartó las manos de los hombros de la joven y se hizo a un lado. Se arregló el cuello de la camisa con movimientos tensos—. ¿Ha venido a reclamar a su dama?

Franco lo ignoró. Tendió la mano hacia ella. Virginia corrió a refugiarse entre los brazos. Jamás admitiría en voz alta lo asustada que había estado, pero no necesitaría hacerlo. Él vio en su expresión las huellas del miedo que Benicio había provocado en ella. La cólera le oscureció los ojos.

—¿Te hizo daño? —preguntó.

Virginia lo miró, todavía temblorosa a causa de los acontecimientos. Jamás habría imaginado a Benicio Andrada capaz de maltratar a una mujer como lo había hecho con ella.

—No —musitó—. Estoy bien.

Andrada curvó los labios a un lado.

—Si fuera usted un caballero, pensaría que está disponiéndose a retarme a un duelo por esta furcia —dijo.

Franco elevó una ceja.

—Los duelos son ilegales. Sin embargo, usted y yo tendremos una cita al amanecer.

—¿Qué?

—Como usted bien dice, no soy un caballero. Nosotros, la escoria, usamos el cuchillo para saldar agravios.

—Esto es inaudito.

—Será a facón, Andrada.

Virginia le clavó las uñas en el brazo incapaz de contenerse.

—No creo que esto sea necesario —dijo.

Franco no la miró. Tenía los ojos fijos en Benicio.

—Más tarde le enviaré un mensaje a su habitación con los detalles —dijo.

Benicio curvó los labios en una mueca despectiva, giró sobre sus talones y abandonó el recinto. Recién entonces Franco volvió la atención hacia Virginia.

—No vuelvas a encontrarte a solas con él —dijo—. Es peligroso.

Virginia se aferró a él, crispó las manos en su camisa.

—Lo que piensas hacer es una tontería —dijo—. No permitiré que lo enfrentes, ¿me escuchaste? No me lastimó.

—Lo intentó, y eso es lo que importa.

—Te prohíbo que te cites con ese hombre para un duelo.

—¿Temes por mí?

—Por supuesto que sí. El señor Andrada está loco. Podría herirte, incluso matarte a traición.

—Tu confianza en mí me abruma —dijo.

Ella no se dejó distraer por esa sonrisa de mofa.

—Si las autoridades se enteran de esto, estarás en problemas.

—Estoy seguro de que podré encargarme de ese inconveniente si se presenta. Cálmate. ¿O no sabes que tengo bajo mi férula a la mitad de la policía?

—¿Cómo puedes hacer bromas en este momento? Podrías salir lastimado.

Él le tomó una de las manos y se la llevó a los labios.

—¿Tanto te preocupas por mí? —preguntó en voz baja, sin apartar los ojos de los de Virginia.

Ella alzó la mano y le apartó el pelo de la frente, una guedeja de oro sobre el bronce de sus sienes.

—Si algo te sucediera, no podría soportarlo —reveló.

—Virginia...

—¡Dante! —Eduardo se detuvo en el umbral. Llevaba a Giuliana de la mano. Ambos se veían muy agitados—. El señor Bloise y Rodrigo Fonseca están en el invernadero, discutiendo.

—Dios mío. —Virginia intercambió una mirada con Franco—. El señor Bloise debe de estar furioso. Podría ocurrir una desgracia.

—Quédate aquí.

—No; voy contigo.

—Virginia...

Ella se aferró a él.

—Tengo que hacerlo —dijo—. Es mi padre.

Franco sabía que no podría convencerla de mantenerse al margen de aquello. Asintió y se hundió entre las sombras con Virginia prendida a su mano.

* * *

Rodrigo levantó la pistola y la apuntó hacia el señor Bloise. En la penumbra del invernadero, tenía una expresión casi siniestra.

—Apártese de mi camino —dijo fríamente.

Gerardo apretó los labios. La luz de la luna oscilaba a través de las exóticas plantas, dejaba caer sobre él una ligera luminosidad platinada. El anciano se veía cansado y muy pálido. Su rostro demacrado revelaba la profunda tensión que lo invadía.

—Usted no irá a ninguna parte —dijo—. La policía está en camino. Al diablo las murmuraciones, usted tiene que decirme dónde está mi hija.

—Cordelia no está conmigo.

—¿Qué ha hecho con ella? Sé que está cortejando a una dama. Supongo que su interés en mi hija disminuyó al saber que no obtendría nada de mí si dejaba mi casa para irse con usted. Quiero saber qué hizo con ella.

—Usted lo arruinó todo. Yo estaba dispuesto a convertirla en mi esposa y a darle un apellido al bastardo en camino, pero, cuando usted amenazó con desheredarla y dejarla sin un centavo, perdí mi interés en ella. —Rodrigo paseó los ojos por el entorno. Detrás de Gerardo estaba la puerta que conectaba el invernadero con un pasillo que conducía al edificio principal del hotel. Era evidente que ya no podría escapar por allí. Volvió los ojos hacia el viejo—. Estaba dispuesto a olvidarla, pero esa zorra estúpida decidió interponerse en mi camino.

—¿Qué dice?

—Me siguió. Me exigió que cumpliera mis promesas. Intenté convencerla de que regresara a su casa, pero no quiso escucharme. Mi madre decidió entonces ocuparse de ella. No permitiría que una muchacha tonta entorpeciera nuestros planes.

Gerardo endureció la expresión.

—¿Dónde está? —vociferó.

—No lo sé.

—¡Miente!

—¡No sé dónde está esa furcia, ni me importa!

—Miserable... —Gerardo dio un paso y se detuvo—. Si esa mujer le hizo algo...

Rodrigo retrocedió. A su espalda se encontraba una pequeña puerta de madera que llevaba a los jardines del hotel. No quería salir a la profunda oscuridad que cubría gran parte del parque, pero pensó que no tenía otra opción.

—Mi madre está muerta —dijo. La pistola le tembló entre los dedos. Clavó en el anciano unos ojos aciagos—. La encontré esta mañana, cuando fui a visitarla. Cordelia debía estar con ella, pero huyó. Estoy seguro de que esa perra estúpida la mató.

—Mi hija no haría eso.

—¡Esa puta escapó y dejó a mi madre allí, en el suelo, para que la comieran las ratas!

—¡Cordelia es incapaz de hacer algo así!

—Se atrevería a eso y a mucho más. —Rodrigo crispó los dedos contra la pistola—. Su hija no es una santa, señor Bloise. Es una puta. No imagina con cuánta celeridad saltó a mi cama en cuanto le dije que me casaría con ella.

—¡Hijo de puta...!

—¿Me insulta? Recuerde quién tiene una pistola, señor.

Gerardo tendió las manos hacia Rodrigo.

—Ella es mi hija, la pequeñita que crié. ¿Dónde está? Tiene que decírmelo. Dígamelo y terminemos con esto.

—¡Quédese quieto!

—Dispáreme si lo desea —dijo Gerardo. Paso a paso, muy lentamente, avanzó hacia Rodrigo, con los ojos fijos en los del otro, jamás en la pistola que apuntaba hacia él—. Usted irá a la cárcel. No se libraré de esto.

—No se mueva. —Los ojos de Rodrigo ardían bajo la luz de la luna. Empujó la puerta que estaba a su espalda. La madera chirrió sobre los goznes al abrirse poco a poco hacia la oscuridad—. O lo mataré, lo juro. Solo quiero irme de aquí.

—No lo permitiré. Usted no huirá de esto.

—Baje esa pistola, Fonseca —dijo Franco al detenerse en el umbral, detrás del señor Bloise.

—¿Papá? —Virginia se detuvo a su lado agitada.

Gerardo no la miró.

—No te metas en esto, Virginia, no es tu asunto.

Rodrigo dio un paso hacia atrás. Amartilló la pistola.

—Solo quiero salir de aquí —dijo desesperado.

Virginia se sintió descompuesta. Franco le tendió una mano y la mantuvo a su espalda.

—¿Vivirá huyendo, Fonseca? —preguntó—. Créame, después de esto, toda la policía estará tras sus pasos.

Rodrigo clavó en él unos ojos enloquecidos.

—Usted no entiende. Solo quería la vida que me corresponde, la vida de un caballero.

Gerardo clavó sus ojos en un punto, detrás de Rodrigo. Las manos comenzaron a temblarle.

—¿Cordelia? —musitó.

Rodrigo se volvió bruscamente y vio a una mujer de pie en la oscuridad, a unos pocos pasos de distancia. Tenía un vestido hecho jirones. La piel sucia de barro y cieno parecía translúcida en la penumbra. El pelo lacio y húmedo le caía suelto sobre los hombros, de modo que le ocultaba parte del rostro blanco como la cera.

—¿Cordelia? —graznó. Tragó saliva. La pistola le tembló en la mano cuando la apuntó hacia ella.

Entonces la joven lo miró. Rodrigo no vio los ojos taciturnos de Cordelia, sino unas cuencas vacías, la oscuridad misma. De pronto, la mujer que se encontraba frente a él ya no era Cordelia, sino Manuela. El cieno de la piel se convirtió en trozos de carne que colgaban de huesos pútridos. El barro era sangre que resbalaba sobre las heridas abiertas, le manchaba el vestido.

Rodrigo trastabilló, alejándose de ella. Se volvió, todavía con la pistola en la mano, con los ojos muy abiertos, aterrado. Gerardo se abalanzó sobre él y lo desarmó con un golpe. La pistola cayó al suelo. Rodrigo cerró el puño y golpeó al anciano en la mandíbula, lo arrojó contra los paneles de *vitraux*.

—¡Papá! —gritó Virginia e intentó correr hacia Gerardo, pero Franco la aferró de un brazo y la empujó hacia Eduardo.

—Quédate allí —ordenó.

Dio un paso hacia el interior del invernadero con la intención de interferir en la reyerta. Un alarido lo detuvo. Levantó la vista y vio a Cordelia arrojarse sobre Rodrigo con la boca abierta. La joven le rodeó la cabeza con los brazos, inclinó la cabeza y le arrancó el lóbulo de la oreja de cuajo.

Rodrigo gritó de dolor al caer de rodillas. La sangre le tiñó de rojo la corbata.

—¡Maldita puta! —siseó. Recuperó la pistola, se volvió y empujó a Cordelia hacia la oscuridad. Cuando la joven le enseñó los dientes, Rodrigo amartilló el arma y disparó.

—¡No, no! —gritó Gerardo.

Se lanzó sobre Rodrigo, forcejeó con él. Finalmente otro disparo reverberó en el invernadero. Gerardo retrocedió unos pasos, trastabilló, cayó al suelo.

—¡Papá! —gritó Virginia, se debatió entre los brazos de Eduardo y, finalmente, corrió junto a su padre.

Franco tendió la mano hacia Rodrigo.

—Esto termina aquí —dijo.

Rodrigo tenía los ojos extraviados, la mirada ausente.

—Es ella. Ha regresado por mí. Como prometió.

—Fonseca, baje el arma.

—No iré con ella —dijo.

—¿Qué dice?

—No me arrastrará a su infierno. —Rodrigo se llevó el arma a la boca y apretó el gatillo.

Franco murmuró un impropio cuando el cuerpo cayó al suelo con un ruido seco.

Virginia volvió los ojos hacia su padre. Gerardo respiraba con dificultad. Tenía sangre en el chaleco, debajo de la chaqueta. Apoyó la mano sobre la herida, en un vano intento de contener la hemorragia.

—Estarás bien, papá —dijo.

Él la miró.

—¿Cordelia está bien? —preguntó.

—Papá, no hables.

Él le aferró la mano.

—Dímelo. ¿Ella está bien?

Virginia levantó la vista. Franco estaba en el umbral de la puerta. Cordelia estaba tendida a sus pies, inmóvil. Había sangre en su pecho. Franco la miró. Ella vio en esos ojos la verdad.

Virginia volvió a mirar hacia su padre.

—Ella está bien, papá —mintió. Lo sintió temblar entre los brazos
—. Se recuperará.

Gerardo la miró a los ojos.

—No me mientas —dijo—. Está muerta.

—No pienses en eso ahora.

—A esa distancia no podía fallar.

—Por favor...

—Debiste ser tú. ¿Por qué no fuiste tú?

Virginia sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—¿Qué dices...?

Gerardo crispó la mano contra la piel suave del brazo de Virginia.

—Mi Cordelia era una joven dulce y tierna...

—Papá...

—Ella no merecía morir así.

Virginia sintió que Franco le rodeaba los hombros con los manos, que la apartaba de su padre. Una lágrima solitaria le resbaló por la mejilla.

—¿Cómo puedes decirme esto? —preguntó.

—Debiste ser tú quien... muriera esta noche.

—Papá, no lo dices en serio, ¿verdad?

Gerardo no respondió.

—Está muerto —dijo Franco. Se hundió los dedos en el pelo y la atrajo hacia él.

Ella intentó apartarlo.

—Suéltame —exigió.

—No lo haré. —Franco la rodeó con los brazos y la obligó a permanecer junto a él—. Virginia, quédate conmigo.

Ella lo miró con ojos brillantes por las lágrimas.

—No debería llorar por él —dijo.

—No.

—No quiero llorar.

—Hazlo.

Virginia crispó las uñas en la camisa de Franco.

—No lo haré. No se merece... mis lágrimas. —Un ramalazo de violentos sollozos la sacudió.

Él la abrazó con fuerza. Ella se aferró aun más, hundió la cara entre los pliegues de la camisa.

—Él no me quería —musitó. Gimió entre sollozos—. ¿Alguna vez me quiso? ¿Alguna vez me necesitó?

Franco hundió los labios en el pelo de la joven.

—Yo te quiero —dijo suave—. Yo te necesito conmigo.

Ella comenzó a llorar, y él la meció entre los brazos. Él sintió ese cuerpo tembloroso entre sus brazos, el calor, las lágrimas en su piel. ¿Encontraría las palabras para explicarle su pasado, su presente, la oscuridad que había sembrado a sus pies y en su camino? Crispó las manos contra la espalda que todavía temblaba. Tenía que decirle la verdad. Pero no quería hacerlo. Había cometido muchos errores al emprender el camino de la venganza, y uno de ellos había sido el acercarse a ella con la intención de utilizarla. Si ella se lo permitía, si ella aceptaba escucharlo y darle la oportunidad de arrepentirse de sus errores, se prometió a sí mismo que la haría feliz, que cuidaría de ella, que la querría siempre. Pero tenía miedo. Que Virginia lo odiara terminaría por destruirlo.

Virginia alzó los ojos hacia él. Las lágrimas que todavía exhibía eran diminutas perlas de cristal sobre las mejillas.

—Quédate conmigo —dijo.

Franco inclinó la cabeza.

—Nadie me separará de ti —musitó suave.

Solo tú, pensó. Y, al hacerlo, solo quedará la oscuridad.

CAPÍTULO 26

Eugenia estaba sentada en el pasillo. Los pliegues del vestido le caían sobre las piernas hasta ocultarle los zapatos. Los canutillos que le adornaban la falda atraían sobre ella toda la luz de las arañas.

Salvador la miró un momento, luego desvió los ojos hacia la habitación de la señorita Virginia. Se encontraba de pie a unos pasos de distancia, con la espalda contra la pared. Se había quitado la chaqueta y la había dejado sobre los hombros de Eugenia, mientras esperaban a que el médico terminara de examinarla.

—El señor Rivera no debería estar allí dentro —masculló.

Eugenia esbozó una sonrisa triste.

—Si intentaras sacarlo, te tumbaría a golpes —dijo—. Él la quiere. No existe fuerza en este mundo capaz de apartarlo de su lado en este momento.

—Esto es completamente inapropiado.

—Virginia no puso reparos en su presencia.

—No está en sus cabales. Está nerviosa y dolida. Debí insistir en que el señor Rivera abandonara esa habitación en cuanto el médico llegó.

—Si le preocupa su reputación, le diré que sus miedos son infundados. Giuliana está con ella también.

—Aun así...

Eugenia se arrebujó en el abrigo. La chaqueta de Salvador olía a él. Inhaló profundamente.

—Cálmese —dijo con suavidad—. El señor Rivera no se moverá de su lado hasta que el médico termine de examinarla, y eso es un hecho. Está muy preocupado por ella.

Salvador la miró una vez más. Notó el cansancio en esa mirada, las sombras bajo esos ojos bonitos.

—Debería irse a descansar —dijo.

—Prefiero esperar aquí —dijo Eugenia. Se apartó el pelo de los hombros y los recogió sobre la nuca en una trenza—. Me gustaría quedarme esta noche con Virginia. Ella necesita a alguien que vele por su sueño, y sé que Giuliana no lo hará. Tiene algo importante que hacer esta noche. Estoy segura que el señor Rivera no se apartaría de su lado si pudiera elegir, pero tiene que cobrarse una deuda con el señor Andrada.

Salvador gruñó un impropio.

—El señor Andrada es un maldito incordio. Le advertí a la señorita Virginia que no confiara en él, pero nunca me escuchó. Lo creía inofensivo.

Ella lo miró preocupada.

—¿Crees que intentará hacer algo en su contra?

—Sí.

—¿Está seguro?

Salvador asintió. Hizo un gesto con la mano.

—Ya le dije a usted que me tuteara.

Eugenia encogió un hombro.

—Lo haré solo cuando usted también lo haga —dijo.

Él apretó los labios. Clavó los ojos en la puerta.

—Ese viejo de mierda debió cerrar la boca —gruñó. Golpeó el puño contra la pared—. ¿Por qué tenía que decirle todo aquello? Estaba muriendo. Debió callarse y no echar todo ese veneno sobre la señorita. Esto jamás podrá olvidarlo.

Eugenia lo observó un momento en silencio.

—Lo superará. Virginia es una mujer muy fuerte. No permitirá que esto le afecte.

Salvador se movió. Los músculos se le ondularon bajo la camisa. El rostro de líneas severas se le relajó bajo un ramalazo de ternura.

—Es usted muy buena, señorita —dijo.

—¿Solo por compartir parte de mi sabiduría con usted?

—Por quedarse aquí y hablar conmigo.

Eugenia sonrió.

—No podría hacer otra cosa, cuando usted me gusta tanto —dijo, aunque su habitual descaro estaba allí, en el tono de la voz, en la expresión del rostro, el rubor le tiñó de rosa las mejillas y reveló cierta incomodidad frente a la confesión que acababa de hacer—. Toda mi vida esperé encontrar a un hombre como usted: fuerte, confiable, atento, fiel a sus afectos; y, ahora que está aquí junto a mí, me pregunto qué debo hacer para que se fije en mí.

Él la miró.

—Eso no se hace —dijo y cruzó los brazos contra el pecho. La tensión había regresado a su voz, a su mirada, a su expresión.

—¿Qué cosa? ¿Qué yo le confiese que me siento atraída por usted o que usted sienta lo mismo por mí?

Salvador desvió la mirada.

—¿Por qué hace esto? —dijo en voz baja.

—Porque lo estuve buscando toda mi vida. Ya se lo dije; ahora que lo encontré no dejaré que me rehúya.

—Esto es imposible.

El frufurú de la falda fue el único sonido que se escuchó en el silencio del pasillo cuando ella se puso de pie y fue hasta él. Salvador descruzó los brazos y la miró desde arriba. Eugenia alzó la mano y le rozó la mejilla con la punta de los dedos.

—No quiero promesas de su parte —dijo—. Solo la oportunidad de demostrarle que mis sentimientos son sinceros.

—Si las cosas fueran diferentes...

—Podrían serlo si usted quisiera.

—Es imposible. Lo que siento, lo que me haces sentir, esto no es posible —dijo, olvidado de las formalidades—. ¿Cómo podría condenar a la dama más bonita que conocí en mi vida a un futuro de ostracismo y decepción? Si yo me rindiera a estos sentimientos, si decidiera actuar por instinto, con fe en el corazón y no en mis convicciones, la señalarían con el dedo en la calle, se reirían de su suerte, lastimarían su espíritu, y eso no podría tolerarlo.

—Salvador...

—Terminaría odiándome.

—No.

—Sí. Yo preferiría morir a vivir con su desprecio.

Eugenia lo miraba, conmovida.

—Todo esto que has dicho lo guardaré en mí para siempre — musitó. Le acarició la mejilla. Sintió bajo los dedos la aspereza de la piel, la barba incipiente—. ¿Cómo podría no quererte?

Él endureció la expresión.

—¿Es que no ha escuchado nada de lo que dije? —gruñó. Cerró los dedos sobre las muñecas de la muchacha y la apartó de él.

—Sí, escuche. Aunque sus palabras sean muy dulces y, como dije, las atesoraré siempre, considero que no ha tomado algo en cuenta.

—¿Qué cosa?

—No soy una dama, Salvador. Nací y crecí en las calles. Soy una actriz. Creo ilusiones sobre las tablas. Mi vida está en El Elíseo, no en los salones de baile de la *high class* ni en lugares como este. Solo debo ser fiel a mí misma y a mis propios sentimientos. Dame una oportunidad.

—Eugenia...

Ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. Apoyó los labios sobre los de él y lo besó con suavidad. Salvador fue incapaz de resistir aquel ataque directo a su corazón. Le enredó los dedos en el pelo; la trenza que ella llevaba se deshizo. Él se apoderó de esa boca y se permitió a sí mismo un momento de placer, un instante eterno donde solo eran un hombre y una mujer, sin convencionalismos, sin formalidades. La besó como había deseado hacerlo desde que había caído en sus brazos por primera vez, desde que ella había puesto en él los ojos.

Eugenia cerró los ojos y se dejó arrastrar por las cálidas sensaciones que Salvador suscitaba en ella. Él le rodeó el cuello con las manos, le deslizó los pulgares a lo largo de la piel, la obligó a mirarlo a los ojos.

—Dejemos esto así —dijo suave—. Hay cosas que no pueden suceder.

Ella sonrió con picardía. Salvador iba a reprenderla por su incapacidad para aceptar un “no” por respuesta, pero calló cuando la puerta se abrió y el médico del hotel se detuvo un instante en el umbral para despedirse del señor Rivera.

—La señorita está muy afectada por la muerte de su padre y de su hermana —estaba diciendo—. Ese hombre, el señor Fonseca, debió de estar loco para atacar así a un padre preocupado y a la víctima de sus embustes. Tiene suerte, la señorita Virginia pudo resultar herida también.

Franco apretó los labios.

—Yo no lo habría permitido —dijo.

—Eh, no, por supuesto que no. —El viejo carraspeó—. Entiendo que mantuvo usted a la señorita Bloise todo el tiempo protegida mientras intentaba convencer a ese criminal que bajara el arma. Es usted un caballero, sin duda. Otro en su lugar se habría escabullido del lugar para ponerse a salvo.

Franco buscó su mirada.

—¿Ella estará bien? —preguntó.

—Con el tiempo, sí. Le di un sedante. Déjela descansar. Necesita recuperarse.

Franco asintió.

—Ahora me retiro, pero llámeme si me necesita —dijo el anciano comprensivo. Hizo una pausa, palmeó el brazo de Franco, animoso, y luego añadió—: No se preocupe, señor Rivera. Su señora estará bien.

Franco no corrigió el malentendido. Despidió al médico y luego fijó los ojos en Salvador.

—Deberías ir a descansar —dijo distraído—. Es muy tarde.

—Aquí me quedo.

Franco se pasó la mano por la cara.

—Como gustes. ¿Eugenia?

—Pensaba quedarme con Virginia y velar su sueño...

—Preferiría que fueras a dormir un poco, querida —dijo Giuliana al salir. La falda de seda y *chiffon* color rosa crujió cuando cerró la puerta—. No me gustaría que enfermaras.

Eugenia iba a protestar, pero finalmente asintió.

—Está bien —dijo.

Salvador miró a Franco. Vaciló.

—Tengo entendido que cruzará unas palabras con el señor Andrada por cómo trató a la señorita Virginia esta noche —dijo.

—Entre otras cosas, sí.

—Ese hombre no es de fiar —dijo Salvador—. Tenga cuidado.

Franco y Giuliana intercambiaron una mirada. Ninguno dijo nada más.

CAPÍTULO 27

Teodosio Varela estaba sentado en la penumbra, con los ojos fijos en algún punto de la oscuridad. Tenía un cigarro entre los dedos.

—Recibí su mensaje, señor Varela —dijo Franco que se detuvo a unos pasos de distancia junto a la jamba de la puerta que separaba el cenador del parque.

Teodosio se puso de pie. Intentó sonreír. Arrojó el cigarro al suelo y lo aplastó con el taco del zapato.

—¿La señorita Bloise se encuentra bien? —preguntó, aunque era obvio que no era eso lo que pretendía discutir con Rivera—. Debió de ser terrible para ella presenciar la muerte de su padre y de su hermana.

Franco asintió.

—Se recuperará —dijo. Alzó una ceja—. Es tarde, señor Varela. ¿Podría decirme de qué querría hablar conmigo?

Teodosio vaciló.

—Por supuesto, sé que tiene usted una cita con el señor Andrada —dijo. Echó una rápida mirada hacia el interior del cenador. Solo una lámpara estaba encendida. Su cálido fulgor teñía de oro y bronce las sillas que estaban distribuidas en el interior para el disfrute de las señoras que deseaban leer mientras contemplaban el parque del hotel. Volvió los ojos hacia Rivera—. Seré breve, lo prometo.

—¿Qué quiere, Varela?

—Necesito su ayuda, señor. En el pasado usted se ha mostrado más que comprensivo conmigo, incluso me ha ayudado a salir de mis problemas financieros concediéndome varios préstamos de dinero. No quisiera abusar de su amabilidad, pero estoy en la quiebra. Vine aquí pensando que podría recuperarme, pero perdí todo lo que tenía en las mesas de juego.

Franco sacó un cigarro y lo encendió.

—Comprendo —dijo.

—Sí, señor. Sabía que lo haría. Si pudiera usted hacerme un préstamo, estoy seguro de que podré recuperarme.

—Entiendo que tiene usted importantes amigos: Ernesto Quintana, Ladislao Trujillo, Ovidio Andrada. —Franco le dio una chupada a su cigarro—. ¿Ha pensado en acudir a ellos?

Teodosio asintió. Tiró de su corbata.

—No pueden hacer nada por mí —dijo. Los dedos le temblaron cuando sacó un pañuelo del interior de la chaqueta para secarse el sudor de la frente—. Tienen problemas también. Muy graves. Todos ellos. Pareciera que la suerte nos ha escupido a todos.

—A veces sucede.

—Usted es el único que puede ayudarme ahora. Si fuera tan amable de darme la oportunidad de recuperarme, yo le prometo...

—A esto quería llegar, a verlo suplicar mi ayuda cuando ya no le queda otra opción. La ruina o yo.

Teodosio frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—Míreme, Varela. ¿No me reconoce?

—No comprendo...

Franco curvó las comisuras de los labios.

—Yo sí, en cambio, lo recuerdo. La primera vez que lo vi fue hace veintisiete años, aunque en circunstancias muy diferentes. Usted estaba disputándose un turno con mi madre.

—¿Cómo dice...?

—Luego lo volví a ver en la residencia de mi tío. Usted estaba muy preocupado por la posibilidad de que un médico pudiera exigir ver mi cadáver.

Teodosio clavó en él unos ojos inmensos. El color le abandonó la piel. De pronto pareció lo que era: un viejo débil y enfermizo, encorvado bajo el peso de una miríada de pecados.

—No es posible... —musitó.

—Creo que, entonces, si no me falla la memoria, el señor Andrada, mi tío, estaba disponiéndose a inventar una causa para mi muerte. ¿Me equivoco?

—Usted es... —Teodosio retrocedió un paso.

—Franco Andrada. ¿Me reconoce ahora?

Teodosio abrió la boca, la cerró.

—Tiene que haber un error. Ese niño está muerto.

—Regresé del infierno para cobrarme una deuda muy grande, Varela: la violación y el asesinato de mi madre, Rosalie. El homicidio de mi padre, Humberto. Y, por supuesto, mi propia muerte, mi desaparición, la pérdida de mis bienes, mi fortuna, mi nombre.

Teodosio trastabilló en el afán por alejarse de Franco.

—Esto no es posible.

Franco observó la punta de su cigarro.

—¿Comprende ahora por qué no puedo ayudarlo?

—Usted no entiende. —Varela tendió las manos hacia él. Le enseñó las palmas desnudas—. Todo lo planeó Ovidio. Él deseaba quedarse con la fortuna de su hermano, con todo lo suyo. Humberto, Rosalie, usted, todos eran un obstáculo para sus planes. Yo no tenía dinero. No tenía nada. Me ofreció una vida, la oportunidad de salir del fango...

—Y usted no dudó en aferrarse a esa oportunidad, ¿no es así?

—Tenía una familia que mantener. Tenía una esposa de buena familia. Quería darle todo cuanto merecía. Tiene que comprender: no tuve opción.

—Usted exigió tener su turno con mi madre. —Franco clavó en él sus ojos incandescentes—. ¿Lo recuerda, señor Varela? Yo no puedo olvidarlo. Estaba allí. Escuché cómo gritaba mientras la forzaban. ¿Cree que puede encontrar una disculpa para algo así?

Teodosio de pronto recordó cada instante de aquella noche que había intentado relegar al olvido. Alzó los ojos brillantes y ausentes para encontrarse con la gélida mirada de Franco Andrada. Dejó caer las manos a los lados del cuerpo.

—¿Qué piensa hacer con nosotros? —preguntó en voz baja derrotado.

—Creo que ya lo sabe. Empecé por cimentar su camino a la ruina. Es el mismo camino que eligieron sus amigos. Ahora todos dependen de mi buena disposición, por decirlo así.

—La ruina económica —susurró Teodosio.

—Pero eso es solo el comienzo, señor. Esperé mucho tiempo para esto. ¿Piensa que me detendré allí? Haré público sus crímenes. Encontraré testigos. ¿Recuerda al peón que acusaron del asesinato de mis padres?

Teodosio vaciló.

—Ramiro —farfulló.

—Eso es. Mi padre lo había nombrado capataz de la finca. Estuvo allí cuando mi padre murió. Él le confió el nombre de sus asesinos. Ya murió, lamentablemente en la injusticia, pero le reveló todo cuanto sabía a su mujer, a sus hijos y a mí. ¿Se imagina el revuelo que causará esto cuando salga en los periódicos? Estoy seguro de que los rumores bastarán para condenarlo a usted y a sus cómplices. Primero al ostracismo, luego a la ruina social. Nadie querrá recibirlos. Todas las puertas se cerrarán. La vida que se ha forjado termina aquí.

Teodosio lo miró. La luna pálida se le reflejó en unos ojos vacíos.

—Eso no le basta. Hay algo más, ¿no es así?

—Hay algo más, sí. Pretendo que todos ustedes terminen sus días en la cárcel.

—En la cárcel —repitió Teodosio distante.

—Sí. —Franco sonrió, pero su mirada permanecía impávida, glacial, despiadada—. Si cree que allí encontrarán la paz que necesitan para pensar en sus pecados, no sucederá. Tengo muchos amigos, señor Varela, y todos ellos me deben favores. Algunos están en la cárcel. Créame, solo una palabra mía, y esas cuatro paredes se convertirán en un infierno para usted y los demás.

Teodosio tragó saliva.

—Solo quería ofrecerle una vida digna a mi mujer —musitó.

Franco arrojó el cigarro al suelo.

—Descanse, señor Varela —dijo—. Mañana será un día muy ajetreado para usted.

* * *

Diez minutos después, Teodosio se sentó al escritorio que ocupaba una esquina de la habitación en el hotel. Los dedos le temblaban cuando encendió la lámpara. La luz amarillenta le iluminó el rictus amargo de la boca. Aflojó la corbata y la dejó colgar a los lados del cuello. Extendió una mano y tomó un papel y una pluma.

Vaciló. Escribió unas líneas, arrugó el papel, lo arrojó al suelo. Lo intentó otra vez. Cerró los ojos, se preguntó a sí mismo qué deseaba escribir, qué sería importante para ella, qué querría escuchar.

Finalmente encontró las palabras que creyó, encerraban en sí mismas un mundo de sentimientos.

Perdóname, María Emilia. Recuérdame
siempre a tu lado, siempre amándote,
siempre tuyo.

Teodosio apoyó la espalda contra el respaldo de la silla y contempló aquellas breves palabras. Luego de un momento se inclinó, revisó la última gaveta del escritorio y tomó la pistola. Se puso el cañón en la boca y cerró los ojos.

Apretó el gatillo.

CAPÍTULO 28

Algo la despertó. Virginia abrió los ojos jadeante. Había tenido una pesadilla. Los resabios del sueño aun se adherían a ella. Se incorporó entre las mantas y fijó los ojos en la oscuridad. A través de las cortinas solo era visible la tenue luminosidad azulada de las farolas que adornaban los jardines del hotel. Se volvió y observó el pesado reloj que adornaba la mesita de noche. Faltaban unos pocos minutos para las cinco.

Otro crujido quebró el silencio. Virginia fijó la mirada en la puerta que comunicaba la alcoba de la salita de recibo. El picaporte se movió una, dos veces.

—¿Quién es? —preguntó.

De pronto la puerta se abrió bruscamente. En el vano se dibujó la oscura silueta de un hombre.

—Buenas noches, querida.

Virginia sintió que el miedo se le alojaba en la garganta.

—¿Señor Andrada?

Benicio esbozó una sonrisa.

—¿Esperabas a alguien más? ¿A Rivera, tal vez? —cerró la puerta a su espalda—. No vendrá por ti esta vez. Debe de estar esperándome en el parque. Nuestra cita es a las cinco. Esperará en vano, me temo. Un caballero jamás se mediría con una escoria como él.

Virginia lo miró. Asustada tendió la mano hacia la bata y se la puso rápidamente.

—Es usted un cobarde —dijo. Apartó las mantas y se puso de pie. Observó la puerta. No podría salir de allí con él en umbral y no había más salida que esa.

Benicio dio un paso hacia ella y se detuvo.

—Jamás pensé que estuvieras tan dispuesta a ser una puta o me habría ofrecido como tu protector hace mucho tiempo.

—Salga de aquí.

—Todavía no, querida. Quizá más tarde, cuando haya obtenido de ti lo que siempre quise. —Benicio se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo—. Si eres gentil, tal vez no sea demasiado duro contigo.

Virginia sintió que el miedo se le deslizaba a lo largo de la espalda hasta la base de la columna: la paralizó de golpe. Se obligó a sí misma a moverse. Elevó el mentón y se dirigió resuelta hacia la puerta.

—Está usted borracho, señor Andrada —dijo—. Aléjese de mí.

Cuando ella intentó pasar junto a él, Benicio estiró la mano y la aferró de un brazo.

—¡Putá alzada! —siseó. Tiró de ella hacia la cama—. ¡Esta vez no escaparás de mí!

—¡Suélteme! —Virginia se debatió salvajemente contra él. Intentó golpearlo, gritó—. ¡Franco regresará enseguida!

Benicio le propinó un puñetazo; ella cayó al suelo con un quejido.

—¿Qué pasa, querida? —preguntó burlón. Comenzó a tirar de la corbata. Los ojos se deslizaron lascivos sobre la piel desnuda de las piernas descubiertas de la muchacha—. ¿Tienes tantos amantes que ya confundes sus nombres?

Virginia tiró del ruedo del camisón, recogió las piernas bajo la bata.

—Franco Andrada —dijo. Se tambaleó, pero logró ponerse de pie. Sentía el escozor del golpe en la piel, el sabor cobrizo de la sangre en los labios. Lo miró a los ojos—. El verdadero nombre de Dante Rivera es Franco Andrada.

Benicio le hundió las manos en los hombros y la empujó sobre la cama.

—Putá mentirosa, mi primo está muerto —dijo en voz baja. Le separó las piernas y la inmovilizó con el cuerpo—. Murió cuando todavía era un niño.

Virginia sabía que era inútil luchar contra él, pero aun así lo intentó.

—¡No está muerto! —gritó. Forcejeó, trató de apartarlo de ella, pero solo consiguió que él crispara las manos sobre la piel suave de sus brazos para retenerla con el peso del cuerpo. Ella podía sentir la erección contra su vientre. Comenzó a llorar de rabia y de miedo—. ¡Sobrevivió y ha regresado para vengarse de los asesinos de sus padres!

Benicio le dio una cachetada.

—Estás mintiendo. Él está muerto. Trujillo lo arrojó al río. Mi padre le había dado una puñalada.

Virginia le hundió las uñas en los brazos.

—Si se va ahora, todavía está a tiempo de huir. Franco no lo perdonará por esto. Su familia ya tiene muchas deudas con él. Se las cobrará todas juntas.

Benicio alzó la mano.

—¿Es cierto? —musitó.

—Franco planeó todo esto. Su ruina, económica y social. Se aseguró de que todos los hombres que estuvieron involucrados en la muerte de sus padres estuvieran aquí, todos juntos otra vez. Terminarán en la cárcel, y usted también.

—Yo no hice nada. Solo era un niño en aquel entonces...

Virginia clavó en él los ojos fríos.

—¿Cree que él lo disculpará después de saber que me atacó?

Benicio no la golpeó, pero se inclinó sobre ella; le agarró las manos, le presionó la erección contra el estómago.

—No le importarás después de que acabe contigo, querida —dijo. Su aliento fétido llegó hasta ella en oleadas. Metió la mano entre ellos e intentó desabrocharse la bragueta—. Es un hombre, no te perdonará por esto.

Virginia chilló y lo golpeó en los hombros, el pecho, la cara. El pánico le renovó las fuerzas. Benicio cerró el puño disponiéndose a golpearla, pero ella consiguió liberarse del agarre debatiéndose entre sus brazos hasta que logró desestabilizarlo.

—Maldita puta... —siseó Benicio y tiró de su camión cuando ella giró sobre sí misma en un intento por escapar. La tela se desgarró y cayó fuera de la cama. Benicio intentó retenerla, pero Virginia le dio un puntapié, trastabilló, recuperó el equilibrio y corrió hacia la puerta.

Gritó cuando Benicio le agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás. La arrojó al suelo. Virginia sintió que el mundo giraba a su alrededor cuando golpeó la frente contra el piso.

Benicio se echó sobre ella. La apretó en el piso. Le metió la mano bajo el camión. Virginia gritó aterrorizada.

De pronto, el peso de Andrada desapareció. Ella se arrastró hacia la salita de recibo y se arrinconó contra el sofá hecha un ovillo. Alzó la vista y vio a Salvador de pie frente a ella que la protegía con el cuerpo grande y fuerte.

Benicio estaba tendido a varios metros de distancia con una mano sobre las costillas. Salvador le había propinado una patada para apartarlo de Virginia.

—¿Está bien, señorita? —preguntó.

Ella intentó hablar, pero solo emitió un quejido.

—Sí —dijo. Comenzó a llorar.

Salvador endureció la expresión.

—Debí estar aquí con usted —dijo. Tenía los puños cerrados, los labios gruesos apretados—. No pensé que esta escoria intentaría atacarla aquí, en su propio cuarto.

—No importa, Salvador. —Virginia temblaba.

Benicio lo miró desde el suelo.

—Indio de mierda —dijo. Entornó los ojos, implacable, cuando consiguió incorporarse—. ¡Te mataré por esto!

Virginia intentó ponerse de pie, pero las piernas no le respondían.

—No se atreva a amenazarlo —dijo—. Después de esto, usted estará muy ocupado en tratar de escapar de la furia de Franco como para inquietarse por el futuro de Salvador.

Benicio crispó los puños a los lados del cuerpo. Salvador le adivinó los intenciones. Curvó los labios a un lado.

—Atrévase —dijo. Lo miró a los ojos—. Atrévase y no volverá a su casa de una pieza.

Andrada apretó los labios. Escupió un salivazo en el piso.

—No debiste intervenir —dijo; recogió la chaqueta y alzó una ceja—. Apártate de mi camino, escoria.

Salvador se hizo a un lado, pero no se alejó de Virginia.

Cuando Benicio abandonó la habitación, Virginia se echó a llorar.

—Estaba tan asustada —sollozó—. Salvador no supe que hacer.

Él se inclinó, la tomó entre los brazos y la sentó en el sofá. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre los hombros de Virginia.

—Ya pasó, señorita; ya se fue. No llore.

—Ay, Salvador, ese hombre te hará daño.

Él se sorprendió cuando la joven se echó en sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Todo esto es mi culpa —dijo.

—No, señorita, es de ese malvado. —Le palmeó la espalda con torpeza—. El señor Benicio pagará por esto, eso seguro. El señor Rivera se lo cobrará.

* * *

Eugenia tomó el cabello de Virginia entre las manos y comenzó a peinarlo con suavidad. Todavía estaba húmedo. Virginia cerró los ojos. Crispó las manos contra el estómago mientras se dejaba cepillar el pelo. Sentía frío, aunque la habitación se encontraba debidamente caldeada. Eugenia le había ordenado que se vistiera con un camisón de franela para entrar en calor, pero eso no había logrado calmarle los temblores. Incluso hubo un momento en que los dientes comenzaron a castañearle. Sabía que no era más que una reacción a todo lo que había vivido en las últimas horas, pero le habría gustado encontrar la manera de ahuyentar el frío que parecía estar calándose hasta los huesos. Tenía la sensación de que nunca podría volver a entrar en calor.

Poco después de que el señor Andrada abandonara la habitación, Salvador había llamado a una empleada del hotel y le había ordenado que fuera a buscar a la señorita Eugenia. En cuando la joven cruzó el umbral, ansiosa por saber qué había pasado, el indio le explicó con unas pocas palabras lo sucedido y luego le ordenó que se quedara con la señorita Virginia. Salvador abandonó la habitación después de echar una última mirada hacia Virginia, con la intención de buscar al señor Rivera para ponerlo en conocimiento de todo lo acontecido.

Eugenia había insistido en que Virginia tomara un baño caliente, aunque la joven parecía incapaz de tenerse en pie el tiempo suficiente como para encargarse de su higiene. Sin embargo lo hizo y, unos minutos después, mientras Eugenia atizaba el fuego en la chimenea, Virginia emergió del cuarto de baño envuelta en un camisón de franela.

—Tienes un pelo muy suave —dijo Eugenia con dulzura.

Virginia no respondió. Encogió las piernas bajo el camisón y se rodeó las rodillas con las manos. El fulgor de las llamas le creaba reflejos color cobrizo en el pelo.

—Sácame su olor —murmuró—. Siento que todavía lo tengo sobre mí.

—Se fue, Virginia. —Eugenia dejó el cepillo sobre la mesita de noche y le rodeó los hombros con sus brazos—. El olor de ese monstruo ya no está.

—Estaba sudado y olía a whisky.

—Hueles muy bien, créeme. A lilas.

Asintió, aunque no parecía convencida.

Eugenia le apoyó una mano en la cabeza. Le peinó los rizos con los dedos.

—¿No quieres descansar un poco? —preguntó—. Necesitas recuperarte.

—¿Te quedarías conmigo?

—Claro que sí. Pero no será por mucho tiempo. En cuanto Fran... Dante sepa lo ocurrido aquí, querrá quedarse a solas contigo.

—Sé quién es él.

—¿Qué dices?

—Su verdadero nombre es Franco Andrada. Lo sé todo.

La joven no supo qué decir.

—¿Todo? —musitó.

Virginia asintió.

Eugenia vaciló.

—Lo siento —dijo y la ayudó a meterse entre las sábanas. La cubrió con una manta hasta los hombros.

Fue entonces cuando se escuchó el ruido de unos pasos presurosos en el pasillo. Unos segundos después, la puerta que comunicaba la sala de recibo con el dormitorio se abrió bruscamente. Franco se detuvo en el umbral. Se lo veía implacable e imponente con el atuendo de rigurosa etiqueta intacto, los hombros anchos y la expresión tensa. Todavía no se había cambiado de ropa. Solo un detalle desentonaba con el aspecto frío y elegante: la corbata colgaba floja a los lados del cuello y se le habían desprendido dos de los botones de la camisa. Clavó los ojos en Virginia. Tenía la mano crispada contra el vano de la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó y, aunque el tono fue suave, debajo pudo percibirse el gélido acero que ocultaba.

Tenía la intención de acudir a ella, de tranquilizarla, de encerrarla entre sus brazos y ofrecerle calor, pero solo pudo quedarse allí, en el vano, con la furia que le carcomía las entrañas.

Virginia asintió.

—Ahora que ya estás aquí, la dejo en tus manos —dijo Eugenia. Se despidió con un gesto y se dirigió a la puerta.

Franco no apartó los ojos de Virginia, mientras Eugenia abandonaba la habitación.

—¿Te hizo daño? —preguntó.

Ella se negó a mirarlo. Las manos le temblaban.

—Virginia, contéstame.

—No —dijo ella finalmente—. No lo hizo.

—¿Estás diciéndome la verdad?

Ella giró la cabeza hacia él y la miró con los ojos enormes.

—Creí que lo conseguiría, que lograría lastimarme, pero no pudo hacerlo. Salvador llegó antes de que él pudiera...

—Virginia.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Llegó a tiempo —concluyó.

Franco dio un paso y se detuvo.

—Debí saber que esto sucedería.

—¿Cómo podrías saber algo así?

—Debí saberlo.

—No te culpes por esto. No lo permitiré.

—Sin embargo, es mi culpa.

—No, no lo es. —Virginia esbozó una sonrisa—. Dios mío, ¿cómo pude pensar alguna vez que no eres un caballero?

Franco no sonrió. Fue hasta ella y sentó a su lado en la cama. La miró, le examinó el rostro con atención. Cerró dos dedos en su barbilla. La giró a un lado y observó con detenimiento la hinchazón de la mejilla.

—¿Te golpeó? —preguntó. Ese hijo de puta la había lastimado. Un músculo saltó junto a su boca cuando apretó los labios—. Lo mataré.

Virginia le buscó tímidamente la mano.

—Estoy bien —dijo—. Lo juro.

Franco se movió. La rodeó con los brazos y la atrajo hacia él. Necesitaba abrazarla, sentirle el calor del cuerpo, tener la certeza de que Benicio no había conseguido lastimarla seriamente, de que no había logrado quebrarle el espíritu.

—Esto no es correcto —musitó Virginia, aunque no se apartó de él. La reconfortaban la cercanía, el calor de la piel, la mirada tierna, esas atenciones.

Franco apoyó la espalda contra el respaldo de la cama.

—Déjame cuidar de ti —dijo suave.

Virginia lo miró un instante, luego asintió y se acurrucó contra ese pecho cálido. Él era un hombre fuerte, seguro de sí mismo, confiable. Ella necesitaba en ese momento esa fuerza que parecía capaz de resistir las tormentas más violentas de la vida. Ocultó la cara en el

huevo de su cuello. Inhaló el perfume de esa piel. Suspiró, embelesada. Estando a su lado el miedo remitía, la sensación de pérdida se atenuaba, el dolor y la vergüenza comenzaban a difuminarse bajo la tierna calidez de esa compañía.

Esto es amor, pensó Virginia. ¿Cómo no se había permitido verlo antes?

Él le acarició la espalda con suavidad.

—¿Así está bien? —preguntó.

Virginia asintió.

—¿Puedes contarme qué sucedió?

Ella vaciló, pero después de un momento le contó todo lo acontecido esa madrugada. Franco la escuchó atento, ocultando detrás de una gélida expresión el ardor de la ira.

—Creí que me mataría —concluyó Virginia en voz baja.

Franco buscó su mirada.

—No permitiré que esto vuelva a suceder —dijo. Le acarició la cara, le apartó un mechón de pelo de la frente—. Lo prometo. Cuidaré mejor de ti en el futuro.

Ella desvió la mirada un momento.

—¿Hay un futuro para nosotros? —quiso saber.

No, no lo habría. Ella sabría toda la verdad sobre él y no lo querría a su lado.

Franco se inclinó y la miró a los ojos.

—No puedo imaginar un futuro sin ti —dijo; en su voz solo había sinceridad—. Te quiero conmigo, siempre a mi lado. Ahora que estás en mi vida, ya no podría dejarte ir. ¿Entiendes lo que quiero decir? Eres todo lo que siempre quise, y nunca esperé encontrar. Si me quisieras, no habría dios ni diablo que pudieran apartarme de ti.

Ella lo miró un momento.

—¿Estás seguro? ¿Puedes amar a la hija de Gerardo Bloise? —preguntó. Lo miró a los ojos—. ¿Puede hacerlo, señor Franco Andrada?

Él sintió que bajo sus pies la tierra se escindía y se abría un abismo de soledad y oscuridad. Curvó los labios a un lado mientras el mundo se le hacía pedazos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—Te escuché hablar con mi tía.

—Comprendo. —La miró. Quería aferrarse a ella. Encadenarla a él y a su vida, atarla tan estrechamente a su cuerpo y a los violentos sentimientos que le despertaba. Sin embargo, ¿cómo podría obligarla a que lo mirara solo a él, a que renunciara a todo cuanto consideraba importante por un canalla despiadado sin alma ni dios?

—¿Entonces? —Virginia le presionó las manos contra el pecho—. ¿Puedes amarme?

Franco acercó los labios a los de ella; hundió los ojos en los de la mujer que miraba.

—Sí. Amarte, sí. Pero esto que siento no es amor. ¿Cómo puedo llamar solo amor a la absoluta necesidad de ti? Una vez te dije que el amor es celoso, posesivo y egoísta. Y es así. Si pudiera encerrarte conmigo en una habitación, atarte a mí y no dejar que nadie más te mire, obligarte a pensar solo en mí, a desearme solo a mí, lo haría. Pero el amor también es ternura y generosidad, bondad y entrega. No puedo hacer de ti mi prisionera. Porque quiero que seas feliz. Y no sé, no estoy seguro de que a mi lado puedas serlo alguna vez.

Virginia crispó las manos.

—Yo te quiero —dijo.

—Y yo quiero que seas mi amante, mi mujer. Te quiero a mi lado. Porque eres mía, simplemente porque eres el amor de mi vida. Mi luz y mi sol. Pero ¿qué soy yo para ti?

Virginia sonrió con ternura.

—Déjame demostrártelo —dijo. Le hundió los dedos en el pelo y lo atrajo hacia ella. Lo besó, se dejó arrastrar por las maravillosas emociones que se apoderaban de ella cuando estaba junto a él. Incapaz de resistirse a la mujer que había aprendido a amar, Franco la

rodeó con los brazos y buscó esos labios deseados, hambriento, desesperado, anhelante. Virginia se apoyó en él y sintió que poco a poco el miedo desaparecía para dejar en su lugar el fuego de la pasión.

—Franco... —musitó cuando sintió los labios de él que descendían por su mejilla y detenerse un instante en la base del cuello. El corazón comenzó a latirle con fuerza cuando él le deslizó una mano sobre un seno, sobre la cintura y luego sobre el vientre en una caricia gentil pero avasallante.

Franco la aprisionó contra la cama. Ella percibió la poderosa erección.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó.

Virginia lo miró. Él empujó una rodilla entre las piernas de la muchacha, presionó con suavidad contra ella. Una ráfaga de ardientes sensaciones le contrajo el vientre.

—No quiero hacerte daño.

Ella le buscó los labios.

—Quiero esto —dijo.

Él la miró. Esos ojos parecían trozos de esmeraldas bajo la ligera tonalidad del amanecer. Virginia sonrió y lo besó. Franco le enterró los dedos en el pelo, le capturó la boca en un beso devastador y la acorraló entre su cuerpo y las mantas. Ella no protestó ante las salvajes caricias. Con dedos ansiosos, Virginia le desabotonó la camisa y le descubrió el pecho, el vello áspero que se le extendía sobre los músculos y sobre el abdomen hasta la ingle. Le acarició la piel bronceada y respondió a sus besos, sabiendo que él no la lastimaría; que, a pesar de la violencia de la pasión, no le haría daño, porque la quería. Cuando él le deslizó las manos bajo el camisón, ella le buscó la mirada.

—Te amo —dijo.

Franco le dejó un rastro de besos en el cuello.

—Voy a cuidarte. —El aliento cálido le acarició la piel—. Lo juro.

CAPÍTULO 29

Poco después del mediodía, Salvador abandonó Ciudad de Invierno, en compañía de la señorita Giuliana. Él condujo el elegante faetón de paseo hasta las afueras del pueblo donde se detuvo junto a la avenida de entrada a una casa en ruinas.

La dama descendió del vehículo sin esperar por su ayuda; llevaba consigo un delantal que había pedido prestado a una de las empleadas del hotel y un pequeño bolso de viaje. Ella examinó con interés las inmediaciones de la vieja propiedad que se encontraba en las afueras de Empedrado, sobre la orilla del río, mientras Salvador se ocupaba de los caballos.

—Dije que la traería hasta aquí, señorita, pero no me parece seguro que esté usted en un lugar como este —señaló después de aparcar el faetón bajo la sombra de los árboles—. Aquí no hay nadie.

Giuliana asintió, aunque permanecía atenta a todo cuanto veía.

—No te preocupes —dijo. Empujó el portón que crujió. Las cadenas que lo mantenían cerrado estaban oxidadas, pero resistirían cualquier embate—. Eduardo pronto se reunirá con nosotros.

—No debimos adelantarnos al señor Vallejos. Fue muy claro cuando dijo que debía usted esperar por él.

—Lo sé. Hablaré con él al respecto. Un caballero jamás debe hacer esperar a una dama.

Salvador la ignoró.

—Se molestará con usted —vaticinó.

—Si sucede, me encargaré de calmarlo. No te inquietes. —Giuliana paseó frente al muro que rodeaba la finca hasta que halló lo que buscaba. Había una puerta de madera oculta detrás de unas plantas trepadoras, justo donde nadie podría reparar en ella, a menos que supiera de su existencia.

Salvador la miró, incrédulo.

—Señorita, ¿qué está haciendo? —preguntó.

—Buscando la manera de entrar a esa casa, ¿qué más?

—Pero eso no se hace.

—Cálmese.

—Pero...

—Pertenece al señor Rivera. La casa, el parque y todo cuanto puedes ver es suyo.

Salvador frunció el ceño dubitativo.

—Mire, no sé qué pretende hacer allí dentro, pero no debería hacer esto.

—Era una hermosa propiedad —continuó Giuliana como si él no hubiera hablado—. El hombre que la heredó la dejó languidecer hasta convertirla en esto, las ruinas de lo que alguna vez fue.

Salvador frunció la boca. Estaba interesado, pese a las extrañas circunstancias.

—¿Por qué el señor Rivera se deshizo de ella? —preguntó.

—No lo hizo. Se la quitaron.

—¿Cómo dice?

Giuliana sonrió una vez más.

—Ya comprenderá —dijo. Se colocó el delantal con movimientos rápidos y eficientes. Cerró los dedos con fuerza contra el bolso de viaje—. Muy pronto saldrán a la luz verdades que han permanecido ocultas demasiado tiempo. Se sorprenderá de cuántos secretos se disimulaban en la oscuridad.

Salvador la miró en silencio un momento.

—¿Para qué es eso? —quiso saber él, desconfiado, haciendo una seña sobre el bolso de viaje—. ¿Qué tiene allí?

—Eso es un secreto.

Salvador se alarmó.

—¿Es que piensa entrar allí? —preguntó.

—Por supuesto. —Giuliana insertó una llave en la cerradura. Empujó la puerta e ingresó a la antigua propiedad de Humberto y Rosalie Andrada—. Espéreme aquí.

—Yo entraré con usted.

—No, no lo haré. —Giuliana lo miró con una sonrisa amable en los labios, pero era evidente que no se dejaría convencer—. Esperaré aquí y le diré a Eduardo en cuanto llegue que entre a buscarme. Usted tiene que vigilar el camino. Sé que muy pronto tendremos compañía.

—¿Disculpe?

—Me pareció ver a un par de jinetes entre los árboles. Estese atento.

Salvador deseaba convencerla de que regresara con él al hotel, pero sabía que no lograría hacerlo. Esa mujer parecía ser incluso más tozuda que la señorita Virginia. Decidió seguirla, pero al instante pensó que lo más sensato sería esperar allí y ocuparse de que nadie encontrara a la señorita Giuliana allanando una propiedad que obviamente no era suya. Asintió, finalmente, de mala gana.

Giuliana sonrió, satisfecha, y cerró la puerta tras de sí.

Salvador se volvió y fue hasta el faetón. Subió al pescante y esperó allí, en la sombra, poco más de quince minutos. Cuando consideró que el tiempo transcurrido desde que la señorita Giuliana había ingresado a la vieja casa abandonada ya era demasiado, se alejó de los caballos y caminó con lentitud hacia la puerta por donde ella había desaparecido con la intención de entrar a buscarla. Sin embargo, no avanzó; de pronto, escuchó el ruido de los cascos de un par de caballos a su espalda: provenía del prado que bordeaba la propiedad.

Salvador se detuvo, se volvió y escudriñó las sombras que se alargaban entre los árboles, más allá del camino de acceso a la finca, en el bosque. Dio un paso atrás, cuando reconoció en los jinetes que se acercaban a todo galope hacia la casa al señor Andrada hijo, al señor Trujillo y al señor Quintana.

Salvador apretó los labios. Los tres hombres detuvieron las monturas junto al camino y dos de ellos se dirigieron hacia él.

El señor Trujillo en cambio, fue hacia la reja de acceso a la casa, con una llave entre los dedos. Caminaba inseguro, como si temiera tropezar con algo y caer. Está borracho, pensó Salvador. Intentó detenerlo, pero, antes de que pudiera interponerse en su camino, Benicio y Ernesto lo rodearon ambos armados.

Salvador frunció el ceño. Benicio fijó en él unos ojos inyectados en sangre. Era obvio que había estado bebiendo, y mucho, al igual que sus amigos.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo—. ¿Ahora eres uno de los esbirros de mi primo?

Salvador frunció el ceño.

—¿Su primo?

—¿Quieres hacerme creer que no lo sabes? Ese canalla, Dante Rivera, a quien todos temen, es Franco Andrada, mi primo. Me lo dijo tu patrona cuando intenté hacerla entrar en razón.

De pronto, Salvador lo comprendió todo. Benicio le apuntó con la pistola.

—Esa puta no debió desafiarme como lo hizo.

Salvador apretó los dientes.

—No le permitiré que hable así de la señorita Virginia.

—¿Qué cosa no permitirás?, ¿Qué diga la verdad? Virginia no es una inocente. Es la amante de un canalla. El hecho de que él haya nacido dentro de una buena familia y que alguna vez haya sido el heredero de una fortuna no lo convierte en un caballero. Su vida, la vida que ha llevado hasta hoy, lo definen. Es un truhán, una mierda, y ahora tu patrona es su puta.

—La señorita es una auténtica dama, no importa qué decisiones tome —dijo Salvador. Miró primero a Benicio y luego a Ernesto—. Y en cuanto al señor Rivera o Andrada o cómo se apellide, cuando se entere de todo esto, irá tras sus pasos. Lo matará.

—¿Eso crees? Creo que tendrá otras cosas de qué ocuparse. De tu entierro, entre otras.

Salvador no se arredró.

—Ese canalla, como usted lo llama, ha demostrado ser en todo momento un caballero, mientras usted, señor, se ha dedicado a mancillar su propio apellido con sus acciones.

—Qué indio estúpido, como todos los de su raza —dijo Ernesto con desprecio—. Debería cerrar la boca.

Benicio curvó los labios. Tenía una expresión odiosa, una actitud beligerante. No había un ápice de humanidad en la mirada que le dirigió. Era un hombre que sabía que pronto perdería todo lo que hasta entonces consideraba seguro: el honor, la fortuna, la posición social y económica dentro de la *high class*, y ya no tenía nada que le convenciera de contener los arrebatos.

—Sabía que los encontraría aquí —dijo—. Mi padre me advirtió que mi primo no podría mantenerse alejado de la que fue su casa. Esperaba que fuera él quien viniera hasta aquí, el lugar donde todo comenzó, pero, después de lo que sucedió esta madrugada, mi padre imaginó que enviaría a alguien más a hacer el trabajo sucio.

—¿De qué está hablando?

—Esa mujer está allí dentro, ¿verdad? Cuando te vi salir del hotel esta mañana, acompañabas a esa puta, a Giuliana Ferrini. Supongo que mi primo la envió para inspeccionar la propiedad antes de arrebátarsela a mi padre.

—Aléjese de ella.

—Yo no la quiero. ¿Qué podría desear de ella? Pero estoy seguro de que Ladislao estará muy feliz de ponerle las manos encima.

Salvador endureció el rostro. Convirtió en puños las manos.

—Lo mataré si le hace daño —dijo.

Benicio retrocedió un paso y elevó la pistola hacia él.

—No te muevas —advirtió.

—¿Qué piensa hacer conmigo?

Benicio sonrió.

—Ernesto —dijo—. Trae la soga.

Salvador vio al señor Quintana ir hasta la montura. Se volvió con la intención de correr hacia la puerta de madera, entrar a la propiedad y advertir a la señorita Giuliana del peligro en el que se encontraba, pero, de pronto, un estruendo cortó el aire, una saeta de dolor le atravesó el hombro y cayó al suelo con una exclamación de dolor.

Benicio avanzó hacia él.

—No escaparás de esto, indio —dijo.

Salvador inhaló profundamente. No sabía si la bala lo había atravesado limpiamente o si se había alojado en su hombro, pero el dolor de la herida era insoportable.

—No debiste intervenir cuando quise ajustar cuentas con tu patrona —dijo Benicio, casi escupiendo las palabras, de pie a su lado. Le propinó una patada en las costillas—. Fue un error de tu parte.

Andrada apretó los dientes y descargó sobre el indio una serie de patadas. Salvador se hizo un ovillo en la tierra, con la cara en el lodo. Benicio maldecía entre dientes mientras descargaba su furia sobre él. Ernesto lo alentaba mientras disfrutaba del espectáculo. Andrada finalmente se detuvo. El sudor le resbalaba por las sienes bajo el sol cálido. El rostro se le había enrojecido a causa de las violentas emociones. Hizo un gesto hacia Quintana.

—La sogá —dijo satisfecho—. Vamos a enseñarle una lección a este indio idiota.

Salvador apenas los escuchó. Pensaba en la señorita Giuliana. Esperaba que estuviera a salvo, que hubiera podido escapar del señor Trujillo. Cuando escuchó que los pasos del señor Benicio y su amigo se alejaban, creyó que habían terminado con él, y se permitió suspirar, aliviado. Pero, de repente, unas manos fuertes lo alzaron por las axilas y lo arrastraron hacia los árboles. Aunque él intentó resistirse, fue inútil. Andrada lo arrastró hasta la vera del camino, lo obligó a arrodillarse frente a él y le rodeó el cuello con la sogá.

Salvador intentó escapar, pero, en las condiciones en las que se encontraba, no fue mucho lo que pudo hacer. Benicio terminó con los forcejeos dándole una última patada a costillas.

—Morirás como la mierda que eres —le dijo con una sonrisa.

Salvador lo miró a través de la bruma del dolor.

—Usted no escapará de esto —farfulló.

Benicio sonrió. Hizo un gesto con la mano. Ernesto usó todo el peso de su cuerpo para tirar de la sogá. Salvador poco a poco fue alzándose en vilo presa del dolor. Hundió los dedos en la sogá para apartarla de su cuello, pero sabía que era inútil, que no podría liberarse a tiempo. Jadeó, quería respirar.

—Con eso será suficiente —dijo Benicio—. No aguantará mucho tiempo.

Ernesto asintió.

—¿Vamos adentro?

—No, regresemos con mi padre. Tenemos cosas que hacer.

—¿No esperaremos por Ladislao?

—No. —Benicio echó una rápida mirada hacia el portón. Había quedado entreabierto, con las cadenas colgando a los lados de la cerradura—. Ladislao no querrá que lo molestemos ahora. Tenía muchas ganas de encontrarse con Giuliana Ferrini a solas.

—No lo dudo. Me habría gustado tener un turno con ella.

Benicio sonrió.

—Vamos, terminemos con esto —dijo y ayudó a Ernesto a atar la soga alrededor del tronco del árbol.

Salvador estaba de puntillas sobre la arcilla y el barro resbaloso con la cuerda aferrada al cuello. Un resbalón significaría la muerte.

Benicio se acercó, lo observó un instante y luego se despidió con un gesto. Intercambió una mirada con Ernesto, subió al caballo y dirigió a la montura hacia el camino viejo, con Quintana a la zaga.

Cuando desapareció entre los árboles, Salvador todavía luchaba por evitar la muerte.

* * *

Ladislao subió los últimos peldaños que conducían al pórtico de la vieja casa de Humberto Andrada e insertó las llaves en la cerradura con cierta dificultad. Una vez más había tenido que recurrir al alcohol para calmarse los nervios. Estaba en la ruina, y muy pronto tendría que pedir ayuda a los parientes de su esposa. La vergüenza y la humillación acabarían con él. Pero esa no era la única razón de que hubiera acudido a la bebida en cuando despertó, sino las terribles pesadillas que lo aquejaron una vez más en Empedrado.

Empujó la puerta que se abrió con un chirrido. El polvo osciló en la penumbra, dentro del rectángulo de luz que se había dibujado sobre los viejos ladrillos del suelo.

Ladislao frunció el ceño. El olor a encierro y a humedad era casi intolerable. Se cubrió la nariz con un pañuelo y escudriñó las sombras que se arrastraban entre los muebles.

Gran parte del mobiliario estaba cubierto por sábanas. El lugar no había sido visitado por Ovidio en más de veinte años. Al principio había deseado conservarla para su hijo; luego, cuando sus problemas económicos se habían profundizado, había decidido ofrecer la propiedad a algunos conocidos a un precio razonable. Sin embargo, nadie se había mostrado interesado en ella. El saber que dos personas habían sido asesinadas en su interior había ahuyentado a más de un comprador.

Solo una persona se había mostrado realmente interesada en adquirir la finca, y ese había sido Dante Rivera. Ovidio había estado considerando la noche anterior la posibilidad de ofrecerle a ese truhán la propiedad a cambio de los numerosos pagarés que tenía en su poder, cuando Benicio acudió a su habitación para revelar lo que había descubierto: el hombre que todos habían creído durante años nada más que escoria era en realidad el legítimo heredero de todo cuanto poseía la familia Andrada.

Aquello, con toda seguridad, había provocado aquellas horribles pesadillas que lo habían despertado en la madrugada.

Hacía mucho tiempo que no soñaba con aquella noche en la que había decidido violar a Rosalie Andrada.

Ladislao apretó los labios. Cruzó el pasillo y se detuvo en el umbral de la sala. Sus pasos tambaleantes parecían los de un enfermo. Observó la oscuridad. Ningún resquicio de luz había penetrado en aquel recinto desde que encontraran allí los cuerpos sin vida de Rosalie y Humberto Andrada.

Ladislao se volvió cuando escuchó un crujido en las escaleras.

—¿Giuliana? —llamó. Una sonrisa le curvó los labios cuando regresó al pasillo—. Creo que tenemos algo que resolver entre nosotros.

De pronto la vio. En el último escalón de las escaleras que conducían al piso alto, se encontraba de pie una mujer, y no era Giuliana Ferrini.

Ladislao trastabilló con los propios pies. Vestía una blusa sucia de sangre y tierra, y una vieja falda hecha jirones. El pelo largo también estaba sucio de barro. Caía sobre sus hombros casi rígidos.

Ladislao abrió muy grandes los ojos de pronto aterrorizado. Observó aquel rostro pálido y demacrado. Algo pendía de su mejilla. Ladislao entornó la mirada y el terror se reflejó en ella cuando descubrió de que se trataba de un trozo de piel.

Ella levantó la mano y lo señaló con el dedo, sonrió. Sus dientes podridos parecieron murmurar algo.

Ladislao retrocedió un paso. Las llaves se le resbalaron de las manos y cayeron al suelo con un chasquido.

—Rosalie... —murmuró. Ahogó un grito y retrocedió, aterrorizado. Se volvió e, incapaz de pensar con claridad, se hundió en la profunda oscuridad de la sala. Cerró la puerta con el hombro y echó el pestillo.

Retrocedió unos pasos tambaleante. No había hacia dónde escapar. Las negruras lo aterrorizaban. Escuchó pasos en el pasillo, el atemorizante frufrú de una falda al arrastrarse por el suelo.

Ladislao sollozó.

—¡Perdóname! —gritó. Los ecos reverberaron entre las paredes desnudas—. Rosalie, Humberto, lo siento, lo siento...

Ella comenzó a aporrear la puerta.

Ladislao se deslizó hasta el suelo y recogió las piernas contra él. Rosalie hundió las uñas en la madera de la puerta y los rasguños comenzaron. Ladislao se santiguó y se arrastró en la oscuridad hacia un rincón de la sala, alejado de la puerta. Tocó algo gordo y suave. Retiró los dedos. Un chillido rebotó en el interior, pequeños pasos

cruzaron las negruras y desaparecieron bajo un pesado armario de nogal. Ladislao se acurrucó entre una mesa y la pared con los ojos fijos en la puerta. Las ratas corrían a su alrededor.

La puerta crujió. El picaporte giró una y otra vez.

Ladislao extendió las manos.

—No, por favor... —gimoteó.

El pestillo cedió. La puerta se abrió con un chasquido. Ella lo miró desde el umbral con sus cuencas vacías.

Ladislao se desmayó.

Giuliana sonrió. Se apartó del umbral y retrocedió en la penumbra. Cruzó el pasillo y se restregó los brazos. Un poco de barro se desprendió de su piel.

* * *

Salvador intentaba respirar, desesperado. Los pies se le resbalaban en el barro. El hombro le dolía tanto o más que las costillas. Pensaba que pronto ya no sería capaz de seguir de pie. Se dejaría caer, y la soga, finalmente, le rompería en cuello.

Escuchó los cascos de un caballo. Soltó un resuello al pensar que el señor Andrada había decidido regresar y acabar con él de una vez. Alguien desmontó de un salto y corrió hacia él. Salvador se puso tenso, pero, entonces, Eduardo se detuvo a su lado y lo rodeó con los brazos. Sacó una navaja de entre sus ropas y cortó la soga de un tajo.

Salvador se desplomó contra él, incapaz de mantenerse en pie.

Eduardo lo apoyó en el suelo.

—Salvador. ¿Estás bien?

—Sí, señor.

Eduardo apretó los labios al verle la herida de bala en el hombro, los golpes que le habían propinado.

—¿Quién te ha hecho esto?

—El señor Benicio y sus amigos, señor —dijo y crispó los dedos ensangrentados en la camisa del otro—. La señorita Giuliana está en esa casa. Tiene que buscarla. El señor Trujillo fue por ella.

Eduardo asintió. Los ojos le ardían de cólera.

—Regresaré enseguida —dijo.

Salvador asintió y se dejó arrastrar poco a poco por la oscuridad.

* * *

Cuando despertó, dos horas después, se encontró tendido en su cama del hotel, a medio vestir. Alguien le había quitado desde la camisa a las botas y lo había acomodado sobre las mantas con cuidado. Salvador intentó incorporarse, pero una flecha de dolor le atravesó las costillas. Se dejó caer sobre el colchón con un gemido. Tenía el hombro y el torso vendado. Pensó que el señor Vallejos se había ocupado de él, tal y como prometió. Debió de llamar al médico, se dijo, y cerró los ojos un momento, presa de un ramalazo de dolor.

—¿Estás bien?

Salvador giró la cabeza a un lado; recién entonces notó a la mujer que estaba sentada junto a la ventana, con un libro abierto sobre el regazo.

Eugenia sonrió con suavidad. En la penumbra azul, la tenue luminosidad proveniente de la ventana le confería a su pelo destellos de oro.

—Señorita Eugenia —dijo—. No debería estar aquí.

—¿Por qué no?

—Usted sabe por qué.

—Tonterías. ¿Le preocupa mi reputación? Sepa que no la tengo. Soy una actriz, ¿recuerda?

Él quiso replicar, pero otra saeta de dolor le atravesó el pecho.

—¿Le duele?

Él asintió. Eugenia abandonó el sillón, dejó el libro sobre la mesita de noche y se inclinó sobre él para apoyarle la mano en la frente.

—No tiene fiebre —dijo con suavidad aliviada—. El médico dijo que lo llamara si sucedía, pero creo que no será necesario.

—¿Qué me pasa?

—¿Quiere saber qué dijo el médico sobre su estado?

—Sí.

—No mucho, en realidad. Tiene un par de costillas rotas, pero sanará. Nada de cuidado. Estará de pie en cuanto menos lo espere.

—Me alegro —dijo Salvador desvió la mirada—. Ya puede irse. Estaré bien.

—¿Me está echando?

—Creo que debe de tener cosas más importantes por hacer que estar aquí a mi lado.

Eugenia se sentó en la cama con cuidado, se inclinó sobre él y le apoyó la mano en la mejilla.

—Creo que no hay nada más importante para mí que estar a su lado —dijo ella con suavidad. Había ternura en su voz y en su mirada—. Mi señor obstinado, ¿acaso no se lo he dicho ya? Usted me gusta, incluso creo que lo quiero. Por eso estoy aquí. Usted me necesita o yo deseo estar a su lado. Es así de simple.

—Señorita Eugenia. ¿Qué quiere de mí? ¿Quiere que le diga que me gusta? Está bien, me gusta. ¿Cómo podría no gustarme? Es usted la mujer más bonita que vi en mi vida. Su pelo parece de seda, sus ojos son de miel. Cada vez que se me acerca, me pregunto si podré resistirla. Porque ya hasta ha invadido mis sueños, además de mi corazón.

—Salvador...

Él estiró la mano. Le dolió, pero quería tocarla. Le acarició la mejilla con gentileza, le apartó un rizo de la frente, la miró a los ojos.

—Te quiero —dijo dejando de lado todo formalismo—. Si pudiera desear lo imposible y esperar que mis sueños se realicen, no pediría nada más que a ti. Pero como te dije, no seré yo el culpable de tu ignominia.

—No me hagas esto.

—Váyase. —Él desvió la mirada. Había algo tormentoso en esos ojos oscuros—. La quiero. La amo. Mataría por usted, pero no quiero esto. Usted no es para mí. Lo sabe. Acéptelo. No siga haciéndome daño, insistiendo en algo que no sucederá. Se lo suplico.

Eugenia ocultó las lágrimas que le inundaban los ojos. Ya la había rechazado con anterioridad, pero esa vez, reconoció, él había levantado un muro entre los dos y ya no le permitiría saltarlo. Incapaz de hacer nada más que soportar en silencio las lágrimas calientes que le desbordaban los ojos, se apartó la cama, recogió el libro y salió en silencio, antes de revelar con sollozos su dolor.

* * *

Tomás debía barrer las hojas muertas del pórtico. No era un muchacho muy listo, pero su patrón confiaba en que cumpliría con el trabajo.

El señor Ovidio Andrada lo había contratado diez años atrás para que cuidara de la casa de su hermano. Debía mantener la fachada en condiciones, el jardín libre de malas hierbas y el portón aceitado. No le pagaba mucho por las labores, pero sí lo suficiente para llevar comida a la mesa.

Tomás agarró la escoba y empezó a despejar de hojas los peldaños de la entrada. Nadie más había querido aceptar el trabajo, recordó el muchacho.

La mayoría de los lugareños le temían a los fantasmas. Decían que en esa casa habían muerto dos personas y que, con toda seguridad, esas almas habían quedado encerradas entre las paredes. Tomás no le tenía miedo a los muertos. Los muertos están muertos, pensaba. Pero el patrón sí creía en ellos. Jamás iba a la casa si podía evitarlo. Quizá tenía miedo de encontrarse con el alma de su hermano muerto o tal vez con la de su cuñada.

Tomás notó que la puerta estaba abierta. Frunció el ceño. Dejó la escoba a un lado, sobre las gradas, y cruzó el umbral.

Escuchó un sonido distante. Alguien lloraba. Eran sollozos terribles. Tomás se lamentó. Quien lloraba así debía de sufrir mucho. A él no le gustaba que nadie llorara. Siguió el sonido con pasos cuidadosos. Llegó hasta el umbral de la sala en la penumbra. Empujó la puerta con suavidad.

La alta figura de Tomás se recortó en el umbral dentro de un rectángulo de luz. Pestañeó varias veces hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Un hombre estaba hecho un ovillo en el suelo, sollozando como un niño. Tenía la piel blanca, casi azulada, los labios amoratados.

Tomás se inclinó hacia él.

—Debe salir de aquí —dijo y le tendió la mano—. No puede quedarse. No es su casa.

Ladislao giró los ojos enloquecidos hacia el muchacho. Solo vio una figura alta a su lado, y comenzó a gritar otra vez, aterrorizado.

Tomás se inclinó para aferrarle del hombro y sacudirlo. Ladislao se arrastró hacia la oscuridad presa del terror. Los ojos le giraban enloquecidos en las cuencas.

—¿Está bien? —preguntó Tomás preocupado—. ¿Quiere que busque a mi patrón?

Ladislao balbuceó algo entre dientes, pero nada coherente.

—Quédese aquí —dijo Tomás—. Iré a buscar a mi patrón.

Ladislao no lo escuchó. Se hizo un ovillo y cerró los ojos.

—Rosalie, perdóname —decía—. Perdóname, perdóname...

CAPÍTULO 30

Eduardo guardó las manos en los bolsillos del pantalón y se detuvo en el pasillo que conectaba el hotel con el casino. A través de los paneles de *vitraux* se podía apreciar la creciente oscuridad que iba apoderándose de la tarde.

Desde su habitación, unos minutos antes, Eduardo ya había notado las pesadas nubes de tormenta que poco a poco iban cubriendo el cielo, que convertían el día en noche. En la penumbra grisácea de la tarde moribunda, había pensado que los árboles parecían inclinarse bajo la fuerza ululante del viento como esclavos ante su amo. Los pájaros chillaban en la distancia de pronto alarmados. Cuando él abandonó la habitación, ya era muy poco lo que restaba de la luz del día.

Eduardo apartó la vista del *vitraux*. Unos pasos se unieron a los suyos en la penumbra. Se volvió y vio al señor Ernesto Quintana caminar hacia él algo tambaleante. Llegaba del casino, y era evidente que no había logrado conseguir nada allí, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Buenas tardes, señor Quintana —saludó amable.

Ernesto apretó los labios.

—Tú eres uno de ellos, ¿no es así? —dijo. Había desprecio en esa voz—. Estás a las órdenes de ese canalla. Una mierda más.

—Veo que no le ha ido muy bien en el casino.

—Han destruido mi vida. —La voz de Ernesto resonó en el silencio con la gangosidad de la ebriedad. Parecía que la lengua se le pegaba al paladar al hablar—. Ya no me queda nada, y pronto ya si siquiera el honor de mi apellido, ¿no es así?

—Tiene razón.

Ernesto esbozó una sonrisa carente de humor.

—Gerardo está muerto —dijo—. No fue ese canalla quien provocó su muerte, pero seguro que su desaparición lo satisfizo. Franco Andrada. ¿Quién habría pensado que ese truhán sin corazón a quien todos conocíamos como Dante Rivera era en realidad aquel niño?

—Ha bebido usted demasiado.

—Es posible. ¿Sabe que Teodosio se suicidó? Lo encontraron esta mañana en la habitación. Siempre fue el más débil de todos nosotros.

Eduardo asintió.

—Sé también que encontraron a su amigo, al señor Trujillo, en la antigua casa de Andrada.

—Perdió la razón. —Ernesto hizo una pausa—. No sé qué sucedió con él, pero el médico dijo que es imposible sacarlo del estado en el que está. Terminará sus días en un asilo, supongo.

—¿Y qué será de usted, señor Quintana? —preguntó.

De pronto, Ernesto se lanzó contra él. Algo brilló bajo la luz de la lámpara. La hoja de una navaja. Eduardo se echó hacia atrás, pero no fue lo bastante rápido como para eludir el ataque. La hoja se le hundió entre las costillas; trastabilló. Ernesto se apartó, todavía con la navaja en la mano. Alguien gritó. Una camarera dejó caer una bandeja al suelo y echó a correr hacia el interior del casino llamando a gritos a la policía.

—Yo iré a parar con mis huesos a la cárcel —dijo Ernesto—. Pero al menos me llevaré esta satisfacción conmigo.

Eduardo cayó al suelo, con los dedos crispados contra la herida. Su prístina camisa blanca estaba comenzando a enrojecerse por la sangre.

Ernesto lo miró con una sonrisa ladina en los labios carnosos. A su espalda se escuchaban pasos apresurados, gritos, alguien le advirtió que soltara la navaja y que no se moviera. Ernesto apretó los labios cuando dos policías lo detuvieron por los brazos.

—¡Suéltense! —exigió—. ¿Saben quién soy yo? ¡Esto es un atropello!

—Señor, cálmese.

—¡Fue él quien atacó a este caballero con su navaja, yo lo vi! —gritó la camarera que había alertado del incidente.

Las voces se convirtieron en una cacofonía intolerable.
Eduardo cerró los ojos.
—Giuliana —susurró y la oscuridad se apoderó de él.

* * *

Cuando despertó, estaba lloviendo. Eduardo intentó incorporarse, pero Joaquín lo mantuvo quieto entre las almohadas.

—Descansa —dijo—. Tienes un feo corte allí. Necesitas reponerte.

—¡Maldita sea! —Eduardo apretó los dientes—. ¡Detesto cuando esto sucede!

—Sí, me imagino. —Joaquín echó una breve ojeada a las viejas cicatrices que le marcaban el pecho y el abdomen—. Recuerdos, supongo.

Eduardo giró la cabeza hacia él. El pelo despeinado y la barba incipiente le conferían a su rostro el aspecto de un pillo peligroso.

—¿Ya anocheció? —preguntó.

—Sí.— Joaquín le palmeó el hombro—. No te preocupes, muchacho. Estarás bien. Supongo que se necesita más que un puntazo para acabar con un zorro como tú.

Eduardo clavó los ojos en el techo.

—¿Dónde está Giuliana? —quiso saber.

—Espero que alimentándose. Ha estado a tu lado desde que los empleados del hotel te trajeron aquí. Hace un momento la convencí de que saliera a comer algo, cualquier cosa. Estaba muy pálida.

Eduardo lo miró atento.

—¿Estaba asustada? —preguntó.

—Creyó que te perdería.

—Mierda.

—Sí, mierda. Esto es algo que ella nunca olvidará. —Joaquín sonrió, aunque había preocupación en sus ojos viejos—. El médico dijo que te mantuviéramos en cama un par de semanas. No morirás, pero tampoco te sentirás muy cómodo. Sé que no quieres láudano.

—No. Prefiero estar bien despierto.

—¿Qué pasó, muchacho?

—Un descuido de mi parte. Debía vigilar a Quintana. Pensé que estaba a salvo en el hotel, con tantas personas alrededor. Fue mi error.

—Pudiste haber muerto. —Joaquín le palmeó la mano—. Ese hombre ya no tenía nada que perder.

—No. —Eduardo murmuró una maldición cuando una punzada de dolor le atravesó el torso—. Mierda, mierda, mierda.

—Veo que estás de buen humor. —Giuliana se detuvo en el umbral de la puerta. Se veía pálida, tenía grandes bolsas oscuras debajo de los ojos. En la voz se le podía percibir la incertidumbre de la preocupación.

—Bueno, ahora que estas aquí, yo me retiro —dijo Joaquín. Se puso de pie—. Lo dejo en tus manos.

Eduardo frunció el ceño.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A vigilar a Virginia —contestó el anciano—. En este momento está con Eugenia y Salvador, pero se encuentra muy preocupada por Franco. Temo que cometa una locura.

—Lo quiere mucho —dijo Giuliana en voz baja, mientras se sentaba en la cama junto a Eduardo.

—Así es. —Joaquín se acercó a Eduardo y le apartó un mechón de pelo de la frente—. Te dejo en buenas manos —dijo y se dirigió hacia la puerta.

Cuando el anciano se marchó, Giuliana tomó las manos de Eduardo entre las suyas.

—Eres un imbécil —le dijo.

Él le frunció el ceño.

—¿Y eso?

—Pudiste haber muerto.

—No sucedió.

—¿Cómo habría sobrevivido sin ti? Nunca vuelvas a hacerme esto.

—Giuliana...

—Te quiero, hombre imposible —murmuró. Los ojos bonitos se llenaron de lágrimas—. Cuando te trajeron, pensé que estabas muerto.

—Querida, no llores.

—Nunca vuelvas a hacerlo.

—Ven aquí. Quiero abrazarte.

—No, porque entonces comenzaré a llorar, y a mí no me gusta llorar.

—Está bien.

—Estaba tan asustada...

Eduardo alzó la mano y se la apoyó con ternura en la mejilla.

—No volverá a suceder —dijo—. Regresaremos a Buenos Aires y me dedicaré a trabajar en el escenario. No más navajas, lo prometo.

Giuliana comenzó a llorar.

—Debí decírtelo antes...

—No llores.

—Esto, que te quería, debí decírtelo antes. Si hubieras muerto, no habría podido...

—Basta. Estoy bien, ¿lo ves?

—Creí que morirías y me dejarías sola. ¿Sabes lo que pensé?

—¿Que me extrañarías?

Ella lo miró a los ojos.

—Pensé que moriría de pena sin ti —musitó—. Te amo.

Eduardo se incorporó sobre las almohadas, a pesar de la resistencia de la joven, y la atrajo hacia él.

—Cásate conmigo —dijo—. Si me amas, quiero que seas mi esposa.

—Eso es chantaje.

—Quiero tener hijos contigo, formar una familia.

Ella lo miró a los ojos. Hubo un momento de silencio.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—¿No quieres tú eso? Sé que no soy muy confiable como madera de marido, pero te aseguro que intentaré serlo.

—Me casaré contigo. No tienes que convencerme.

—Bien, veo que estar a las puertas de la muerte fue bueno después de todo. —Eduardo intentó bromear al respecto, pero Giuliana comenzó a llorar otra vez y él la abrazó con ternura—. No llores mi amor. Tienes que sonreír.

Ella le buscó los labios y lo besó.

—Nunca vuelvas a asustarme así —dijo—. No soportaría vivir en este mundo sin ti.

—No volverá a suceder. —Eduardo la atrajo hacia él y la besó.

CAPÍTULO 31

—Me alegro de que haya decidido acudir a mi encuentro, señores Andrada —dijo Franco con una sonrisa.

Ovidio y Benicio se detuvieron en el umbral de la puerta.

—¿Qué es esto? —dijo Ovidio apoyando parte de su peso en su bastón. Examinó la sala con ojos atentos. Una mesa, varias sillas y un aparador era todo el mobiliario del recinto. Una alfombra y un par de acuarelas en la pared combinaban el monocromático colorido de la sala con la fría elegancia inglesa—. Esperaba encontrar aquí a uno de mis socios financieros.

—Y aquí me tiene, señor. —Franco no se puso de pie detrás de la mesa. Permaneció sentado, con la espalda contra el respaldo, las piernas cruzadas y el humo del cigarro flotando alrededor de un rostro implacable.

—¿Esto es una trampa? —gritó Benicio furioso.

Franco lo ignoró. Sus ojos estaban fijos en su tío.

—Señor Andrada. Siéntese, por favor. Creo que usted y yo tenemos mucho de qué hablar.

—No me quedaré aquí para entrevistarme con un canalla como usted —dijo Ovidio con desprecio y giró sobre los talones—. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo.

Franco curvó las comisuras de los labios.

—Esa actitud lo llevará a la ruina, tío. O se queda aquí, conmigo, y acepta compartir viejos recuerdos familiares o se va y acepta su ruina económica y social como el caballero que cree ser.

Benicio iba a decir algo, pero Ovidio hizo un gesto con la mano para callarlo. El anciano se volvió y lo miró fijo. Tal y como le había revelado su hijo, su sobrino estaba con vida. Se preguntó cómo no había notado antes su parecido con Humberto.

Franco hizo un gesto con la mano.

—Siéntese, tío —dijo.

Cuando el anciano obedeció a regañadientes, Franco lo observó con detenimiento. Parecían dos caballeros a punto de tratar un tema de negocios; sin embargo, en los ojos del anciano solo había odio, reconoció Franco. ¿Y en los suyos? ¿Qué habría? ¿Lo mismo? ¿Desprecio, tal vez?

Ovidio apoyó las manos en la mesa, una sobre la otra. Benicio permaneció de pie a su lado, con los ojos fijos en su primo. La expresión que dejaba ver no revelaba más que furia mal contenida.

—¿Qué quiere, señor Rivera? —preguntó el anciano.

Franco enarcó una ceja.

—¿No piensa llamarme por mi nombre?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Simple cortesía.

Ovidio lo miró un momento en silencio.

—Franco Andrada —dijo—. Jamás imaginé que volvería a encontrarlo en mi camino.

—No después de darme por muerto, imagino.

—No debí confiar en esos imbéciles.

—No, no debió hacerlo. Si quería matarme, debió arrojarme personalmente al río, en vez de dejar que un patán acabara el trabajo.

Ovidio asintió.

—¿Qué pretende?

—Respuestas, solo eso.

—¿Y después?

—No lo sé, quizás podamos llegar a un acuerdo.

Ovidio apretó los dientes.

—¿Qué quiere saber?

—Usted ordenó la muerte de mi padre para quedarse con todos sus bienes, ¿sí o no?

—Sí.

—Siento curiosidad. ¿Sintió remordimiento alguna vez?

—No.

—Lo suponía —dijo Franco con calma, sin ninguna emoción en el rostro ni en la voz. No parecía estar hablando de su propia familia—. Varela, Quintana y Trujillo. Una elección sorprendente. ¿Por qué ellos?

—Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por dinero, eso es todo. —Ovidio alzó una ceja—. Olvidó usted mencionar a Gerardo Bloise.

—¿Por qué habría de hacerlo? Aunque él estuvo presente aquella noche, no lastimó a mi madre, no atacó a mi padre. Cuando sus buenos amigos decidieron acabar con la vida de mis padres, el señor Bloise ya estaba muy lejos de Empedrado.

—Comprendo.

—Padre, no tienes que hacer esto —dijo Benicio entre dientes. Apoyó la mano en el hombro del anciano—. No tienes por qué darle explicaciones a este canalla.

Franco clavó en él unos ojos gélidos.

—Si soy un canalla, es a consecuencia de las decisiones de tu padre, primo —dijo con tranquilidad—. Fue él quien decidió deshacerse de mí. Dijo que había muerto de una enfermedad, cuando en realidad él mismo había ordenado que me arrojaran al río, luego de apuñalarme. Creo que al menos me debe una conversación, después de haberme despojado de todo cuanto me pertenecía.

Ovidio apretó los labios.

—¿Espera que me disculpe por eso? —dijo—. No lo haré. Hice lo que debía hacer, lo que creí correcto en su momento.

Franco curvó los labios a un lado.

—Si le dijera que estoy dispuesto a disculpar sus errores, por decirlo así, a cambio de que me devuelva mi nombre, ¿qué diría usted?

—Jamás admitiré que usted es parte de mi familia. —Ovidio se puso de pie—. ¿Qué pretende? ¿Mi ruina social y económica?

—Eso es. En cuanto todo esto salga a la luz, de usted, de lo que era, de lo que parecía ser, no quedará nada.

—¿Piensa que destruir mi reputación le será tan sencillo? Está muy equivocado. Nadie creerá esto, si usted decide hablar del asesinato de mi hermano y de su esposa. Que usted, un canalla, es mi sobrino, ¿quién lo creería?

Benicio sonrió. Un relámpago iluminó la sala. Un trueno hizo vibrar los ventanales que daban al parque.

—Mi padre tiene razón —dijo—. Nadie le creerá.

—Al contrario, primo. —Franco fumó despacio—. Creo que nadie podrá dudar de mi palabra, después de que mis testigos decidan hablar a mi favor, a fin de que me sean devueltos mi nombre, mis bienes y mi fortuna o lo que queda de ella, al menos.

Benicio frunció el ceño.

—¿Qué testigos? —exigió saber.

Franco sonrió.

—Señores, por favor —dijo.

Entonces la puerta que comunicaba esa sala con otra más pequeña se abrió con suavidad. En el umbral se encontraban varias personas, entre ellas, Gabriel Cerantonio, el jefe de la policía, dos uniformados, Virginia Bloise y tres caballeros de gran prestigio. Todos fijaron los ojos en Ovidio Andrada con diferentes grados de desprecio.

Ovidio hizo un gesto de cansancio.

—Supongo que ahora nadie podría dudar de su palabra —dijo.

—¡Esto es una trampa! —gritó Benicio. Retrocedió hacia la puerta a trompicones, atrayendo sobre sí la atención de todos los presentes.

—Cálmate —dijo Ovidio. Se sentó a la mesa con tranquilidad. Sabía reconocer la derrota cuando esta le escupía a la cara—. Esto se terminó.

—¡Miente, este canalla, esta mierda planeó todo esto! —vociferó Benicio. Tenía el rostro enrojecido, los ojos enormes—. ¿Cómo pueden dudar de un caballero como lo es mi padre?

—Señor Andrada...—comenzó el jefe de policía, pero calló abruptamente cuando Benicio extrajo una pistola de debajo de la chaqueta y los apuntó a todos con ella.

—¡No se acerquen! —dijo. Miró uno a uno a todos los presentes. Clavó los ojos en Virginia—. Tú, ven aquí.

Franco se puso de pie.

—No hagas esto —dijo y había una advertencia en la forma de la voz.

Benicio amartilló el arma y le apuntó a la cabeza.

—¡Virginia, si no vienes aquí ahora, lo mataré! ¡Lo juro!

—Señor Andrada, baje el arma —intervino el señor Cerantonio—. Será mejor para usted, créame.

Benicio lo ignoró.

—Virginia, tú decides —dijo.

Ella vaciló, pero, finalmente, acudió a Benicio. Él enredó el puño en su pelo y la atrajo hacia él. La utilizó de escudo en tanto retrocedía hacia el pasillo.

—¿Qué te parece esto, primo? —dijo—. ¿La quieres?

Franco tenía los ojos fríos fijos en el rival. Su expresión no revelaba nada.

—Suéltala —dijo.

Ovidio frunció el ceño.

—Esto no es necesario —dijo cansado—. ¿No comprendes que todo se terminó? Es suficiente, hijo.

Benicio presionó el brazo alrededor del cuello de Virginia y retrocedió con ella hacia la penumbra. Había una puerta a su derecha que conducía al parque del hotel.

—Ella es mi oportunidad de salir de aquí —dijo. El arma le temblaba en la mano.

Franco clavó los ojos en Virginia.

—Tranquila —dijo, suave, y de repente, algo brilló en su mano. La navaja surcó el aire con un silbido y se clavó en la mano de Benicio. Él aulló de dolor y soltó a Virginia con un respingo. El revólver cayó al suelo con un chasquido cuando se volvió. Echó a correr hacia la tormenta.

Virginia soltó un sollozo y se arrojó a los brazos de Franco, cuando fue hasta ella.

—Dios mío, creí que te mataría —dijo.

Él la abrazó. Le apoyó los labios en el pelo.

—No vuelvas a hacer algo así otra vez.

Ella hundió la cara entre los pliegues de su camisa.

—Temí por ti. No podía dejar que te matara.

—Y yo no puedo permitir que te pongas en peligro por mí. — Franco la mecía—. Dios mío, moriría sin ti. Vivo por ti. Porque nací para encontrarte. Mírame: prométeme que nunca volverás a hacer algo así.

El jefe de la policía hizo un gesto hacia sus hombres.

—Tenemos que detenerlo —dijo—. ¿Señor Rive..., perdón, Andrada? ¿Desea continuar con nosotros?

Virginia se aferró a él.

—Franco, quédate conmigo.

Franco la miró. Ella estaba tendiéndole la mano, ofreciéndole luz y calor. Pero, a sus pies, se extendía el camino de oscuridad que él mismo se había trazado. Tiraban de él las negruras del odio, del pasado, los gritos afónicos de su madre, el tormento de su padre. Endureció la expresión. Ella era su vida y su salvación, la luz de la esperanza, el refugio contra la oscuridad, pero también la liberación de una promesa que una vez se había hecho.

Pero él no quería romper aquella promesa. Había una deuda que saldar, y él iba a cobrársela.

—Tengo que ocuparme de esto —dijo. Franco le tomó el rostro entre las manos—. Quiero que te quedes aquí. Joaquín cuidará de ti.

Ella lo miró alarmada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—Terminar con esto —dijo. Él esbozó una gélida sonrisa. No había humor ni en sus ojos ni en su expresión—. No puedo permitir que Benicio escape.

Ella lo miró un momento en silencio.

—Prométeme que tendrás cuidado —dijo finalmente.

Él le besó los labios con suavidad.

—Lo prometo —dijo.

* * *

Benicio atravesó los pajonales a la carrera, hacia el viejo muelle de madera que acostumbraban a usar los canoeros. Había una pequeña embarcación allí. Podría escapar. Corrió mientras se internaba en la pesada oscuridad bajo la lluvia.

Las plantas mojadas se adherían a sus piernas como garras y el viento frío le rozaba la piel con dedos rígidos. Se sujetó a una rama para no caer en un zanjón y miró hacia adelante, hacia las negruras. Un relámpago cruzó el cielo de lado a lado y, por un instante, iluminó una leve ondulación en las aguas desbordadas. Benicio no lo notó.

El viejo camino de sirga serpenteaba entre los arbustos y se perdía en las tinieblas. Algo chasqueó en la espesura. Una rama crujió. Benicio abrió muy grandes los ojos. Dio unos pasos tambaleantes hacia la ribera. Manos esqueléticas insistían en adherirse a sus piernas, en hundirlo en el lodo, pero él avanzó entre chapoteos.

El horror le cerró la garganta cuando tropezó en el agua, ya muy cerca de alcanzar su objetivo. Benicio echó una mirada hacia atrás, jadeante, los ojos inyectados en sangre, la piel tirante sobre sus huesos angulosos, hundido hasta los hombros en el agua oscura. Temía que la policía estuviera tras sus pasos.

Alguien gritó en la oscuridad. Benicio dio un respingo. Se puso de pie lentamente, entre jadeos. Otro grito reverberó bajo la lluvia hasta helarle los huesos. Lo estaban buscando. Pronto lo alcanzarían. Petrificado, solo atinó a volver el rostro bajo la lluvia. Sus pies se hundieron en las aguas oscuras de la orilla. Sus zapatos chasquearon en el lodo acuoso cuando intentó mover un pie, pero el frío parecía haberlo desprovisto de todo movimiento.

Benicio forcejeó con el barro. Retrocedió un paso finalmente, pero resbaló en el lodo. El agua se movió a su lado. El fango lo cubrió, pútrido y apestoso. Benicio manoteó, en un intento por incorporarse, pero entonces algo se cerró con fuerza en torno a su brazo y tiró de él hacia abajo.

Benicio gritó, mientras quería escapar. Las fauces del yacaré, sordas a sus ruegos, se le enterraron en la carne y lo arrastraron hasta el interior de las aguas fangosas.

CAPÍTULO 32

Eugenia se apretó los dedos contra el estómago y contempló la costa desde la cubierta del vapor. Tenía los ojos anegados en lágrimas. Intentó borrarlas sin que nadie lo notara. A su espalda, a pocos pasos de distancia, Eduardo y Giuliana conversaban en voz baja. Joaquín sonreía mientras se despedía de Franco y Virginia. Volvería a su teatro, a su casa, a su hogar en Buenos Aires.

Eugenia observó el gentío que se había reunido en el muelle. Salvador estaba allí, alto, fuerte, siempre imponente, de pie a unos pasos de Virginia. Eugenia examinó la expresión tensa en el rostro de él, notó la tristeza en esos ojos. Se cubrió los labios con un pañuelo. Sabía que él la quería, que había algo entre ellos, algo muy fuerte e importante, pero no sabía cómo sortear el abismo que se había abierto entre ambos.

Joaquín avanzó hacia ella.

—Es imposible, piensas —dijo en voz baja detenido junto a ella—. Porque él tiene sus ideas y no las cambiará. Me decepcionas, querida. Pensé que no te rendirías fácilmente, si lo quieres.

—¿Qué más puedo hacer?

—¿Quieres saber qué será de ti?

—¿Cómo dices?

—Cuando era joven me gustaba ganarme unas monedas leyéndole la suerte a las personas que creían poder confiar en las palabras de alguien que ha visto mucho del mundo y sabe mucho más de las cosas del mundo. Ahora soy viejo, y puedo ver el futuro de los demás con mayor claridad. ¿Quieres intentarlo?

Ella esbozó una sonrisa. Una lágrima le resbaló por la mejilla; ella intentó ocultarla con el dorso de la mano.

—Dime.

Joaquín la miró a los ojos.

—Regresarás conmigo a Buenos Aires, Eugenia —dijo—. Trabajarás para mí, como siempre lo has hecho. Vivirás para crear ilusiones desde el escenario y sorprenderás a hombres y mujeres con tu magia. Sonreirás y tendrás muchas amistades, allí donde fueres, porque eres encantadora. Leerás cientos de libros en tus horas de ocio y aprenderás mucho. Algún día alguien te ofrecerá matrimonio, y tú te sentirás tan sola que dirás que sí, e intentarás ser feliz con esa vida que elegiste. Pero no serás feliz, Eugenia. Mi niña bonita nunca será realmente feliz, porque hoy está dejando su corazón aquí, en esta ciudad, en este puerto.

—¿Qué más puedo hacer?

Joaquín le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él.

—No quiero que mi hija más joven sea desdichada. Te extrañaré, mi cielo, pero tu lugar ya no está a mi lado, sino donde está tu corazón. Quiero que ames, que seas amada, y eso es todo cuanto deseo para ti. Ni oro, ni joyas, ni un castillo, solo que sepas amar y que te dejes amar. No hay nada más importante que eso, créeme.

Ella lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—Pero no puedo apartarme de ti —susurró.

—Querida, no digas tonterías. Siempre puedes ir a visitarme. Él te ama, de eso no hay duda, y es un hombre que yo puedo respetar, porque prefiere renunciar a ti antes que convertirme en objeto de burlas y desprecios. Míralo, Eugenia. Allí donde vaya, será un indio. No verán su fuerza, su determinación, el inmenso corazón que tiene, solo el color de su piel. ¿Tienes el valor para enfrentar eso?

—Sí.

—Entonces quédate aquí. Convéncelo de tu amor, de tu determinación para enfrentar a su lado todas las dificultades que puedan presentarse. No te será fácil hacerlo, pero sé que lo lograrás. Y, cuando finalmente él acepte sus sentimientos hacia ti, invítalo a visitarme. Tráelo contigo al teatro. Le enseñaré un par de trucos.

Ella se secó las lágrimas con el pañuelo.

—Salvador es muy obstinado —rezongó.

—Querida, tú también lo eres. Estoy seguro de que podrías enseñarle lecciones al respecto.

Ella tuvo que sonreír.

—Si me quedo aquí, ¿cuál será mi futuro?

—Te casarás con un hombre amable. Te tratará bien, te amará como nadie jamás te ha amado. Tendrás hijos hermosos, a quienes enseñarás a creer en sus sueños y a luchar por ellos. Y cuando llegues a mi edad, pensarás: “Amé y fui amada, estoy lista para ir junto al Señor”. Entonces estarás rodeada del amor de tus hijos y tus nietos. Tendrás una buena vida.

Ella dejó escapar un sollozo. Joaquín le propinó un suave empujón.

—Ve por él, Eugenia. Tu futuro será mejor a su lado.

Ella lo abrazó con ternura, le depositó un beso suave en la frente y luego se volvió hacia Giuliana y Eduardo.

—Me quedo —dijo con los ojos brillantes—. Prometo visitarlos para Navidad.

Giuliana desvió los ojos hacia Salvador.

—Buena suerte, querida —dijo con una sonrisa.

Eugenia se despidió de Eduardo con un beso y luego corrió hacia el muelle mientras Joaquín se apoyaba en el bastón satisfecho.

Eugenia esquivó a otros pasajeros, eludió a un par de matronas y se lanzó a los brazos de Salvador. Él, sorprendido, solo podía estrecharla entre sus brazos o dejar que cayera al suelo. La abrazó.

—Señorita Eugenia. ¿Qué hace?

Ella lo miró a los ojos.

—Me quedo —dijo.

—No puede hacer eso.

—Te amo, y no permitiré que me apartes de ti. Me hospedaré en tu casa y veremos cuánto puedes resistirme.

—No es mi casa. Es de la señorita Virginia.

Eugenia no se amilanó.

—¿Puedo quedarme en tu casa una temporada? —preguntó a Virginia todavía colgada en esos brazos amados.

Virginia sonrió para horror de Salvador.

—Puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que desees —dijo con dulzura.

Eugenia sonrió satisfecha.

—Ahora no podrás escapar de mí.

Salvador le tomó el rostro entre las manos.

—No —dijo con dulzura—. No podré hacerlo.

EPÍLOGO

Ciudad de Corrientes, 1913.

Virginia dejó su taza de té sobre la mesa y miró enojada a Mamá Gigi y a Salvador.

—No me harán cambiar de opinión —dijo.

Mamá Gigi enfrentó a la joven con los brazos en jarras.

—Está usted por cometer un grave error.

—No lo creo.

—Enséñale, Salvador.

El indio titubeó un instante y luego sacó de entre sus ropas un muñeco de trapo untado con aceite de pescado.

Virginia frunció la nariz.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Mamá Gigi lo hizo. —Salvador parecía avergonzado. Era evidente en su voz el temeroso respeto hacia la anciana.

La mujer tomó el muñeco y lo puso frente a los ojos de la muchacha.

—Ese hombre es un diablo —afirmó—. Usted no debe casarse con él. Si lo hace, él se quedará con su alma.

—Ay, por Dios.

—Mire el muñeco. El aceite se niega a untarlo del todo. Eso significa que mi magia no puede tocarlo. El viene del infierno. De las profundidades del infierno —recalcó—. Y lo quiere todo de usted.

—¿Mi alma, tal vez?

—Eso es. Ahora que su tío está en prisión y que se le ha devuelto todo lo que le pertenece por derecho, se cree un caballero, y tiene el nombre de uno, pero sigue siendo un canalla. Por eso, no dudará en tomar todo lo que esté usted dispuesta a darle y mucho más.

Salvador se santiguó. Virginia tomó la tetera y se sirvió un poco más de té con calma.

—¿No debería tener ese muñeco algo del señor Andrada? ¿Un mechón de pelo? ¿Un trozo de su pañuelo?

Mamá Gigi frunció los labios.

—Mi magia es poderosa —murmuró—. No necesita nada más.

Salvador se rascó la cabeza.

—Mire, señorita. Yo no sé si es un diablo o no, pero segurito que nunca vi a un hombre que la quisiera a usted tanto. La adora a usted de rodillas, como se adora a Dios, sabe.

—Ese hombre quiere su alma —dijo Mamá Gigi con los labios gruesos fruncidos de disgusto—. ¿Qué dice su tía a todo esto?

—Está muy satisfecha con mi decisión. —La voz de Virginia tembló de emoción—. Estará lista en un momento. Josefa y Eugenia están ayudándola a terminar de vestirse.

Mamá Gigi hizo un gesto de enojo.

—El muñeco no miente. Ese hombre es peligroso.

Virginia probó su té.

—No para mí. Él nunca me haría daño.

Mamá Gigi estaba a punto de decir algo más cuando, de pronto, la campanilla de la puerta anunció la llegada de un visitante.

—Allí está el diablo —dijo la mujer y cruzó el pasillo a grandes pasos.

Virginia se puso de pie. La falda de muselina y seda cayó en brillantes pliegues hasta el suelo. Se veía muy hermosa, con el pelo recogido y adornado con decenas de diminutas perlas y el corpiño bordado con un centenar de pequeñas flores de encaje.

—Mamá Gigi, sé amable —advirtió.

La anciana la ignoró. Salvador se apresuró a quitarle el muñeco de las manos cuando Virginia lo apuró a hacerlo, antes de que recibiera al señor Andrada con eso a guisa de escudo.

Dos minutos después, Mamá Gigi reapareció, seguida de cerca por Franco. Él se veía muy elegante con un traje oscuro, una camisa plisada y una corbata a juego.

Virginia lo miró a los ojos.

—¿Estás listo? —preguntó—. Los invitados nos están esperando en el jardín.

Franco fue hasta ella y le rodeó el cuello con las manos. Le enredó los dedos en el pelo.

—Creí que este día nunca llegaría —dijo. Inclino la cabeza y la besó con suavidad.

Mamá Gigi se untó las manos en aceite de lilas.

—Esto es muy inapropiado, sí señor —dijo y comenzó a murmurar algo en guaraní mientras recorría la sala con unas pesadas enaguas color verde oliva. El turbante de colores que le cubría la cabeza hacía más brillante su figura mientras Salvador la seguía con un cuenco de madera entre las manos, repleto de bolas de algodón empapadas en vinagre.

Cuando la anciana y Salvador desaparecieron en el pasillo, luego de llenar la habitación con los olores de sus embrujos, Franco esbozó una sonrisa.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Preferiría que no lo supieras.

Él curvó las comisuras de los labios.

—¿Debo asumir que es un embrujo para mí? ¿Qué es?

Virginia suspiró. Se inclinó y recogió un ramillete de rosas blancas que había dejado sobre la mesa unos minutos antes.

—Las bolas de algodón son para alejar a los espíritus malignos de la casa —explicó. Deslizó un dedo sobre los pétalos aterciopelados. Lo miró con la nariz entre las flores—. El aceite de lila para protegerme de los indeseables.

—Comprendo. —Él no sonrió, pero sus ojos brillaron con suavidad en la penumbra—. Y yo soy un indeseable.

—Sin embargo, no funciona.

—Es obvio que no. —Franco le acarició la mejilla, elevó su mentón hacia él—. Te amo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Te amo para siempre. Esto no se marchitará. No desaparecerá. Porque nací para amarte. Cuando nos conocimos yo era un hombre diferente. Tú has hecho de mí lo que soy ahora. Sé que sigo siendo un canalla, pero uno que no podría vivir sin ti. Esto que siento, esta violencia, esta opresión, este deseo de tenerte siempre conmigo, sé que nunca desaparecerá.

Virginia le apoyó una mano sobre los labios.

—Confío en ti. Sé que no me abandonarás —dijo—. Abrazame y nunca me sueltes.

—Siempre estarás conmigo. —Franco inclinó la cabeza y le buscó los labios.

Virginia sonrió con dulzura. Él la encerró entre los brazos. La oscuridad había desaparecido bajo el influjo de la mujer que amaba. Ahora, con las cuentas saldadas y el futuro iluminando un nuevo camino, él ya estaba libre para comenzar su vida, una vida de amor y entrega. La meció con suavidad contra su cuerpo.

—Me tomará tiempo ganarme a Mamá Gigi, ¿no es así? —dijo.

—Te querrá tanto como yo. ¿Cómo podría resistirse a ti?

Franco sonrió. Le tomó la mano y la puso en su brazo, como el auténtico caballero que era. Juntos abandonaron la casa; él de riguroso negro y ella luciendo un elegante y hermoso vestido de novia.